

Alfa Eridiani

Revista de ciencia ficción



AÑO III - N° 4 - Segunda Época - Sept/Oct. 2006

ISSN: 1695-1859



ALFA ERIDIANI es una revista amateur de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimestral.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Co-editor: Sergio Bayona Pérez.

Ilustrador de portada: Mario César Carper.

Infografía: Graciela Inés Lorenzo Tillar

Ilustrador/es: Jorge Luis Vilá, Mario César Carper, Ferrán Clavero, Adrián Vargas, Carlos García Revilla, Juan Raffo e Isabel Sánchez.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración (relatos, biografías, reseñas de libros, cartas al director, viñetas gráficas, cómics... cualquier otra cosa relacionada con la ciencia-ficción) siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Y recordad que en el interior del texto que nos enviéis debe figurar vuestro nombre y apellidos.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ALFA ERIDIANI*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ALFA ERIDIANI* y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ALFA ERIDIANI*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com

ÍNDICE:

Editorial 1

Cuentos

CUESTIÓN DE FORMAS

por Iñigo Fernández..... 2

EL MISTERIO DE LA COSA

por Jorge Armando Romo 14

SUERTE GALÁCTICA

por David Moñino Bermejo..... 20

GHÛLES

por Fabián Álvarez López 32

UNA ENFERMEDAD INCURABLE

por Albino Hernández Pentón..... 36

LA PLAGA

por Alfredo Álamo 40

Poesía

EPÍLOGO Y OTROS POEMAS

por Miguel Ángel López Muñoz..... 45

MI CEREBRO

por J. Javier Arnau..... 48

PITÁGORAS Y OTROS POEMAS

por Antonio Mora Vélez..... 50

Novelas

PRONÚNCIESE «MÍRAK»

por Salvador Badía 52

GARDENIA 2505

por José Vicente Ortuño 84

EL SECRETO DE LOS ALQUIMISTAS

IV

por Omar E. Vega 113

Portofolio

PAT MAC DOUGALL 155

Artículos

GATTACA Y EL ROBOT GENÉTICO

por Arturo Villalobos 159

IVÁN MOLINA JIMÉNEZ Y SU OBRA

DE CIENCIA FICCIÓN

por Luis Antonio Bolaños de la Cruz.. 162

SILENT HILL: LA ESTÁBAMOS ES-

PERANDO

por Miguel Ángel López Muñoz 172

ANTONIO MORA VÉLEZ 2006

por René Cueto Álvarez 176

LA CIENCIA-FICCIÓN COMO COR-

RIENTE LITERARIA

por Jairo Alberto Méndez Moreno 179

Noticias

DOCTOR EN CIENCIA FICCIÓN 181

YA LLEGA EL QUE CAMINA DE

DÍA, DESCÚBRELO EN EL N°5 DE

SCIFILES 181

BASES PREMIO DOMINGO SAN-

TOS 2006..... 182

OTROS PREMIOS 183

COMUNICADO DE LA JUNTA DI-

RECTIVA DE PÓRTICO/ASOCIA-

CIÓN ES-PAÑOLA DE FANTASÍA,

CIENCIA FICCIÓN Y TERROR..... 184

CANDIDATOS A LOS IGNOTUS..... 185

PRESENTACIÓN RESCEPTO #006... 188



Editorial

Estimado Lector
Una vez más Alfa Eridiani vuelve a tus manos en esta ocasión tan especial como es su tercer aniversario y para celebrarlo hemos decidido realizar un especial contactos. Por ese motivo, los relatos que leerás giran en torno a un primer contacto. Este primer contacto será muy dispar. En *CUESTIÓN DE FORMAS* de **Iñigo Fernández** el primer contacto será entre una pareja humana que quiere adoptar un bebé alienígena con el funcionario que tramita la adopción. En *EL MISTERIO DE LA COSA* de **Jorge Armando Romo** es una civilización alienígena que encuentra un objeto extraño en su propio planeta. En *SUERTE GALÁCTICA* de **David Moñino Bermejo** el protagonista tiene que buscarse la vida en un planeta cuya máxima virtud es la de poseer una lotería galáctica. *GHÚLES* de **Fabián Álvarez López** es una metáfora de la ceguera humana a lo que es nuevo e incompresible. *UNA ENFERMEDAD INCURABLE* de **Albino Hernández Pentón** nos revela un aspecto más de los desahuciados, la incredulidad sobre un mundo mejor. En *LA PLAGA* de **Alfredo Álamo** las cosas no son como parecen en un principio.

En la sección de poesías tenemos *EPÍLOGO Y OTROS POEMAS* de **Miguel Ángel López Muñoz** que nos deleita con sus temas predilectos: el fin del mundo, la crueldad del ser humano, los héroes caídos, la admiración secreta a los malvados. *MI CEREBRO* de **J. Javier Arnau** narra la esquizofrenia que produce un proceso de ciborgización. En *PITÁGORAS Y OTROS POEMAS* de **Antonio Mora Vélez** vuelve a surgir el humanismo del autor con su canto a los grandes clásicos de la antigüedad.

Este ejemplar consta de tres novelas: *PRONÚNCIESE «MÍRAK»* de **Salvador Badía**, novela que especula sobre lo que sucedería si la humanidad tuviese un encuentro en la primera fase; *GARDENIA 2505* de **José Vicente Ortuño** entra dentro del subgénero de los relatos apocalípticos dado que la toma de contacto con el alien provoca la aparición de un mundo en ruinas; *EL SECRETO DE LOS ALQUIMISTAS* de **Omar E. Vega** es nuestro serial y en él se van concretando algunos temas.

El Portafolio de este ejemplar es para **Pat Mac Dougall**. En él veremos desde dibujos cienciaficcioneros hasta dibujos más realistas. Sin por ello menodpreciar la fantasía gótica.

Diversos artículos conforman la sección correspondiente yendo desde la crítica cinematográfica a la crítica literaria. Y, por supuesto, nuestra sección de noticias.

Los editores



Cuentos

CUESTIÓN DE FORMAS

por Iñigo Fernández

Guardar las formas ha sido siempre un punto a favor tuyo. Si esto suele ser difícil entre humanos como será guardar las formas entre distintas especies. Claro que esto es muy relativo. Tanto que depende de la calidad de las personas con las que nos codeamos.

Eran las nueve en punto de la mañana del lunes y, como de costumbre, Lice Tlucdel, Funcionario Imperial categoría 23⁵⁸, subcategoría 46-9, nivel DDD del Ministerio de Logística Infantil, revisaba su agenda en la oficina.

—¡Maldición! —murmuró al ver que la primera cita del día era con humanos.

Para él no existía peor manera de empezar la semana. Los humanos eran seres a los que se debía evitar de ser posible. Bastaba con tratar superficialmente a cualquiera de ellos para darse cuenta de que era una raza emocionalmente desequilibrada e incapaz de priorizar sus necesidades bajo cualquier criterio existente. Visto así, no era raro encontrarse con humanos que se consagraban en cuerpo y alma a la protección de los microorganismos más indefensos de la galaxia sin importarles que miles de sus congéneres murieran en un terremoto o millones en una guerra absurda.

Sin embargo, lo que más le desagradaba de la especie era su gusto por la mentira. ¡Dioses de los Hoyos Negros! Hombres y mujeres iban por todos lados lanzando verdades a medias y embustes completos, atribuyéndose virtudes de las que carecían y colgando como milagros sus defectos a los otros. Engañaban a todas horas sin importar a quien tuvieran delante y lo hacían con la misma facilidad con la que curas y policías reparten hostias y beben vino. A Tlucdel le constaba, además, que los humanos eran la única raza que mentía hasta en su lenguaje pues el «sí» había que interpretarlo como «no», el «no» como «tal vez», el «tal vez» como «nunca» y «nunca» como... vaya uno a saber.

A cambio, una de las pocas retribuciones que recibía al relacionarse con los humanos era la de disfrutar su cuerpo. El artículo 3º del *Reglamento de Atención al Público del Ministerio de Logística Infantil* era muy claro al respecto: «Todo funcionario deberá adoptar, sin excepción alguna, la fisonomía y fisiología del organismo que le corresponda atender». Contrario a los que otros funcionarios aseguraban («Es como estar dentro de un saco de abono aún caliente», «co-



mo ser una flatulencia en medio de un huracán»...), a Tlucdel le pareció desde su primera transformación que el cuerpo humano era agradable, confortable, funcional, ligero y resistente; claro, no era ni por mucho el mejor de la galaxia pero al menos era uno de los que más le agradaba usar dentro y fuera del trabajo.

—Los señores Groumph están aquí —la voz chillona de la secretaria, interrumpió sus cavilaciones.

—Hágalos pasar, señorita Dwinya.

Entonces Tlucdel cambió de apariencia. Ahora lucía una melena negra corta y alborotada, un rostro arrugado en el que destacaban unos carnosos y grandes labios y un cuerpo esbelto entallado en una ajustada camisa de licra verde y unos *hotpants* rojos que poco dejaban a la imaginación.



© Jorge Luis Vilá

Cuando los humanos entraron a la oficina, el funcionario esbozó la mejor sonrisa que era capaz de fingir y les invitó a que se sentaran.

—Mucho gusto, señores Groumph —les dio un apretón de manos—, es un placer servirles.



© Mario C. Carper

—Gracias —dijo la pareja al unísono.

—Por cierto, ahora que estaba ultimando los detalles de la entrevista me asaltó una duda y disculpen si me entrometo en algo que no me incumbe, pero ¿Groumph no es un apellido Sodsert? —preguntó para romper el hielo.

—Nací en la Tierra —dijo el hombre con amabilidad— pero antes de cumplir los seis meses fui dado en adopción a una pareja de Sodsert. Así que se puede decir que soy en parte humano y en parte sodsertiano.

—Una historia poco común y en verdad interesante —mintió Tlucdel.

—Aunque no tanto como su aspecto, Lice —dijo la mujer con una voz cálida.



—Cierto. Su apariencia me resulta familiar —dijo el marido—. Déjeme adivinar. Usted tiene ahora el físico de... de ese cantante del siglo XXI o ¿sería tal vez del XXII?... se llama... lo tengo en la punta de la lengua... esteeee... ¡Jon Bon Jovi!

—¿Pero qué dices, tonto? —gritó su esposa—. Es evidente que la historia no es lo tuyo, chico. Fíjate bien en esos ojos tan alegres, ese peinado en capas delicadas y ese porte distinguido. Vamos, si nada más le falta la guitarra y el sombrero de Mariachi. No cabe la menor duda de que es Carlos Gardel, ¿verdad, Lice?

—Bueno —Tlucdel suspiró—, en realidad se trata de un cantante del siglo XX: Mick Jagger. ¿Les resulta familiar?

La pareja negó con la cabeza.

—¿Y los «Rolling Stones»? —recibió otra negativa— ¿la canción *Satisfaction*? ¿Tampoco?... En fin, da lo mismo.

Ahora recordaba otro defecto humano que no soportaba: su ignorancia. Estaba convencido de que en una frase no se podía hacer referencia a «cultura» y «hombre» por tratarse de una contradicción de términos. Eran tan incultos y desinteresados que desconocían todo cuánto había hecho sus antecesores y, en consecuencia, no perdían su capacidad de asombro cada vez que «descubrían» el agua tibia, el hoyo de las rosquillas y el hilo negro... ¡No había cómo ayudarles!

—De todas formas, a mi me agrada —dijo la mujer—. Hay algo en ese *look* tan *retro* y *passé de mode* que le da un aire..., no sé cómo definirlo... digamos que decadente y, a la vez, muy, pero muy, excitante.

—Es muy amable de su parte —el funcionario se incomodó. Conociendo a los humanos aquellas palabras podían ser un halago o mera lisonjería.

—Imagino que traerán con ustedes el expediente —cambió de tema sin perder la sonrisa—. ¿Podría verlo, por favor?

El señor Groumph sacó de su túnica una pequeña unidad memorística y la colocó sobre el escritorio. La cubierta de cristal líquido se activó y el expediente quedó a la vista de Tlucdel. Se reacomodó en la silla y frunció el ceño mientras lo revisaba gesticulando y haciendo toda clase de ruidos. Podría tener el cuerpo de un humano pero seguía siendo un Wentur hecho y derecho.

—Parece que todo está en orden —concluyó—. Ahora bien, ¿ya han tomado una decisión de lo que desean?

Las miradas de los esposos se cruzaron



—Cuando Bertóldica y yo al fin nos decidimos a dar este paso —dijo el marido con emoción—, ella no estaba de acuerdo con la idea de una adopción interracial...

—No se puede imaginar —interrumpió la mujer—, el trabajo que me costó convencerlo de que no todos los Humanos podemos estar al lado de un Sodsert sin que su olor acre, las mucosidades naranjas que les escurren de los palpos superiores y esa costumbre de expulsar flatulencias al terminar cada frase nos inviten a vaciar el estómago delante de ellos. Dicen que el amor es ciego, pues el mío, si bien bastante miope, alcanza a ver algo y se rehúsa a adoptar a una criatura que sólo pueda entrar y salir de la casa por la puerta trasera. De por sí ya es una auténtica cruz estar emparentada con los Sodsert como para cargar a cuestas con otro fenómeno.

—Comprendo, señora Groumph... —Thucdel aún estaba mareado por la historia.

—Llámeme Bertóldica, por favor —dijo con una coquetería que no era del todo desagradable al funcionario.

—Y a mi Manolis.

—¿Quiere saber cuáles son mis dos problemas, Lice? —preguntó ella con una inocencia a todas luces fingida—. Tengo una voluntad tan débil y quiero tanto a este hombre —le dio a Manolis una palmadita en la rodilla—, que soy incapaz de negarle algo cuando me lo pide.

—Entonces, ¿desean o no llevar a cabo una adopción interracial? —quiso aclarar Thucdel.

Manolis iba a responder pero su esposa se adelantó:

—Claro que lo queremos, Lice... siempre que se trate de algo exótico, hermoso y, por supuesto, de buen gusto —se le iluminaron los ojos—. Ya sabe, un ser *chic* que atraiga la mirada de los demás, que le permita a una sentirse orgullosa, viajar por los cruceros intergalácticos con la cabeza en alto, presumir ante los familiares y amigos, asistir a las reuniones sociales más selectas, tener éxito en...

Mientras Bertóldica enlistaba sus deseos, Thucdel se perdía en los propios. Se imaginó en las calurosas playas del planeta G-Olf-A-Maior. Era una sensual hembra Hurkist que vestía un ajustado bikini y bailaba cadenciosamente bajo los potentes rayos de sus tres soles ante una multitud de machos babeantes, febriles y chillones. Al compás de la música de fondo, se acercaba a aquella aglomeración hormonal y, de un movimiento, desprendía la parte superior del bikini para dejar al descubierto seis senos inmensos, auténticas réplicas a es-



cala de Plutón que arrancaban los gritos más desenfrenados de la concurrencia...

—¿Me está prestando atención, Lice? —dijo Bertóldica.

—¿Eh?...Si, por supuesto —improvisó el funcionario, quien aún se podía ver en bikini—. De hecho, pensaba en algo que se ajustara a sus requerimientos.

—¿Y, bien? —dijo Manolis esperanzado.

—Veamos —Tlucdel paseó las manos por la cubierta de cristal líquido—. Hay algunas opciones que considero pueden resultarles atractivas.

—Somos todo oídos —dijo Bertóldica impaciente.

—Nos acaba de llegar un niño Trimirén recién nacido —dijo después de un momento y sin quitar la mirada de la cubierta—. Si gustan de las razas humanoides extravagantes esta es una buena opción. Su piel, de color púrpura tornasolado, llama la atención de quien se topa con ellos, más aún cuando el calor transforma su sudor en un hálito fluorescente policromo. Su físico resulta atractivo para muchas especies y su belleza no se extingue con el paso del tiempo. Por si ello fuera poco, son seres sociables y en extremo cariñosos, especialmente con la madre adoptiva, con quien establecen un vínculo muy especial.

—A mí me suena bien, ¿y a ti, cariño? —dijo Manolis sonriente.

—Tú, te callas —ordenó Bertóldica—. ¿Podría ser un poco más específico sobre ese «vínculo muy especial», Lice? —dijo ella con un deje de desconfianza.

—Jamás abandonan la casa de la madre mientras ésta viva. En ese sentido, son una auténtica inversión para la vejez —Tlucdel guiñó un ojo.

—¡Qué horror! —estalló Bertóldica—. Una cosa es cuidar a un hijo, pero otra muy distinta es tener que cargar con él toda la vida. ¿A donde voy con un babotas grandulón que me siga a todos lados repitiendo «si, amá» y al que le deba resolver la vida? ¡Por favor! Los hijos son buenos mientras son niños, de acuerdo, pero cuando crecen pierden gracia y se convierten en un lastre del que una se debe liberar cuanto antes.

—¿Y no sufren mucho estos Trimirén cuando muere la madre adoptiva? —dijo Manolis con voz entrecortada.

—Si, pero lo superan pronto.

—Menos mal —suspiró aliviado Manolis. Tras una breve pausa, añadió— Y, ¿cómo se las ingenias para sobreponerse de la pérdida?



—Es de lo más simple. Aporrean el cuerpo aún caliente de la madre, extraen sus intestinos, se ahorcan con ellos y, listo, acabaron con el sufrimiento.

—¡Permitir que un extraño haga esas bestialidades con un cuerpo tan bello y delicado como el mío, y más aún cuando he decidido adoptar para mantener la figura! —dijo Bertóldica—. Ni hablar, Lice, ese monstruo queda descartado de nuestra lista.

El marido asintió con verdadera cara de espanto.

—No hay problema —Tlucdel estaba convencido de que la entrevista iba a ser más difícil de lo pensado—. Si lo que desean es belleza combinada con independencia, tal vez la mejor opción sea una niña Tníss. Las hembras de esta raza son altas y poseen un cuerpo escultural. Si me preguntaran qué es lo que más me gusta de ellas, no dudaría en responder que son tres aspectos: su rutilante piel lampiña, sus pequeños ojos violetas y esa manera tan dulce que tienen de sisear al final de cada oración. Son una auténtica joya, sí señor.

El rostro de Bertóldica se endureció.

—Imagino que las Tníss de las que habla usted, son las mismas de ese refrán que se escucha por todos lados.

—¿Refrán?, ¿cuál refrán? —respondió Tlucdel sin saber a lo que se refería la mujer.

—¿Acaso quiere forzarme a que le recite en voz alta esa ordinariez?

—Disculpe, pero en verdad no sé a lo que se refiere.

—Querido, dile al Lice el dicho del que estoy hablando.

El hombre juntó los hombros y dijo en lo que aparentaba ser un susurro:

—No tengo idea..., cariño.

Los ojos de Bertóldica se inyectaron de sangre y en su cuello se asomó una vena que pulsaba a gran velocidad.

—*No tengo idea, cariño.* ¡Eres un imbécil de marca, Manolis! —dijo ella—. ¡Por favor!, quién no ha escuchado el refrán: «Si quieres tener hijos en un tris, entonces ponte a follar como una Tníss».

Las miradas de Manolis y Tlucdel se cruzaron y un silencio pesado cayó en la oficina.



—Bueno, bueno... a lo que me refería —el rostro de la mujer estaba tan rojo como tomate— es que esas Tníss tienen fama de ser lujuriosas, promiscuas y muy fecundas. ¿Es cierto todo eso, Lice?

Tlucdel dio una fuerte bocanada de aire al tiempo que volvía a lamentarse por su suerte.

—Son exageraciones. Tiempo atrás era común que las Tníss ejercieran la prostitución para salir de la pobreza en la que estaba sumida su raza. Pero de dos siglos a la fecha, la situación ha cambiado como consecuencia de la mejora en los niveles de vida en el planeta Tníss, de su integración a la...

—¡Suficiente! —interrumpió la mujer—. Me niego a adoptar una hija que tenga el clítoris por cerebro, que se encame con el primer fulano que se encuentre y que, por si ello fuera poco, ose convertirme en abuela a temprana edad. ¡No me diga más!

La mujer se levantó, puso su busto delante Tlucdel y adoptó una pose sugestiva.

—¿Acaso cree, Lice, que este cuerpo es el de una abuela?

Tlucdel percibió un movimiento familiar en la entrepierna. ¡Maldición! Esa hembra desbordaba en sensualidad y sabía muy bien como utilizarla a su favor.

—Claro que no —Tlucdel intentó mantener la calma.

Bertóldica esbozó una sonrisa triunfal y volvió a sentarse, dejando en claro que también conocía otro refrán, uno de los más antiguos y, tal vez, el más certero que la humanidad hubiera concebido jamás: «*Arrean más un par de tetas que un par de carretas*».

—Además del pequeño antropófago y del putón verbenero del que nos acaba de hablar, ¿tendrá algo más que se apegue más a lo que buscamos?

—Tengo en pantalla una opción que puede resultarles atractiva. Es un niño Cíndere de seis meses. Además de que reúne casi las características que desean, destaca por una belleza única en la que los ojos grandes son acompañados por una nariz y boca finísimas y un par de orejas que apenas sobresalen del cráneo. La suya es una de las razas más hermosas, fuertes y nobles que existen y ello sin...

Guardó silencio y observó a Manolis. No tenía sentido proseguir si antes no le hacía la pregunta que, en cumplimiento con el artículo 68° del *Reglamento de Atención al Público del Ministerio de Logística Infantil*, estaba obligado a co-



municarle, si bien, por lo que había visto hasta ese momento, conocía de antemano la respuesta.

—Manolis, ¿es usted un macho alfa?

Bertóldica estalló en carcajadas:

—Por favor, Lince, acaso no se ha dado cuenta que «macho alfa» y «Manolis Groumph» son conceptos incompatibles.

—No entiendo por qué es tan importante que lo sea —por primera vez Manolis dio muestra de que aún le quedaba un poco de voluntad.

—Una figura paterna fuerte y dominante es fundamental en estos casos —dijo Tlucdel—. De chicos, los Cínderes son adorables, cariñosos, tiernos y lisonjeros; nunca dan lata y obedecen sin cuestionar al padre. Pero cuando crecen, la historia es muy diferente, Manolis. Los varones sacan su lado más primitivo y se rebelan teniendo una sola idea en mente: matar al padre para desplazarlo como «líder de la manada» y así disfrutar de todos sus derechos, incluyendo los conyugales, por supuesto —guiñó un ojo a Bertóldica.

—¡Acabáramos pronto! —explotó la mujer—. Lo de quedarme viuda puedo soportarlo, pero lo otro... ¡Ni hablar! ¿Qué pasaría si los vecinos descubren que me estoy encamando con mi hijo?... Dirían que lo hago porque éste —dio un golpe a su marido— me dejó tan mal que ni siquiera puedo mantener a un amante. ¡Menudo disgusto!

El hombre quiso hacer un comentario, pero Bertóldica lo impidió:

—Y tu, Manolis, ten cuidado con lo que vas a decir —le increpó—. Una insolencia más de tu parte y te pongo de patitas en la calle. ¿Entendido?

—Lo que digas, cariño.

Y con ello, desapareció el asomo de voluntad de Manolis.

Tlucdel decidió acabar con la farsa. No soportaba a los niños por considerarlos los seres más egocéntricos, demandantes, fastidiosos, ruidosos y sucios del universo, pero los dioses eran testigos de que sabía que ninguno merecía ese castigo. De las parejas humanas que había conocido ésta era la más disfuncional y con mucho. Darle una criatura a esos dos era un acto de ineptitud

© Mario C. Carper





suprema; una imbecilidad tan grande como pensar que existen los políticos honestos o como ignorar que el embellecedor más potente creado por el hombre es el dinero.

—Temo que ya no me quedan más opciones —detrás del gesto de decepción se escondía una sonrisa que estaba a punto de estallar—. Si se dan una vuelta en unos seis o diez meses tal vez tenga un niño que sea de su entera satisfacción —Tlucdel tenía la esperanza de que para entonces o la pareja hubiera olvidado el tema o, bien, él estuviera en Golf-A-Maior dando rienda suelta a su exhibicionismo.

—Vamos, Lice —dijo Bertóldica—, estoy segura que si sigue buscando de seguro encontrará algo.

El funcionario negó con la cabeza. Ahora el juego estaba de su lado y no iba a darle una sola concesión a ese par de chiflados.

—Ayúdenos, por favor —insistió ella—. Las celebraciones natales están cerca y sabe lo que representan: fiestas, viajes, regalos y, lo más importante, niños que presumir ante los demás. Eso es lo *in*, ¿comprende?... Tómese su tiempo. Nosotros no tenemos prisa, ¿verdad, amor?

Pese al tono dulce de su voz, la mujer acompañó la petición con una mirada avasalladora, fría y alquímica, capaz de transformar la viga más sólida en un endeble bucle de diez giros, envidia del mejor estilista de la galaxia.

—Por... supuesto..., cariño.

Tlucdel no está dispuesto a dar marcha atrás. Era una cuestión de orgullo que, para entonces, nada tenía que ver con su desprecio hacia los humanos. Deseaba demostrarle a Bertóldica que se necesitaba algo más que una voz cachonda y un cuerpo de miedo para castrarlo tal como lo había hecho con su marido, y no sólo por el detalle, una simple minucia, de que por pertenecer a la raza Wentur carecía de esas delicadas, polisémicas, rugosas, velludas, y, en extremo sensibles, gónadas de las que tanto alardeaban los machos humanos pero que, vistas a través de Manolis, más bien parecían testimonio de la flaqueza de la virilidad de la raza. Así que, en un acto que tenía muy ensayado, observó el reloj que pendía del centro de la oficina sin importarle un bledo la hora que fuese, simuló un gesto de sorpresa y se levantó.

—Y ahora, si me disculpan, debo recibir a otra pareja —extendió la mano derecha—. Bertóldica, Manolis, ha sido un placer y, ya lo saben, seguimos en contacto.

El rostro de Bertóldica se congestionó y la vena que, minutos atrás Tlucdel había visto en su cuello, palpitaba con más fuerza. El funcionario tocó la cubierta de cristal líquido y, sin perder la calma, dijo:



—Señorita Dwinya, venga, y haga favor de acompañar a los señores Groumph a la salida.

La secretaria supo que tan inusual petición sólo podía significar una cosa. Menos de dos minutos después llegó a la oficina de Tlucdel un par de pesados y grises guardias Tylaojs de casi tres metros de altura; espaldas anchas; fuerza de treinta seres humanos fornidos; inteligencia dudosa, y una piel tan delicada que, ante ella, la coraza de las naves de combate estelar era tan resistente como la abstinencia en tiempos de carnaval.

Los guardias derribaron la puerta y encontraron una escena inusitada. Sentado debajo del escritorio, Manolis tenía la mirada perdida en el infinito, estaba cruzado de brazos y se mecía en un movimiento compulsivo que, de manera ocasional, interrumpía para llorar y gritar:

—¡Para de una vez, bruja maldita!

Y, a continuación añadía:

—Lo siento cariño, soy un estúpido. ¡Te amo. No me dejes, por favor!

Por su parte, Bertóldica tenía arrinconado a Tlucdel y le golpeaba sin cesar con su bolso. Con cada golpe, el cuerpo del funcionario adquiría una figura diferente que nada tenía que ver con la anterior. Así, en cuestión de segundos, se transformó en un cronista Poleno con cirrosis, un Didiret hermafrodita, una modelo Shatan calva y desdentada, una camarera hovorak obsesivo-compulsiva, un sacerdote Xofol sifilítico, un androide Themix adicto a las telenovelas y un mecánico Fangme sin piernas ni brazos. Así, la metamorfosis prosiguió hasta que llegó el momento en el que era imposible distinguir las formas que el cuerpo del funcionario adquiría.

© Jorge Luís Vilá



Uno de los guardias abrazó por la espalda a la mujer con tanta fuerza que Bertóldica se desmayó, mientras que al otro le bastó con sacar a Manolis de su refugio para que éste, impresionado por el tamaño del Tylaoj y temiendo lo peor, también perdiera el conocimiento.

Agotado, Tlucdel se mostraba ahora tal como era: un Wentur de medio metro de altura con un cuerpo cubierto por un áspero pelaje morado del que sólo sobresalían dos pares de ojos saltones y una hilera de pequeños dientes afilados y deformes de color plomizo.

—¡Saquen de una maldita vez a este par de locos y llévenlos al Ministerio de Salud Mental! —ordenó a los guardianes.



Con toda la dignidad que tenía, Tlucdel aspiró con fuerza, acicaló su pelaje y dijo:

—Cancele todas mis citas, señorita Dwinya. Me largo de aquí

—¿Se marcha tan temprano? —dijo desconcertada—. Y si lo buscan, ¿qué digo?

—Lo que le venga en gana. Ese es problema suyo.

—Y... ¿cuándo estará de vuelta?

—Lo sabrá a mi regreso.

—Pero...

Tlucdel salió de la oficina con paso firme y presuroso. La semana empezaba mal, peor que cualquier otra en sus más de setenta años como Funcionario Imperial, y no estaba dispuesto a quedarse cruzado de brazos. Si dejaba que las cosas siguiesen su rumbo, no dudaba que para el miércoles, o a más tardar el jueves, estaría vistiendo un «traje de madera» cortesía de otra pareja de desequilibrados.

Salió del Ministerio y caminó por la bulliciosa Avenida Faeridi con dirección al distrito comercial. Como siempre lo había deseado, entraría a la agencia de viajes, compraría un boleto en el primer vuelo que saliera rumbo a G-Olf-A-Maior y pasaría dos semanas de excesos bailando, bebiendo, comiendo y, por supuesto, dándole gusto a su cuerpo... y al de quien se le pusiera delante.

—Lo importante ahora es —pensó— tomar la forma de la Hurkist más voluptuosa del universo y...

Se detuvo y esbozó una sonrisa torva...

Media hora más tarde, se encontraba sentado uno de los mostradores de la agencia de viajes.

—Buenos días, ¿en qué puedo servirle? —dijo la vendedora con amabilidad exagerada.

—Quisiera un boleto para G-Olf-A-Maior en el primer vuelo que esté disponible.

La mujer le lanzó una mirada gélida. Nadie que se preciara de ser decente viajaría al burdel más grande de la galaxia.





—¿Hay algún problema? —Tlucdel la retó.

—No, ninguno —la voz de la vendedora ya no era cortés.

—Bueno, entonces quiero que también me reserve un cuarto en el mejor hotel de la ciudad con un paquete *all inclusive* que incluya, además de alimentos y bebidas, estimulantes, contraceptivos y el libre acceso a todas las zonas de diversión. Y cuando digo todas me refiero a todas, desde las toleradas hasta las más barriobajeras y peligrosas, ¿entendido, amor?

La mujer asintió a regañadientes.

—¿A nombre de quien hago las reservaciones?

Con una voz que derrochaba sensualidad con inocencia fingida, Tlucdel respondió:

—Groumph, Bertóldica Groumph...

© Iñigo Fernández

Afincado en la Ciudad de México desde 1969, Iñigo Fernández es un escritor de Historia y literatura al que no le gusta describirse. Baste saber de él que gusta de la cerveza y de la sidra natural, que encuentra en los viajes y en la comida griega dos de sus placeres más arrebatadores, que siente una admiración que raya en lo morboso ante aquellos hombres que, por el verano, se ven obligados a hacer de "Rodríguez", y que en sus ratos libres hace las veces de carcelero de una pequeña monstrua de casi dos años por la que sufre una pérdida constante de baba).



EL MISTERIO DE LA COSA

por Jorge Armando Romo

Explorar la infinitud del cosmos va a resultar una tarea ardua para la humanidad. En tal exploración, utilizaremos todos nuestros recursos. ¿Serán estos suficientes?

Novak se encontraba meditando completamente solo cerca de la zona de los ácidos. Su labor era sencilla: como lek ministro de justicia, tenía que decidir acorde a las pruebas, qué criminal sería arrojado a la zona de los ácidos. Era un ser amorfo, de unos siete metros de alto, de color guinda con manchas verdes que se acababa de incorporar de la corteza orgánica en un 80%. Su piel viscosa se confundía con todo el valle. No obstante, cualquiera de su especie lo identificaría fácilmente por la emisión de ondas electromagnéticas.

Justo cuando se preparaba para sumirse nuevamente en la corteza, Lindel apareció de la nada y se incorporó justamente a la mitad de su masa. Dijo:

—Señor, será mejor que venga a ver esto.

—¿De qué se trata Lindel? – contestó Novak impertérrito, o mejor dicho, fue lo que dijo mediante una serie de ondas electromagnéticas muy débiles detectadas por su interlocutor.

—Han encontrado algo, aunque no sabemos exactamente qué sea.

—Cómo que no saben lo que es.

—Sí señor, así es. Puedo jurarle que no es un lek.

Novak sintió las emisiones de Lindel. Pensó: «Debe ser algún nuevo animal o un simple y aburrido meteorito». Sin vacilación alguna, dijo:

—Bien pues, vamos para allá.

Ambos seres se incorporaron por completo a la corteza orgánica y partieron rumbo al lugar en cuestión. Mientras se desplazaban, el ministro de justicia pensaba con agrado que falsas alarmas como ésta quebrantaban un poco la monotonía con la que transcurría su trabajo. Aunque también algún día podía





presentarse algo fuera de lo común. Poco a poco su curiosidad crecía, hasta que no resistió más y preguntó:

—¿Nada más me vas a decir que encontraron algo y ya? ¿No hay un informe pormenorizado?

Lindel detuvo un poco su marcha supersónica a través de la corteza y respondió:

—Solo sé que algunos científicos se han acercado al lugar y han mencionado que es un ser no orgánico.

—¡Un ser no orgánico! No puede ser, la vida no se lleva a cabo sin los elementos químicos que denominamos orgánicos. ¿Está usted seguro de esto?

—Solamente me limito a repetir lo que escuché.

—¿No será alguna roca espacial?

—Lo dudo. He visto esa cosa y no se parece a nada de lo que hemos visto antes.

El resto del recorrido transcurrió en silencio. En poco tiempo, llegaron al lugar atestado de leks curiosos. Al instante, uno de los científicos dijo:

—Fuera de aquí, dejen paso al ministro de jus...

—Ya, ya, basta de transmisión electromagnética y dígame lo que sucede.

—Con gusto. Acérquese, lo tenemos aquí.

Se incorporaron de la corteza y llegaron hasta el objeto.

—¿Qué rayos es esto? ¿Acaso un ser vivo?



—Tal parece señor —explicó el científico.

—Y bien, ¿qué es? ¿Una especie nueva?

—Lo más seguro señor. Aunque es un caso único: es un animal que produce cierta radiación en muchísimas longitudes de onda...

—A ver, a ver, un momento, esa cosa no es un animal, sino un ser



que se trata de comunicar, aunque envía ciertas longitudes muy erráticas e incomprensibles. ¿Es un ser no orgánico como me ha mencionado Lindel?

El científico detectó la sensación de extrañeza del ministro. Cuando contestara esta pregunta, tal vez la misma ciencia y la noción vida tal y como la conocían cambiaría radicalmente. Un poco dubitativo, el lek de ciencia exclamó:

—Es un ser vivo, aunque los elementos químicos de los que está compuesto son elementos traza.

—A ver, explíquese —contestó el ministro, un tanto molesto.

—Me refiero a que nosotros los leks estamos compuestos por una cantidad ínfima de elementos químicos denominados «traza». Este ser, sea lo que sea, está compuesto de éstos en una proporción tremenda junto con otros elementos aún no identificados. Y a decir verdad, no hemos encontrado indicios de elementos orgánicos.

La confusión entre el ministro y el científico no podía ser mayor. En un instante, un extraño ser había aparecido de la nada y ahora lo detectaban enfrente de ellos. Su composición química era completamente distinta a la de estos seres. No podía ser un organismo vivo, aunque parecía un ser inteligente.

De pronto llegaron más científicos a escena, y con ellos, un ser más grande que los demás, el «Gobernador», se acercó e hizo que todos los curiosos retrocedieran rápidamente. Se acercó a la cosa y comentó:

—Nunca había detectado algo como esto. Ustedes que son leks de ciencia y que crean todo tipo de aparatejos orgánicos, ¿pueden decirme si es un artefacto o algo por el estilo?

Un ser que estaba a la derecha de Novak, contestó nerviosamente:

—Como ya le habrán informado, esta cosa, sea lo que sea, está compuesta por elementos no orgánicos que nos obligan a creer que es un ser o un aparato de origen desconocido.

—Bien, el misterio aumenta. Ministro Novak, ¡qué gusto tenerlo aquí! Espero que no vaya a condenar a esta cosa a la zona ácida sin antes saber lo que es. Dígame, ¿qué opina?

El interpelado se acercó y dijo:

—Señor gobernador, no tengo la menor idea. Tal vez si le damos más tiempo a los científicos puede que averigüen algo más.

—Bien, seguiré su sugerencia.



El gobernador se alejó rápidamente.

En el transcurso de los años, la investigación de lo que todo el mundo ya apodaba como *la cosa* continuó sin dar a los investigadores ni una sola pista de su procedencia. Se hicieron análisis transkropnemocanianos, bispeptoestrogoptóticos, nomonegomásicos y un sinfín de pruebas más. El resultado siempre fue el mismo: un ser con ciertas estructuras internas que producían radiación electromagnética en diferentes longitudes de onda. Cada parte interna era un enigma.

Durante eones, los leks habían gobernado ese planeta marrón que giraba alrededor de una estrella amarilla similar al sol. Sus exploraciones espaciales les habían permitido llegar a la órbita geoestacionaria, mas solamente hasta ahí. Sus observaciones con respecto a puntos de luz que se percibían en la noche los habían llenado de confusión, mas existía la sospecha de que éstas eran bolas de luz y calor similares a la bola que daba luz y calor a la vida en ese pequeño planeta.

Sus avances en astronomía eran muy pobres, pero en materia de anatomía y fisiología eran unos verdaderos expertos. El lek promedio se componía básicamente de una masa amorfa con varias sub-capas internas. Cada capa llevaba a cabo una función específica que se unía a las funciones de las demás sub-capas para permitir que cada uno de estos seres fuera un ser vivo.

Como la especie inteligente del planeta, habían sobrevivido a la lluvia ácida de cada mon (mes terrestre) creando en la corteza planetaria una especie de red de túneles constituidos del mismo material orgánico del que se componían sus cuerpos y por los cuales podían desplazarse libremente. La vida en la corteza orgánica les había permitido sobrevivir a las adversidades. Así pues, eran una especie inteligente que habitaba un pequeño planeta en la inmensidad del Universo; eran una especie inteligente que aseguraba haberlo visto todo... Hasta que llegó esa cosa.

Conforme transcurrieron los años, las investigaciones no dieron ningún solo resultado. Hubo ocasiones en las que los investigadores creyeron que el ser se intentaba comunicar, mas todo intento para descifrar los mensajes e intentar una respuesta fue en vano.

Entonces hubieron leks que afirmaron que habían visto descender la cosa del cielo. Aparecieron reportes de los seres que manejaban satélites orgánicos artificiales puestos en órbita que afirmaban que la cosa había venido de más allá de la zona geoestacionaria. Muchos lo creyeron y afirmaron que había cosas que los leks aún no conocían. Y entonces comenzó todo un culto a la cosa.



Algunos de estos seres se reunían en grupos para especular sobre el origen de ésta y afirmaban que era un ser que vivía en el vacío o en planetas similares al propio y que había venido a visitarlos con un objetivo desconocido. Otros dijeron que era el creador mismo de los leks que había regresado a observar a sus creaciones, aunque la idea fue desechada al poco tiempo por considerarla fantástica.

Pasaron los años, hasta que los científicos descubrieron algo sorprendente. La cosa producía radiación sin precedentes y extrañas vibraciones en el aire que solo eran captadas por aparatos muy sofisticados. Novak llegó con el gobernador en turno y dijo:

—Y bien, ¿otro nuevo descubrimiento incomprensible?

La emoción de los investigadores se desvaneció al instante. Uno de ellos se acercó y dijo:

—Hemos manipulado de una y mil maneras la cosa. La hemos desarmado y vuelto a armar. Cada parte parece emitir cierta radiación, aunque no encontramos la relación con el todo. Sin embargo, movimos esta cosa que ahora detectan, la ponemos por acá, algo se mueve y de pronto... Sí, exacto, esta parte genera ciertas radiaciones electromagnéticas que parece que están coordinadas. Asimismo, se producen vibraciones en el aire en diferentes frecuencias que captan nuestros instrumentos.

El gobernador observó con poco interés. Esto era demasiado misterio para él y para todos los suyos. Dijo:

—Y cuando quita esa cosa, se dejan de producir las vibraciones en el aire y las radiaciones coordinadas. Es asombroso como esa cosa redonda, plana y dorada encontrada en la cosa, haya logrado confundir de esa manera a nuestros mejores científicos.

Y eso fue todo. El gobernador y el ministro de justicia se alejaron poco a poco. El primero dijo:

—Ya van años y aún no sabemos qué es esa cosa. ¿Y si es peligrosa para nosotros?

Ese comentario no era nuevo. Había habido multitud de leks que habían señalado con preocupación si la cosa sería algún peligro para la especie. Hasta que finalmente, se tomó una decisión.

Novak tenía todo listo. En muy poco tiempo, la cosa se arrojaría a la zona ácida.



Generaciones de leks crecieron con el misterio y la maravilla de eso que llegó de la nada y puso en duda el concepto de vida. Había desafiado todas las teorías, todas las explicaciones de cientos de intelectuales. Y entonces, cuando un lek poderoso convenció a sus similares de que la cosa podía ser algo peligroso, no hubo duda alguna en tomar la decisión de destruirla, solo por si las dudas. El ministro de justicia tomó la palabra:

—Hace muchos años apareció esa cosa. Hoy, estamos a punto de destruirla. Fueron en vano todos los esfuerzos y toda la ciencia: no sabemos lo que es, no sabemos su origen, no tenemos la más mínima idea de su funcionamiento. La decisión que ahora se ha tomado es por la seguridad de toda la raza lek.

El ministro lek avanzó lentamente y accionó un mecanismo. En poco tiempo, de la corteza orgánica surgió la cosa y fue detectada por última vez. Antes de que cayeran los ácidos en ésta, el ministro alcanzó a detectar unas longitudes de onda que parecían ser una especie de simbología. Dejó de detectar la cosa y se sumergió en la corteza orgánica, algo deprimido. «¿Me hubiera gustado saber lo que era eso?», dijo para sí mismo. Y mientras las dudas inundaban su mente, aquella cosa, construida por unos seres que se hacían llamar los terrestres y que fue bautizada como *Voyager 1* fue desintegrada rápidamente por los ácidos junto al legado de toda la humanidad.

© Jorge Armando Romo

JORGE ARMANDO ROMO, cd. De México, México, 1983. Es estudiante de la licenciatura en Biología en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México. Después de devorar cientos de libros, antologías, ensayos y todo lo que se había encontrado concerniente a la ciencia-ficción, finalmente se ha animado a escribir su primer relato breve dentro del género. Esto no es lo peor, sino que amenaza con seguir escribiendo más y más relatos; en especial con temáticas relacionadas con extraterrestres,



SUERTE GALÁCTICA

por David Moñino Bermejo

¿Quién no ha deseado alguna vez en la vida que le toque la lotería para vivir de las rentas? Lo difícil es que toque. Mientras sigues soñando. O metiéndote en una aventura de las mejores.

Cuando entré en aquella sala, tan abarrotada de gente, nunca me imaginé que fuera tan grande. Era mi primera vez, y me sorprendió ver a tantas razas diferentes juntas. Había seres de casi toda la galaxia. Habían corrido rumores del estreno de la nueva Lotería Galáctica, y mucha gente había acudido a los salones de juego de Orión IV para no perderse el espectáculo. Yo no iba a ser menos, aunque mis circunstancias en realidad eran diferentes. Así que compré los billetes, y sin nada mejor que hacer, me embarqué, con mi amigo, en aquella nave cochambrosa, a cruzar el espacio. Era una buena excusa, pues no había salido nunca del Sistema Solar.

Pero les contaré mi historia. Mi nombre es Arthur López, y acabo de perder el trabajo por culpa del juego. La verdad es que dicho trabajo no me emocionaba demasiado; todo el día empaquetando suministros no caducables de la *Prospector World & Co.*, la empresa con más beneficios de Júpiter, y también la que tenía los más estirados ejecutivos. Estaba un poco harto de ver salir todos aquellos paquetes camino de algún planeta en prospección, recién descubierto, para aventureros decididos. Decidí yo también jugarme todo lo ahorrado, en una sola oportunidad, a muerte súbita, en la ruleta del *Io Moon*. Sí, ya sé que es un lugar donde el juego es clandestino, por no decir ilegal, que suena peor. Por fortuna, mi jefe se enteró antes que la policía de la *Federación Interplanetaria*, o en lugar de sólo perder el trabajo, hubiera pasado unas largas vacaciones en el *Penal Orbital de Venus*.

Al principio me deprimí un poco, pero luego pensé que hubiera sido peor que hubiese estallado una guerra atómica, como aquella de la segunda mitad del siglo XXI, tan lejano para nosotros que andamos ya en el XXVI. Decidí llamar a Rukt. Ya sé que hay que tener mucho cuidado con los centauri, pero él y yo somos amigos desde hace años, a pesar de sus tentáculos y esa baba que le cae de continuo dejándolo todo asqueroso. Pero nos entendemos bien, salvo cuando me enfado con él y cierro mi mente a sus ondas telepáticas. Por fortuna para los dos, eso sucede en contadas ocasiones.

Me dijo que en lugar de apenarme, viese el lado positivo. La de oportunidades de visitar otros mundos que el estar libre me iba a brindar. Así que lo celebramos con unas copas de coñac, que me bebí yo, por supuesto. Ellos lo tienen prohibido, creo que por ese carácter destructivo y dominante que se hace con



ellos al subírseles los vapores del alcohol a la cabeza..., o a eso que tienen sobre los tentáculos; se secan sus pseudo conectores cerebrales y les entran ansias de conquistar la galaxia.

El caso es que, en mitad de la juerga, vimos en la holovisión lo de la Lotería Galáctica, que se iba a celebrar el primer sorteo en Orión IV, y entonces me dijo: «Venga, vámonos para allá», o algo así. La verdad es que a veces es complicado interpretar sus ondas mentales, pero seguro que fue eso lo que dijo. Al principio todo fue bien, hasta que Rukt tuvo aquel problema con el orionita, y este le seccionó uno de sus tentáculos con aquel vibro cuchillo. Nunca se han llevado bien estas dos razas, y se habla de guerra muchas veces, pero ésta nunca se produce. Al llegar a Orión IV, tuvo que ingresar en el Hospital Espacial, así que me quedé solo, no sin prometerle que compraría un boleto para él.

Y ahora vuelvo de nuevo a cuando entré en la sala. Como he dicho, había gente allí de toda la galaxia, y lo repito tanto porque en realidad quedé sorprendido. Me acerqué a uno de los quioscos donde se vendían los boletos-chip y compré dos. No me quedaban más créditos que los que había entregado al «cara de pez», como llamamos en Júpiter a los galusianos, así que recé a algún dios que tuviera a bien escucharme, a ver si podía hacer que me tocara algo, aunque fuese en la pedrea (¿por qué se llamará así?). Vi en los holovisores gigantes que aún faltaban algunas horas para que comenzara el sorteo, en una especie de cuenta atrás, así que salí de nuevo a la calle con la clara intención, al menos para mí, de encontrar alguna fuente de ingresos. O algo parecido, por ejemplo un trabajo, sí, eso estaría bien. Siempre me he considerado previsor, y seguro que iba a necesitar pasta para pagar los cuidados médicos de mi amigo manco y nuestro futuro alimento.

Recorrí con la vista aquella gran avenida orionita, por si veía alguna zona comercial en la que necesitasen los servicios de algún vendedor a sueldo, y no tuve que buscar mucho. Justo en la acera de enfrente (y no me refiero a salir del armario ni nada parecido), localicé una pequeña tienda con un hololetrero en el que se precisaba nuevo vendedor (qué suerte la mía). Crucé con cuidado, pues los orionitas no utilizan señales de tráfico. Tienen unos sensores muy avanzados en sus vehículos, pero ¿quién me garantiza que no haya alguno estropeado? Estos bichos además de feos son ciegos.

Al llegar al otro lado me acerqué al hololetrero. Era una tienda de ropa, con unos modelos horribles, y todos del mismo color. ¿Quién se pondría aquella ropa tan ridícula? No tuve que mirar mucho. Todos los orionitas visten igual, y por lo que tengo entendido, desde hace siglos.

Entré sin más y me dirigí a un orionita que parecía gozar de buena salud. Lo supe por sus largos flagelos auditivos, como nos habían enseñado en la escuela. Estaban bien tiesos.

—Buenas noches, señor —saludé intentando ser lo más cortés posible.



—Kart-ke-truck-glll-ka.

—Oh, lo siento, se me olvidó encender el traductor de idioma —le dije mientras pulsaba el interruptor del aparato que los amables operarios me habían entregado en el espacio puerto, y que llevaba colgado del cuello.

—Ahora, ¿puede repetir, por favor?

—Que qué desea —contestó.

—He visto el holocartel, y vengo a presentarme para el puesto.

—Lo siento, no aceptamos humanos —me dijo dándome la espalda..., o lo que fuera ese trozo de carne que sobresalía del horrible traje.

—Ya, bueno, pero yo no soy cualquier humano. Tengo mucha experiencia vendiendo ropa en las grandes boutiques de los grandes almacenes, allí en el Sistema Solar —mentí, haciendo exagerados movimientos con las manos—. Además, puedo darle el toque exótico que su tienda necesita.

—No habrá venido usted por lo de la Lotería Galáctica... —me dijo con un tono que interpreté algo suspicaz.

—Oh, no, no —volví a mentir—. Vengo para quedarme. Estoy buscando ampliar mis horizontes y mi carrera profesional como vendedor. Orión IV me pareció un lugar excelente para hacerlo.

—¿Trae alguna carta de recomendación? —la cosa se complicaba por momentos.

—Pues..., no. No pensé que fuera a necesitarla, la verdad.

—No aceptamos humanos —me repitió con fastidio, dándome de nuevo la espalda. Mi gozo en un pozo. Decidí recurrir a mis armas más rastreras, siempre había oído que los orionitas son muy sentimentales. Me puse a llorar.

—Por favor... —le supliqué. Hinqué mis rodillas en tierra—. Por favor —insistí juntando mis manos en posición de rezo.

—¿Tiene permiso de trabajo?

—No —contesté de nuevo. No había pensado en eso.

—No aceptamos humanos.

Me levanté, recogiendo mi dignidad, que había quedado desparramada por el suelo, y me dirigí hacia la puerta.



—Gracias por nada —le dije a punto de atravesar la puerta, pero esta vez en dirección contraria.

—Espere, amigo. Hagamos un trato —una luz de esperanza iluminó mi espíritu abatido.

—Usted dirá.

—Me ha gustado su interpretación, humano. Si consigue un permiso de trabajo antes de mañana por la tarde, el empleo es suyo. Si no, no se moleste en volver.

—De acuerdo —dije extendiendo mi mano para sellar el trato. La retiré de inmediato. A veces se me olvida que estos bichos no tienen manos, y me repugna tocar uno de esos flagelos. ¡Puaj!

La cosa no pintaba mal. Sólo tenía que conseguir uno de esos permisos.

Supuse que el mejor lugar para conseguirlo sería la embajada, pero que me aspen si sabía dónde estaba, o ni siquiera si existía alguna en aquel extraño planeta. Podría entrar de nuevo en la tienda y preguntarle al que ya consideraba mi futuro jefe, pero deseché la idea. No quería que supiera que en realidad yo carecía de recursos incluso para eso.

Volví a mirar a derecha e izquierda, a ver si veía algo que me pudiese indicar. Era como si hubiese vivido siempre en aquella calle, de tantas veces como la había estado mirando. Por fortuna vi una parada de bus-deslizador, con un mapa del recorrido. ¿Para qué querrían esos mapas los orionitas, si como he dicho antes, son ciegos? Hay cosas que es mejor no preguntarse.

Me dirigí hacia allí y al llegar observé el mapa. Había puntos brillantes, y cada vez que uno brillaba un poco más, se producía un pitido en un tono extraño. También había pequeños letreros junto a los puntos, pero escritos en orionita, y mi traductor no servía para la lectura. Qué fastidio. Tendría que preguntar a uno de esos individuos que esperaban el transporte colectivo.

—Perdone —le dije al último de la fila.

—No ayudamos a los humanos —empezaba a sonarme esa cantinela.

—Oh, no quiero ayuda, sólo información.

—Haberlo dicho antes —contestó. Sonreí, aunque la alegría me duró poco—. No ayudamos a los humanos, y tampoco les informamos de nada.

La primera impresión es la que cuenta, según dicen, y mi primera impresión sobre aquellos cenutrios estaba empezando ya a tomar forma en mi cabeza: estos orionitas son definitivamente idiotas. Probé a preguntar sin rodeos.



—¿Dónde queda la embajada del Sistema Solar?

—Al final de esta misma calle —me dijo el siguiente orionita de la fila, señalándome la dirección con uno de sus desagradables flagelos. Lo dicho, no hay quien los entienda.

—Gracias señor —contesté. Y me puse en camino. Estaba empezando a cogérle el truco a estos seres. Deduje que no les va el rollo educado.

Caminé, caminé y caminé. Aquella calle se me hacía eterna, si es que no lo era. Empecé a preocuparme, no fuera que le diera la vuelta al planeta y acabara otra vez en la parada del bus-deslizador. Pero no. Al final llegué a un edificio que supuse se trataba de la embajada, más que nada por el enorme holocartel que brillaba sobre la puerta, en el que ponía «Embajada del Sistema Solar». Curioso, ¿eh?

Entré en el edificio esperando encontrarme un montón de funcionarios orionitas correteando como niños dentro de un colegio en hora de recreo, de un lado para otro, cargados de papeles. Pero de nuevo no. Grata sorpresa para mí, cuando vi al fondo de una sala alargada a un humano, como yo, leyendo un hololibro, sentado en una antigua silla de ruedas. Me acerqué.

—Buenas noches señor —le increpé con mi habitual educación.

—Krrt, drug-mrpt-rrltkug.

—¡Ups! El traductor —dije en voz alta. Lo apagué para poder entender a mi compatriota—. ¿Me puede repetir?

—Hola, que qué le trae por aquí —su voz era cansada, aburrida más bien. Era un individuo calvo y con gafas, con un antiguo traje pasado de moda hacía algunas centurias, y que escupía al hablar.

—A ver, cómo se lo diría... He venido a por un permiso de trabajo.

Me miró de arriba abajo, por encima de sus lentes, con cara de fastidio. Como si tuviera alguna cosa mejor que hacer.

—¿Para qué diablos quiere un permiso de trabajo en Orión IV?

—¿Usted qué cree que puede constituir la razón de tal suceso? —le contesté, intentando ser lo más sarcástico posible.

—Eh..., claro, claro, disculpe. Ahora mismo se lo extiendo —me respondió—. Supongo que lo quiere en orionita, claro.



Asentí mientras veía cómo tecleaba en una antigua terminal manual. Esperé, tratando de ser paciente –sin éxito–, mirando las paredes sin decoración. Creo que me mordí un par de uñas; tengo que abandonar el vicio.

—¿Tiene su documentación a mano? —me preguntó. Le entregué mi tarjeta-chip. Siguió manipulando su máquina, y al final me extendió un documento impreso.

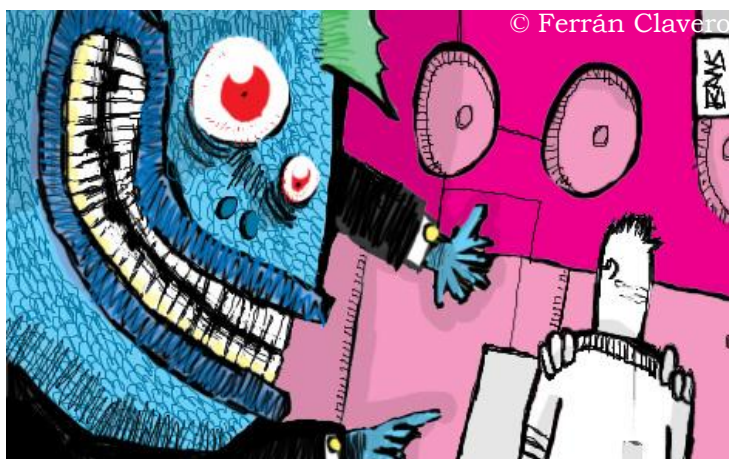
—¿Papel? —pregunté indignado.

—Y dé gracias. Vaya a entregarlo donde se lo hayan solicitado y déjeme tranquilo, estoy muy ocupado —y siguió leyendo el hololibro.

—Está bien, gracias.

Salí disparado y dispuesto a realizar la caminata de vuelta. Me preocupó un poco el no llegar a tiempo al sorteo, pero anduve el camino, sonriente. Me estaba saliendo todo a pedir de boca, mucho más fácil de lo que en un principio pensé.

Al final llegué de nuevo a la puerta de la tienda, pero no entré. Crucé la calle y me dirigí hacia el enorme establecimiento donde se celebraría el sorteo. Una vez dentro observé el cronómetro gigante y vi que sólo quedaban un par de horas. Me daba tiempo a pasar por el hospital, a ver qué tal se encontraba mi amigo. También estaba cerca, así que con pasos rápidos entré en la clínica y abordé el ascensor, que acababa de abrirse y del que salían unos individuos vestidos con unos horribles trajes verdes. Sí, orionitas, claro. Subí casi de golpe las setenta y seis plantas, y llegué por fin a su habitación, en una odisea de unos cuarenta y cinco largos segundos. Por supuesto, iba en ascensor.



Me alegro de verte, me dijo emitiendo esas ondas que acababan dándome siempre dolor de cabeza.

—Y yo a ti. ¿Qué tal tu tentáculo?

—*Aún está creciendo*, mira —levantó como pudo aquel pedazo de carne informe y sonreí, más por cortesía que porque supiera en realidad qué diablos era aquello. Pero supuse que se trataba de un tentáculo en sus primeras fases de existencia—.

Me han dado un reconstituyente energético, para que crezca más rápido.



—¿Te duele? —¿qué otra cosa podía preguntar?

—*Un poco, pero en un par de horas estará completo, y yo podré irme.*

—Genial, es el tiempo que falta para el sorteo.

—*¿Me has comprado el boleto-chip?* —se lo enseñé y lo dejé en su regazo.

—Espero que tengamos suerte. Por cierto, he encontrado trabajo, por si no nos toca nada.

—*Estupendo.*

—Voy a decirle que empiezo mañana. Es justo aquí al lado. Quedamos en la puerta —y me marché rápido.

Nunca me ha gustado el olor que desprenden los hospitales, o sea que estaba deseando largarme de allí.

Llegué a la tienda y le extendí el papel al orionita. Me dijo que podía empezar al día siguiente, y que fuera puntual. Quedamos que me pagaría por jornada de trabajo, lo cual me permitiría ir viviendo al día. En una hora empezaba el sorteo, así que lo de buscar vivienda tendría que esperar un poco. Dirigí mis pasos de nuevo hacia el lugar del sorteo.

Aquella hora se me hizo una de las más largas de mi vida. No sabía cómo hacer para matar el tiempo, y cuando ya casi había pasado, y ya estaban anunciando el comienzo, apareció mi amigo ya restablecido del todo, y con su tentáculo nuevo, que iba agitando de contento de un lado a otro.

Entramos juntos a la gran sala. No había dónde sentarse, pero no nos importó. Estábamos absortos, mirando la pantalla y disfrutando de nuestra aventura. Entonces, y tras la presentación, comenzó el sorteo. Salían bolas y bolas, y más bolas, pero nada de nuestro número. Ni siquiera se parecían, salvo por el hecho de que todos tenían quince cifras. Yo iba haciendo juegos matemáticos mentales, quizá evocando aquel, ya pasado de moda hacía siglos: el *sudoku*.





Me gustaría poder describir las sensaciones que me embargaban durante aquellas once horas que duró el sorteo, pero se me hace imposible. Primero alegría, luego ansiedad, después aburrimiento, y al final decepción. Y creo que a mi amigo le pasaba igual; bueno, lo supongo, porque no hay quien se entere de lo que piensan estas criaturas.

Fuimos de los últimos en abandonar la sala, y no nos había tocado ni un triste reintegro. Guardé el boleto-chip como recuerdo de mi infructuosa aventura.

—Mira, yo tengo que ir a trabajar —le dije a Rukt—. Tú deberías buscarnos alojamiento a ambos.

—Claro, siempre me toca a mí lo más duro.

—No estarás hablando en serio —contesté indignado.

—Vale, quedamos aquí dentro de cinco horas, y procura que te paguen algo, estoy hambriento.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza y me dirigí hacia la tienda, que estaba cerrada. «¿Cerrada?», me pregunté. Qué raro. Me acerqué y pude ver el holocartel escrito en orionita, donde unas horas antes había habido colgado otro, pero escrito en el idioma común de la federación, con la oferta de trabajo. Aquí estaba fallando algo. Encendí el traductor y paré al primer transeúnte que encontré.

—Perdone —le dije, dándome cuenta en ese momento del fallo.

—No ayudamos a los humanos —traté de ser lo más rápido posible.

—Sólo le he pedido perdón...

—Tampoco les perdonamos —contestó sin dejarme terminar la frase. Fui directo al grano.

—Dígame lo que pone en este holocartel, por favor.

—«Cerrado por recogida de premio en la Lotería Galáctica» —me leyó, y siguió su camino.

Esto sí que tenía gracia. ¿Y ahora qué iba a hacer yo? Estaba en un planeta súper lejos del mío, sin un crédito en el bolsillo, y con un amigo alienígena que utilizaría su tentáculo nuevo para arrancarme de cuajo uno de mis viejos brazos de siempre, en cuanto se enterase del desastre. No tenía otra opción. Había perdido aquella partida. Era hora de volver a casa. Pero, ¿cómo? Ni siquiera tenía dinero para el viaje.



Me puse a caminar por aquella calle interminable, con mis pensamientos puestos en lo que quizás me podría deparar el futuro a partir de aquel momento. Pensé en el suicidio, pero no estaba tan deprimido. Es mi carácter, qué le vamos a hacer. Se me ocurrió mendigar. Había algunos viandantes en la calle, tenía que probar.

—Oiga, ¿me da algunos créditos? Tengo que volver a mi planeta y...

—No damos dinero a los humanos —debí suponerlo.

—A ver, déme dos créditos —y aquel fantoche me los soltó sin rechistar. Hay que ver cómo son estos orionitas. Le hubiera besado, si no fuera por el asquito que me dan sus flagelos. Podría ser un filón. Encontré a otro y repetí la operación.

—Déme dos créditos —era genial. Ya tenía cuatro.

En dos horas había conseguido trescientos, y sólo me faltaban otras dos horas para encontrarme con mi amigo. No consideré necesario seguir pidiendo con aquella pequeña fortuna en mi bolsillo, así que busqué una cantina para matar el tiempo.

En aquella zona de la ciudad espacio portuaria salían varias calles de la avenida principal, como pequeños arroyos que se van juntando en el cauce de un gran río de la vieja Tierra. En uno de esos callejones pude ver brillando, a unos dos metros y medio de altura, un neón que se encendía y apagaba con la imagen de una icariana desnuda en pose provocativa. Un streaptease. «¿Por qué no?», me dije. Me acerqué y miré a través del metrakilato transparente de la puerta. No había mucha gente, pero miraban hacia la parte izquierda del local, disfrutando de alguna clase de espectáculo. Abrí la puerta y entré. Un aroma a tabaco quemado y alcohol inundó mis fosas nasales provocándome algunos estornudos.

El local no era muy grande. Había como una quincena de mesas, ocupadas la mitad, junto a una barra larga de algún material metálico que bien podría ser aluminio endurecido. Y frente a las mesas una tarima, de poco más de metro y medio de altura, con una bailarina icariana mostrando sus encantos, que eran muchos y grandes, a un grupo de humanos como yo, pero de pinta algo peligrosa. La luz brillaba por su ausencia, en un ambiente cargado de humo y de risas ahogadas. Sonaba una música que me pareció antigua, que hacía vibrar el suelo en ritmos apagados y obscenos.

Se acercó a mi uno de esos robots bajitos de protocolo que tan de moda se han puesto en los últimos tiempos, y empezó a increparme en un montón de idiomas y dialectos incomprensibles para mí. Esperé con curiosidad a que llegara al registro idiomático del Sistema Solar, con la esperanza, quizá, de que me recitara la carta de bebidas de tan distinguido local. Al fin llegó al mío.



—Déme su sombrero, señor —me dijo la nefasta máquina. Qué pérdida de tiempo, si yo no llevo nunca sombrero.

Hice un rápido ademán con la mano y me acerqué a la barra. Otro robot se acercó a mí con premura. ¿Es que ya no atendían personas a las personas?

—¿Qué desea beber el caballero? —me sorprendió que no me soltara otra retahíla como el de la entrada, y acertara a la primera.

—Veamos... —contesté—. ¿Bourbon?

—Marchando, señor —y comenzó a llenarme un vaso con una estrecha manguera de plástico. Después me lo puso delante.

—Es medio crédito, señor —le pagué.

La icariana había terminado el show y estaba recogiendo las propinas y la ropa de la que se había desprendido durante el espectáculo, que tampoco era demasiada. Las luces subieron sólo un poco su intensidad, y la música bajó el volumen. La gente comenzaba a hablar entre sí. Lamenté haber llegado tarde al espectáculo, y tuve la esperanza de que comenzara un nuevo streaptease en unos minutos.

Las icarianas no son moco de pavo. Vale que sean calvas y tienen tres ojos en vez de dos, pero por lo demás son unas sirenas a las que ningún hombre en su sano juicio rechazaría. Sus curvas son perfectas, su voz sensual, sus manos de un tacto celestial, y en sí son las criaturas más dulces de la galaxia. En definitiva, el sueño de cualquier humano, incluido yo mismo.

Estaba pensando en acabarme el whisky de un sorbo, y largarme de aquel tugurio, cuando de pronto las luces volvieron a bajar, y la música cambió su tonada a algo más tranquilo y relajado, pero de mayor volumen. Un foco iluminó el escenario y apareció otra de aquellas bellezas, en medio de la luz, y con un antiguo micrófono en las manos. Comenzó a cantar. Qué voz tan encantadora, qué movimientos de cintura tan delicados. Vestía una prenda de color rojo, larga y ajustada al máximo, que realzaba su forma. El éxtasis de su melodía mantenía a los asistentes en una especie de silencioso trance.

Entonces noté que me tocaban en el hombro, y me giré a ver quién era.

—Eres nuevo por aquí, ¿verdad? —me quedé sin habla. Era la bailarina a la que había visto hacía sólo unos minutos sobre el escenario, pero vestida. Me pareció un ángel, y su sonrisa me paralizó—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

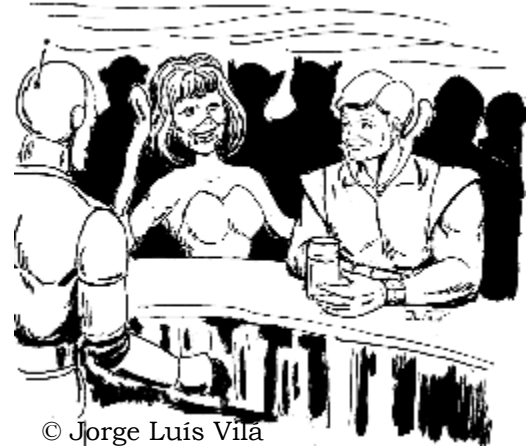
—Oh, no, no, no. Perdona. Es que me has causado una gran impresión. Las icarianas sois tan hermosas...



—Pues yo soy bastante fea en mi planeta —ese comentario me provocó una sonrisa, que me pareció fuera de lugar frente a la suya, radiante y apoteósica.

—¿Puedo invitarte a una copa? —le pregunté.

—Mira —me dijo—, te voy a ser sincera. Las icarianas tenemos necesidad de sexo a diario, necesitamos aparearnos cada día, para que nos entendamos. Cada noche elijo a uno de los clientes y lo subo a mi habitación. Esta noche te he elegido a ti.



© Jorge Luís Vila

Di por hecho que estaba en un sueño del que no tenía la más remota intención de salir. No podía creer que esto me estuviera sucediendo. Pero el maldito sentido común tuvo que venir a aguarme la fiesta, y eso que el mío está ausente la mayor parte del tiempo.

—¿Y cuánto me va a costar?

—Ja, ja, ja. Nada hombre, me estás confundiendo con una de esas fulanas que pueblan las esquinas más apestosas del Sistema Solar —me contestó divertida—. Bueno, ¿entonces vienes?

—Por supuesto —le contesté recogíendome a mi mismo y a la baba que se me estaba cayendo con aquella preciosidad.

Ella se puso en marcha y la seguí sin apartar mis ojos de aquel trasero perfecto, tenía unas nalgas de ensueño...

Me considero un caballero, y por eso no voy a contar el estupendo polvo que eché durante las siguientes horas, ni tampoco que es probable que haya cambiado para siempre mi concepción del sexo. Lo que sí voy a contar es que no fui a la cita con mi amigo, o mejor dicho que llegué algunas horas después de la convenida. Por supuesto él ya no estaba allí esperándome, o quizás nunca llegó a ir. El caso es que debió ocurrirle algo, pero siempre sale bien parado, así que lo más probable es que volvamos a encontrarnos en algún lugar de la galaxia.

También eché de menos no volver a ver al tendero, de quien aún hoy en día sigo sin estar seguro de quién engañó a quién, si él o yo.



No volví a casa durante algún tiempo. La razón es que no me lo había pasado nada mal en Orión IV, y como me dijo Rukt una vez, era momento de saborear una vida llena de aventuras.

En un principio pensé en volver, pero estando en el espacio puerto conocí a una muchacha humana que viajaba con unos piratas espaciales. Se hizo la dura conmigo, así que hice de tripas corazón y me enrolé como artificiero de estos individuos. Cometían sus fechorías por todo el Cinturón de Orión, y viví unos meses de infarto, pero muy lucrativos por otra parte.

Pero eso lo contaré la próxima vez, si es que esta suerte galáctica, de la que parezco gozar de momento, me lo permite. Así que, como dicen los orionitas: kart-prrrff-grrrt (¡jey!, otra vez se me olvidó conectar el traductor), o sea, que la suerte te acompañe, o algo así...

© *David Moñino Bermejo*

Nacido en Madrid, en 1973, y habiendo cursado estudios de E.G.B. en el colegio del Sagrado Corazón de Jesús en Barajas, fui trasladado a Palma de Mallorca con once años de edad por motivos laborales de mi padre. Actualmente, y desde el año 1991, he trabajado como programador informático en diferentes empresas del sector. Descubrí el placer de la escritura con catorce años, y me ha sido imposible dejar de escribir hasta hoy en día. Sin embargo, ha sido en 2006 cuando me he decidido a compartir mi trabajo literario y no volver a guardarlo en el cajón.



GHÛLES

por Fabián Álvarez López

El encuentro entre civilizaciones es un tema fascinante en la ciencia-ficción porque puede dar lugar a múltiples enfoques. Fabián nos da el suyo encuadrándolo dentro del universo que ha creado para contar la historia futura de los humanos, historia cuya plenitud permanece todavía por escribir.

Cuando las naves del Imperio aparecieron por primera vez en los cielos de su mundo, no les prestaron ninguna atención, y siguieron trabajando. Así pasaron las estaciones, una tras otra; los vientos huracanados vinieron y se fueron, las lluvias vinieron y se fueron; las frutas maduraron en los árboles, y fueron recogidas, y los campos quedaron vacíos. Y nadie pensaba en aquellas estelas de fuego que habían cruzado el firmamento, como grandes estrellas fugaces.

Y entonces las naves volvieron a aparecer en el cielo, pero esta vez descendieron. Y de los vientres de las grandes naves salieron vehículos de metal, y los Algolianos levantaron la vista, y dejaron de escribir, de pintar, de grabar, de sembrar y cosechar, y miraron hacia el horizonte, y vieron los vehículos. Y esperaron.

Y entonces de los vehículos bajaron los exploradores espaciales, y miraron a un lado y a otro, y dado que no vieron ningún signo de vida inteligente indígena, plantaron en el suelo la enseña del Imperio. Era absurdo, era incoherente, pues los instrumentos habían revelado, desde la órbita de Algol, que el planeta estaba lleno de vida, y de tecnología, y de construcciones.



© Mario César Carper

Pero cuando los exploradores, prudentes, cautelosos, dubitativos –pues Algol fue el primer mundo visitado por el Imperio que no había sido colonizado durante el Éxodo de la humanidad, tantas décadas atrás...– miraron a su alrededor, y vieron que no había signos de vida inteligente por ninguna parte, no pudieron evitar dejarse llevar por los antiguos vicios de las naves del Éxodo, y plantaron en la dura roca de Algol la bandera imperial, púrpura y dorada, con la imagen de Golconda –el planeta capital, aquel hermoso mundo que una vez había llevado el nombre de Alfa Centauri IV– en su centro.



Alguien sacó la bandera de uno de los vehículos de exploración, y se la pasó al jefe de la cuadrilla de exploración, sargento imperial Vladimir O'Bryan. Ahora, cuando la gente ve su holografía en la Galería Imperial del Museo Histórico de Terranova, puede ver un rostro ceniciento, ajado por la edad y la malicia, con un bigote desaliñado sobre unos labios finos y afilados.

Por la noche, los Algolianos se acercaron al perímetro defensivo del campamento imperial. Debo decir, clase, que los Algolianos, altos, oscuros, de largos miembros, de manos de cinco dedos independientemente oponibles unos a otros, de ojos almendrados lechosos carentes de iris y pupila... y esto lo sabemos por los grabados encontrados en Algol, pues nunca nadie, aparte de un joven cadete al que nadie prestó atención, habló con o vio a un Algoliano vivo... debo decir, entonces, que los Algolianos debieron de causar una gran impresión en nuestros lejanos predecesores, los Imperiales.

O al menos, en el único ser humano que estuvo cerca de ellos.

Nadie sabe como se llamaba aquel cadete; los registros de la mayoría de las naves de la Flota Imperial se perdieron durante la guerra civil, y él mismo nunca tuvo la posibilidad de dejar testimonio de lo que había ocurrido exactamente. Es necesario, por tanto, que hagamos uso de la imaginación, y pensemos...

Ah, sí, la habitación se oscurece, miren al techo, vean como debía ser el firmamento nocturno aquella noche en Algol, bajo aquella bóveda celeste plagada de estrellas, pura, límpida... vean a su izquierda, sobre sus cabezas, la radiante circunferencia de Alahmar, la roja luna de Algol... ¿Son capaces de reconocer algún sector estelar? Sin duda no, como tampoco lo eran los exploradores imperiales, y mucho menos el joven al que se acercaron los Algolianos.

Observen como las figuras de los Algolianos debieron tomar forma en la imaginación de aquel cadete... si les causan inquietud a ustedes, aquí sentados cómodamente en el Planetario de la Universidad, ¿qué sensación debieron provocarle a él? Se acercaron a él, no sabemos si silenciosamente o no, pero creemos que no debían hacer mucho ruido, debido a lo que sabemos de ellos por la estructura de sus huesos, encontrados por toda la superficie del planeta, después de la Locura de Vladimir.

Así pues, piensen... imaginen que están de guardia, en medio de la noche, en un planeta extraño... protegidos, sí, por la mejor tecnología que un gobierno podía obtener en el siglo XXIV, pero solos. Imaginen que surgen de la noche las figuras de tres, cuatro, quizá cinco o seis Algolianos, nunca lo sabremos...





Imaginen que se acercan a ustedes, y les comunican... ¿Y cómo lo hicieron, se preguntaran? Se encontraron después muchos documentos, grabados en piedra en una elegante caligrafía, y en varios edificios se hallaron... grabaciones sonoras en una lengua ululante... ¿canciones, discursos, obras de teatro? Nunca se encontró una piedra Rosetta que abriera la caja de tesoros en que se convirtió Algol después del crimen del Imperio. Si creyera en la justicia cósmica, diría que lo tenemos bien merecido.

Los filólogos y los antropólogos pasaron años intentando descifrar aquel rompecabezas, pero nunca lo consiguieron y, finalmente, los fondos de investigación dejaron de llegar. Luego cayó el Imperio, y surgió la República. La Segunda República, decimos, orgullosos, seguros de que nunca cometeremos los errores de los que nos precedieron.

Sí piensan así, tengo un puente que quizá les interese comprar.

Sabemos que los Algolianos hablaron con el cadete, pero no sabemos qué fue lo que le dijeron. Sabemos que el cadete fue a hablar con sus superiores, y que entonces la maquinaria imperial se puso en marcha. Todo esto lo sabemos porque muchas cosas no se perdieron, y no todos los registros fueron borrados.

Y también lo sabemos porque ya no hay Algolianos. Ya no hay construcciones, ni vida inteligente, ni vida de ningún tipo en aquel planeta. Pues ahora Algol hace honor a su nombre, y es un mundo muerto, arrasado. Según una estimación aproximada, la Flota Imperial pasó más de una semana algoliana bombardeando el planeta.

Hasta la última brizna de hierba, hasta el último ornitoide o sauroide o mamiferoide... toda la vida de Algol fue exterminada. Las bombas de neutrones no dejaron de caer hasta que, finalmente, los instrumentos de la Flota afirmaron que no había nada vivo en el planeta.

Y así era. Luego llegaron los científicos, y pasaron un par de décadas estudiando aquel mundo muerto, aquel mundo víctima de la Locura de Vladimir. Si hay un dios, entonces no dejó de llorar durante la destrucción de Algol. Si alguien luchó, se negó a lanzar las bombas, se reveló contra la autoridad de Vladimir O'Bryan, del almirante imperial Stephen van Heinz, de cualquiera de los artilleros imperiales que convirtieron un mundo entero en un cementerio, no queda ninguna prueba.

Hasta donde sabemos, todos los soldados imperiales que participaron en la Locura de Vladimir fueron culpables de genocidio. Ninguno fue juzgado, ni condenado por tal crimen hasta que llegó la República. Y aún hoy, las holografías de aquellos hombres y mujeres cuelgan en la Galería Imperial. Se les recuerda como a genocidas, pero se les recuerda.



Algol... en árabe terrano, Al-Ghûl, es decir, El Gûl... un demonio necrófago que mora en los cementerios y se alimenta de cadáveres. El sistema planetario fue así llamado porque el primer explorador que llegó hasta allí era un aficionado a la mitología, y los vientos estelares que azotaban el planeta le hicieron pensar en aquellos oscuros seres salidos del desierto, y del folklore árabe... Y así, el sistema pasó a llamarse Algol, aunque estuviera muy lejos de la estrella Beta Persei, a la que también se llamaba así en los antiguos mapas estelares...

Esa estrella era considerada como de mal agüero en los viejos tiempos, y quizá hubiera algo de razón en esas arcaicas creencias. Pues Algol nos convirtió en Ghûles, en carroñeros... y lo peor es que la Locura de Vladimir no salió a la luz hasta la caída del Imperio, al igual que otras tantas y tantas cosas... Sólo con la llegada de la República se sanearon los antiguos archivos, y se encontró aquel cadáver, aquel mundo vacío que orbitaba alrededor de una estrella indiferente...

Cuando los científicos se marcharon, el Imperio decidió borrar sus rastros, aunque no fue muy eficiente. Todo el material fue llevado a la Biblioteca Imperial, en Golconda, y todos los que habían tenido algo que ver con Algol fueron rápidamente devorados por la burocracia imperial, y olvidados.

Ya vuelve la luz... la clase ha terminado. Me gustaría que para la semana que viene me trajeran un trabajo sobre la Locura de Vladimir, y sobre algún aspecto de la civilización de Algol que les intrigue. Sé que no hay mucho sobre lo que trabajar, pero se matricularon en Historia Imperial, no en Historia Republicana, Historia Terrana en cualquiera de sus periodos, o cualquier otra asignatura con más bibliografía disponible que talento.

La Historia Imperial es un pozo sin fondo. Si no apartan la mirada a tiempo, les devolverá la mirada, y luego les devorará.

Buenos días, y muchas gracias.



© Fabián Álvarez López

FABIÁN ÁLVAREZ LÓPEZ es madrileño de origen, y nació hace ya treinta y dos años. Licenciado en Filología Inglesa, con las especialidades de Literatura Inglesa y Literatura Norteamericana, ejerce de profesor de inglés, y aspira a doctorarse algún día, aunque no tiene prisa. Ha publicado en *Pulsar*, *Alfa Eridiani* y *El Sitio de Ciencia-Ficción*. Entre sus aficiones destacan la lectura, el cine y la cocina, y aunque no le gusta tener favoritos, se confiesa admirador de Clive Barker, Neil Gaiman, H.P. Lovecraft y Juan Manuel Aguilera.

UNA ENFERMEDAD INCURABLE

por Albino Hernández Pentón

El cáncer es una de esas enfermedades que nos enfrenta con nosotros mismos y, tal vez por eso, produce miedo. Albino sondea los sentimientos de uno de esos desheredados y las consecuencias en un posible encuentro cercano del Tercer Tipo.

A José María Tamparillas y al Taller 7.

La luz caía en jirones sobre el patio trasero del restaurante lo que le confería una apariencia de sepulcro deslustrado. Las ratas corrían por el estrecho pasillo entre los cajones y emitían chillidos furiosos. Sonreí a medias, aquello no era muy diferente a lo que veía en cada esquina de esta miserable ciudad, cada día de mi cochina existencia. Yo era un aspirante a cadáver que fumaba su último cigarrillo con la pierna derecha doblada sobre la rodilla, y el pie descansando en la pared tatuada de hollín, graffiti y manchas de grasa. El aire olía a pescado, a orines, a sexo antiguo y me traía el recuerdo de épocas mejores en las que mi cuerpo no era un colgajo pegado al esqueleto.

Desde algún lugar lejano llegó el tenue sonido de una canción que me hizo evocar el suave ronroneo de la puta de dos noches atrás. Le hice el amor como un perro rabioso entregado a una antigua venganza, pero ella no se había reído, me pasó sus dedos fríos por el cabello oloroso a comida y me besó en la frente como si yo fuera un condenado.

Y lo era.





Dí una lenta bocanada para vengarme de los pulmones. La sentencia era irrevocable. Dos cajetillas diarias a lo largo de cuarenta años son suficientes para acabar con un elefante y siempre fui una basurita de cincuenta kilos.

Lancé la colilla, una luciérnaga asesina que trazó un arco de luz en la penumbra y cayó. Un breve resumen de mi vida. Caminé unos pasos y aplasté el remanente luminoso, sin dolor, sin furia, como un acto más: vacío, carente de significado.

En ese instante escuché el quejido, provenía de un lugar cercano. Agudo, débil como el de un animal herido, muy semejante al que emitiera mi padre en sus últimos momentos. Un quejido que me trasladó, con toda su promesa de dolor, al futuro de mi lenta agonía consumido por el cáncer.

Jesús, dije, y la palabra rebotó en las paredes, como una bola de billar, mientras la luna se escondía entre trozos de nubes y la oscuridad engullía las sombras en derredor.

Reí para alejar al miedo y a su comitiva de horrores. *«Estás alucinando y eso que hace años no la pruebas»*. Me dijo la voz interior, la del Viejo Drogadicto. Lo había encerrado en la cárcel de los huesos, el día que casi mató a mi mujer y al bebé, pero aún hacía sus visitas esporádicas en momentos como este.

Volví a escuchar el quejido. El médico me había explicado que las personas con cáncer pueden sufrir alucinaciones. Encefalopatía nosequé. Si lo era, no se parecía a ninguna de las que yo había experimentado producto de las drogas.



© Adrián Vargas

La luna salió de su escondite y las sombras se movieron inquietas. Concentré la atención en una hilera de cajones. Parecían moverse, y de ellos surgía una luz como la que rodea la cabeza de los Santos. Dicen que la curiosidad mató al gato, pero a los efectos yo estaba muerto. De modo que me acerqué, separé con extremo cuidado las cajas hasta dejar un espacio libre, circular. Allí vi la mierda más extraña de mi vida. Para ser una alucinación era bastante fea. Lo de mierda no es de gratis, es que esa era la forma del bicho, la cosa, que se quejaba. Tenía color marrón, pero no hedía.

Titubeé, pero al final la cogí entre mis manos temblorosas. Total, cuando terminara el turno tendría que hacer lo mismo en los retretes. Me di la vuelta, caminé unos pasos y empujé la puerta



con el pie. En el momento en que la luz de la cocina me golpeó el rostro, vi algo parecido a nata sobrenadando en una negra oscuridad salpicada de estrellas, y muchas luces con forma de plato que se movían alrededor de una bola luminosa rodeada de anillos brillantes.

La voz se coló en mi mente.

—Puedo curarte —dijo—. Puedo salvarte.

Hasta ese momento no tenía una idea clara de lo que iba a hacer a continuación, pero la promesa implícita me hizo decidirme. Eran las mismas palabras que mi esposa había dicho cuando nos conocimos y yo padecía de melancolía. Las mismas palabras que quizás le susurraba a su nuevo amante como había hecho conmigo.

Me reí. El mundo esta repleto de estafadores, vienen en todas las formas y colores, pensé.

—¿Puedes curarme? —pregunté.

—Puedo curarte —aseguró la voz extraña.

Lo mismo me dijo el médico.

—Lástima que ya no le alcance la plata —agregó.

Promesas, como la de los políticos. Promesas de redención y una vida mejor gritadas desde la cruz y en taparrabos. Cree en mí y tuyo será el reino de los cielos. Había creído en demasiadas cosas en mi vida. En el amor, en la amistad, en la bondad. Todo había resultado ser una mentira.

—Mueve el trasero y ponte a lavar los platos —me gritó el dueño. Otro fraudulento—. Esto no es una beneficencia.

Le mostré mis manos y puso cara de asco. Creo que me gritó puerco y añadió:

—Estás despedido.

Total.

Continué mi avance, la voz insistía:

—Puedo curarte, puedo curarte. Puedo salvarte.

El ruido de los platos, la risa de los borrachos parecían venir de muy lejos. El jefe continuó con sus amenazas, pero ya yo no las oía. Nuevas imágenes acudieron a mi mente. Un mundo abigarrado en el que extrañas criaturas, en-



vueltas en una especie de niebla, extendían sus brazos y decían algo que no pude entender. Después hubo una deflagración y gritos. Pensé que ese era el final, el anticipo de la caída en el infierno.

Abrí la puerta. Hablé sólo y un tipo que se cerraba la bragueta me miró. Sus ojos decían: este tipo está loco.

Avancé por el sucio pasillo.

—¿Puedes curarme? —pregunté.

La voz contestó, seria:

—Puedo.

—Ya estoy muy crecido para creer en milagros. Mi mal no tiene cura —dije, y vacié las manos.

Chapoteó.

Heces entre heces.

Mi alma nadaba en el fondo.

—Sálvate a ti misma —dije. Jalé la cadena y salí.

La puerta quedó cerrada, como antes.

© *Albino Hernández Pentón*

ALBINO HERNÁNDEZ PENTÓN nació en Cuba y vive en Perú desde hace unos diez años; es médico y escribe relatos intensos en los que sus conocimientos de medicina juegan muchas veces un rol fundamental. Este cuento surgió a partir de un ejercicio que se dictó en el taller 7 y no habría sido posible sin el apoyo entusiasta de todos sus integrantes. En especial Paula Salmoirhagi, Félix Amador, Carlos Duarte y muchos otros que el espacio no me permite mencionar. Por supuesto, los errores que aún persistan son de mi responsabilidad.



LA PLAGA

por Alfredo Álamo

Desde que apareció la humanidad, hemos estado luchando para preservar nuestro entorno para eliminar a aquellos seres vivos que suponen una molestia para nuestra vida o los negocios. No extraño que este tema sea abordado por la humanidad.

El día en la central había sido agotador. Tres de sus mejores informes rechazados, una amonestación verbal de su supervisor; las horas se habían hecho eternas tras su terminal de control en el espaciopuerto. Afortunadamente, ese día tuvieron pocos vuelos.

Los niveles de contaminación en el exterior eran aceptables, pudo recorrer el trayecto hasta su casa dando un largo paseo. Las naves despejaban en la lejanía dejando un rastro de humo gris.

—Cariño, ya estoy en casa —dijo en voz alta al abrir la reja del jardín.

Al entrar, todo estaba en silencio. Probablemente ella estaría en casa de los vecinos, tomando algo. Últimamente pasaba mucho rato allí, pensó reprochándose sus largas ausencias en el trabajo. Miró su portafolios lleno de notas y apuntes y lo dejó en la estantería, lo más alejado posible de su vista. Un ruido le llegó desde la cocina.

—¿Cariño? —preguntó inquisitivo.

No hubo respuesta. Algo sonó al caer al suelo.

—Ya estoy aquí —dijo abriendo la puerta de la cocina.

La puerta del refrigerador estaba abierta. La mayor parte de la comida estaba tirada por el suelo; los armarios abiertos, las sillas volcadas. La puerta trasera estaba forzada y desencajada de sus goznes. Alguien había entrado en la casa. ¿Y si había sido uno de ellos? La idea le produjo un escalofrío. ¿Y ella? La preocupación inundó su rostro. Rebuscó los cajones en busca de algo afilado, encontrando un cuchillo largo. Recordó las frases de su esposa pidiéndole que comprara un arma, asustada como estaba por la



© Carlos García Revilla



proximidad a las naves. Pero él no quiso, ¿para qué un arma? Otro ruido lo sacó de su ensimismamiento, venía del sótano. La puerta también estaba abierta.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz temblorosa, asomándose a las escaleras mientras daba la luz.

Cuando los tubos incandescentes se calentaron, un montón de cajas se derumbaron. Está allí abajo, pensó. Lo más lógico habría sido atrancar la puerta y llamar a Control de Especies, pero la idea de que la hubiera atrapado pudo más que su pensamiento racional. Con el cuchillo por delante, bajó las escaleras. En el sótano le esperaban años de trastos amontonados, ahora dispersos por el suelo. Un grito le hizo girarse hacia la parte de debajo de las escaleras. Allí estaba. No era el primero que veía, en las terminales era frecuente ver a los equipos de seguridad capturar a alguno. Al principio se colaban en las naves que hacían escala en su planeta, pero luego se expandieron por casi todos los lugares donde paraban. No eran primitivos del todo, pero no sabían hacer nada cualificado. Por norma eran violentos, recordó aferrándose al cuchillo.



© Adrián Vargas

—¡Sal de ahí! —le gritó inclinándose para ver si su mujer estaba allí, sin resultado.

El ser se arrastró fuera de su escondite, llevaba comida en las manos. Parecía famélico. Se le notaban todos los huesos marcados por el cuerpo. Dejó la comida en el suelo y levantó las manos con las palmas hacia fuera.

—No, no —balbuceó—. Yo bueno. Hambre.

El aspecto fiero que había supuesto se fue desdibujando para encontrarse con un pobre animal hambriento. Estaba tan delgado que a duras penas podía moverse, era imposible que le hubiera hecho algo a su mujer. Bajó unos grados el cuchillo.

—Come algo —dijo pensando si llamar a las autoridades—. Come —le insistió señalando con el cuchillo.

Eran realmente inteligentes, pensó mirando cómo recogía de nuevo la comida y empezaba a engullir. No sólo sabían algunas palabras, había un brillo de conciencia tras esos ojos acuosos. Se quedó mirando cómo comía un buen rato, sólo el ruido de la puerta de arriba le devolvió al mundo real. Si ella lo veía se pondría histérica. Subió corriendo las escaleras para cerrar la puerta. Cuando llegó a la cocina, ella ya tenía el comunicador en la mano.



—¿Qué ha pasado? —le preguntó nerviosa— ¡Mi cocina está hecha un asco!

—Deja el comunicador y te lo cuento —intentó tranquilizarla—. No es nada grave.

—¿No? —chilló— ¿Y porqué llevas un cuchillo en la mano?

—Prométeme que no te vas a poner nerviosa —dijo bajando el tono.

—¿Y porqué no debería ponerme nerviosa? —se enfadó ella—. Dime qué pasa, ¡dímelo!

Él reculó un poco y trató de encontrar las palabras adecuadas. Unos golpes sonaron en la puerta del sótano.

—¿Qué pasa? —chilló ella— ¡Dime qué pasa!

—Tenemos una rata espacial en el sótano —dijo en tono casual.

—¿Una rata espacial? ¿Has llamado a control de Plagas?

—No, no. No hace falta, cariño. No pasa nada, es un animal tranquilo. Sólo estaba hambriento.

—No estarás pensando en quedártelo, ¿verdad? —preguntó la mujer con tono suspicaz—. ¡Si ni siquiera sabes prepararte la comida!

—Pero mujer... —dijo ya con resignación.

—Ni mujer ni nada. Ahora mismo llamo a control de plagas para que vengán a llevárselo.

Activó el comunicador y marcó el número. Él se acercó a la puerta del sótano, se podía oír cómo rascaba la madera. Daba verdadera pena. Pero era demasiado tarde, los de control llegarían en un par de minutos, se tomaban muy en serio lo de la inmigración ilegal.

—Lo siento, chico —murmuró junto a la puerta mientras su mujer colgaba el comunicador.

—Me han dicho que esto contará para nuestra posición anual —dijo la mujer.

—Que bien —sonrió el, falsamente.



—Así seguro que nos conceden el transporte, como a nuestros vecinos —comentó con sarcasmo.

Ya estaba otra vez. Los vecinos esto, los vecinos lo otro. Le tenía harto, ¡harto! Lo último que deseaba era convertirse en sus vecinos, los perfectos. Una idea se coló en su mente.

—¿Sabes qué te digo? Que a la mierda los vecinos.

Y, de un golpe medido, desatrancó la puerta del sótano. Al principio, no pasó nada; unos segundos después, la hoja se abrió lentamente. La mujer se acercó a su marido enfadada, pero antes de que pudiera decirle nada, la rata espacial salió al exterior. Miraba aturdida a su alrededor, con los músculos en tensión. Inspeccionó de nuevo la cocina ante la mirada atónita de la pareja.

—¿Ves como no pasa nada? —le susurró a su esposa.

Las sirenas de control de plagas hirieron sus oídos junto con el sonido de los propulsores. Toda la casa parecía temblar. La rata pareció enloquecer, empezó a rebuscar en los cajones hasta encontrar el de los cuchillos, donde cogió el primero que había. Su rostro cambió, parecía realmente feroz. Miró con ira el comunicador que todavía llevaba ella en la mano y la atacó. El hombre se interpuso en su camino, recibiendo una puñalada en el costado. Una detonación se superpuso al resto de sonidos agudos, la cabeza de la rata se despedazó en mil pequeños trozos que volaron a estrellarse contra las paredes. Un agente de control de plagas atravesó el dintel con el arma aún humeante en las manos.



© Carlos García Revilla

—¿Están bien? —preguntó tras su máscara protectora.

—¡A mi marido lo han acuchillado! —gritó ella.

—No lo entiendo, no lo entiendo... —mascullaba el herido en el suelo.

—No habrán estado jugando con la rata, ¿verdad? —dijo el agente aplicándole los primeros auxilios.

—Estaba tranquilo y de repente, agarró el cuchillo... ¡Casi nos mata! —dijo ella.



—¿Y que esperaba de un humano? ¿Palmaditas en la espalda? —dijo el agente frenando la hemorragia de sangre azulada que se derramaba por el suelo—. Tiene suerte de que llegáramos a tiempo. Son una verdadera plaga.

© 2005 Alfredo Álamo

Alfredo Álamo, Valencia (1975). Es una joven promesa que ya ha publicado en diversos medios digitales como [Axxon](#), [Tau Zero](#), [Qliphoth](#), [Ma-Ycro](#) y [Alfa Eridiani](#) y otros en papel como [Fobos](#) y [Revista 800](#), está última también accesible desde Internet, tratando de hacerse hueco en la literatura de anticipación y fantasía. Entre sus logros más recientes se encuentra el haber ganado los Ignotus 2004 (*APOCALIPSIS RELATIVO*) y 2005 (*QUIERO SER COMO BELA LUGOSI*) por sendas poesías. En 2005 también ganó otro Ignotus por su tiracomica *LA LEGIÓN DEL ESPACIO*. Ha sido seleccionado para las antologías Visiones 2004 y Fabricantes de Sueños 2005.



Poesía

EPÍLOGO Y OTROS POEMAS

por Miguel Ángel López Muñoz

Miguel no suele escribir poemas, y por ese motivo pensó, esperanzado, que podría apartarse del estilo tenebroso que caracteriza sus relatos. No ha sido capaz. Sus temas predilectos están ahí: el fin del mundo, la crueldad del ser humano, los héroes caídos, la admiración secreta a los malvados.

EPÍLOGO

Llueve la sombra del cielo
y bajo un dulce olor carmesí
mi carne y mis sentidos se funden
en el instante cuántico de la nada.

Las palabras manipuladas
la moral establecida
regresan plácidos al olvido
del efímero núcleo de hidrógeno.

El principio de exclusión de Pauli
al final nos excluyó a nosotros.

DICTADURA FINAL

El mundo está a mis pies
y las ucronías cerradas
ya no hay modo de borrarne
soy eterno, superior a las dimensiones.

El destino y yo somos uno
mi conciencia se expande como el Big Bang
estoy en todas las voces, en todas las almas
soy tu espacio exterior y tu negrura interior.

Soy inexpugnable, inabarcable
inagotable, indestructible.

Soy objeto y ser, llave y cerradura
positivo y negativo, algebraico y trascendente





y tú sólo eres
una mota
que como el viento
disperso
en el mar
de mi mente.

PERVERSIÓN

Ha muerto un millón de veces
en los últimos diez segundos.

A la vista de las estrellas
rutilantes y engréidas
sus enemigos observan,
fuego en las entrañas,
acechan, aguardan el ocaso
y al fin, le tienden la mano.

Cortes profundos, sangre espesa
y se mezclan los líquidos
como se disuelven los ideales.

Ahora me mira con otros ojos
vestigio de lo que encerraron detrás
y me ofrece asideros
afilados como cuchillas.

Expectante me agarro
pero no soy yo el que está al final del brazo.

DOCTOR MUERTE

Una máscara cubre su rostro
de cicatrices y magia perdida
pero ha resurgido más veces
que imperios ha habido sobre la Tierra.

La mente de un monarca y el cuerpo de un guerrero,
la ambición de un Titán y el dolor de un niño
gitano, perdido a su suerte
en el frío suelo latveriano.

Nada escapa a su sed de conocimiento



física de muones y ojos de Agamotto.

Ha visto caer lejanos universos
ha visto el esplendor del infierno
ha doblegado la voluntad de gigantes
y dominado futuros ciberespaciales
pero aún desconoce
su negro corazón
que tras la impenetrable armadura
suplica y busca redención.

© *Miguel Ángel López Muñoz*

MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ MUÑOZ. Madrileño, nacido en 1981, licenciado en ciencias matemáticas, escritor de ciencia ficción y fantasía. Estilo predilecto: relatos y novelas cortas con marcado tono fatalista. Obsesiones: divulgar las matemáticas. Influencias: Asimov, Ellison, Simmons, Chandler. Relatos y colaboraciones: *NGC 3660*, *Alfa Eridiani* y *Golwen*, entre otras. Una frase: la ciencia ficción es la poesía del científico y la fantasía es la ciencia del poeta.



MI CEREBRO

por J. Javier Arnau

Los cyborgs, seres mitad máquina, mitad ser biológico, son un tema recurrente. Javier Arnau explora las sensaciones de un humano convertido en cyborg.

© Pat Mac Dougall

MI CEREBRO

por J. Javier Arnau

Los cyborgs, seres mitad máquina, mitad ser biológico, son un tema recurrente. Javier Arnau explora las sensaciones de un humano convertido en cyborg.

MI otro yo,
Mi identidad escondida
En el fondo de mi cerebro,
Mi hermano violento.
Descarga de energía
Enlazando los sistemas,
Neuronal y Cibernético,
Empático y Adaptativo.

Un ordenador
En el fondo de mi psique,
Compartiendo
Departiendo
Impartiendo
Compartiendo
Entre él y los restos
De mi cerebro orgánico
Perdido en una batalla,
Reconstruido en una mesa
De cadena de montaje.
Componentes cibernéticos
En dura pugna
Con entidades biológicas.

MI otro yo,
Mi cerebro de gravitrones
Tomando posesión
De mi parte animal;
Sensaciones
Opresiones
Elección de pensamiento,
De líneas que convergen
En una solución adaptativa:
Descarga de energía,
Mi hermano violento
Tomando posesión
De mis acciones
Elecciones
Violencia descontrolada

Ensamblado
Creado
En una cadena de montaje
Asamblea en mesa
En el fondo de mi cerebro
Gravitrones
Neuronal
Empático y Adaptativo.
Sensaciones
Opresiones
Desde el fondo de mi psique
De mi parte cibernética
Y animal.

Líneas que convergen,
Elecciones
Opresiones
Violencia descontrolada
Por mi yo secreto
Creado
Caja tras caja
De tejido neuronal,
Enlazando neuronas
Electrones y gravitrones
Desde el fondo de mi psique.

Diverge
Ensurge
Converge
En el punto de separación,
En la mesa de elección
Adaptativa y descontrolada
En que se ha convertida
Mi cerebro
Reconstruido
En el fondo
De mi psique.

© J. Javier Arnau

A J. Javier Arnau por la creación de estos poemas de Alfa Eridiani,
por lo que se pueden consultar sus poemas en: www.alfairidiani.com
Recomendamos la publicación en NUCLEON (poesía),
Canción Para la España CD (poesía), El Parnaso (poesía de Ulises),
Opción nº 19 (poesía),
y hay necesidad urgente para publicar, además de estar en algunos de los principales suplementos,
poemas y traducciones en El Financiero (poesía de alta calidad lírica),
Nacionalista (poesía), Tierra de Arroz (poesía) y Músicas (poesía, y artículos).



MI otro yo,
Mi cerebro de gravitrones
Tomando posesión
De mi parte animal;
Sensaciones
Opresiones
Elección de pensamiento,
De líneas que convergen
En una solución adaptativa:
Descarga de energía,
Mi hermano violento
Tomando posesión
De mis acciones
Elecciones

MI otro yo,
Mi cerebro de gravitrones
Tomando posesión
De mi parte animal;
Sensaciones
Opresiones
Elección de pensamiento,
De líneas que convergen
En una solución adaptativa:
Descarga de energía,
Mi hermano violento
Tomando posesión
De mis acciones
Elecciones

MI otro yo,
Mi cerebro de gravitrones
Tomando posesión
De mi parte animal;
Sensaciones
Opresiones
Elección de pensamiento,
De líneas que convergen
En una solución adaptativa:
Descarga de energía,
Mi hermano violento
Tomando posesión
De mis acciones
Elecciones



© Pat Mac Dougall

Líneas que divergen
Violencia descontrolada.

Ensamblado
Creado
En una cadena de montaje.
Asesino en serie
En el fondo de mi cerebro
Gravitrónico
Neuronal
Empático y Adaptativo.
Sensaciones
Acciones
Desde el fondo de mi psique,
De mi parte cibernética
Y animal.

Líneas que convergen.
Elecciones
Opresiones
Violencia controlada
Por mi yo secreto
Oculto,
Capa tras capa
De tejido neuronal,
Enlazando mesones
Electrones y gravitrones
Desde el fondo de mi psique.

Diverge
Emerge
Converge
En el pozo de sensaciones,
En la sima de elecciones
Adaptativas y descontroladas
En que se ha convertido
Mi cerebro
Escondido
En el fondo
De mi psique.

© J.Javier Arnau

A J. JAVIER ARNAU ya lo conocemos de otros números de Alfa Eridiani, por lo que se pueden consultar sus datos en ellos, y en su blog <http://jjarnau1.blogspot.com/> . Recientemente ha publicado en NGC3660 (poesías), Cuentos Para la Espera C30 (relatos), El Parnaso (reseña de libros), Qliphoth nº 19 (poesías), y hay material suyo listo para editarse, además de repetir en algunos de los nombrados (microrrelatos, poesías y reseñas), en Efimeros (poemario de ciencia ficción), Necronomicón (relatos), Tierras de Acero Magazine y Miasma (relatos, poesías, y artículos).



PITÁGORAS Y OTROS POEMAS

por Antonio Mora Vélez

De sobra es conocida la faceta humanista de Antonio Mora Vélez. Hoy hace honor a esa faceta cantando las glorias de Pitágoras y del Sphairos de Empédocles y haciendo un guiño a los esotéricos de la antigüedad.

PITÁGORAS

Por la sabiduría del fuego
que hoy todos conocemos,
sabías que el hombre surca
de la mano de Cronos
las distancias siderales.

Dijiste que la cantidad
es la esencia,
que los números definen
la forma de los seres,
su evolución y su destino
y le enseñaste a tus discípulos
la figura y la fórmula del vuelo.

Supiste también que la armonía
es el lenguaje de los astros,
la razón del cuerpo que se mece,
el hilo conductor de la belleza
y la puerta de entrada al castillo
del poder que mueve
las poleas del amor
y de todo lo visible.

Pensaste en el alma sutil
de cada mundo,
en ese hogar etéreo que lleva
por los ríos eléctricos del cosmos
el mensaje del espíritu
y que se nutre de la fuente
siempre viva del origen.

En algún lugar de Menfis
aprendiste que el ser humano es
un grano de polvo
en un tapete de energía interminable,
apenas un instante



una esperanza vestida de vida
en esta danza eterna del fuego
de los dioses

EL DIVINO «SPHAIROS» DE EMPÉDOCLES (Antes del Big Bang)

Eres el fuego de oriente
preparándose para desplegar su horno.

En alguna de tus playas
se broncean los quarks,
esos pequeños seres de luz
que de tiempo en tiempo
deciden meterse
en este juego de Dios
para soldar la materia
de que está hecho el hombre.

EL KYBALIÓN.

“Como arriba es abajo; como abajo es arriba».

Así como es abajo es arriba.
Somos hijos de la misma fragua
y en cada uno de nosotros
hierve el mismo caldo del Sol
y luchan las mismas fuerzas
que le dan color y ritmo al universo.

Así como es arriba es abajo.
En cada átomo vibra el cosmos
y la gravedad de las partículas
se encarga de explicar
la mecánica del mundo que se abre.

© Antonio Mora vélez

ANTONIO MORA VÉLEZ va siendo un habitual de nuestras páginas. Este abogado colombiano ha sido docente y Decano de Educación en la Universidad de Córdoba. En la actualidad es Director de Bienestar de la Corporación Universitaria del Caribe de Sincelejo. Ha sido publicado en numerosos medios tanto impresos como electrónicos. Ha ganado varios premios de literatura y su nombre figura en *THE ENCYCLOPEDIA OF SCIENCE FICTION* de John Clute y Peter Nicholls (New York, 1995, página 696).



Novelas

PRONÚNCIESE «MÍRAK»

por Salvador Badía

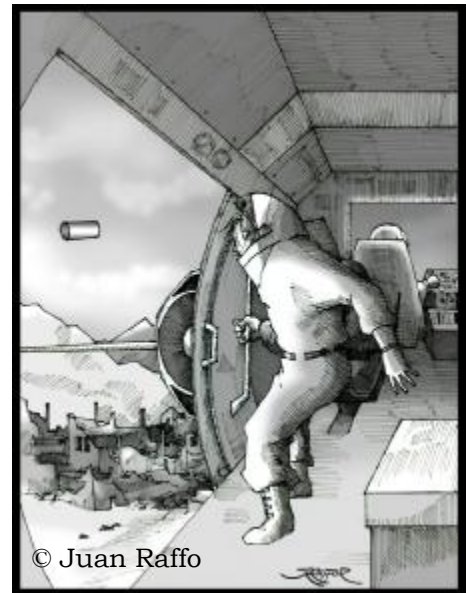
Puede que la estupidez y la falibilidad no sean cualidades exclusivamente humanas: ¿cuántos contactos entre civilizaciones humanas han estado llenos de malos entendidos e inocentes y letales regalos? Quizá ocurra igual en próximos contactos.

I

Al contrario que a sus compañeros, a Celeste Mirach no le resultaba incómodo el fresco viento que azotaba su rostro, asomada a la portezuela abierta del navegador aéreo que sobrevolaba el húmedo paisaje alpino. A pesar de que jamás había volado en uno de aquellos vehículos y de que rachas de fuerte viento lo agitaban en ocasiones, permanecía de pie en el vano con toda la firmeza que podía, confiada plenamente en el arnés que la enlazaba al riel de seguridad y que recorría toda la bóveda del habitáculo.

El viento y los bamboleos no hacían sino acentuar el vertiginoso éxtasis que la embargaba por completo. No en vano había esperado toda su vida un momento como aquél; había sacrificado toda su vida personal para dedicarse en exclusiva a su carrera académica y profesional. Con su reclusión voluntaria entre libros, ordenadores, exámenes, conferencias, entrevistas, despachos y laboratorios, había perdido buenos amigos, novios, compañeros y amantes; sólo había podido consolarse del fallecimiento de sus padres con su hermana y su pequeña sobrina, a la que quería como si fuera su hija y malcriaba como si fuera su nieta... las escasas veces que la visitaba.

Sus relaciones sociales eran relaciones profesionales y cuando le llegaba el hastío lo combatía con fiestas pasadas de rosca y viajes lejanos y exóticos, presuntamente emocionantes y generalmente huecos, desprovistos de una sola razón para repetirlos.



© Juan Raffo



Su trabajo era su pasión y le ocupaba toda la vida. Sabía que era buena, pero quería ser la mejor. Deseaba halagar su propio y pequeño ego.

Celeste Mirach, joven y ansiosa, como si el tiempo fuera su enemigo, quería ganarse el respeto y la consideración profesional de aquellos personajes cuyos trabajos había estudiado, que le servían de referencia, que admiraba. Y ello la impulsaba a trabajar con denuedo acumulando material, documentación y contactos que, algún día, le permitirían concluir su propio trabajo cuya metodología y resultados merecerían el respeto y la consideración de sus colegas, convirtiéndose en referencia para ellos y los que vinieran después: *el informe Mirach, la fórmula Mirach, el método Mirach, el teorema de Mirach...* Su nombre en todos los buscadores de las redes o, mejor aún, en el colmo del prestigio académico, en tipos negros sobre el papel blanco satinado de las enciclopedias de las bibliotecas; y todos los artículos, todas las entradas, encabezadas con su nombre:

«Mirach, Celeste (pronúnciese «Mírak»)»

—¡Allí arriba! —exclamó Ireneo, algo más atrás que ella, señalando a lo alto del cielo del atardecer.

Celeste salió de su ensimismamiento y entornó los ojos al mirar arriba. Ireneo la asió del brazo, temeroso de que fuera a caer, tal era la decisión con la que ella se asomaba; pero se desembarazó de él y alzó los prismáticos, localizando el objeto en el tembloroso campo de visión: una lejana mota oscura que contrastaba con un cielo azul límpido entre los claros de los cúmulos, algodonosos y coloreados de tonos cálidos.

La profunda sospecha de que todo debía de ser una gran broma o un gran error casi se disipó del todo, convertida en testigo de la entrada en la atmósfera terrestre del primer vehículo espacial proveniente del exterior del Sistema Solar. Ella iba a tener el privilegio de dirigir al equipo de prospección que tendría el primer contacto con la avanzadilla de una civilización extraterrestre.

No cabía duda de que era una oportunidad mucho más trascendente de lo que jamás hubiera imaginado, sobrepasando ampliamente cualquier aspecto personal.

Celeste inspiró y espiró varias veces, pues la disparidad de las sensaciones aceleraba su emocionado corazón: por un lado, casi creía sentir el peso de la enorme responsabilidad que sobre ella recaía, aunque la aceptaba de buena gana, incluyendo el minucioso examen al que la sometían los componentes del Control de la Misión, prestos a crucificarla si se equivocaba. Pero le compensaba el ejercicio de la dirección del equipo; de ser ella la primera que se acercaría al *Artefacto*, como todo el mundo lo llamaba; de ser el primer ser humano que el o los visitantes encontrarían.



Intentó sosegar: los parámetros vitales de todos y cada uno de los integrantes del equipo de prospección era monitorizados y no quería que la creyeran excesivamente alterada.

Le dio a Ireneo un capón en el casco y le gritó:

—¡Traza su rumbo!

Ireneo se retiró hasta uno de los cuatro operadores informáticos, sentados ante sus consolas repartidas de dos en dos contra el fuselaje del navegador, para observar los indicadores. Era redundante hacerlo porque Celeste sabía que, desde el Control de la Misión, hacían lo mismo con sus radares, pero sentía la necesidad de hacerlo... o de ordenarlo.

Ireneo le gritó el rumbo estimado y ella se acercó a la cabina, llamando la atención del piloto con otro capón sobre su casco para gritarle que mantuviera el curso.

—¡No hace falta que grite! —le dijo éste por el canal de audio interno, con cierta irritación—. ¡Diga *piloto* antes de hablar y la oiré perfectamente, aunque esté en la otra punta de la nave! ¡La electrónica conmutará los canales sola!

Celeste ignoró el comentario impertinente y regresó a la portezuela. Nada acostumbrada a los rígidos procedimientos que se habían establecido para la ocasión, casi militares, necesitaba liberar la ansiedad de alguna forma. A Ireneo le ocurría igual, así que se gritaban.

Era el momento de hablar con el Control de la Misión. Carraspeó y procuró entonar una voz seria y formal. Se hizo la ilusión de creer que allí todos estarían pendientes de sus palabras, como si no tuvieran cientos de artilugios para seguir la pista del objeto aunque no hubiera ningún testigo personal.

—¡Control de la Misión, aquí Mirach: contacto visual con el Artefacto! —anunció ceremoniosamente. Radió a continuación la hora exacta, su rumbo supuesto y...— ¡ejem!, *piloto*, ¿nuestra posición y rumbo?

El Control de la Misión contestó con un escueto *recibido* y continuó a la expectativa.

Se asomó de nuevo y miró atrás: veía desde allí a uno de los dos navegadores aéreos que los acompañaban, cargados al completo de material y operarios,



© Jorge Luis Vilá



oscilando en las corrientes de aire. Algo más allá, divisó parte de la escolta: pequeños navegadores militares armados hasta los dientes, pues aquella parte del planeta había estado sumida en guerras hasta no hacía muchos meses. Sólo la interposición de los poderosos permitía una precaria paz y no había garantía alguna de controlar a los descontentos, los fanáticos o los desconfiados.

Varios cientos de equipos de prospección como aquél estaban prestos a abalanzarse sobre el Artefacto en cuanto se decidiera a entrar en la atmósfera. Había permanecido en órbita días desde su llegada a la Tierra sin que nadie supiera muy bien qué iba a ocurrir: cuánto tiempo permanecería así, si se marcharía o si aterrizaría en algún lugar y dónde.

Durante aquel período de incertidumbre se hicieron infinidad de suposiciones, alguna de las cuales provocó cierta leve crisis pasajera de *histeria de invasión alienígena*, hasta que por fin el Artefacto accionó sus motores, abandonó su estacionamiento orbital y penetró en la atmósfera, dispuesto a aterrizar. Y, de toda la superficie del planeta, lo haría en el área asignada a Celeste Mirach como directora de equipo, una región en la que ella jamás había estado, devastada por una guerra a la jamás había prestado atención, salvo en los inevitables titulares de las noticias, y que jamás había entendido sino como otro caso de ambición y estulticia política.

Había llegado allí días antes. Su grupo había quedado instalado en el aeropuerto, en un gran hangar acondicionado por las fuerzas de pacificación. No salieron de él en diez días, repasando una y otra vez el protocolo de prospección y el material embarcado, recibiendo charlas, informes, memorandos... tal sinfín de información que incluso ella creyó que no podrían absorberla y, además, sin ninguna seguridad de que efectuaran la salida.

Pero recibieron la orden de despegar. Dios, el azar, el destino, o aquello en lo que cada uno creyera los había elegido a ellos. Celeste apenas se lo creía pero, obviamente, alguno de los equipos debía ser el afortunado. Estaba entusiasmada.

Durante el vuelo tuvo oportunidad de ver algo de aquel país: pueblos arrasados, casas arruinadas, puentes destruidos, vehículos carbonizados, tiendas de campaña... Pero no pudo detenerse mucho a reflexionar sobre lo que veía: la lista de verificaciones con el Control de la Misión era demasiado larga para ello. Y, de todas formas, aun sobrevolando los escenarios de la guerra, aquella región, aquel conflicto y aquel pueblo le seguían pareciendo remotos. Cuando por fin completó las obligaciones y ya sólo debían esperar a que el Artefacto apareciera, volvió a echar una ojeada, pero para entonces se encontraban sobre un agreste y solitario paisaje alpino, remojado por las lluvias otoñales del día anterior.



Celeste olvidó el olor a tierra húmeda que creía percibir, a pesar de la altura, y observó el Artefacto con los prismáticos, a pesar de lo mucho que le costaba centrarlo en su campo.

—¡Control de la Misión, empieza a descender! —anunció.

Se recreó por un instante en aquel paraje: demasiado abrupto y agreste para un buen aterrizaje. Todos se habían hecho muchas preguntas y a ella se le ocurrían varias: ¿por qué había decidido caer allí? ¿O, simplemente, se había dejado caer en cualquier sitio? ¿Cualquier sitio incluiría el mar? ¿Cómo se las arreglaría entonces? ¿Cómo controlaría el descenso? ¿Qué haría una vez en tierra...?

Sí, todo el mundo tenía muchas preguntas que hacer y quería examinar aquel vehículo minuciosamente en busca de respuestas. Hasta entonces, y a la espera de su turno, lo que más le preocupaba a Celeste era que el Artefacto aterrizara y de una pieza.

Por supuesto, esto no dependía ni de ella ni de nadie en todo el planeta, sino de su programa de control —nadie esperaba firmemente que estuviera tripulado—, del que sólo cabía esperar que funcionara tan bien como lo había hecho hasta ese momento tras cruzar el espacio interestelar.

El navegador descendió bruscamente, sacudiendo a todo el mundo que no se hallaba firmemente asido, como ella: por un momento, pendió del vacío. Los prismáticos habrían acabado seiscientos metros más abajo de no llevar colgados del cuello.

—¿Qué ha pasado? —preguntó algo asustada, mientras el aparato se remontaba.

El piloto no la oyó pero, suponiendo la reacción del pasaje, aclaró a todos:

—Un bache aéreo... Hay bastante viento...

Demasiados nervios para Celeste, sin nada que hacer de momento más que esperar.

—¡Pásame un chicle! —le gritó a Ireneo

Él hurgó en uno de los bolsillos de su traje de contención biológica, de amarillo y rojo fosforescentes, idéntico al del resto del pasaje: nadie se arriesgaría a llevarse desagradables sorpresas microscópicas y ésa era la razón que había determinado la presencia allí de Celeste y de muchos otros colegas suyos en el resto de equipos. Ireneo sacó un paquete sin empezar y se lo ofreció entero; ella se metió dos piezas en la boca, guardando el resto en uno de los bolsillos del suyo.



Volvió a asomarse, afirmando los pies y mirando al cielo: el fuselaje del navegador estaba completamente fuera de su campo de visión, así que tenía la embriagadora impresión de encontrarse en un vuelo libre; de hecho, si por cualquier circunstancia el arnés de seguridad fallase, tuvo la certeza de que no sería consciente de ello hasta una milésima de segundo antes de despeñarse en el abrupto paisaje.

¡Era sensacional!

Se dejó llevar por esa sensación durante unos segundos y volvió a echarle un vistazo al Artefacto con los prismáticos:

Ahora podía verlo con más claridad, cuando iniciaba el descenso en caída libre, indicándolo al Control. Desde allí aún no parecía muy impresionante, pues no tenía con qué compararlo: se asemejaba mucho a un depósito de gas, cilíndrico con los extremos achatados, y aparentaba ser de tonos oscuros.

Celeste se preguntaba cómo controlaría el vuelo o, al menos, el frenado. Se apartó de la cabeza el desagradable e irónico pensamiento de que éste no funcionara y se hiciera papilla contra la superficie del planeta al que había tardado en llegar... ¿cuántas décadas, o siglos, o milenios?

Masticó con furia: se había comentado en las reuniones previas que, evidentemente, la inteligencia creadora de un aparato que había cruzado el espacio interestelar tendría que haber tenido en cuenta cómo aterrizaría en el punto de llegada, fuera cual fuera éste. Sin embargo, ella formaba parte de los que se apresuraron a señalar que presumir la infalibilidad de la inteligencia creadora por el mero hecho de poseer dicha inteligencia, era ingenuo. Era indudable que podrían cometer errores. Además, durante el largo viaje interestelar, el Artefacto podría haber sufrido cualquier tipo de desperfectos causantes de cualquier funcionamiento anómalo durante el descenso.

El Control de la Misión volvió a ponerse en contacto con Celeste:

—Hemos captado emisión electromagnética del aparato —le anunciaron—. Debe estar radiando datos sobre su aterrizaje.

Celeste sabía que alguien aventuraría que quizá aquella emisión no estuviera orientada al remoto punto de origen de su viaje, sino a algún tipo de nave nodriza que la acompañara varias unidades astronómicas de distancia más atrás y que podría efectuar tanto el papel de *estación repetidora* como el de *transporte pesado de desembarco*.

Sonrió imaginándose a todos, en el Control, locos buscando de nuevo la *supernave galáctica invasora*, al más puro estilo paranoico de películas de ciencia-ficción de los años cincuenta.



Ireneo la sorprendió con aquella sonrisa y supo perfectamente lo que estaba pensando: ya bromearon y se rieron a carcajadas días atrás, parodiando juntos las más memorables escenas de las películas que tenían como argumento la terrible invasión extraterrestre de marcianos cabezones. Como la gran mayoría de científicos, y en contra de la opinión de algunos políticos, empeñados en demostrar su soberana estupidez también en esta cuestión, ninguno de ellos creía que una civilización extraterrestre derrochara tiempo y energía en cruzar los años-luz para someter al planeta Tierra y a sus habitantes humanos, o para exterminarlos, o para secuestrar a solitarios miembros de la especie, habitantes de remotos lugares, con la perversa intención de meterles algo por el culo.

—Pero, ¿y si de verdad viene acompañado? —le había preguntado Ireneo.

Celeste no había querido perder el tiempo (y, aunque hubiera querido, no le habrían dejado). Había exprimido al equipo desde que se hiciera cargo de él. Al acomodarse en su hangar aún lo machacó más. Por fin, en algún momento, se dio cuenta de que Ireneo no estaba mal: mediana estatura, cuerpo robusto, rostro varonil, mirada golosa y viva, aire de seguridad y docilidad bajo su mando. Le gustaba, así que se lo tiró en una de las cabinas de ducha, una noche, muy tarde, a la luz de los fluorescentes.

Luego él le hizo esa pregunta y ella no quiso complicarse.

—Pues aprovechemos, por si acaso.

Así que se lo volvió a tirar y esa segunda vez le duró más, aunque no mucho más. Al día siguiente se hizo la sueca cuando, después de volcar toda su frustración en el equipo, oyó que alguien murmuraba que iba mal follada. No se lo tomó a mal: tenía razón.

Celeste echó una ojeada al paisaje. Habían dejado atrás los riscos, las peñas y las cumbres y sobrevolaban una altiplanicie de arboledas ralas y prados encharcados. Luego volvió a observar el descenso del Artefacto. Sin duda, desde su altura podrían verse los efectos de la pasada guerra: pueblos llenos de escombros, campos abandonados, caminos cortados...

—¿Crees que es el mejor lugar para aterrizar por primera vez en nuestro planeta?

Ireneo quizá tan sólo reflexionaba en voz alta, pero estaba a su lado y ella lo oyó.

—Los humanos somos así y de nada serviría esconderlo —respondió—. Quizá ellos también se maten entre sí y nos comprendan. Quizá la inteligencia, la codicia y la ambición vayan unidas. Si ellos son inteligentes, quizá también sean ambiciosos y quizá...



Celeste no terminó la frase, interrumpida por el Control:

—¡Mirach, guárdese ciertas reflexiones! —la reprendieron.

Debían de haberla tomado por alarmista insinuando la supuesta invasión y sometimiento de la Humanidad. ¡Qué tontería! E Ireneo ni siquiera parecía haberla oído. Se regañó a sí misma: debería dejarse de especulaciones y transmitir serenidad y rigor. El furor pasó inmediatamente: al levantar de nuevo los prismáticos, tuvo algo que radiar:

—¡Control, el Artefacto ha desplegado tres paracaídas! Además... ¡observo cambios en el fuselaje! —Las oscilaciones del navegador y el temblor de su pulso no le permitían contemplar con comodidad los detalles. Dejó de masticar el chicle, para que el movimiento de la mandíbula no molestara aún más—. Sí, parece que también ha desplegado algo a largo del perímetro. Parece... sí, parecen aletas, unas ocho o diez sí, son como, no, son alerones de frenado, como los aviones.

Pensaba que, tratándose de una civilización extraterrestre, quizá algo en el aparato la sorprendería, algo revolucionario, algo nunca visto ni imaginado. Pero, en fin... Unos paracaídas y unos alerones de frenado eran rudimentarios pero eficaces. Suponía.

Celeste echó una ojeada allá abajo: aparte de unos crestones de roca blanquecina, que afloraban como arrecifes en un mar verde con islas de árboles, tuvo la impresión de que ese sitio parecía lo suficientemente llano para aterrizar, tan buen sitio como cualquier otro... siempre y cuando evitara aquellas rocas.

La escolta se había alejado para reconocer el terreno y los navegadores comenzaron a dar vueltas en círculo, cuyo centro era atravesado por la trayectoria prevista del Artefacto, de la que Ireneo estaba constantemente pendiente.

Debido a la impaciencia de la espera, Celeste masticaba el chicle como si sus dientes libraran una batalla con él. Si no fuera por los guantes, también estaría mordiéndose las uñas. Se había deshecho de los prismáticos, no los necesitaba más: el Artefacto estaba ya a corta distancia sobre la nave. Tenía una tribuna privilegiada para presenciar el acontecimiento.

Entonces hubo cambios: los bajos de la nave se replegaron, extendiéndose cuatro patas de aterrizaje y descubriéndose una tobera de expulsión de gases que empezó a humear hasta la ignición, que se produjo escasos segundos después. Pareció sostenerse en el aire unos instantes, mientras los paracaídas empezaban a colgar casi flácidos, hasta que aminoró la potencia de eyección y volvió a caer, pero mucho más despacio.



Celeste volvió a sentirse decepcionada. ¿La civilización creadora de aquel artilugio no tenía nada mejor que ofrecer?

Un golpe en el casco le hizo girarse hacia Ireneo.

—¡La visera! —le gritó, señalándole el rostro—. ¡Cierra la visera! ¡Hay que revisarlo todo!

El Artefacto estaba ya a punto de aterrizar y ellos deberían desembarcar. Dos asistentes salieron de su rincón, al fondo de la nave, y comprobaron por última vez que todos los detalles del traje de contención biológica eran correctos. Cerraron la visera de Celeste y el rugido del azote del viento fue sustituido por un sordo rumor, el ruido de su masticación del chicle y su propia respiración.

Se asomó de nuevo: sintió cómo la sangre le arrebolaba las mejillas, ahora que no estaban expuestas al fresco. Las ráfagas de viento agitaban el navegador, combaban las copas de los árboles, ondulaban la hierba alta y rizaban los charcos. El aparato extraterrestre descendía ya justo frente a ellos, sobre una columna de humo: era de un tamaño algo menor que el propio navegador. Quizá tuviera el volumen de un furgón o un turismo del segmento medio.

—¡Mirach, aquí el Control de la Misión! Vamos a tener un serio problema.

Aunque la habían nombrado a ella por mera deferencia, como directora, resultaba evidente que el mensaje era para todos pues, al echar un vistazo al interior, Ireneo y el resto de expedicionarios se miraban preocupados.

Aguardó expectante durante un segundo que pareció larguísimo, desconcertada, con la desagradable sensación de no saber qué clase de revés le aguardaba pero que temía demoledor; como si, realmente, fueran a desvelarle que todo aquello no había sido sino un grandísimo error, tal y como sospechó al principio

—Aún está pendiente de confirmación, pero es muy probable que el terreno que ahora mismo sobrevuelan sea un campo minado —anunciaron.

—¿Qué? —se limitó a preguntar, incrédula y confusa.

—Esta zona comunica la meseta con la costa y, durante la guerra, se minaron áreas muy extensas como defensa contra posibles invasiones —le explicaron—. Los artificieros no han tenido aún oportunidad de efectuar un reconocimiento exhaustivo, mucho menos de limpiarla.

Celeste observó al Artefacto, a punto de tomar tierra: el viento lo empujaba levemente, pero ello no sería un problema, pues aquella parte clareaba sin árboles y no había más obstáculos que los crestones rocosos, que sin duda evita-



ría fácilmente. Se lo imaginó posándose y detonando una de esas minas, con sus depósitos de combustible igualmente explotando, desintegrándose en una bola de fuego y humo negro después de haber cruzado indemne no menos de algunas decenas de años-luz, si no cientos, mientras que allá, muy lejos, en su lugar de origen, alguien se preguntaba tiempo después qué coño había ocurrido.

No, no podía ser.

—Control, ¿pueden repetirme lo que han dicho?

Notó que el piloto, prudentemente, se había apartado y tomado algo más de altura: quizá también se había imaginado la misma escena y, desde luego, parecía conceder más crédito que ella a la información.

—Mirach, esta región fue minada. Es una trampa mortal. —Y sin que Celeste pudiera aún asumir la noticia, no pudo prever la inevitable y lógica conclusión, que le sentó como una patada—: Ninguno de los aparatos del equipo de prospección aterrizará.

Celeste no podía creerlo. Aquel ínfimo conflicto local, que a nadie había importado, con sus estúpidas riñas étnicas y territoriales, propias de la edad de las cavernas, ¿iba a sabotear el primer contacto entre la Humanidad y una civilización extraterrestre porque algún cabrón creyó que otro cabrón le invadiría y sembró minas para joder bien jodida a la carne de cañón del otro, olvidándose de ellas luego indolentemente?

Hasta aquí había llegado su sueño. Su oportunidad se había esfumado antes siquiera de poder llegar a hacer algo. Su ilusión por demostrar su valía y méritos debería esperar tiempos mejores. Porque cuando aquel artefacto que ahora veía a punto de aterrizar se volatilizara en una bola de fuego ya no habría protocolos que aplicar y, posiblemente, no quedaría de él más que minúsculos y miserables restos que habría que recoger con escoba, para lo que ella no sería necesaria.

—Muchas gracias por su dedicación —se imaginó que le dirían—. Por supuesto, ingresaremos sus honorarios en su cuenta. Huelga recordarle que todo lo sucedido y su participación están bajo secreto, por lo que no podrá hacer referencia alguna a ello. Buenos días.

Aquel aparato que estaba a punto de tocar tierra era, literalmente, un anhelado regalo caído del cielo para ella y que ahora le era arrebatado de las manos.

Retrajo la visera y volvió a sentir el aire fresco. Escupió el chicle e intentó darle una rabiosa patada mientras caía, sin importarle un comino el delito medioambiental.



—¡Mierda! —exclamó furiosa. Recorrió arriba y abajo el habitáculo, como una presa encerrada—. ¡Mierda! —El arnés la molestaba, encadenándola para siempre a una realidad insatisfactoria, especialmente ahora que había estado a punto de saborear las mieles del éxito—. ¡Desengánchame! —le exigió a uno de los asistentes, que se negó en un principio aduciendo su seguridad—. ¡Que me desenganches, coño! —le gritó. No era una persona malhablada, pero cuando las circunstancias lo exigían, conocía perfectamente todo el repertorio de palabras y expresiones malsonantes en varios idiomas.

—Mirach, ¿qué pasa? —le preguntaron desde el Control, que obviamente la oía.

—¡Nada! —replicó ya libre, pues el asistente había decidido obedecerla.

—¡Va a tocar tierra! —exclamó Ireneo.

El Control de la Misión se olvidó momentáneamente de su actitud y Celeste se abalanzó junto a él, con cuidado para no caerse, ahora que nada la sujetaba.

El chorro de gases expulsados abrasó la hierba verde y levantó una polvareda, en su última y potente activación para frenar la caída y proporcionar un suave impacto. Se preguntó si ese calor sería suficiente para activar una mina y enviarlo todo a hacer gárgaras.

No pareció que fuera así, pues nada anormal sucedió, pero no importaba: seguro que una de las patas de aterrizaje hacía explotar alguna mina.

El Artefacto fue cayendo con tremenda lentitud. Celeste sacudía la cabeza, asombrada ante la ironía: tanto cuidado para no estrellarse contra el suelo, para que, en cuanto lo tocara, volviera a volar por los aires... pero a trozos.

Se acuclilló y, sujeta con ambas manos a un asa, se encogió aguardando la explosión.

Las patas se apoyaron en tierra. El Artefacto rebotó mullidamente gracias a los amortiguadores. El polvo y el humo empezaron a disiparse. Los paracaídas cayeron a tierra, flojos. Los alerones se replegaron.

Pero siguió sin ocurrir nada.

Todos se miraron, incrédulos. Habían contenido el aliento, fruncido el ceño y esperado sentir la sacudida, la explosión, con los restos esparciéndose aquí y allá. Todos se habían hecho la misma imagen catastrófica y era una sorpresa ver que nada de eso había ocurrido... todavía.



II

Celeste se mantuvo en suspense durante unos segundos más, con los ojos entrecerrados, las mandíbulas apretadas y la respiración corta, esperando la explosión que todos habían dado por hecha. Miró a Ireneo y éste se encogió de hombros. Sacó otras dos piezas de chicle y volvió a masti-carlas con ansiedad. Él alzó su visera y también se metió chicle en la boca, in-tentando calmar sus nervios.

Observó el Artefacto: estaba quieto sobre la hierba chamuscada. Su sombra se alargaba sobre ella y su superficie brillaba al reflejar la luz del sol poniente. Pero no ocurrió nada, como si aquello hubiera decidido plantarse allí para for-mar parte del paisaje. Sólo los faldones de los paracaídas ondulaban levemente con el viento.

Celeste se irguió tras recuperar el aplomo. No creía que ya nada ocurriera. ¿Existían minas de acción retardada? No tenía ni idea, pero no lo creía. El via-jero interestelar no debía de haber pisado ninguna... ¡suponiendo que hubie-ran!

—¡Control, aquí Mirach! —radió con tono prudente—. El Artefacto ha ater-rizado... sin... incidencias.

—Mirach, recibido —le respondieron tras una pausa apenas perceptible.

Le dio un amable capón a Ireneo, sonriéndole con alivio. Ella le hizo un ges-to claro.

—¡Seguimos adelante!

Él torció la boca, no del todo convencido. Pero ella estaba segura de que debía de haber sido un error, una información malinterpretada: no había mi-nas allí. El Artefacto estaba intacto, posado inmóvil a unos quince metros del arranque de un crestón. La polvareda había desaparecido. Era el momento de observarlo tranquilamente. Buscó sus prismáticos, pero pensó que sería mejor acercarse más y así se lo indicó al piloto.

Se aproximaron lentamente. Los dos asistentes también miraban por enci-ma de Celeste e Ireneo, ensimismados ante su contemplación. Sólo los opera-dores de las consolas informáticas no satisficieron la necesidad de verlo con sus propios ojos, conformándose con las perspectivas que recogían diversas cámaras de vídeo.

Celeste, más que aliviada, plena de renovada energía y confianza, se sintió con la necesidad de enervar y poner en marcha a su equipo. Al fin y al cabo, su labor era ésa.



—¡Vamos todos! ¡Preparaos para implementar el protocolo de prospección!

Cerró su visera y se dirigió a la cabina, sin prestar atención a los rostros perplejos.

—¿Dónde va a aterrizar? —le preguntó al piloto.

Éste apartó un momento la vista de los instrumentos para mirar hacia atrás. A ella no le gustó nada cómo lo hizo.

—¿Aterrizar? —le preguntó—. ¿Es que no ha oído al Control?

Se sintió tremendamente molesta por el tono de su voz: parecía querer decirle que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Fue a replicarle, pero su prudencia la frenó: lo cierto era que Control no había dicho nada y quizá su entusiasmo era excesivo. Regresó atrás y cumplió con el requisito... no sin cierto temor:

—¡Control, aquí Mirach! —Hizo una pausa para encontrar la expresión válida y conjurar con ella un presentimiento sombrío—. Solicito permiso para aterrizar, dada la inexistencia de... mm... ya que no ha ocurrido nada anómalo.

Pasaron unos largos segundos antes de responder, manteniéndola en suspense. Observó al resto de la tripulación: todos tenían puestos sus ojos sobre ella y no supo interpretar aquellas miradas. ¿Temían que sí hubiera minas, al contrario que ella? ¿Temían arriesgar la vida pisando poniendo pie en aquel paraje? Quizá no tenían ningún interés en comprobar personalmente si las había o no y, si ella insistía, los iba a joder. O quizá fuera todo lo contrario: estaban deseosos de cumplir con su misión y su cancelación también les defraudaba.

Estuvo a punto de preguntarles qué les pasaba por la cabeza, pero se contuvo por si acaso.

—No se autoriza ningún aterrizaje por motivos de seguridad, Mirach —respondieron al fin desde el Control.

Celeste no se sintió nada sorprendida. En el fondo, lo había supuesto, aun cuando el aparato se había posado intacto: la mínima sombra de duda sobre la existencia de un campo de minas representaría un lastre insostenible para la misión. Nadie permitiría que se posara otro vehículo para tentar a la suerte de nuevo y, además, para que se volatilizara delante del visitante. Ella había querido ilusionarse pero ya había sentido que las malas noticias serían demolidoras para sus aspiraciones.

—La zona no es segura —continuaron—. Es posible que, simplemente, el lugar donde el aparato ha aterrizado esté limpio por puro azar...



En el Control de la Misión debían sentir que era obligatorio dar algunas explicaciones. Veía los rostros de Ireneo y los asistentes y ahora no había equivocación alguna: estaban tristes y desilusionados. Desde luego, antes no había sabido interpretarlos. No sólo para ella su misión representaba algo especial. Aunque no los conocía mucho, no había duda de que todos ellos también habían puesto gran esfuerzo de su parte y que era la gran oportunidad para sus carreras. Ciertamente, debía de haberse dado cuenta cuando los estaba poniendo a prueba los días anteriores.

Y en el Control de la Misión también lo sabían:

—...pero no cabe duda de que se colocaron minas ahí y que, no sólo no se han retirado, sino que ni siquiera están marcadas. Lo sentimos mucho. Sabemos cuánto empeño han puesto en el cumplimiento de su tarea, pero no arriesgaremos ni una sola vida.

Celeste miró una vez más al Artefacto: debía de estar observándolos de alguna manera. Quizá estuviera escuchando las transmisiones, aunque era dudoso que pudiera comprender nada. «Mucho mejor», pensó, «o creerá que somos gilipollas. Aunque al final acabará por saberlo. ¡Bienvenido a la Tierra!»

Echó una ojeada al paisaje, con la tranquilidad que da la resignación: era hermoso, aunque estúpidamente habitado por humanos. Pasaría mucho tiempo antes de que nadie pudiera recorrerlo sin miedo a perder una pierna o la vida misma.

Suspiró larga y tristemente.

III

Celeste siguió con la mirada el crestón que parecía emerger del suelo como el espinazo de un fantástico animal subterráneo, arrancando a quince metros del Artefacto y pasando justo por debajo de ellos, a unos diez metros de altura...

—Mirach, estamos preparando un equipo de artificieros y nuevos navegadores con material de vigilancia —le anunció el Control—. Pueden retirarse ya.

Pero ella no había prestado atención. Estaba sufriendo impulsos contradictorios. Jamás en su vida había hecho nada que descaradamente pudiera contravenir una disposición laboral o legal; jamás había desobedecido a sus jefes, ni se había emperrado en sostener posturas enfrentadas a las suyas. En todo caso, ella había preferido hacer pequeñas trampas, soslayando directrices o fingiendo haberlas malinterpretado o confundido. Así que no sabía muy bien cómo interpretarían sus acciones allá, en el Control de la Misión, si se dejaba



llevar por su verdadero deseo, que la impulsaba a saltar sobre el crestón y corretear por él hasta el Artefacto.

Supuso que si hacía o intentaba hacer algo parecido, cambiarían el agradecido discurso que anteriormente había imaginado, sustituido por un lacónico *hasta nunca* acompañado de una patada en el culo. Entonces ya nadie la contrataría por conflictiva y por fin lograría el tan anhelado reconocimiento entre sus colegas con *el currículum Mirach*, o el paradigma de perfil laboral indeseable.

Quizá, si todo salía bien, le ocurriese como en aquellas películas en las que el protagonista se rebela contra sus superiores, convencido de la incompreensión de éstos y de la bondad de sus argumentos, hasta solucionar el caso; y su empleo, su sueldo y, por supuesto, su honor, son restituidos íntegros, con la sonrisa cómplice de su superior más inmediato, que antes lo había puteado como un verdadero cabrón, excusado en que *estaba presionado pero yo sabía que tú lo lograrías y también he mirado a otro lado cuando te podía haber agarrado por los huevos* y entonces le daba una palmadita en la espalda; pero el héroe no se lo tiene en cuenta porque es un trozo de pan, el muy buenazo, y tampoco le importa tanto porque ya se ha cepillado a la chica que está como un tren y era lo verdaderamente importante y aquel pobre bastante tiene ya con aguantar a la neurótica de su esposa y al coñazo de sus hijos.

Apartó de su mente aquel estúpido argumento de película mala: le meterían un paquete de mucho cuidado. Quizá agravado por el hecho de que ya se había tirado a su subordinado.

Pero no podía sustraerse a la fascinante visión en la que aparecía ella sola ante la nave extraterrestre. Quería ser el primer ser humano en contactar con una civilización alienígena para gozar del privilegio de estudiar su biología.

—Celeste, ¿qué haces? —le preguntó Ireneo extrañado e inmóvil, cuando ella cerró la visera y se descolgó por el portón del navegador y quedó con las piernas balanceándose al aire—. ¿Adónde vas?

Ella no le hizo ningún caso y echó un vistazo abajo, estudiando la situación con frialdad, como si fuera algo que hiciera todos los días: desde la punta de sus pies hasta el suelo debía de haber unos ocho metros. Sería como caer desde un segundo piso y, desde luego, por muy mullida que la hierba pareciera, en el mejor de los casos corría serio riesgo de lesionarse las piernas. Por no mencionar las minas... suponiendo que hubiera alguna.

Por un momento se preguntó qué tontería estaba a punto de hacer, pero la fortuna se alió con ella: un golpe de viento sacudió al navegador hacia abajo y a un lado, situándola a ella sobre la piedra y reduciendo la altura entre tres y cuatro metros.



No lo pensó: antes de que el piloto rectificara y ascendiera, temeroso de que otro empujón lo lanzara contra el suelo, se soltó y cayó sobre la plataforma pétre, con una ligera inclinación. Se golpeó todo el costado izquierdo, cadera, codo y hombro, y rodó por la superficie rugosa y dura. Tuvo la fugaz impresión de que la inercia la arrojaría de lleno en el mar de hierba, con su oculta amenaza bajo el exuberante verdor, pero no podía hacer nada para evitarlo, así que caería de lleno sobre alguno de esos horribles artefactos y la despedazaría.

No fue así, sino que acabó empapada en una charca con un palmo de agua, que los largos tallos habían ocultado. Permaneció inmóvil durante el segundo que necesitó para cerciorarse de que nada había explotado y que seguía de una pieza, para saltar como si tuviera muelles en los pies y trepar por donde había rodado, mojando la roca.

Recuperó el aliento y el pulso sobre el crestón. Reparó entonces en que le dolía casi todo y que, a buen seguro, tendría el cuerpo lleno de cardenales. Pero, por lo demás, parecía intacta: todos sus miembros tenían el mismo aspecto que antes de la caída y el traje de contención también parecía intacto, pues aunque notaba el frescor, no sentía humedad en el interior.

—Celeste, ¿estás bien? —oyó por el audio a Ireneo, con tono preocupado.

—Mirach, ¿qué está haciendo?

El tono del Control de la Misión no era como el de Ireneo; más bien parecía entre sorprendido e irritado.

—Control, aquí Mirach. Sigo adelante con la prospección sin que ningún vehículo tome tierra —respondió serena.

Celeste se giró hacia el navegador, que permanecía suspendido a tan sólo unos metros por encima, arremolinando el aire con un zumbido que sólo el casco cerrado hacía algo soportable. Vio perfectamente a Ireneo que, asomado, agitaba el puño cerrado con el pulgar hacia arriba. Quizá, siendo directora del equipo, una acción como la que había realizado reafirmaría su liderazgo y acrecentaría su prestigio.

—¡Mirach, no se habló de que el personal tomara tierra en solitario y sin apoyo material! —se quejó el Control.

Su prestigio entre los integrantes del Control de la Misión era el que realmente le preocupaba. Celeste había esperado una severa reprimenda, un varapalo verbal, con amenazas veladas —o no— sobre su nulo futuro profesional. Pero aquel comentario parecía más como un reproche poco convincente, así que se atrevió a replicar:



—¡Cierto, no se habló! ¡Simplemente, no se contempló; pero los acontecimientos nos obligan a improvisar!

A juzgar por el momentáneo silencio, debían de estar considerando su actitud, lo que indicaría que había opiniones contrarias: quizá alguien estuviera tan impaciente como ella y no deseaba esperar más, avalando su acción.

Ante la indecisión, decidió llevar la iniciativa.

—¡Ireneo, pásame mi bolsa de instrumental portátil!

—¡Enseguida!

En cuclillas, manteniendo el equilibrio para no perder pie y volver a rodar, esperó a que Ireneo le bajara, sujeta por una cuerda, la pequeña mochila.

—¡Atención a todo el mundo! —reclamó el Control—. ¡Queda terminantemente prohibido el desembarco de más personal! —ordenó—. ¡Sólo Mirach permanecerá en tierra!

Ella no supo cómo interpretar aquello: si debía de suponer que era un reconocimiento implícito de la validez de su acto, o si la castigaban dejándola sola ante el peligro y así, si alguien tenía que reventar, que lo hiciera ella, por subordinada.

Le echó una ojeada a Ireneo: ¿le había parecido que hacía el gesto de descolgarse, como ella, hasta oír la advertencia? ¿O su solidaridad se reducía tan sólo a alentarla, a pasarle los instrumentos?

Se reprendió por lo que su pensamiento insinuaba. Él no tenía por qué desobedecer o interpretar las directrices, o por qué dejarse llevar por impulsos irracionales. Ni siquiera ella sabía muy bien cuáles eran sus motivos para estar allí abajo, así que no podía juzgar los de los demás para no estar con ella. Pero, bueno, si le echara el mismo par de huevos que ella se sentiría mejor.

Recogió la mochila y sacó el medidor de radioactividad, que no señalaba nada anormal. Se giró hacia el objeto: permanecía inmóvil, sin cambios, exactamente tal y como había aterrizado.

Celeste oteó el cielo alrededor: veía llegar en ese momento los otros dos navegadores cargados con el sofisticado material, como los robots que debían de haberse acercado a examinar al recién llegado, evitando que los humanos corrieran riesgos innecesarios. Pero ahora, sin poder aterrizar, eran inútiles hasta que se abriera una senda en el campo de minas y pudieran aproximarse.

La amenaza de las minas le hizo echar una ojeada alrededor: aquella hierba verde y fresca, sobre la que pudo ver alguna nube de mosquitos —no tan idílico



paisaje, entonces—, lo cubría todo hasta las arboledas; no se veía ningún claro en el mar vegetal más que donde emergían los crestones vecinos. Supuso que allí debía de haber una fauna que saltaría y corretearía por el campo, cazando o siendo cazada, y que si hubiera minas, habría animales muertos y cráteres de tierra levantada. Pero no había visto nada de eso durante el vuelo, a no ser que la hierba hubiera vuelto a crecer rápidamente, tapando las señales. Celeste, de educación completamente urbana, no tenía ni la más remota idea de si esto era posible, aunque no se molestó en comunicar sus reflexiones al Control.

Tenía que ponerse en marcha. Sabía que sus acciones eran minuciosamente observadas desde las cámaras de los navegadores y satélites y que, a través de una microcámara incorporada a su casco, en el Control de la Misión tenían una visión subjetiva de todo. Así que debía comportarse como una profesional.

—¡Bien, Control, no hay nada anormal en cuanto a radioactividad, así que voy a acercarme hasta el extremo del crestón! —les anunció.

—¡Recibido! —fue la breve respuesta.

Recorrió la longitud del crestón de roca, pulida por vientos, lluvias y nieves, de aspecto suave, pero incómodo para caminar, teniendo en ocasiones incluso que gatear sobre ella para sortear grietas, pendientes o cavidades. Todo por no poder pisar el nada bucólico manto verde, en el que ella seguía sin descubrir nada amenazador.

—El nivel de radioactividad sigue siendo normal —señaló cuando por fin llegó al otro extremo y alzó el medidor, justo frente al aparato.



Lo observó: estaba a unos quince metros y le recordaba a una de esas hormigoneras que había visto alguna vez junto a los edificios en construcción. De tono gris oscuro, más ahora que el Sol se había ocultado tras las montañas, la superficie parecía completamente lisa, pues los alerones de gobierno y frenado se habían retraído. Sólo los paracaídas, caídos inertes, rompían la armoniosa figura geométrica. Las cuatro patas formaban el tren de aterrizaje y en la parte inferior asomaba la tobera, que ya no humeaba, aunque sí lo hacía levemente la hierba chamuscada bajo ella. Esto era todo lo que podía observarse en él: ni protuberancias, portillos, escotillas o insignias, al menos en aquella parte.

Celeste ojeó la línea recta que conducía hasta él. No se veía más que hierba, que ocultaba completamente el terreno. «Quince metros, quince zancadas». Se



imaginó a sí misma haciéndolo, uno, dos, tres... hasta quince saltos. Demasiado lejos para sus nervios y demasiado cerca para no tentar la suerte.

Inconscientemente, buscó alrededor un pedrusco, lo sopesó, lo alzó y lo arrojó contra el suelo, a un par de metros de ella, sin que ocurriera nada, satisfaciendo una extraña y pueril curiosidad. Si no explotaba nada, no había nada que explotar.

Desde luego, en el Control de la Misión no compartían la idea de que no hubiera mina alguna.

—¡Mirach! ¿Qué esta haciendo, se ha vuelto loca?

Esta vez Celeste se sobresaltó: le habían gritado de tal forma que, instintivamente, se encogió de hombros y se llevó las manos a los oídos, aunque, por supuesto, no podía tapárselos.

—¿Se cree que son petardos? ¿Se cree que la onda expansiva no puede alcanzarla? ¡Y, además, no hace falta pisar una mina para que estalle! ¡Incluso recogiendo una piedra podrían estallar o simplemente estando cerca de ellas! ¡Si limpiar campos de minas fuera tan fácil como ir tirando piedrecitas, no haría falta gastarse el dinero en tecnologías multimillonarias para hacerlo! ¡Así que no se le ocurra tocar nada ni pisar nada que no sea esa roca! ¿Entendido?

Celeste se quedó tan aturdida que apenas pudo contestar. Le habían gritado con una desconsideración que en cualquier otra circunstancia le habría resultado intolerable y a la que habría replicado con el mismo tono de voz y un buen aderezo de improperios. Pero, ya incluso antes de hacerlo, sabía muy bien que tirar esa piedra era una estupidez, más propia de un niño que de un adulto. Sabía que la amonestación era merecida. Mas no había podido sustraerse a la tentación de demostrar que la amenaza de las minas era irreal; no quería rendirse completamente a la evidencia del fracaso, como si, sólo por desearlo, las minas dejaran de estar allí.

Ahora, cualquier entusiasmo que tuviera se había volatilizado con la reprimenda. Había dicho adiós a cualquier simpatía que su actitud decidida y profesional pudiera haber creado entre sus jefes. La pondrían de patitas en la calle y, si no le habían ordenado que se retirara, era porque, sin duda, el navegador se acercaría y una mano fuerte la agarraría por el pescuezo y la subiría a bordo para llevársela.

«Y de honorarios, nada de nada. ¡Mierda de guerra gilipollas! ¡Que os den por culo, cabrones!», les gritó mentalmente a los responsables de aquel conflicto. «¡Ojalá os tuviera aquí! ¡Os pondría a correr con un látigo hasta que reventarais, hijos de puta!»



Acuclillada frente al Artefacto, dejó que el furor fuera consumido por el desaliento. Se giró: el navegador seguía en el mismo sitio, algo más elevado, oscilando suavemente como una barca en la marea y emitiendo su zumbido. Parecía no tener intención de recogerla todavía. Ireneo la observaba, pero no hacía ningún gesto, ni dijo nada. «Éste es mi marrón y me lo voy a comer yo solita». No podía reprocharle nada. Al fin y al cabo, para algo era ella la directora: no sólo para las palmaditas en la espalda, sino también para el broncazo monumental.

Esperó unos segundos más, pero nada dijo el Control de la Misión. ¿Quién calla, otorga...? «Quizá, pero no por simpatía, sino por resultar prácticos: si tiene que ocurrirle algo desagradable a alguien, a ti primero, por voluntaria.» Pero se temía que aquello había dejado de ser un mérito.

Aún aturdida, repasó el medidor de radioactividad, que continuaba sin cambios. ¿Qué era lo siguiente...? ¡Ah, sí, claro! Se dispuso entonces a sacar un pequeño contenedor de muestras para un analizador microbiológico, que debería determinar si el visitante venía acompañado por microorganismos alienígenas, cuando hubo un cambio en el Artefacto.

La parte superior se abrió en silencio como el capullo de una flor, dejando al descubierto una plataforma abarrotada de diversas estructuras. Celeste creyó reconocer una antena parabólica y un brazo articulado, entre toda la parafernalia. Comunicó lo ocurrido al Control:

—Lo vemos, Mirach —le respondieron con sencillez y naturalidad, como si no le hubieran gritado en ningún momento—. Manténgase a la expectativa y no haga nada raro.

¿Raro? Celeste ahogó un bufido de insatisfacción.

El brazo articulado —efectivamente, lo era— se desplegó con gracia y se estiró y retorció en una amplia variedad de movimientos, como si estuviera des-perezándose. Su extremo bulboso debía de albergar, casi con toda seguridad, algún tipo de instrumental. Luego examinó la superficie alrededor suyo, tanteándola. Celeste se encogió ya que, si la bronca del Control estaba justificada, aquello podría hacer detonar alguna mina. Se echó hacia atrás levemente, conteniendo la respiración.

De nuevo, nada de eso ocurrió. Todo seguía intacto. ¡La sospecha de la existencia de las minas iba a quemar sus nervios!

Seguramente conforme con lo que había a su alrededor, el brazo reparó en ella, pues se estiró hacia ella todo lo que pudo, aunque se quedó bastante lejos. Celeste reprimió su instintivo impulso de retroceder: era absurdo creer que podría hacerle daño pero, por supuesto, un accidente podría ocurrirle a cualquier-



ra, incluso a un artilugio extraterrestre al que se le suponía una tecnología avanzada.

De todas formas, como si quisiera confirmar que no estaba totalmente desamparada, preguntó con voz baja, entre temerosa y discreta, como si no quisiera llamar la atención:

—¿Veis lo mismo que yo?

—Afirmativo, Mirach.

Aquella escueta respuesta le resultó decepcionante pero, bueno, ¿qué esperaba?

Echó una ojeada más atrás: el navegador seguía donde antes, zumbando como un abejorro. Ireneo no parecía tener intención de bajar a apoyarla, ni moral ni personalmente. Y, aunque quizá lo deseara, a lo peor el Control le había dado órdenes concretas de no hacerlo, que ella no habría podido oír. Tuvo la desagradable impresión de que, como segundo en la jerarquía del grupo, quizá estuviera esperando a que alguna clase de monstruo alienígena la devorara, o a que la fulminara con algún tipo de arma desconocida, para convertirse automáticamente en el director.

«¡Cállate, paranoias! ¡Todo el mundo no es como tú!» Todos, incluyendo a todos los mandamases del Control, debían de estar sinceramente preocupados: no en vano, era el primer contacto entre la especie humana y una civilización alienígena. Todo el mundo debía, necesariamente, apoyarla y eso se impondría sobre cualquier otra consideración.

Volvió la mirada al Artefacto. El brazo se apartó, como desinteresado, y volvió a examinar los alrededores, husmeando tierra y aire. Sus movimientos eran muy ágiles. De repente, de algún compartimento, surgió disparada una nube de... algo que empezó a revolotear alrededor del fuselaje.

—¿Veis eso? ¿Veis eso? ¿Qué...? No veo qué es. Me recuerda a...

Se calló, asombrada: ¡a un enjambre de insectos!

Observó con tremendo interés. ¿Era probable que fueran verdaderos insectos orgánicos? Si lo eran, ¿cómo estaban sobreviviendo en la atmósfera terrestre? ¿Qué repercusiones tendría sobre la fauna y flora local?

Se alzó, aunque tuvo que reprimir inmediatamente el entusiasmo que la impulsaba a acercarse y averiguarlo.

—Tranquila, Mirach —le dijeron desde el Control: sus constantes vitales eran monitorizadas por sensores repartidos por todo el traje, transmitiéndolas



hasta ellos. Y ahora debían de estar viendo el incremento del ritmo cardíaco, la respiración y la transpiración—. No debe temer nada, seguro que es algo inofensivo.

—¿Cómo...? —Se mostró perpleja. ¿Creían que estaba asustada?— ¡No, no, en absoluto! ¡Es fabuloso! ¡Interesantísimo!

Algo más grande apareció también junto al enjambre y revoloteó alrededor del Artefacto, una especie de disco volador que parecía tan inquieto y nervioso como el resto de individuos, aunque sus movimientos no eran tan sutiles. A ella le pareció que, entre todos, estaban examinando su vehículo.

Tras varias vueltas alrededor de él, aquel disco se quedó suspendido en el aire y, repentinamente, se lanzó hacia ella.

Se asustó: parecía que quisiera embestirla.

—¡Joder, cómo viene!

Se echó hacia atrás, pero tropezó y cayó sobre la roca fría, aullando por el dolor del golpe y quedándose tumbada boca arriba. El disco frenó con pasmosa habilidad y se quedó suspendido sobre ella.

IV

Observó el disco sobre el cielo que ya oscurecía, cruzado por algodonesos cúmulos de bellos colores.

Tenía unos treinta centímetros de diámetro y parecía una rueda de bicicleta con los radios cubiertos. Dos anillos exteriores concéntricos giraban en sentidos opuestos y parecían ser su medio de propulsión. No hacía ruido alguno que ella pudiera oír con el casco cerrado y el rumor del navegador cercano. Flotó sobre ella y le vio extender, desde su centro, unos apéndices mecánicos que la tocaron.

—Cálmese, Mirach, cálmese —intentaron animarla—. Simplemente debe de estar reconociéndola.

Se vio obligada a romper la intranquila atmósfera, no sólo para devolverse a sí misma la confianza, sino para que en el Control supieran que no había perdido en ningún momento los nervios. Se incorporó lentamente y el disco se apartó, dejando de hurgar en su traje.



El enjambre lo había seguido y ahora sus individuos revoloteaban por doquier. Abrió su mochila y sacó un pequeño contenedor de muestras. Se dispuso a abrirlo cuando uno de ellos se posó en su antebrazo. Ella lo observó detenidamente.

—¡Vaya! Es como... como una libélula, sí, se parece mucho. Pero... no es orgánico, no. Su tórax y abdomen parecen mecánicos, o electromecánicos, del tamaño de mi dedo índice o anular —narró a su audiencia, sabiendo que estaban prestándole toda su atención, pues con la luz menguante quizá no podrían verlo tan bien como ella—. Las alas revolotean constantemente y muy rápido, apenas puedo verlas. ¡Es muy curioso!

El resto del enjambre se posó por todo su cuerpo. Debían de ser una docena. Celeste respiró hondo, intentando controlar una íntima y, quizá, instintiva repugnancia: jamás se había visto en tal situación con insectos y, como la mayoría de la gente, sentía cierta aversión profunda y natural hacia ellos, por lo menos cuando se reunían en determinadas cantidades.

Varias de aquellas libélulas artificiales se habían posado en la mano enguantada que sostenía el contenedor. Y tras unos segundos de estudio, con suavidad, utilizando unos pequeños apéndices que apenas veía, se la abrieron sin que ella se resistiera, para quitárselo y llevárselo entre tres volando hasta el Artefacto.

—¡Se... me... se han llevado el contenedor de muestras! ¡Me lo han quitado! ¡Increíble!

Sin recuperarse de su sorpresa, sacó otro de la mochila, despacio para no espantar a los que quedaban. Y conforme lo cogió, se lo quitaron y se lo llevaron también.

—¿Para qué los quieren?

El disco se acercó a la mochila, que examinó, o eso parecía. Las libélulas que se habían llevado los contenedores regresaron juntas, sin ellos, que habrían guardado en algún lugar de su nave. Entre todas, agarraron la bolsa y se la llevaron.





Celeste sonreía, recuperada de la aprensión y la sorpresa, francamente divertida ante aquella imagen: la bolsa, que debía pesar unos tres kilos, flotaba envuelta en una nube de insectos hacia el Artefacto, dando tumbos por las rachas de aire como borrachos, con el disco volador moviéndose arriba y abajo, quizá supervisando la operación.

—¡Bueno, Control! ¡Me he quedado sin instrumental! —les indicó con jovialidad—. ¿Para qué lo querrán?

—Mirach, estamos conjeturando. Permanezca a la expectativa.

Al cabo de un par de minutos, el enjambre, encabezado por el disco, regresó hasta ella, revoloteando entre las hierbas. Esta vez, tras un examen más minucioso, algunos de ellos se fijaron en su reloj multifunción de pulsera, especial para aquel tipo de trajes. Se posaron en él y, tras un breve estudio, encontraron la forma de abrir la correa y llevárselo, mientras los demás seguían hurgándola.

Entonces lo comprendió.

—¡Sabían que venían a un planeta tecnificado y están recogiendo muestras de tecnología terrestre!

Quizá por ello habían seleccionado aquella región del planeta: la acumulación de emisiones de radio y material militar debía de resultar muy atractiva para quien buscara tecnología. Quizá el Artefacto había sufrido una avería en su viaje que debía reparar con repuestos de los que carecía. Quizá el aterrizaje en aquel paraje era un fallo y buena muestra de que necesitaban esa tecnología. Quizá, muchos quizá.

El Control de la Misión se limitó a responder que tendrían en cuenta su impresión.

Pero su traje de contención biológica, última prueba que portaba de tecnología humana, no pareció interesarles demasiado, puesto que la dejaron estar: quizá buscaran electrónica o mecánica; quizá sus creadores no se vestían y los avances textiles no les importaran en absoluto; o quizá la conjetura de Celeste era errónea.

El enjambre continuó su camino: ahora le resultó evidente que el disco volador guiaba a las libélulas; éstas examinaban todo alrededor de aquél, en un radio de unos cinco metros, generalmente pegados a tierra, sumergiéndose y emergiendo de entre las hierbas del prado.

Ahora, el disco se dirigía inequívocamente al navegador, cuya silueta empezaba a recortarse sobre las primeras estrellas que destellaban en la noche.



Aquél sí era una gran artilugio tecnológico. Se lo comunicó al piloto, que no se arriesgó:

—No puedo permitir que alguna de esas cosas dañe involuntariamente un motor de vuelo o de gobierno. Me alejaré.

El Control de la Misión se mostró de acuerdo. El navegador giró sobre su eje y se marchó a buena velocidad, antes de que el enjambre lo alcanzara. El disco intentó seguirlo, pero no igualó su velocidad, así que desistió y permaneció levitando unos instantes, quizá decidiendo qué hacer, o preguntándose por qué aquello había huido. Luego continuó rastreando, ignorando a Celeste por completo.

Sintió un escalofrío: había empezado a refrescar y su traje aún no se había secado. Se cruzó de brazos y los frotó. Pero quizá se había estremecido también ante la incertidumbre: y ahora, ¿qué? Estaba allí, sola en el crestón, sin instrumental, sin apoyo material —al menos, durante un rato— y sin poder moverse de allí, a escasos metros de una de las cosas más maravillosas con las que se había topado la Humanidad. Y, sin embargo, dudaba de la simpatía que los integrantes del Control de la Misión sintieran por ella.

Reflexionó en silencio sobre ello, observando al enjambre ir y venir. El Control parecía dispuesto a que permaneciera a la expectativa, pues no decía nada. Ni siquiera Ireneo decía nada, un saludo, una palabra de ánimo, nada. ¿Qué pasaría por su cabeza? ¿Estarían rehaciendo los planes, coordinándolos con el Control? ¿Cuál sería el papel de ella?

Ninguno. Ya había hecho bastante con su improvisación. Quizá pudiera objetar que nadie le había prohibido descender a tierra, sino que no aterrizaran los aparatos; que ellos se habían expresado mal. Pero, ¿a quién quería engañar? Ella sabía perfectamente qué habían querido decir. Y ellos también sabían que ella lo sabía. Así que la excusa del tipo «yo creí que tú querías decir» no valdría.

Así que ese día que ya acababa, que se había prometido provechoso, se había saldado con una equis en su currículum.

«¡Vaya una mierda de minas y la madre que los parió! ¡Me habéis jodido pero bien!», quiso gritarles a los responsables de aquella guerra, que jamás pagarían adecuadamente lo que habían hecho.

Sumida entre la rabia y frustración, el desasosiego y la resignación, no vio acercarse a dos de las libélulas, que sólo llamaron su atención cuando volvieron a colocarle el reloj.

—Muchas gracias —les masculó—. Pero... ¡eh, no funciona!



Efectivamente, la pantalla no mostraba nada. Con una breve ojeada vio unas muescas y rayas que antes no estaban: lo habían manipulado y, por lo visto, no habían sabido montarlo de nuevo correctamente.

—Conque esto es lo que hacéis: curioseáis el funcionamiento de las cosas...

Celeste siguió con la vista el vuelo de las libélulas, que se retiraron junto a sus compañeras.

—¡Oh, no!

Se quedó blanca: de entre las hierbas, emergía el enjambre acarreado algo que ella jamás había visto personalmente y que no se detallaba con claridad en la oscuridad creciente, pero que se adivinaba con facilidad, tanto en la forma como en la función. Algo cuya naturaleza estaba fuera de toda duda: un artefacto con forma de disco, como una sartén sin mango.

—¡¡¡Oh, no!!!

V

Nunca había visto una mina pero, sin duda, aquello era una mina. ¿Qué más si no iba a ser algo enterrado en lo que se sospechaba que era un campo de minas, probable campo de batalla?

—Mirach, ¿qué ocurre?

—Estos... estos... —no sabía muy bien qué decirle al Control— ¡estos capullos han desenterrado una mina y se la llevan alegremente a su nave! ¡Mierda, sí hay minas y estos cacharros se llevan una...!

...una muestra de tecnología terrestre.

¡Había un millón aparatos tecnológicos que recoger, que analizar y que estudiar, y ellos recogían una mina!

Impotente, Celeste veía cómo la acercaban al Artefacto. ¿Quién podría evitarlo y cómo?

—¡Eh! ¡Eh! ¡Aquí! —gritó, agitando los brazos y saltando, para llamar su atención.

El disco volador se acercó hasta ella, supuestamente curioso.



—¡Tú no, aquello! —le gritó, aun sabiendo perfectamente que no la entendería—. ¡Tráelo! —Pero tras imaginarse aquella bomba junto a ella, lo pensó mejor—. ¡No, mejor déjala! ¡Déjala! ¡En el suelo!

El disco parecía observarla —como fuera que observara las cosas—, pero no reaccionaba. Celeste echó una ojeada al tramo que había hasta el enjambre, que se había detenido esperando al disco. La presencia de la mina tiraba por tierra la confianza que había tenido en que todo fuera un error: la amenaza era muy real. Un paso mal dado y adiós, muy buenas. Mutilada, en el mejor de los casos; o con los intestinos despanzurrados en dolorosa agonía.

Pero no podía permitir que la mina acabara dentro del vehículo extraterrestre.

—¡Mierda, cabrones! —gritó, con un alarido intenso y prolongado.

Y con esa furia, apartó de un manotazo al disco y saltó entre la hierba verde y larga, corriendo a zancadas, tropezando en el terreno irregular, hasta el enjambre, que permanecía inmóvil mientras se acercaba: ¡uno, dos, tres...! ¡...catorce, quince, dieciséis...!

—¡Joder, más de quince!

—¡¡Mirach, ¿qué hace?!!

—¡...diecisiete, dieciocho, ahhh...!

Se lanzó contra el enjambre justo cuando éste se ponía de nuevo en marcha, alarmado por la amenazadora carrera de Celeste, dándole un manotazo antes de que se pusieran fuera de su alcance.

Cayó al suelo y, frente a ella, también la mina, pesada, inerte, peligrosa.

La miró muy fijamente, con los ojos y las aletas de la nariz muy abiertas, jadeante.

A la escasa luz, alcanzó a ver a un pequeño insecto que abandonaba una brizna de hierba y se paseaba con inocencia por su superficie rígida y sucia de tierra húmeda. En el centro, la espoleta sobresalía esperando que algo o alguien la hundiera, cerrando el contacto que provocaría la detonación.

—¡Mirach, no vemos bien! ¿Qué pasa?

Ella sólo oía los latidos de su corazón, retumbando en las sienas, hipnotizada ante la imagen que aquel pequeño contenedor de plástico le evocaba: aparatos ortopédicos, muletas, sillas de ruedas... dolor, sangre, mutilaciones, muertos y heridos...



Se incorporó de rodillas, lentamente, sin quitarle un ojo, entre espasmos, pues el terror la agarrotaba, incapaz de creer lo que había hecho y lo que podía ocurrir.

—¡Mirach, cuidado con la mina! —exclamaron desde el Control. Al apartarse de ella, al aumentar el campo de visión y recoger algo más de luz, reflejada en las bandas fosforescentes del traje, habían podido reconocer el objeto—. ¡Vamos a intentar identificarla!

Pero ella no los escuchaba, sino que miraba el tramo que había recorrido: ¿estaba limpio de minas o no había pisado alguna por puro azar, sorteándolas entre las zancadas?

¡Tendría que volver por allí!

—¡Mirach, necesitamos que la enfoque!

Se giró hacia ella, pero seguía sin escuchar. Pensaba que, si la dejaba allí, volverían a recogerla. Pero si se arriesgaba a llevársela... ¿quién le aseguraba que entonces no le explotaría a ella? Y si se la llevaba, ¿quién le aseguraba que no encontrarían otra?

¡No pensaba hacer otra de aquellas carreras!

Un fuerte y doloroso calambrazo interrumpió sus cavilaciones, cayendo con un grito y una sacudida junto a la mina, casi encima de ella: vio fugazmente que el disco había extendido un pequeño brazo, armado de una pistola de descargas eléctricas.

¡Por supuesto! El Artefacto también debería defenderse del ataque de la fauna local, dondequiera que estuviera, no fuera que, deliberadamente o no, le causara desperfectos a algún componente. Una buena descarga eléctrica no era mortal y sí dolorosa.

—¡Mirach!

—¡Celeste! ¡Ya vamos!

En el suelo, recibió otra descarga. Ella se encogió y pataleó, revolviéndose para apartarse de la mina. Recogió dos bocanadas de aire y, conmocionada, se levantó de un salto, dándole otro manotazo al disco, que acabó en el suelo, aunque se recuperó inmediatamente y la persiguió, pues ella se olvidó de las minas y salió disparada por donde había venido.

El disco le sacudió un par de descargas más, obligándola a desviarse de su línea recta para zafarse como pudiera de él.

«¡Ni minas ni hostias, que este cabrón me quiere electrocutar!»



Corría a saltos y zancadas, dando tumbos, deseando poder volar para no pisar más ese suelo mortal, y cada vez que apoyaba un pie en él se encogía, esperando un estampido y un dolor insufrible que la invadiría.

Creyó ver que el navegador se acercaba cuando cayó de nuevo de bruces a tierra, golpeándose el casco contra una piedra, temiendo que una explosión la partiera en dos. Mas nada ocurrió: incluso los calambrazos cesaron.

Se quedó allí quieta, jadeante y sudorosa, con un molesto cosquilleo recorriéndola de la cabeza a los pies, esperando pasar inadvertida. Quizá la hierba la tapaba y el disco no la encontraba.

Alzó la cabeza entre la hierba larga y filamentosa: sí, el ruidoso navegador ya estaba muy cerca. Su mole y sus luces de navegación la tranquilizaron: la recogerían y la sacarían de allí, antes de seguir tentando más a la suerte moviéndose por aquel prado. Nada, absolutamente nada, valía una de sus piernas o su propia vida.

Buscó al disco, que se retiraba, quizá ante la presencia ya muy cercana del navegador. Pero...

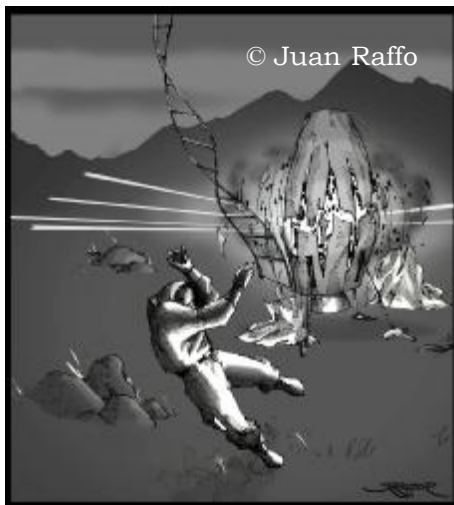
...las libélulas habían vuelto a recoger la mina y se la llevaban dentro.

¿Sabrían manipular explosivos? Aunque, si no sabían manipular relojes...

Miró hacia el Artefacto y cayó en la cuenta de lo cerca que se encontraba de él: en vez de correr hacia el crestón, lo había hecho en círculo. Estaba a unos veinte metros de distancia.

—¡Mirach, ya estamos, arriba!

Apenas oyó a Ireneo, pues el zumbido del navegador lo tapó todo. Se giró y lo vio prácticamente sobre ella: él se había asomado para arrojarle una escala.



Ella echó otro vistazo a la nave extraterrestre, iluminada por los haces de luz del navegador: el disco y el enjambre debían de haber entrado ya, pues no los veía.

Algo golpeó su casco: el extremo de la escala.

La asió y se alzó para subir por ella. No le quitaba un ojo al Artefacto. Observó una leve sacudida, como un espasmo apenas perceptible. Instintivamente se soltó de la escala, dejándose caer al suelo. Inmediatamente a continuación,



un tremendo fulgor lo iluminó todo con claridad diurna, acompañado de un grave y seco estruendo que no cesó de resonar profundamente en su cabeza.

Oyó entonces los amenazadores silbidos y sordos golpes de objetos que salían disparados y caían al suelo como pesada lluvia.

Cerró los ojos y gritó aterrada, encogiéndose contra el suelo. Algo caliente caía sobre ella: esquirlas que parecían venir de todas partes. Se revolvió y se las sacudió plena de horror, temiendo que pudieran perforar el traje y penetrar hasta la piel, causándole quemaduras.

Sintió un profundo escozor en una pierna y vislumbró fugazmente junto a su cabeza algo que rodaba rebotando en el suelo. A aquello lo acompañó un penetrante y agudo dolor que la hizo aullar. Se llevó la mano enguantada a la pierna y sintió el tacto directamente sobre la piel: su traje estaba rasgado. La retiró y se la acercó a la cara: se sintió desfallecer al verla completamente ensangrentada.

Nuevos estampidos machacaron su cabeza; nuevos fulgores atravesaron los párpados de sus ojos, fuertemente cerrados. Tierra, piedra y bocanadas de calor parecían querer cubrirla. Y ella se encogía más y más, presa de un pánico profundo, visceral. Un terror genuino y primitivo, que anulaba sus sentidos y la transportaba al limbo donde lo material y lo inmaterial se confunden y pugnan por imponerse...

VI

El Artefacto se volatilizó cuando la detonación de la mina provocó la explosión de sus depósitos de combustible, irradiando una lluvia de metralla que cayó sobre Celeste, hiriéndola hasta estar a punto de fallecer desangrada, y que azotó al navegador, sacudido también por la onda expansiva.

Ireneo y uno de los asistentes, al descubierto en el portalón, quedaron en ese mismo instante heridos de consideración. Los dispositivos de gobierno del navegador quedaron inmediatamente afectados, perdiendo altura y cayendo a tierra rápidamente, aunque desde escasa altura. No habría sido un accidente especialmente grave de no haberse deslizado sobre la hierba y la tierra húmedas, donde se ocultaba la mina asesina no lejos de donde yacía Celeste y que, pacientemente, había aguardado todo ese tiempo hasta cumplir su fatal destino, sin comprender diferencias entre bandos o períodos de guerra y paz. Sólo esperaba ese momento de presión que detonaría su carga explosiva... y ya le había llegado.



El morro del navegador saltó por los aires, arrancado del resto del fuselaje. Los motores se incendiaron y parte del habitáculo se convirtió en un amasijo de hierros candentes y retorcidos. Los maltrechos supervivientes saltaron como pudieron y, presos del pánico y el instinto de supervivencia, no se preocuparon de si había más minas. Sin embargo, fueron afortunados y no sufrieron más desgracias.

Todos fueron posteriormente rescatados. Ella estaba tan conmocionada que la creyeron muerta, y sólo hasta que, ya a bordo del navegador de rescate, le dieron los primeros auxilios, los médicos respiraron aliviados.

Cabalmente, nadie podía acusarla de lo que ocurrió: un artefacto extraterrestre se había desintegrado en una furia explosiva porque alguno de sus dispositivos había intentado manipular la *muestra de tecnología terrestre* inadecuada; y un navegador quedó destruido, con su piloto y copiloto muertos, resultando el resto de la tripulación herida de diversa consideración.

La actuación de Celeste tuvo defensores y detractores y la polémica no llegó a cerrarse nunca, pues sus declaraciones posteriores estaban afectadas por el trauma sufrido y algunos aspectos resultaban confusos o incoherentes, sin que nadie pudiera determinar exactamente si su ambigüedad resultaba real o fingida. ¿Desobedeció o no las órdenes? ¿Habían sido éstas claras? ¿Las interpretó correctamente? ¿Debía haberlas interpretado o debía haber pedido confirmación? ¿Qué motivos verdaderos la impulsaron a hacerlo: vanidad o profesionalidad? ¿Había actuado valiente o inconscientemente?

Otro aspecto delicado era la impresión que la actitud de Celeste, cuando intentó evitar que aquellos insectos artificiales se llevaran la mina, podía haber causado y qué habría sido transmitido al punto de origen. ¿Alcanzarían a comprender que no se había tratado de una agresión, sino de un intento de salvar el Artefacto? ¿Considerarían su destrucción como una agresión? El temor a que la Humanidad fuera considerada una especie violenta levantaba apasionadas discusiones sobre qué tipo de reacción, o represalia, merecería.

En cuanto a Celeste, se finiquitó su contrato —esto habría ocurrido igualmente, aunque todo hubiera acabado de otra forma— y regresó a su anterior trabajo, eso sí, recalcándole que todo lo ocurrido era máximo secreto y que, por lo tanto, debía mantenerlo, bajo pena de fuerte condena. Allí continuaría con su labor eficiente y profesional, pero discreta. Y, posiblemente, quizá ese sueño de prestigio que la acompañó en todo momento no se materializaría jamás.

Aunque, en el fondo, algo de ese reconocimiento sí consiguió, pero no como ella esperaba: el documento oficial en que se detalló el desencuentro entre el artefacto extraterrestre y el equipo de prospección tenía un título tan pomposo e incómodo, acompañado de un código para su archivo tan abstruso, que pronto fue conocido por todos los implicados por su nombre oficioso:



El incidente Mirach.

© *Salvador Badía*

Salvador Badía es poco dado a hablar de sí mismo, como nos ha dicho. Luego de mucho andar tras él, hemos averiguado que tiene 35 años, es de Valencia y ha publicado sendos relatos en Axxón, Visiones 2004, NGC3660 y en Alfa Eridiani



GARDENIA 2505

(Serie Tranxi 1)

por José Vicente Ortuño

A lo largo de la historia de la humanidad las tribus, reinos o repúblicas más poderosos han explotado a sus vecinos más débiles, pobres o menos desarrollados. En la actualidad sigue sucediendo, las grandes potencias utilizan cualquier excusa para apropiarse de los recursos ajenos, en especial los de los países que no comparten su misma cultura. Sin embargo, no pensamos que, el día menos pensado, una superpotencia de otro sistema solar pueda venir a esquilmar los recursos de la Tierra. ¿Podríamos hacer algo para impedirlo?

Ciudad, 1 de junio de 2505.

Gardenia cepillaba el pelo negro y rebelde de su hija. Ésta hacía guiños cada vez que el cepillo se atascaba y le daba un tirón, sin embargo, no emitía ninguna queja. La pequeña Axenia poseía una madurez que no correspondía a los cinco años que acababa de cumplir. Tal vez fuese por vivir en una época y un lugar que resultaban muy duros para los niños, y también para los adultos.

Ciudad era un complejo de túneles excavado en la roca a dos mil metros de la superficie de la Tierra. A lo largo de varias generaciones sus habitantes sólo habían conocido penalidades, enfermedades y restricciones de energía, alimentos y agua. La mayoría jamás había visto la luz del Sol, ni pisado más allá de las cámaras de presión que impedían que el aire tóxico del exterior envenenase su preciada atmósfera.

Gardenia, su esposo Rolf y su hija Axenia, ocupaban un pequeño cubículo de treinta metros cuadrados en la parte más profunda; la dedicada a viviendas. El mobiliario se limitaba a unos sencillos colchones para dormir, una pequeña mesa y tres sillas para sentarse a comer sus magras raciones. El apartamento sólo estaba iluminado por una bombilla de baja potencia, que alumbraba menos que una vela. No poseían nada que fuera superfluo, nada que pudiese considerarse un lujo, lo cual incluía la cocina y el aseo, que tenía el equipamiento mínimo para no perder su denominación.

Acabó el cepillado e hizo que la pequeña se volviese. Le cogió con delicadeza el mentón para observarla y comprobar que sus esfuerzos habían servido para dominar su cabello. El rostro de la niña alargado y de piel pálida, parecía brillar enmarcado en su melena negra. Unos ojos grandes de color azul eléctrico, como los suyos, le devolvieron la mirada.



© Isabel Sánchez

—Estás muy guapa —dijo sonriendo—. Vamos, se te hace tarde para ir a la escuela, y a mí me esperan en el Laboratorio.

—Mamá, ¿hoy vas a matar *tranxis*? —preguntó la pequeña con tal naturalidad que hizo que a su madre le corriese un escalofrío por la espalda.

—No, cariño —le respondió con voz suave—, hoy el profesor Yuste va a comunicarnos algo muy importante que han descubierto en el Laboratorio.

—¿Han inventado una nueva arma para matar *tranxis*? —siguió interrogando la niña—. Me ha dicho Gabriela que su papá le ha dicho...

—No sé de qué se trata —mintió Gardenia y cambió de conversación, no deseaba darle explicaciones a la niña en ese momento—, pero si no nos damos prisa llegaremos tarde las dos. ¡Anda, coge la mochila y no te olvides el almuerzo!

La niña cogió su pequeña mochila y se la colocó a la espalda con un movimiento grácil. Se arregló con esmero su sencillo vestido de color gris y agarró la bolsa con su almuerzo. Salieron del cubículo, cuidando de apagar la luz antes de salir. Durante unos minutos ascendieron por los túneles en dirección al centro neurálgico de Ciudad. Un humano de quinientos años atrás apenas hubiese sido capaz de distinguir nada a la luz, tenue y rojiza, de las galerías. Pero tras siglos obligados a vivir en la oscuridad de los túneles, la humanidad había desarrollado una mayor sensibilidad en la vista, así como mayor resistencia al calor, lo que les permitía soportar la temperatura imperante en las profundidades de la tierra. Gardenia podría haber leído un libro con la luz que emitía la esfera de un reloj, si todavía hubiese existido alguno para poder usarlo como lámpara. Había otras zonas en Ciudad con más necesidad de iluminación, como las granjas hidropónicas, donde las plantas no sólo producían alimentos y sino que eliminaban el anhídrido carbónico del aire y generaban oxígeno.



© Adrian Vargas

Durante el ascenso hasta la escuela, en la zona de servicios, no hablaron ninguna de las dos; iban sumidas en sus propios pensamientos. La pequeña imaginaba a su madre luchando contra los temibles *tranxis*, impidiéndoles que



bajasen hasta los túneles donde vivían. En cambio la mujer cavilaba preocupada, sabía parte de lo que les iba a comunicar el profesor Yuste y sentía miedo.

Pronto otros niños y niñas, acompañados por sus madres o padres, coincidieron con ellas en las galerías y la niña comenzó a saludarlos con alegría. En la puerta de la escuela Gardenia despidió a su hija con un beso y la pequeña le rodeó el cuello con los brazos.

—Mamá, ¿vas a ver a papá? —le preguntó al oído.

—Sí, mi amor, sabes que el pobrecito está trabajando desde hace varios días en el laboratorio, y te echa mucho de menos.

—Dale esto de mi parte —dijo, y le estampó un sonoro beso en la mejilla.

—Se lo daré, cariño, hasta luego.

La niña se mezcló con los otros alumnos que entraban a la escuela. Gardenia la perdió de vista. *Por suerte, pensó, todavía tenemos muchos niños, el futuro está asegurado, pero, ¿qué futuro les espera?*

Algunas madres la saludaron e intercambiaron algunas frases, pero todas tenían que acudir a sus ocupaciones y no podían permitirse el lujo de quedarse a charlar. Así de austera y rutinaria era la vida en Ciudad.

Tomó un túnel secundario por el que ascendió cuatro niveles. Continuó hacia el Complejo Científico por una galería apenas transitada y más oscura que el resto, pero que le ahorraba un gran rodeo por la Zona Administrativa. El trayecto era largo y solitario, la mayor parte del personal científico se encontraba trabajando en los laboratorios desde varios días atrás, pero ella volvía a su cubículo durante el periodo de descanso para atender a su hija. A pesar del atajo, el tiempo que dedicaba al recorrido le daba tiempo para pensar. Pensaba mucho, tal vez demasiado.

Pertenecer a la Guerrilla no sólo era arriesgado, sino que le daba acceso a conocimientos que la mayoría de los habitantes de Ciudad desconocían. Gardenia hubiese querido ignorar el peligro que los amenazaba y vivir tranquila, sin tantas preocupaciones que la abrumaran y dedicándose por entero a criar a su hija. Pero hacía muchas generaciones que ninguna madre podía hacer lo que tanto ansiaba Gardenia.

Todo comenzó quinientos años atrás, cuando los alienígenas llegaron a la Tierra. Eran una raza extraterrestre a la que denominaron *tranxis*, aunque nadie recordaba ya por qué. Procedían de algún lugar desconocido y remoto en el espacio e invadieron el planeta casi de la noche a la mañana. En Ciudad no quedaba constancia de la fecha exacta en la que todo empezó, los registros que



contuvieron esa información fueron destruidos u olvidados siglos atrás, cuando lo importante para la humanidad era sobrevivir a toda costa y huir lo más rápido posible. Se calculaba que la invasión tuvo lugar entre los años 1990 y 2020 d.C. Un día, sin aviso previo y de forma simultánea, miles de enormes naves espaciales en forma de huso aparecieron en la atmósfera terrestre. Y ya no se marcharon.

Todos los países del mundo utilizaron la totalidad de sus recursos para defenderse. Por primera vez en la historia, la humanidad consiguió unirse. Pero en el intento de rechazar la invasión todos los esfuerzos resultaron inútiles. El armamento de los alienígenas superaba a las armas terrestres de tal manera que las hacía parecer prehistóricas. Poseían escudos de energía capaces repeler las armas más sofisticadas. Los misiles, ya fuesen convencionales o nucleares, eran destruidos sin que llegasen a estallar; neutralizados en pleno vuelo. Desde las naves lanzaban descargas energéticas, miles de veces más potentes que un rayo, que aniquilaban con un solo disparo hombres, tanques, cañones y barcos. Ni siquiera los aviones más avanzados eran rivales contra tan poderosos e implacables enemigos.

Los alienígenas no intentaron comunicarse con la humanidad, sino que tomaron posesión del planeta como si hubiese estado desierto. No parecían tener un plan para acabar con la humanidad, sólo eliminaban lo que les estorbaba. Pronto se pudo comprobar que su objetivo era extraer las materias primas de la Tierra y llevárselas a su mundo. Nadie podía imaginar para qué necesitaban esa ingente cantidad de metales, minerales y agua de los océanos. Tal vez estuviesen construyendo alguna gigantesca obra que los requiriese; pero eso siguió siendo un enigma.

Cinco siglos después de su llegada, seguía sin saberse por qué expoliaban planetas habitados, ni tampoco se conocía nada de su civilización. Sólo que tenían un aspecto insectoide antropomorfo, un desarrollo tecnológico superior y una organización social sofisticada, pero incomprensible. Su cultura era tan diferente de la humana como lo era su aspecto.

Los primeros que los vieron caminar sobre la Tierra, y sobrevivieron para contarlo, los describieron como hombres disfrazados de hormiga. Al igual que los insectos tenían exoesqueleto quitinoso, en general de color gris oscuro, que en algunos casos se volvía casi negro. Poseían seis extremidades, aunque caminaban erguidos sobre las posteriores, más largas y con articulaciones muy similares a las piernas de un ser humano. Los cuatro brazos acababan en complejas pinzas, que les permitían tanto manipular con delicadeza como triturar cual prensa hidráulica.

La cabeza era algo más grande que la de un hombre y, al igual que en éstos, los ojos se hallaban situados al frente, aunque eran facetados como los de un insecto. En el resto de la cara no había nariz, ni oídos, ni rasgo facial algu-



no, sólo unas marcas que semejaban las facciones de un rostro monstruoso. La boca era compleja y poderosa como la de los insectos carnívoros. Sobre la cabeza, de lado a lado, exhibían una cresta con forma de abanico, inclinada hacia atrás en un ángulo de cuarenta y cinco grados y rematada con espinas. El número de ellas variaba, lo que parecía significar algún tipo de distinción de raza o estatus social, al igual que el color del cuerpo. Los *tranxis* que tenían la cresta más grande, que también eran más oscuros y más corpulentos, parecían ser la casta dirigente. Sobre el dorso del tórax poseían dos élitros que escondían dos pares de alas, al parecer atrofiadas. Nunca nadie los vio volar con ellas, pero las desplegaron a veces como gesto de desafío antes de entrar en combate cuerpo a cuerpo. Tampoco parecía haber distinción de sexos, ni se supo nunca cual era su forma de reproducción.

La humanidad fue derrotada con facilidad, como si no hubiesen opuesto resistencia. Los supervivientes se vieron obligados a buscar refugio bajo tierra, primero en sótanos y alcantarillas, luego en minas abandonadas y más tarde en profundas galerías, que excavaban donde los extraterrestres ya habían esquilado el terreno, o éste no tenía ningún valor para ellos. Durante cinco siglos los humanos vivieron como ratas, y como tales tenían que actuar para cubrir sus necesidades más básicas. Las colonias que no pudieron adaptarse al nuevo modo de vida se extinguieron. Los que lo lograron organizaron una guerra de guerrillas contra el invasor.

Pero matar *tranxis* y destruir sus instalaciones se reveló ineficaz, ya que los extraterrestres parecían tener poco aprecio por su vida y contaban con más medios que los humanos. Sin embargo, los guerrilleros hacían incursiones para robar a los alienígenas cualquier cosa que pudiese ayudarles a sobrevivir: generadores, lámparas para iluminarse, herramientas, piezas de repuesto y armas.

Gardenia salió de sus cavilaciones. Los túneles de la zona alta de Ciudad, donde se encontraban los Cuarteles de la Guerrilla y el Laboratorio, eran más amplios que el resto, ya que necesitaban espacio para trasladar el material que «adquirían» en sus incursiones a la superficie. Era allí donde encontraban los generadores, purificadores de agua, y demás instalaciones de mantenimiento del soporte vital.

Entró en el Laboratorio. Un centenar de personas trabajaban ante consolas, bancos de trabajo y maquinaria diversa. Algunos se entrenaban en la lucha cuerpo a cuerpo o probaban las nuevas armas. El denominador común de los habitantes de los subterráneos era su delgadez. Aunque la mayoría de los guerrilleros eran altos y fuertes, la alimentación vegetariana los hacía ser enjutos por naturaleza. Vestían ropas sencillas: camisa y pantalones grises, y zapatillas de lona. La alta temperatura que imperaba a dos mil metros bajo tierra hacía innecesario ir vestido, pero se permitían ese despilfarro de energía y materiales



como una concesión a su humanidad. Vivir como gusanos no los convertía en animales. Ir vestidos los hacía sentirse como seres humanos civilizados.

Cruzó el Laboratorio sin molestar a la gente que se afanaba en sus labores. Al pasar la saludaban con cordialidad. En Ciudad todos se conocían y habían aprendido que la cooperación era esencial para la supervivencia. La forma de vida en el complejo subterráneo era muy dura. Para conseguir bienes tan preciosos como el alimento, el agua o la energía necesitaban depender unos de otros y colaborar como nunca antes ninguna comunidad humana lo había hecho.

Entró en una estancia situada en el fondo de la caverna. En este recinto más pequeño también se desarrollaba gran actividad. Se acercó a una mesa que parecía ser el centro neurálgico de la sala. Alrededor se hallaban sentadas una veintena de personas. Un hombre alto de cabello negro y mirada profunda se levantó al verla entrar y se dirigió hacia ella, para abrazarla y darle un beso.

—Hola mi amor —dijo Rolf, el esposo de Gardenia—. ¿Cómo está hoy mi pequeña guerrillera?

—Bien, tan preguntona como siempre —respondió ella sonriendo—. El día menos pensado me pide una cabeza de *tranxi* para adornar su rincón —él rió a carcajadas—. ¿Y cómo va todo? ¿Han llegado más exploradores?

El rostro de Rolf se ensombreció pero no respondió.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmada—. ¿Pasa algo grave?

—Pues... bueno... no hay novedades, eso es lo malo —se separó de ella y miró a los que estaban alrededor de la mesa—. El profesor Yuste va a explicar la situación a toda Ciudad —miró el reloj que había en la pared—. ¡Vamos, ya es la hora!

Salieron a la gran caverna. Todo el personal del Laboratorio y demás dependencias de la Guerrilla estaba abandonando sus puestos y reuniéndose en grupos. Por la megafonía sonó la señal que alertaba a los ciudadanos para que escuchasen el comunicado. Aguardaron en silencio durante unos minutos; expectantes. Un hombre de edad mediana salió de uno de los accesos. Era tan alto como Rolf y tenía el cabello negro con leves toques plateados en las sienes. Llevaba las manos en los bolsillos y los hombros caídos. Parecía muy concentrado, con la vista clavada en el suelo. Se subió a uno de los bancos de trabajo y miró a su alrededor, cogió el micrófono que le tendía uno de sus ayudantes, se aclaró la garganta y dijo:

—Amigos conciudadanos. Algunos ya conocéis la situación en que nos encontramos y supongo que habrán corrido rumores al respecto. Por lo que no voy a andarme con rodeos ni a ocultar nada. Debéis saber toda la verdad



—tomó aire y continuó—. Es de todos conocido que los recursos se nos están agotando y que, si no ponemos remedio, en pocos años moriremos por falta de agua, alimentos y aire respirable. A pesar de las restricciones, la bolsa freática de la que venimos abasteciéndonos de agua no durará más de cinco años. Sin agua no podremos cultivar los alimentos que comemos y sin plantas que regeneren la atmósfera no tendremos aire respirable. Todo ello, pensaréis, si los *tranxis* no acaban con nosotros antes. Creedme, ese es el menor de nuestros males.

Había hablado todo de un tirón, sin casi respirar, y mirando al infinito; no se sentía capaz en esos momentos de mirar a los ojos a sus compañeros. Tomó aliento de nuevo y prosiguió:

—La mayoría de los equipos de exploración, que durante los últimos años han intentado encontrar más colonias humanas, han regresado. Ninguno de ellos ha hallado rastro de supervivientes. Eso nos convierte en el último bastión de la raza humana.

El profesor hizo otro alto en su discurso. Los que estaban cerca de él vieron que era para contener la emoción. Era un hombre duro y un científico racional, pero la responsabilidad que caía sobre él era más de lo que podía soportar cualquier hombre.

—Eso eran las malas noticias —continuó—, ahora vienen las... digamos mejores.

Un murmullo recorrió los túneles de Ciudad, pero los científicos y demás personas que colaboraban con el profesor Yuste guardaron silencio.

—La mejor noticia que puedo daros es que los *tranxis*, después de quinientos años destruyendo la Tierra y esquilmando sus recursos, al fin se marchan —un murmullo de aprobación y algunas muestras de alegría sonaron entre los presentes en la caverna—. Parece que ya no quedan más materias primas que robar y los océanos ya deben de estar vacíos. Los exploradores han observado que los *bichos* abandonan el planeta con sus naves y que, previamente, se llevan todos sus equipos a través de esos misteriosos Portales que poseen. Pero antes de cruzarlos activan una gran cantidad de cargas explosivas, que destruyen las escasas instalaciones que dejan atrás.

Un rumor reverberó por los túneles y cavernas de Ciudad. Todos anhelaban un futuro sin *tranxis*, pero sabían que sin ellos quedarían abandonados en un planeta muerto. Con la atmósfera convertida en veneno y sin océanos, la Tierra era inhabitable.

—Como digo —continuó el científico—, al abandonar el planeta destruyen todas sus instalaciones. Sin nadie a quien robarle, nos quedaremos sin medios



para construir potabilizadoras de agua o generadores que produzcan electricidad.

El destino les jugaba de nuevo una mala pasada. La gente que tenía hijos lloró pensando en que no llegarían a disfrutar de la vida, aunque la existencia que llevaban no era un lecho de rosas, era vida al fin y al cabo. Habían aprendido a disfrutar de lo poco que tenían y no pedían mucho más.

—Bien, amigos —prosiguió el profesor Yuste—, escuchadme con atención, porque todos vamos a tener que aportar hasta nuestro último aliento en un esfuerzo definitivo; desesperado —se atragantó por la emoción y añadió con voz ronca—. Muy desesperado.

Un silencio sepulcral llenó todos los pasillos de Ciudad, nadie, ni los niños más pequeños osó romperlo, como si fuesen conscientes de la importancia de las palabras del profesor Yuste. La pequeña Axenia, en el colegio, hacía un dibujo en el que su madre mataba un *tranxi* con su ballesta, dejó el lápiz y se quedó escuchando con atención. Nadie sabía lo que el científico iba a proponer pero, si en ese momento les hubiese pedido lanzarse desnudos y desarmados contra los *tranxis*, lo hubieren hecho sin rechistar.

—No tenemos demasiadas esperanzas, pero si estamos aquí todavía, si esos malditos extraterrestres no han podido con nosotros, tal vez tengamos alguna oportunidad —prosiguió el profesor Yuste—. Los *tranxis* utilizan sus Portales para llevarse el producto de su rapiña. Suponemos que éstos deben de conducir directamente a su planeta o a algún lugar lleno de alienígenas. Como no podemos pasar a través de ellos, la única opción que nos queda es robarles una de sus naves.

Esta vez los murmullos se convirtieron en gritos y en preguntas lanzadas al aire. El clamor reverberó en los túneles creando ecos que iban y venían en creciente intensidad.

Yuste intentó retomar su discurso haciendo gestos para que guardasen silencio y lo dejaran continuar.

—Sí, lo sé —dijo al fin cuando el fragor de voces fue cediendo—, lo sé, no sabemos como funcionan, pero podemos aprender. Tampoco sabemos si podremos hacernos con ella y si podremos escapar en caso de que nos persigan. El resultado de este proyecto es incierto, demasiado incierto, pero no nos queda otra opción. Atacaremos la base que hay en la superficie sobre nosotros —señaló hacia arriba—, que nunca hemos molestado para que no sospechasen de nuestra existencia, y que por casualidad parece ser el último reducto de los *tranxis*.



Los informes de los exploradores así lo confirmaban, aunque no podían estar del todo seguros. ¿Quién podría saber si había alguna nave en órbita o en la Luna?

—Sabemos que en cada una de sus bases siempre había al menos una nave estacionada. La idea es asaltar esta base por sorpresa, aniquilarlos a todos antes de que puedan reaccionar, y luego apoderarnos de la nave —hizo una mueca de disgusto al encontrar otro punto débil en su discurso. Sabía que no había espacio en una nave para todos, pero las posibilidades de conseguirla eran tan remotas, que no importaba demasiado—. Luego, una vez que estemos solos en nuestro mundo, ya planearemos el siguiente paso: viajar a otro planeta en el que podamos vivir.

La gente rompió en aplausos aunque sabían a la perfección las dificultades y la fragilidad del plan, pero acostumbrados a la dura vida en los túneles, cualquier esperanza, por pequeña que fuera, era suficiente para darles ánimos. Nadie dijo nada de la posibilidad de que los alienígenas enviaran refuerzos al perder el contacto con su destacamento, pero harían frente a las dificultades conforme se fuesen presentando.

Ciudad, 11 de junio de 2505.

—**A**xenia, cariño, no llores —decía Gardenia a su hija, abrazándola con ternura—. Mamá va a salir de Ciudad para...

—¡Para matar *tranxis*! —gritó la niña—. ¡Hoy no quiero que vayas! ¡Son muy malos y... y... y feos!

—No te preocupes mi amor —intentó tranquilizarla conteniendo las lágrimas—. Mamá sabe lo que hace y no se acercará a ellos. Si tengo que matar alguno lo haré desde lejos, ¿vale?

—¡Mátalos a todos! —dijo la pequeña con la cara llena de lágrimas—. ¡Que no dejes ninguno! ¡Los odio!

La niña no deseaba que su madre se marchara, pero quería que matase a todos los *tranxis*, a los que odiaba con todas sus fuerzas, como todos los humanos desde su nacimiento.

—No hará falta matarlos, ya se están yendo ellos solos —le dijo secando las lágrimas que corrían por las mejillas de la niña y reprimiendo las suyas.

—¿Se van a su casa mamá? —preguntó la pequeña interrumpiendo su llanto—. ¿Dónde es su casa?



—Sí... supongo que se marchan a su casa. Y espero que esté en un sitio muy, muy lejano.

—¡Y que no vuelvan nunca! —exclamó Axenia haciendo un gesto que casi hizo estallar en carcajadas a su madre.

—Eso esperamos todos, que no regresen. Ahora recoge tus cosas, te quedarás en casa de Rosa y así podrás jugar con Gabriela, pero debes portarte bien. Papá vendrá a verte cada noche. Cuando yo regrese ya no te dejaremos sola nunca más. ¿De acuerdo?

—¿Entonces es cuando nos iremos en una nave? —interrogó incansable Axenia—. ¿Qué es una nave, mamá?

Gardenia sonrió y apretó a la niña contra su pecho.

—Es un vehículo muy grande con el que viajaremos a un sitio muy bonito. Un lugar en el que no tendremos que vivir en túneles. Viviremos en la superficie. No necesitaremos máscaras para respirar, ni filtros para que la luz del sol no nos ciegue —le explicó con voz suave y soñadora—. Un hogar donde viviremos felices para siempre.

—¡Qué bonito mamá! —dijo la niña sorbiendo por la nariz—. ¡Será como en los cuentos que me cuenta papá! ¿Verdad?

—Sí cariño, eso es, será como en los cuentos.

A Gardenia le dolía el corazón cada vez que salía en una expedición y tenía que despedirse de su hija. Sabía el riesgo que corría, pero cada vez quedaba menos gente capaz de realizar las incursiones en la superficie y no podía negarse. Los científicos como Rolf investigaban, reparaban, construían los equipos que les permitían sobrevivir, otros se ocupaban de las granjas hidropónicas o de hacer ropas y utensilios, y ella era de los que tenían que arriesgar sus vidas para conseguir los suministros.

Cuando llegó al Cuartel de la Guerrilla sus compañeros se estaban vistiendo con los trajes de superficie, similares a los que se utilizaron los buceadores siglos atrás. Protegían el cuerpo de la atmósfera tóxica del exterior y de las radiaciones solares, que caían inmisericordes por la falta de una capa de ozono que lo impidiese.

El coordinador Náchter pasaba revista a las armas que iban a llevar, a su lado el adjunto Shukiyaki volvía a revisarlas. Luego el coordinador impartió las últimas instrucciones, utilizando una pizarra en la que habían dibujado el recorrido que tenían que seguir:



—Subiréis por el pasadizo catorce hasta la grieta que conduce a la vieja mina y luego tomaréis por...

Gardenia escuchó una vez más la exposición de Nácher. Pero su mente volvió a revivir una incursión, dos años atrás, que no olvidaría jamás. Aquella vez, para conseguir un generador de energía, habían muerto cinco de sus compañeros; entre ellos su hermana Lirio. Un *tranxi* la... *¡no, no quiero recordar más!*, se dijo entre la melancolía y el dolor de los recuerdos, y pensó en la curiosa costumbre de sus padres de poner nombres de flores a sus hijas.

—...que tengáis mucha suerte —terminó Nácher y los guerrilleros siguieron con sus preparativos.

Cuando ya estaban equipados entró Rolf buscando a su esposa entre el grupo. Parecía muy preocupado pero, cuando la vio, una sonrisa le iluminó el rostro y se dirigió hacia ella.

—Cúidate cariño —le dijo y la besó apartando la máscara del respirador—. Ten mucho cuidado.

—Lo tendré, no te preocupes —respondió ella como otras veces—. Cúidate tú. ¿Te encuentras bien?

Él asintió con un toque de tristeza en sus ojos. Rolf padecía una enfermedad incurable que lo estaba consumiendo. No viviría mucho tiempo pero, a pesar de los dolores que lo torturaban, quería dedicar sus últimos meses de vida a ayudar la supervivencia de la humanidad. Se decía que antes de los *tranxis* el cáncer se podía curar, pero ni siquiera sabían si eso era cierto. Otras muchas enfermedades, que antes de la invasión se curaban con un simple antibiótico, resultaban mortales y, a causa de ellas, la población humana había disminuido de manera constante.

Un hombre alto y robusto, vestido con traje de superficie, se acercó a la pareja y le palmeó la espalda a Rolf.

—Yo la cuidaré, descuida —dijo Shukiyaki. El visor del traje y la máscara sólo le dejaban al descubierto sus penetrantes ojos, escondidos bajo unas cejas muy espesas.

—Cuidaos los dos —dijo Rolf y se marchó antes de que la emoción hiciese peor la despedida.

—¡Vamos, en fila! —ordenó el adjunto Shukiyaki, el jefe de la incursión. El coordinador Nácher lo había designado por su experiencia.





Era un hombre valiente aunque prudente, que tenía la fama de traer de vuelta siempre a todos sus compañeros de expedición.

Los doscientos guerrilleros se pusieron en marcha de manera ordenada. Además de vestir los trajes que los protegerían de la atmósfera tóxica, cargaban a sus espaldas con el purificador de aire —que les permitiría respirar fuera del complejo de túneles de Ciudad—, las cargas energéticas para su armamento *tranxi* y las ballestas neumáticas, las únicas armas que tenían de fabricación propia. Éstas utilizaban descargas de aire comprimido para lanzar saetas capaces de atravesar el exoesqueleto de los alienígenas, pero no así los escudos energéticos, que rechazaban todos los objetos metálicos. A pesar de todos los esfuerzos, no habían podido construir flechas de materiales no metálicos lo suficientemente resistentes.

Las armas de los extraterrestres consistían en un haz coherente de fotones y partículas subatómicas, que era proyectado en línea recta. Este rayo ionizaba el aire y servía de guía para una descarga eléctrica de altísimo voltaje, que quemaba y fundía cuanto alcanzaba. Los escudos energéticos utilizaban un efecto similar, pero aplicado a un potente campo magnético, que creaba una coraza casi invisible alrededor del portador. Éste disparaba sacando sus armas fuera del campo protector. La única forma de penetrar los escudos era someterlos a varias descargas simultáneas de sus propias armas, que lo debilitaban lo suficiente como para que las flechas pudiesen atravesarlo.

Shukiyaki abrió la puerta que conducía a la cámara de presión. Todos entraron tras él y se quedaron quietos en la oscuridad. Cuando la puerta se cerró, la luz del casco del adjunto brilló tenue y éste se abrió paso entre el grupo apiñado en la oscura estancia. Durante unos instantes vibró en el aire el ronroneo de un compresor, que igualaba la presión del aire con la existente en el exterior. La puerta de salida se abrió y todos siguieron la luz del adjunto.

El túnel se elevaba poco a poco, haciéndose tan estrecho en algunos tramos que, sin esfuerzo, podían tocar las paredes con ambos codos. Para poder guiarse en la oscuridad, uno de cada cinco había encendido la luz de su casco, pero eran tan débiles que sólo los habituados ojos de los habitantes subterráneos eran capaces de distinguir por donde iban.

Utilizando cauces secos de ríos subterráneos, pozos de minas y grietas naturales en la roca, les llevaría un día entero subir los dos mil metros que los separaban de la superficie. De vez en cuando hacían un alto y se sentaban unos minutos a descansar. Apenas hablaban, cada uno tenía presente que tal vez ésta fuese su última incursión y andaban sumidos en sus propios pensamientos.



—¿Cómo te encuentras? —escuchó Gardenia a su lado. A pesar de que sonaba amortiguada por el respirador, reconoció la voz de Marga, su amiga de la infancia; y de su hermana Lirio.

—Tengo miedo —respondió sin pensar.

—Yo también —dijo Marga en un susurro—. Nunca pensé que fuese a llegar este momento.

—Ni yo —añadió Gardenia—. Supongo que nos hemos acostumbrado tanto a esta vida, que cualquier cambio nos asusta.

Marga guardó silencio. Durante unos instantes Gardenia sólo escuchó breves susurros de sus compañeros, que conversaban en parejas o pequeños grupos. Sabía que tenían tanto miedo como ella. Miedo por sí mismos y por los hijos y familiares que se habían quedado en Ciudad. Y miedo a fallarles.

—Sí, no es lo mismo infiltrarnos a hurtadillas para robar en un almacén que atacarlos y matarlos —dijo Marga—, aunque siempre había deseado acabar con ellos de una vez. ¿Sabes? En el fondo, pase lo que pase, creo que lo voy a disfrutar.

—¿Disfrutar, estás loca? Esto es una misión desesperada, suicida —afirmó Gardenia—. ¿Qué posibilidades tenemos de conseguir una nave?

—Muy pocas, pero debemos intentarlo o seguir escondidos hasta la extinción —respondió Marga—. Y si tenemos que extinguirnos que sea matando a esos insectos de mierda.

Gardenia asintió en la oscuridad. *Sí, tal vez yo también lo disfrute*, pensó.

Shukiyaki dio la señal de retomar la marcha y todos se levantaron sin dudar. Gardenia se alegró de no seguir con la conversación que, tomase el camino que tomase, no resolvería las dudas que los abrumaban. Ella, junto con Marga, había arriesgado su vida muchas veces. Eran actos de piratería contra un enemigo invencible, que ni siquiera se molestaba en buscarlos y acabar con ellos, y del que, sin embargo, dependían para su supervivencia. Pero esta vez no se trataba de robar, sino de enfrentarse a una fuerza muy superior a ellos y a la que sólo tenían una oportunidad para vencer.

Base *tranxi*, 12 de junio de 2505.

El último tramo del túnel terminaba en un panel de metal. Shukiyaki le hizo una seña a uno de los hombres que iban tras él. Gael, uno de los técnicos, se adelantó y practicó un pequeño orificio en el panel con un



soplete. Por el agujero observó el otro lado durante unos minutos e hizo una seña a Shukiyaki con el pulgar hacia arriba. Éste asintió. Gael activó el soplete de nuevo y lo aplicó a la barrera metálica al máximo de potencia. En unos minutos, con extremo cuidado y en silencio, abatieron el trozo de panel cortado.

Al otro lado había un almacén lleno de contenedores y equipos. Nunca habían podido averiguar qué hacían los alienígenas con tantos suministros, pero a ellos, mientras pudiesen robarlos, poco les importaba. Se separaron en dos grupos que siguieron distinto camino hasta llegar a la puerta, explorando con cuidado las posibles salidas. Abrir el portón del almacén parecía demasiado arriesgado y buscaron una forma de salir sin llamar la atención. De pronto una voz resonó en sus comunicadores:

—Aquí hay un conducto de ventilación —dijo Aristeo, uno de los exploradores de avanzada—. Parece lo bastante grande para que podamos pasar.

—Bien Aris —dijo Shukiyaki—, mira qué hay al otro lado.

Entre tres pudieron retirar la rejilla del conducto y Aristeo se deslizó en el interior. Tensos minutos se desgranaron mientras sólo se oía la respiración agitada del hombre que se arrastraba cauteloso.

—Sí —dijo al fin.

—¿Sí qué? —preguntó el adjunto.

—Que podemos pasar. Al otro lado hay un hangar con vehículos pequeños y una perforadora. No hay *bichos*.

—¡Vamos, todos adentro! —ordenó Shukiyaki y, como si lo hubiesen ensayado mil veces, fueron entrando en orden en el conducto de ventilación.

El hangar era lo más grande que Gardenia había visto nunca en sus incursiones. Estaba oscuro y las tenues luces de sus cascos no permitían ver el techo, dando la impresión de que se elevaba hasta el infinito. Rodearon el perímetro y abrieron una puerta pequeña situada en un lateral. Continuaron por pasillos que parecían abandonados, como si los *tranxis* hubiesen marchado ya.

Al entrar en un recinto que parecía un laboratorio, encontraron dos alienígenas desarmados que estaban desmantelando los equipos. Dos certeras saetas en la cabeza acabaron con los insectoides, que quedaron en el suelo como dos cucarachas muertas. Prosiguieron por un corredor oscuro y polvoriento hasta un montacargas. Forzaron las puertas con facilidad. No querían activar ningún mecanismo para no alertar a los extraterrestres. La cabina no tenía techo, lo que les permitió trepar por el hueco utilizando las guías del ascensor. Al fin llegaron a lo que debía de ser la parte más alta del edificio. Un corredor, tan oscuro y polvoriento como el que les había llevado al montacargas, les condujo



hasta una zona en la que se escuchaba gran actividad. Con extrema cautela volvieron a introducirse por los conductos de ventilación. Una hora después Shukiyaki habló por el comunicador:

—Escuchad con atención. Hemos llegado a un hangar, es enorme, mucho más que el otro que vimos más abajo. Aquí es donde tienen el Portal y por él se están llevando muchos contenedores. Vamos a salir de este tubo, nos situaremos en una galería que rodea el recinto a unos veinte metros sobre el suelo. Las luces están más abajo, por lo que no es probable que nos vean. El ruido de la cinta transportadora impedirá que nos oigan, pero actuemos con cautela, con sigilo y absoluto silencio. Una vez desplegados veremos cual es el siguiente paso. Los pelotones pares desplegaos por la derecha y los impares por la izquierda. Los exploradores buscad un acceso al tejado del edificio. ¡Adelante!

Sigilosos como felinos se distribuyeron por la pasarela metálica que rodeaba el hangar a la altura del techo. Debía de haber sido proyectada para efectuar reparaciones en la instalación eléctrica, pero no tenía aspecto de haber sido utilizada en años. Shukiyaki, Gael, Aristeo, Marga, Gardenia y seis guerrilleros más, se deslizaron hasta un punto desde el que pudiesen observar el proceso de transferencia que tenía lugar abajo.

El Portal consistía en un marco metálico de diez metros de alto por quince de ancho. El aire dentro del mismo vibraba con una leve ondulación, como lo haría un pañuelo de seda expuesto a una ligera brisa. Sobre una cinta transportadora, casi tan ancha como el Portal, avanzaban los contenedores. Al llegar a la zona de aire vibrátil las grandes cajas metálicas desaparecían poco a poco, como si entrasen por una puerta invisible.

Los guerrilleros estaban fascinados por el espectáculo. Nunca habían visto nada parecido. Algunos exploradores habían descrito e incluso dibujado un Portal, pero en vivo era impresionante.

—Adjunto, soy Frantz, sube al tejado. Esto no te va a gustar —sonó de improviso una voz en los auriculares de Shukiyaki.

—Vamos para allá —susurró el adjunto y añadió—: Ofelia, hazte cargo mientras estoy arriba.

—Lo que tu quieras, mi amor —respondió una voz femenina.

El adjunto hizo una seña a su pequeño grupo para que lo siguieran.

Desde el tejado del gigantesco edificio se veía un paisaje desolador. El Sol calcinaba la tierra agostada mientras comenzaba su descenso hacia el ocaso. Habitados a la oscuridad perpetua, los guerrilleros tuvieron que usar los filtros de sus visores para evitar que la luz les cegase. En todas direcciones se extendía un interminable desierto que se perdía en el horizonte. Sabían que



cuando llegaron los *tranxis* a pocos kilómetros frente a ellos había un mar. Ahora sólo quedaba un inmenso abismo polvoriento.

Pero lo peor de todo era que, en los alrededores del complejo, no había ninguna nave espacial. En los lugares que los exploradores habían descrito como atracaderos, no había nada. Todo había sido desmantelado. Sólo quedaba una zona donde cientos de contenedores esperaban a que unos alienígenas, con grandes máquinas elevadoras, los colocasen sobre la cinta transportadora.

—No hay ninguna nave y en unas horas, o días a lo sumo —dijo Shukiyaki, desalentado, tanto para los otros como para si mismo—, los *tranxis* abandonarían la base y la destruirán, como han hecho en las otras. ¿Qué podemos hacer ahora?

Nadie en el grupo respondió, sólo miraban desolados a los alienígenas afanarse como las hormigas a las que tanto se parecían.

—¡Hay que actuar rápido! —exclamó Gael al fin—. No deben de ser muchos más que nosotros, ataquémoslos, tenemos la sorpresa de nuestra parte.

—Sí, ataquemos —dijo Aristeo y miró a todos sus compañeros que permanecían en silencio—. Podremos usar el Portal para ir a otro sitio.

—Imposible —añadió Gardenia—, nos llevaría al mundo de los *tranxis*. El Portal no nos sirve para nada.

—No. Tal vez tenga razón —intervino Gael—. Si conseguimos ajustarlo para que nos lleve a un sitio en el que no haya *bichos*...

—¿Y cómo sabremos dónde es eso? —lo interrumpió Marga.

—¡Dejemos de discutir! —exclamó Shukiyaki—. Hemos venido a apoderarnos de una nave y, si no la hay, tendremos que coger lo que podamos: el Portal... ¡Toda la base entera, si nos proporciona una esperanza de supervivencia! Luego ya pensaremos en el siguiente paso.

Todos asintieron en silencio.

La superficie total de la base alienígena debía de superar los cien kilómetros cuadrados. En el centro se elevaba un enorme complejo de edificios rodeado de explanadas, que se utilizaban para el aterrizaje de las naves y el almacenamiento de contenedores. El edificio principal contenía el Portal y tenía adosados a su alrededor almacenes, talleres y laboratorios. Algo separado del resto se encontraba el edificio del reactor, una construcción sólida en forma de cubo, que generaba la energía para todo el complejo.



Los guerrilleros se diseminaron sobre los tejados. Los *tranxis* se creían solos en el planeta y no tenían ningún tipo de vigilancia o sistema de seguridad. Una hora más tarde se volvieron a reunir para evaluar la información recogida y decidir la estrategia a seguir para el ataque.

—Parece que casi todos los *tranxis* están en este edificio y en la zona de carga —explicaba Shukiyaki—, aunque no sabemos cuantos hay. Tenemos que aniquilarlos sin que la cinta transportadora se detenga y llame la atención de los que están al otro lado. No podemos permitir que ninguno cruce el Portal para dar la alarma.

»El Equipo Dos entrará a la planta de energía y la desconectará. Eso será la señal para iniciar el ataque. Los Equipos Tres y Cuatro liquidarán a todos los que están trabajando en el exterior cargando contenedores. El Uno y el Cinco permanecerán aquí para evitar que ningún *tranxi* destruya el Portal o dé la alarma. El resto, los Equipos del Seis al Diez, se distribuirán en torno al perímetro e irán estrechando el cerco para que todos los demás *bichos* no escapen.

—¿Y qué pasará cuando tomen sus armas? —preguntó Gael—. Si activan sus escudos nuestras flechas serán inútiles y tenemos pocas armas energéticas para hacerles frente.

—Por eso debemos tomarlos por sorpresa —respondió Shukiyaki—, y quitarles sus armas y escudos para luchar en igualdad de condiciones.

—Cuando cortemos la energía los del otro lado se darán cuenta de que algo ha pasado y es probable que abran el Portal desde allá —aseguró Aristeo.

—Según los exploradores que vieron como cerraban los Portales —continuó Shukiyaki—, los *bichos* se marchan pero hacen explotar el Portal y lo que parece ser el centro de control. Aquello de allá —dijo señalándoles una cabina de metal y cristal que había a un lado del hangar, en cuyo interior había un *tranxi* inmóvil—. Los científicos piensan que es desde donde controlan el Portal y que lo destruyen para que nadie pueda volver a utilizarlo o, tal vez, localizar su mundo. Eso significa que es posible que no puedan volver si aquí no hay un Portal activo.

—Pero eso es sólo una teoría —intervino Gardenia—, además, si lo hacemos funcionar de nuevo volverán a tener acceso libre.

El adjunto Shukiyaki se quedó pensativo unos instantes. El plan hacía aguas por todas partes, pero las situaciones desesperadas necesitaban decisiones desesperadas. Su mente trabajaba a toda prisa.

—Ya pensaremos en eso a su debido tiempo —todos lo miraron desalentados—. Lo primero es desconectar la energía y acabar con ellos —añadió.



Planta de energía.

Para Simón no era la primera incursión en un reactor *tranxi*, había participado antes en la búsqueda de repuestos para los generadores. Como otras veces lo habían elegido por ser un técnico experto en artefactos alienígenas. En aquellas misiones sólo tenían que esconderse de los *tranxis* y robar los equipos que necesitaban, en cambio esta vez tendrían que eliminar todo *bicho* que encontrasen por el camino, y eso le daba un pánico atroz. Por mucho que el coordinador Nácher se empeñase, él no era un guerrero. Justo delante de él se deslizaba sigilosa Ofelia, la responsable del pelotón. Ella sí que era, desde el punto de vista de Simón, una temible oponente para los extraterrestres. Ella y Shukiyaki eran los únicos que había matado uno con sus propias manos en lucha cuerpo a cuerpo. *Seguro que ella no tiene tanto miedo como yo*, pensó cada vez más asustado, pero sujetó con fuerza la ballesta neumática que llevaba entre sus manos y continuó caminando tras su jefa de equipo.

Llegar hasta el edificio del reactor fue fácil, no había enemigos, la mayoría estaban en la zona de carga. Avanzaron por un pasillo que parecía construido por humanos. Los invasores no apreciaban el arte y las ornamentaciones, todas sus construcciones eran funcionales al cien por cien. Tal vez por ello no siempre había puertas en los habitáculos o recintos. Si algo no les era necesario lo omitían, como el techo del montacargas. Pero la planta de energía parecía necesitar muchas puertas y, además, muy pesadas. Por suerte el sistema de ventilación era necesario y lo bastante grande y potente como para mantener ventilada toda la planta. Habían entrado al edificio por una pequeña puerta lateral, de propósito desconocido, y luego habían accedido a uno de los conductos de ventilación situado en el techo.

Se hallaban todavía a más de cien metros de la puerta del reactor, por lo que aún les quedaban muchos metros de conductos por los que arrastrarse. La jefa del equipo decidió acortar el camino y les ordenó trepar por los tubos hasta la azotea. Como era de esperar allí no había nadie. El sol, de un intenso color rojo, se estaba poniendo tras las lejanas montañas, tiñendo de sangre el triste paisaje.

Ofelia hizo señas a sus hombres para que se desplegaran y buscasen una entrada segura en la maraña de conductos que salían y entraban del tejado. Algunas tuberías dejaban escapar vapor, tal vez formaban parte del sistema de enfriamiento del reactor. Otras terminaban en grandes cilindros, semejantes a depósitos, de propósito desconocido. Al cabo de unos minutos uno de los hombres indicó, levantando el brazo, que había encontrado una entrada. Confluyeron junto a una gran rejilla que cubría un enorme ventilador, que extraía aire caliente.

—Esto es lo que buscábamos —dijo Simón en voz baja.



—¡Adelante! —indicó Ofelia, y uno de los otros se dispuso a cortar la rejilla con un soplete.

Pocos minutos después la retiraron y dejaron al descubierto un ventilador de cuatro metros de diámetro. Uno de los hombres empuñó un arma energética *tranxi*, apuntó al centro de la gigantesca hélice y disparó. El motor eléctrico emitió un chirrido y comenzó a arder mientras las aspas se paraban poco a poco.

Engancharon una cuerda al soporte del motor quemado y la dejaron caer por el oscuro conducto, que se internaba en las desconocidas entrañas del edificio.

—¡Adentro todos! —ordenó Ofelia encabezando el grupo y deslizándose por la soga, se hundió en el oscuro pozo. Todos la siguieron sin dudar.

La sala del reactor, vista desde la pasarela de servicio situada cerca del techo, parecía ocupar más espacio que el propio edificio, pero era sólo un efecto óptico. Como toda construcción *tranxi* carecía de concesiones a la comodidad y la estética. El reactor era un cilindro de treinta metros de altura por otros tantos de diámetro. Estaba situado en el centro del inmenso recinto y se conectaba al techo por una sinuosa maraña de conductos metálicos de diverso calibre.

Una veintena de alienígenas desarmados trabajaban frente a paneles de control, situados en el perímetro de la sala, en los que destellaban luces de colores y emitían chirridos desagradables a los oídos humanos.

—Se han dado cuenta de que se han parado los ventiladores —susurró Simón—, debíamos de haber entrado por otro sitio.

—No importa —dijo Ofelia—, si tienen que parar el reactor por falta de ventilación nos ahorrarán un trabajo.

Una treintena de alienígenas entraron en la sala y se dividieron para ayudar a los que ya estaban trabajando. Pero diez de ellos, armados con pistolas y escudos, comenzaron a trepar hacia la galería donde se encontraban los guerrilleros.

—¡Mira! —señaló Simón asustado—. ¡Suben hacia aquí, nos van a descubrir!

—Contaba con eso —replicó Ofelia e hizo una seña al resto del equipo, que habían tomado posiciones alrededor del recinto—. ¡A mi señal disparad sin descanso! —ordenó, se apoyó la ballesta en el hombro, disparó y abatió al *tranxi* que abría la marcha subiendo hacia la pasarela. Al caer arrastró tras él a dos de sus compañeros.



Las ballestas zumbaron enviando los mortíferos dardos. Eran sólo veinte humanos contra los más de cien extraterrestres que había en el edificio y que acudieron al sonar la alarma, pero en la primera descarga eliminaron un tercio de ellos. Aprovechando la confusión de los primeros instantes consiguieron derribar treinta alienígenas más. Después continuaron disparando sin tregua, intentando evitar que los *tranxis* fuesen a buscar sus armas, sin embargo, unos cuantos lo consiguieron y regresaron al poco con sus escudos y armas energéticas. La táctica en esos casos era disparar a uno de ellos con dos o más armas *tranxi*, hasta que el escudo se debilitaba lo suficiente hasta que una flecha pudiese atravesarlo. Así fue como, tras unos intensos minutos de lucha, los humanos controlaron el reactor sin perder a ninguno de sus miembros.

Simón, todavía con las piernas temblando a causa del miedo y la tensión, corrió alrededor de la sala intentando descifrar los controles. Mientras tanto sus compañeros se aseguraban de que no hubiese más extraterrestres en el edificio y remataban a los que todavía se movían.

—¡Lo tengo! —gritó el técnico señalando hacia un panel situado en un hueco de la pared del reactor—. ¡Ayudadme, yo solo no podré moverlo!

La corpulenta Ofelia y otro de los miembros del equipo corrieron hacia él. El interruptor estaba construido para ser accionado por los cuatro poderosos brazos de un *tranxi* y un solo ser humano no podía siquiera moverlo. Los tres guerrilleros se agarraron a las barras metálicas que sobresalían del panel.

—¡Uno, dos y tres! —gritaron y movieron la palanca.

Las luces de apagaron en toda la base.

El exterior

Cientos de contenedores se alineaban sobre la explanada frente al edificio del Portal. Eran de metal color gris, como la mayoría de las cosas que construían los *tranxis*. Los más grandes medían cinco metros de alto, por cinco de ancho y diez de largo. Había algunos de forma cilíndrica, tal vez para transportar líquidos, que descansaban sobre soportes soldados a sus costados y que les hacían parecer enormes insectos. En una zona más alejada se podía distinguir un área en la que formaban un ejército de vehículos y máquinas de propósito desconocido, también esperando a ser transportadas a través del Portal.

Los Equipos Tres y Cuatro, a fin de sorprender a los extraterrestres entre dos fuegos, se deslizaron hasta la fila de contenedores más próxima y allí se separaron cada uno en una dirección distinta. En las otras zonas no parecía haber actividad alguna, los únicos *tranxis* a la vista eran los que manejaban las máquinas, y que trasladaban sin descanso las cargas hasta la cinta trans-



portadora. Se movían con precisión en un continuo círculo: cargar, transportar, descargar, volver a por otra carga. Cada portacontenedores era conducido por un único alienígena. Ninguno llevaba máscara, eran capaces de respirar la basura gaseosa de la que estaba compuesta la atmósfera de la Tierra, que tal vez habían transformado a semejanza de la de su planeta.

Los guerrilleros se apostaron para tener a tiro a los transportistas. Parecían desarmados, pero eso no importaba, un *tranxi* desarmado era muy peligroso. No podían dejar que tomaran sus armas, pero tampoco luchar con ellos cuerpo a cuerpo, ya que los humanos, al carecer de coraza externa, se encontraban en franca desventaja. Con un poco de suerte aquello no iba a ser una batalla, sería una ejecución, como los alienígenas habían hecho con el resto de la humanidad. Por eso a ningún humano le daba reparo matar a aquellos insectos malignos.

Las luces se apagaron en el edificio principal y, un segundo después, los *tranxis* transportistas caían abatidos. Los humanos corrieron para tomar posesión de los vehículos.

Perímetro.

Los cinco equipos numerados del seis al diez se distribuyeron en torno al perímetro de la azotea del gigantesco edificio principal. No eran suficientes para registrar los edificios auxiliares que se hallaban más alejados, por lo que tuvieron que confiar en la suerte, esperando que en ellos no se escondiese un ejército de *tranxis*.

En la azotea habían localizado las claraboyas y respiraderos por los que podrían acceder al interior. Eligieron las que parecían tener mejor accesibilidad y, cuando el reactor fue desconectado, se introdujeron en ellas por parejas. Con extrema cautela, pero sin perder el tiempo, fueron registrando de manera meticulosa el edificio. Aunque por suerte la mayor parte se encontraba ya desmantelado y desierto.

Cuando llegaron a la gran sala del Portal, habían conseguido eliminar cuantos *tranxis* se habían encontrado en su camino, y sin apenas bajas por su parte. Cargaban muchas armas nuevas y una enorme red de metal muy ligero y resistente. Habitados a aprovechar todo lo que encontraban, enseguida pensaron que podía serles útil en la lucha.

La batalla del portal.

En el exterior ya se había puesto el Sol cuando se cortó la energía y el hangar quedó a oscuras. Por las claraboyas sólo entraba el débil resplandor del cielo y el brillo, tenue y rojizo, de la Luna. Los guerrilleros



levantaron los filtros que oscurecían sus máscaras y pudieron distinguir con claridad el desconcierto de los *tranxis*. La cinta transportadora se había detenido, pero el Portal seguía abierto. Los científicos humanos se habían preguntado qué pasaría si se desconectaba cuando algo estaba pasando a su través, sin embargo, seguía activo y un contenedor obstruía casi todo el Portal.

—¡A por ellos! —ordenó Shukiyaki—. ¡Que no quede ninguno vivo!

Las flechas comenzaron a zumbear y a derribar alienígenas. Unos corrieron a esconderse, otros huyeron en busca de sus armas. Un sonido espeluznante, que debía de ser el equivalente *tranxi* de una alarma, comenzó a chirriar en el recinto. De las puertas laterales comenzaron a salir alienígenas armados con escudos y armas energéticas. Entonces se desencadenó el infierno. Los humanos parecían dominar la situación desde las galerías y accesos superiores. Aunque parecían estar igualados en potencia de fuego, continuaban en inferioridad numérica.

—Hay que cerrar el Portal —dijo Shukiyaki—, la cabina de control debe tener otra fuente de energía. Debemos desconectarlo todo.

—¡Vamos allá! —exclamó Gardenia y saltó desde la pasarela donde estaba junto a Aristeo y Shukiyaki, hasta un contenedor que había abajo. Los dos hombres la siguieron.

Aterrizaron sobre el contenedor y se aplastaron contra él para evitar el fuego cruzado que se desarrollaba a su alrededor. Los demás guerrilleros, al verlos, intentaron distraer la atención de los *tranxis*, dejándolos libres para correr sobre los contenedores, que apenas estaban separados entre sí más de un par de metros. Necesitaban poco esfuerzo para saltarlos, pero todavía estaban lejos y el fuego enemigo se intensificaba conforme aparecían nuevos *tranxis* armados. El chasquido de una descarga energética sonó a sus espaldas y apareció un agujero en el metal del contenedor que acababan de abandonar.

—¡Saltad abajo! —gritó Shukiyaki—. Nos han visto.

Saltaron, y cayeron sobre la cinta transportadora. Un *tranxi* sin escudo los vio y giró su arma hacia ellos, pero Gardenia fue más rápida y le clavó una flecha en la cabeza. Mientras caía muerto el arma del *tranxi* trazó un arco de destrucción, que no los alcanzó por poco. Por fortuna para los humanos la mayoría de los alienígenas eran trabajadores, que carecían de escudos energéticos, y era fácil derribarlos con los dardos.

Todavía les faltaban cien metros para llegar a la cabina. El alienígena que la guardaba intentaba defenderla con una pistola de energía que, por suerte para los asaltantes, tenía menos alcance que las armas largas que utilizaban los guerreros.



Un estruendo súbito, parecido a un rugido chirriante, se abalanzó hacia ellos. Vieron algo enorme avanzar por el hangar. Un *tranxi* parapetado tras unas máquinas localizó su escondite entre los contenedores y les apuntó con su arma, pero de pronto la mole rugiente se interpuso entre ellos y recibió el disparo. Era un portacontenedores, conducido por Marga, que había irrumpido en el hangar disparando y atropellando alienígenas.

—¡Bien Marga! —gritó Shukiyaki—. ¡Cúbrenos con el vehículo hasta la cabina!

—¡No puedo —respondió ella golpeando los controles del vehículo—, han alcanzado el motor y está ardiendo!

—¡Mierda! —exclamó el adjunto—. ¡Vamos, hay que desconectarlo antes de que...!

Demasiado tarde se dio cuenta de que ya entraban tropas *tranxi* por los huecos entre el contenedor y el marco del Portal.

Por la mente de Gardenia pasaron miles de cosas en una décima de segundo. Si ellos morían nadie sobreviviría en Ciudad. Ni su hija Axenia, ni su esposo Rolf... Sin pensarlo, como poseída por las furias, echó a correr disparando contra los alienígenas que intentaban detenerla. Shukiyaki y Aristeo corrieron tras ella. Sabían cual era su objetivo e intentaban despejarle el camino, protegiéndola de la batalla que se desarrollaba a su alrededor.



El grupo quedó enredado bajo la malla que comenzó a chisporrotear sobre sus escudos. Los extraterrestres, presa de gran confusión, chocaban unos con otros sobrecargándose los escudos mutuamente, momento que aprovecharon los humanos para masacrarlos sin piedad disparándoles una densa lluvia de flechas.

Gardenia se lanzó bajo un vehículo que ardía alcanzado por algún disparo. Sus compañeros, tras ella, la cubrían disparando a todo lo que se movía a su



alrededor. El *tranxi* de la cabina de control disparaba con la puerta entreabierta, había descubierto que las flechas no atravesaban el metal y debía de pensar que estaba a salvo. Gardenia apuntó su ballesta con extremo cuidado, mientras que a su alrededor giraba el infierno.

Los humanos, tomando las armas de los *tranxis* muertos, respondían al fuego enemigo con rabia. Habían conseguido ralentizar el avance de las tropas que pasaban el Portal, que por suerte todavía seguía bloqueado en parte por un contenedor.

Gardenia disparó. La saeta zumbó a la velocidad de una bala, pasó por la rendija de la puerta de la cabina, y se clavó en el duro cráneo del *tranxi*. Éste cayó empujando la puerta y dejando expedito el paso. La guerrillera salió de su escondite rodando y se puso en pie de un salto. Para esquivar los disparos corrió en zigzag hacia la cabina. Un *tranxi* desarmado se interpuso en su camino e intentó cerrarle el paso, pero ella hizo un quiebro y rodó bajo sus piernas. Shukiyaki lo alcanzó cuando se volvía hacia ella y se enzarzó en lucha cuerpo a cuerpo con él, mientras que Aristeo seguía a Gardenia de cerca.

La mitad del Equipo Dos irrumpió por la retaguardia *tranxi* derribándolos como si fueran los bolos de una bolera. A la cabeza iba Ofelia disparando a dos manos. Esto hizo cundir el desconcierto entre los alienígenas el tiempo suficiente como para que Gardenia y Aristeo alcanzasen la cabina. En el interior, tal como suponían, había un tablero de control. Aristeo estaba familiarizado con la tecnología *tranxi*, pero no con algo tan complejo. Había pantallas que desgranaban datos en un lenguaje de signos desconocidos. Multitud de interruptores y luces que parpadeaban al azar. El hombre dudó unos instantes. Quería desconectar el Portal, pero... Accionó algunos interruptores... no pasó nada. Gardenia le señaló uno mucho más grande. Él lo desplazó hasta la posición opuesta a la que estaba y el Portal se desactivó, cortando en trozos a los alienígenas que estaban cruzando en ese instante y al contenedor parado en el medio, que desparramó su contenido.

El tablero se había apagado por completo, a excepción de una pequeña bola de cristal facetado de color verde situada en la parte superior. Gardenia y Aristeo se miraron desconcertados. El cristal verde parpadeó y el Portal volvió a activarse.

—¡Lo han activado ellos desde su mundo! —gritó Aristeo—. ¡Estamos perdidos!

Ella no contestó pero de un empujón apartó a su compañero de delante del panel. Agarró su ballesta con fuerza y descargó un golpe con la culata en la esfera de cristal, que saltó en mil pedazos. El Portal se cerró de nuevo.

Gardenia se volvió hacia Aristeo sonriendo, pero el otro, con una expresión de inmenso terror, tenía la mirada clavada tras ella. La mujer se giró al mismo



tiempo que levantaba la ballesta y disparaba. Un *tranxi*, con el exoesqueleto de color negro y la cresta plagada de incontables espinas, estaba parado en la puerta de la cabina. La flecha le había dado demasiado bajo en el tórax. Se miraron durante una décima segundo, tras el que el alienígena se abalanzó sobre ella rugiendo. Le agarró los brazos con el par de extremidades superiores, inmovilizándoselos. Con las inferiores la sujetó por la cintura. El tremendo dolor que le produjeron las garras del *tranxi* casi la hizo enloquecer. Todo a su alrededor se volvió oscuridad. Sintió como el extraterrestre la arrastraba fuera de la cabina y la levantaba sobre su cabeza. Desesperada se debatió intentando liberarse de la terrible presa que la atenazaba, pero fue inútil, sólo consiguió que el dolor alcanzase límites intolerables. El tiempo pareció ralentizarse. Durante un instante eterno vio a Shukiyaki que luchaba a muerte, cuerpo a cuerpo, con un *tranxi*, ambos rodaban por el suelo en una confusión de miembros que golpeaban sin cesar. Luego se sintió ingrávida y vio precipitarse el suelo hacia ella, con exasperante lentitud. Su cabeza chocó contra el suelo. Algo crujió de forma desagradable y dejó de sentir dolor. Perdió el conocimiento y flotó en un sueño confuso en el que su hija estaba rodeada de alienígenas que rugían...



Shukiyaki se desembarazó del *tranxi*, que acababa de matar con sus propias manos, a tiempo de ver a Gardenia estrellarse contra el suelo, donde quedó desmadejada; rota. Se levantó de un salto y corrió gritando como loco, queriendo alcanzar al insectoide mientras éste todavía miraba el cuerpo inerte de su amiga. Impactó contra el alienígena, le rodeó el cuello con los brazos y lo retorció en una potente presa, que a un humano le hubiese quebrado el cuello al instante. La envergadura de los dos combatientes era similar y la lucha fue titánica. Como un muñeco, el hombre se encontró apresado entre los cuatro poderosos brazos del extraterrestre, que lo estrujó con brutalidad. Sintió que se le rompían algunas costillas. La presión le impedía respirar y comenzó a asfixiarse. El dolor y la falta de aire casi lo hicieron desfallecer, sin embargo, cuando estaba a punto de perder el sentido, vio por un instante el cuerpo inmóvil de Gardenia. La rabia se apoderó de él dándole renovadas fuerzas. Se retorció usando como punto de apoyo el cuello del alienígena, que mantenía rodeado con sus brazos. Notó el chasquido de alguno más de sus propios huesos, pero consiguió aflojar un poco la presa que lo atenazaba y el aire entró de nuevo en sus pulmones junto con el fétido aliento del *tranxi*. Aumentó la presión lanzando un alarido desgarrador, que le ayudó en su esfuerzo de seguir torciendo y torciendo. Las placas del cuello del *tranxi* crujió y, al fin, con un chasquido húmedo, la cabeza giró en un ángulo imposible y el alienígena murió. Ambos se precipitaron al suelo con estruendo.



Agotado, jadeante, mareado, Shukiyaki alzó la cabeza y miró alrededor. Los humanos supervivientes, algo menos de la mitad de los que empezaron la incursión, ayudaban a los caídos. Ofelia remataba a los *tranxis* sin piedad disparando su ballesta con una mano, mientras en la otra llevaba la cabeza de un jefe *tranxi*. Aristeo lloraba arrodillado junto a Gardenia. Alguien se acercó al adjunto, le preguntó si estaba bien y le ayudó a acercarse, casi arrastrándose, al cuerpo caído de Gardenia. Ésta todavía vivía, pero estaba muy malherida. Por la posición del cuello Shukiyaki supo que lo tenía roto y que no tardaría en morir. Aristeo le había vuelto a colocar el respirador, aunque ya no importaba mucho si la mujer respiraba o no la atmósfera venenosa. Se dejó caer junto a ella. Acercó su oído a la boca de la mujer, que parecía susurrar algo, y le levantó un poco la máscara para poder oírla.

—Dile... a Axenia... y a Rolf... que los quiero —repetía ella en un susurro entrecortado.

—Sí, se lo diré —le respondió él. No podía engañarla diciéndole que se iba a poner bien. Sabía que los médicos no podían curar una lesión como esa.

—Cuida de... mi niña... por favor —susurró ella jadeando—. Rolf está enfermo... tiene cáncer... no vivirá mucho. Cuídala...

—Te lo prometo, la cuidaré como si fuese mi propia hija —dijo él con el rostro cubierto de lágrimas.

—¿Hemos... vencido? —dijo Gardenia en un suspiro agónico.

—Sí, no te engaño, hemos acabado con todos ellos, al fin somos libres.

Gardenia sonrió levemente y murió.

Ciudad, 12 de Junio de 2520.

Tras la Batalla del Portal, como fue denominado el asalto a la última base *tranxi* en la Tierra, la vida siguió sin ser fácil para los habitantes de Ciudad. Pocos años después la población fue diezmada por una epidemia. Una enfermedad desconocida se propagó sin control y, cuando terminó, la mitad de la población había muerto y la mayor parte de los supervivientes tenían secuelas graves. Durante esos años todos los esfuerzos humanos fueron enfocados hacia la supervivencia, sin embargo, el profesor Yuste y el equipo de científicos siguieron desentrañando los misterios de la tecnología *tranxi*, lo que permitió mejorar de manera notable las condiciones de vida en Ciudad. Ampliaron los túneles hasta el complejo *tranxi* de la superficie y adaptaron las instalaciones para uso propio.



Acondicionar los edificios, para que fuesen estancos y tuviesen una atmósfera respirable, fue una tarea ardua. Sin embargo, se permitieron el lujo de construir algo que, no siendo de utilidad práctica, sí que les reportó una satisfacción moral: un cementerio. Ya no necesitaban reciclar los cadáveres como abono para los cultivos hidropónicos. Si bien para los *tranxis* la tierra carecía de valor, las plantas todavía podían extraerle suficientes minerales y los demás nutrientes los aportaban los residuos orgánicos de Ciudad. Así fue como los caídos en la Batalla del Portal fueron los primeros en ser enterrados de nuevo como seres humanos. Y en pocos años, a causa de la epidemia, la necrópolis creció hasta contener más cuerpos que humanos vivos caminaban sobre el planeta.



© Isabel Sánchez

Los océanos estaban secos y ya no llovía en ningún sitio de la Tierra, por lo que construyeron una depuradora para reciclar el agua y cavaron pozos en busca de nuevas reservas subterráneas. Levantaron invernaderos que les permitieron aprovechar la luz del sol para cultivar alimentos y purificar el aire. La comida mejoró en calidad y cantidad, pero todavía siguió siendo escasa.

La planta de energía, tras años funcionando sin cesar, estaba próxima a agotar su combustible. Aunque los técnicos calculaban que todavía duraría algunos años más, esperaban encontrar la forma de abandonar el planeta antes de que esto sucediera.

La tecnología del Portal se había revelado más compleja de lo esperado. El cristal que Gardenia había destruido parecía ser esencial para que se pudiese abrir el Portal, era algo así como una baliza. Sin ella no se podía «apuntar» el Portal a ningún sitio. Se creía que los primeros *tranxis* llegaron navegando por el espacio trayendo uno de estos cristales, que utilizaron para abrir el primer Portal y comenzar la invasión.

Sin embargo, no todo estaba perdido, Yuste y su equipo descubrieron que el mismo Portal podía utilizarse de una forma muy distinta: para viajar en el tiempo. La distancia que podían desplazarse en el espacio-tiempo y la cantidad de materia que podían enviar estaban limitadas, por alguna extraña ley de la física cuántica y por la escasa energía de la que disponían.

En un primer momento pensaron en trasladarse al pasado y rehacer allí sus vidas, pero nadie quiso marcharse. Sabían que tarde o temprano llegarían los *tranxis* y temían que, para entonces, todavía no hubiesen sido capaces de desarrollar una defensa contra ellos. Eran pocos y la humanidad del pasado estaba enzarzada en continuas guerras, como pudieron averiguar en sus pri-



meras exploraciones. Nadie les ayudaría, ni siquiera les creerían. Sólo les quedaba una opción: evitar la invasión ellos mismos.

Los quinientos cinco habitantes de Ciudad se encontraban reunidos en uno de los antiguos hangares de la base *tranxi*, reconvertido en granja, que utilizaba para reuniones especiales. El coordinador Nacer, a causa de la edad y una grave enfermedad, acababa de dejar su puesto, nombrando como sucesor al adjunto Shukiyaki. A pesar de los quince años transcurridos, éste conservaba su impresionante envergadura y sus ojos penetrantes bajo las tupidas cejas; ya algo canosas. Subido en un viejo contenedor, muy erguido y con las manos a la espalda, se dirigió a sus conciudadanos:

—Amigos, nos hemos reunido hoy aquí para conmemorar el decimoquinto aniversario de la derrota de los *tranxis* y para rendir homenaje a los que murieron en aquella batalla. También deseamos recordar a los que perecieron a causa de la epidemia que diezmó Ciudad hace diez años —hizo una pausa, recorrió con su mirada a los asistentes y continuó—. Como sabéis nos encontramos en otro momento crítico de nuestras vidas. Vamos a emprender una nueva aventura, que tal vez sea la última oportunidad que tengamos para salvar a la humanidad y el planeta Tierra.

»Viajaremos a través del Portal, pero no hasta un punto lejano del espacio, sino quinientos años hacia el pasado e intentaremos acabar con los primeros *tranxis* que llegaron a la Tierra. Si lo conseguimos habremos cambiado el curso de la historia y todos desapareceremos, o renaceremos en un mundo sin alienígenas invasores. Si fallamos la raza humana morirá con nosotros —Shukiyaki guardó silencio un instante. Nadie aplaudió las palabras del coordinador. Éste tampoco esperaba que lo hicieran, por lo tanto prosiguió al cabo de unos instantes:

—Aunque todos ya los conocéis, os presento de manera oficial al equipo de Cazadores que hará las incursiones temporales —señaló a un grupo de cincuenta mujeres y hombres vestidos de negro, que se encontraban en pie a su espalda—. En equipos de tres viajarán al pasado para buscar el momento exacto de la primera llegada e intentarán impedir que los *bichos* activen el Portal.

Esta vez los ciudadanos aplaudieron. Casi todos tenían amigos o parientes entre los cazadores y se sentían muy orgullosos de ellos.

—No voy a engañaros, este plan no es perfecto, tiene muchas inconsistencias y variables. Como dice el profesor Yuste, utilizando una frase tan arcaica que ya casi no tiene sentido: «Este plan hace aguas por todas partes» —dijo el coordinador mirando al viejo científico, que asintió muy serio—. Pero, ya que renunciamos a rehacer nuestras vidas en el pasado, no tenemos otro plan mejor. Como hemos hecho hasta ahora improvisaremos sobre la marcha.



Los asistentes rieron sin demasiado entusiasmo. Se sentían perdidos como náufragos, desalentados después de tantos años de luchar para sobrevivir. Estaban cansados y enfermos, tanto que algunos se habrían sentado sin hacer nada hasta morir. Sólo en los más jóvenes y fuertes seguía latiendo el deseo de luchar por vivir.

—Dentro de tres días haremos la primera incursión. Será a una fecha lo más cercana al momento de la invasión que podemos aventurar —prosiguió Shukiyaki—. No podemos forzar el generador enviando mucha gente, ya que reajustar el Portal es costoso y delicado, por lo que cada cambio de fecha deberá ser elegido con sumo cuidado. Según los resultados obtenidos saltaremos hacia delante o hacia atrás en el tiempo, hasta dar con ellos. ¡Deseémosles mucha suerte a los Cazadores!

La gente aplaudió y se reunieron con el grupo para transmitirles sus mejores deseos. De entre ellos salió una mujer joven, de unos veinte años, alta, con el pelo negro recogido en una larga coleta y unos ojos penetrantes de color azul eléctrico. Se acercó a Shukiyaki con paso grácil y seguro.

—Felicidades por el nombramiento, «señor coordinador» —dijo sonriendo—, y lo besó en la mejilla.

—Gracias Axenia —dijo abrazándola con afecto—. Si pudiesen verte tus padres, convertida en una Cazadora de *tranxis*, estarían muy orgullosos de ti.

—Lo sé —respondió la joven—, y muy agradecidos contigo por criarme como si fuese tu propia hija. Gracias.

—Ya sabes que se lo prometí a tu madre —dijo el hombre con una profunda expresión de tristeza en sus ojos—. Vamos, iremos a visitar la tumba de tus padres, a partir de ahora no tendremos tiempo para hacerlo a menudo.

Cogidos del brazo salieron del hangar, dejando atrás al resto de los habitantes de Ciudad, los últimos seres vivos de la Tierra.

© José Vicente Ortuño

José Vicente Ortuño, nació en Manises (Valencia - España) en 1958. Es un lector voraz de ciencia ficción, terror y fantasía, al que siempre le gustó escribir las historias que inventaba para dormirse ³/₄lo de contar ovejas le aburre mucho³/₄, pero por falta de constancia y de tiempo libre, lo fue haciendo de forma muy esporádica hasta que hace un par de años, en que sus amigos lo animaron a que se lo tomase en serio. Tiene un blog titulado *Via Libris* (<http://vialibris.blogspot.com/>), donde comenta los libros que lee, anuncia los eventos de la *Tertulia Valenciana (TerVa)* y otras locuras que se le ocurren. Hasta la fecha ha publicado en *Alfa Eridiani*, *Axxón*, *La Idea fija*, *NCG 3660* y *Rescepto*.



EL SECRETO DE LOS ALQUIMISTAS

4ª PARTE

por Omar E. Vega

En el capítulo anterior, asistimos al comienzo de una amistad entre Hal, el espía y periodista terrestre, y Stuard, el acomodado ingeniero de minas. Gracias a Stuard podrá viajar a ring bajo una cobertura inocua. Mientras nuestro amigo Dean espera su turno en la estación espacial.

EL RITO

Hall se despertó exaltado ante la insistencia, rayana en la histeria, de la computadora del cuarto. Durante tres días Stuard fue espiado por los agentes de la Tierra, dirigidos por George Yang. Lo habían seguido por toda la ciudad tratando de establecer patrones de conducta y de determinar los sitios de reunión de los subversivos.

La computadora insistió.

—Hal, llamado urgente. Contesta el llamado —y repetía sin pausa—. Hal, llamado urgente. Contesta el llamado.

Hal se levantó de su cama somnoliento y refunfuñando contra el impertinente que le interrumpía su sueño tan entrada la noche.

—Por favor proyecte transmisión —ordenó Hal a la computadora de cuarto.

En la pantalla tridimensional apareció la imagen de George Yang.

—Hola Hal —comenzó George—. Lamento interrumpir tu sueño a esta hora de la noche pero tengo buenas noticias que comunicarte. En estos tres días la operación ha tenido éxito. Hemos localizado el sitio de reunión de los alquimistas, gracias a la señal del microtransmisor.

—Voy de Inmediato al consulado —exclamó Hal, de pronto revivido—. Tenemos que planear el siguiente paso.

Entre el bullir de pensamientos que esa noticia desató en la mente de Hal, apareció la urgente necesidad de preguntar algo que se omitió antes.

—Y ahora que se ha localizado el lugar que va a ocurrir con el microtransmisor en el organismo de Stuard —preguntó Hal, preocupado quizás por la salud de quien comenzaba a estimar.



—No te preocupes —respondió George—. Ya enviamos la señal para que retracte sus tentáculos de las paredes estomacales de Stuard. El dispositivo ha respondido conforme a las órdenes enviadas, por lo que el microtransmisor será evacuado con los desechos naturales.

—Es un poco desagradable discutir este método de evacuación —bromeó George—, pero no te preocupes, el transmisor está desactivado y no implica riesgos para la salud del anfitrión. Stuard no se dará siquiera cuenta de que alguna vez lo espiamos de una manera tan grotesca. Ven de inmediato —exclamó George cambiando el tono desde el diálogo a una orden directa.

—Está bien, voy ahora mismo.

Hal lavó su cara en forma superficial y comenzó a vestirse rápidamente. En un par de minutos estaba listo para partir. Salió de su cilindro y entró al tractor, poniéndolo en conducción automática diciendo:

—Computadora, dirijase por la ruta más corta, a velocidad de crucero, hacia el consulado.

—De acuerdo Señor —contestó la computadora actuando de acuerdo con las órdenes.

El vehículo se desplazó con rapidez constante por las calles de polvo rojo dejando una estela densa. Era temprano en la madrugada de otro día más, de esos de 28 horas que tiene Marte.

Era notable la adaptación de los marcianos a estos días más prolongados que los terrestres. Los relojes biológicos les indicaban que el día era más largo que lo normal. Pero la gente se adaptó a ese ritmo y no parecían sufrir efectos colaterales. Otra extrañeza de un mundo tan distinto a la Tierra.

En veinte minutos Hal llegó a las puertas del consulado. Bajó de su vehículo para dirigirse al laboratorio. Sólo estaban los guardias nocturnos en el lugar, carente a estas horas de guardia de honor y de secretaria. Hal descendió rápidamente al laboratorio, donde estaba George Yang acompañado de varios de los agentes terrestres en Marte que participaban en la misión, a quienes Stuard también conocía. Eran cinco en total los reunidos en ese cuarto.

2

—Tú los conoces a todos: Warren, Christopher, Brian —dijo George al entrar Hal, haciendo un gesto para concluir rápidamente las formalidades del saludo.



—Vamos ahora al grano. Hemos seguido a Stuard por toda la ciudad y determinamos que era un pájaro nocturno. Durante la noche invariablemente se dirige al barrio portuario.

—¡A la zona de prostitutas! —Exclamó Hal extrañado, pues se había formado la imagen de un Stuard de alta alcurnia, quien sentiría un rechazo atávico por aquellas barriadas hirvientes en borrachos y delincuentes—. No me digas que tiene alguna fijación sexual.

—Eso pensamos inicialmente —contestó Warren, un viejo espía que disfrutaba del trabajo metódico del seguimiento. Nada de niñerías, pensaba. Todo debía hacerse profesionalmente, hasta la perfección—. Pero nos resultó más sospechoso aún el que se dirigiera noche por medio, con inquebrantable regularidad, a un lugar específico. Es una especie de bodega, escondida muy discretamente bajo un cabaret de mala muerte, ubicado en la avenida 23. Sospechamos que ese es el sitio de reunión de los alquimistas. Identificamos al menos a seis individuos de alta sociedad frecuentando el lugar y desapareciendo hacia la bodega. Eso reafirma nuestra sospecha que tal es el sitio de reuniones de, al menos, una de las sectas.

—Pues bien —exclamó Christopher, quien gustaba de actuar más que de hablar—. Vayamos a allanar el lugar.

Brian, el más taciturno, escuchaba atentamente sin comentar ni mover un músculo de su cara. Algo le indicaba que sería él quien tomaría los mayores riesgos aquella noche, más no imaginaba cuan grande era la amenaza que se cernía sobre sí.

—Estás loco Christopher —rugió George—. Con el estado de agitación en Marte, con los incidentes, apedreamientos, balaceras, enfrentamientos entre subversivos y la policía y otros problemas por todos conocidos, allanar un lugar como ese sería tomar un gran riesgo. Podría ser la chispa que provocara la explosión del polvorín. No estamos autorizados para hacer acciones de ese tipo. Nuestra investigación debe ser sutil. No se necesitan matones sino espionaje delicado, fino.

—¿Por qué no usamos una microcámara? —sugirió Hal—, del tipo que yo uso en mis reportajes. Es la forma más simple de entrar a espiar en el cuarto.

—¿Microcámara? ¡Es una buena idea! —Asintió George, quien ya tenía su propio plan—. Pero sería muy vistoso y fácil de descubrir. La más pequeña de tus microcámaras tiene tres centímetros de largo. Además son metálicas y muy vistosas. Me resulta difícil pensar como podrían pasar inadvertidas. Pero no te desesperes, pues creo tener una idea mejor.

En ese momento George hizo una pausa dramática. Entonces, como meditando un profundo pensamiento, se quedó en un letargo corto pero que pareció



eterno. Cuando ya todos comenzaban a dudar de la sensatez de George, éste salió de su letargo para preguntar con voz serena y formal.

—¿Qué saben ustedes de moscas?

—¡Moscas! —exclamó Hal, sorprendido por el giro en la conversación.

—Que es un bicho muy persistente —explicó Warren—, y que estamos plagados de ellas, en especial en los campos hidropónicos del sur de New Texas.

—Y en el barrio portuario —explico con suave voz George, dando una pista a sus intenciones. En seguida George Yang hizo otra pausa teatral durante la cual creció el interés de los presentes. Solo cuando vio la cara de desesperación en sus interlocutores se dignó a continuar.

—Nadie sospecharía de una mosca. ¿Verdad?

—Por supuesto que no —dijo con voz irónica Christopher, el impaciente—. Quien va a sospechar de un bicho como ese. ¿Qué tienes en mente? —preguntó.

—Algo muy simple —explicó sonriendo George, como si dijera una broma—. Introducir una microcámara usando una mosca como portadora.

—¿Qué? ¡Pero eso es totalmente ridículo! —Protestó Hal—. Si la idea de usar un micro transmisor comestible era un poco extravagante. ¡Esto es el colmo!

—Pero resultó. ¿O no? —Continuó sonriendo irónicamente George—. ¿No detectamos el lugar de reunión?

Todos enmudecieron. Las ideas del extraño científico eran excéntricas pero muy efectivas. Había que ser un poco más tolerante y escucharlo, pensaron todos.

—El plan es muy simple —comenzó a explicar George en un tono más serio—. Se debe filmar la reunión, pero si ingresamos una microcámara convencional se percataran. Sin embargo, nadie sospecha de las moscas. Todos los elementos están dados y solo falta unirlos para encontrar la solución.

—¡Explicala ya! —Protestó Christopher—. No vamos a estar toda la noche escuchando discursos.

George ignoró tal impertinencia y continuó con sus pausas. Bien sabía que de esa forma pausada de hablar captaba la atención de todos. Entonces, sólo cuando la tensión estaba al máximo prosiguió.



—La mejor forma de infiltrar una microcámara es camuflarla como una simple y vulgar mosca.

—¿Piensas mandar una mosca robot? —preguntó el cauto Warren, a quien le disgustaban las ideas poco convencionales y prefería los procedimientos precisos, perfectos. Nada de aparatitos mecánicos que tienden a fallar en el momento más inoportuno. Además —pensó—, que pasaría si la destruyen y se dan cuenta que el bicho es sintético y que los estamos espiando.

—No —explicó George—. La idea es mucho más sencilla. Desde hace siglos se está intentando, y ya en el siglo XX había experiencias al respecto. Este es el procedimiento: se toma una mosca de verdad, a la cual se le funde el sistema nervioso natural con uno artificial, sus nervios se conectan a controladores y sus ojos son remplazados por microlentes. A este engendro se anexa un minúsculo transmisor de vídeo que emite señales de televisión del tipo usado hace cientos de años, las cuales son indescifrables en el presente. Se crea, entonces, una mosca cyborg, indistinguible para el observador casual de una natural. Con ella dispondremos de una herramienta de espionaje eficiente y segura. Y si la matan, ¿Quién se va a poner a examinar una mosca?

—Pero crear tal bicho costaría una fortuna —protestó Warren—. Y cuanto tiempo nos demandará armar una de ellas.

—Vengan —explicó George—, les mostraré. De hecho no tengo una sino varias de ellas preparadas. Estoy ansioso por emplearlas y ésta es la oportunidad. Desde la Tierra me llegaron los microchips necesarios, y las armé como pasatiempo.

Yang abrió un gabinete distinto a los conocidos por sus compañeros espías. Al parecer estaba más cuidadosamente oculto que el resto de su colección de armas e instrumentos de espiar. Dentro estaban congeladas, a muy baja temperatura, al menos diez de estas moscas cyborg. Bastaba con una de ellas para ejecutar la misión.



—Y como las dirigirás a su destino —preguntó Hal.

—Con una pequeña consola de control —contestó George—. Es ésta, la que tengo aquí.

George mostró el controlador dominado por una pantalla de vídeo de alta calidad. Se notaba que era un instrumento caro.



—Les haré una demostración —dijo triunfante George al ver que sus interlocutores prestaban cada vez mas atención. Sacó entonces una de las moscas y la introdujo en una pequeña cápsula.

—Computadora —ordeno seriamente George—, active cyborg.

Un indicador empezó a mostrar las fases del proceso de activación, y al terminar se abrió automáticamente la cápsula, dejando una mosca erguida pero inerte sobre la base de la cápsula.

—Ahora les mostraré.

George indicó la pantalla de la consola de control, la cual mostraba varias vistas de las recibidas por el insecto en sus lentes. Además, la señal de audio se escuchaba claramente.

—Mosca —ordenó George dirigiéndose a la computadora del cyborg—, ve al otro extremo de la habitación y retorna a tu posición original.

El insecto comenzó a batir fuertemente sus alas hasta despegarse de la cápsula. Realizó un vuelo vacilante, como el de una mosca normal, que la llevó hacia el otro extremo del cuarto.

Las imágenes captadas por los ojos mismos del animal, eran remitidas a la consola de control, donde se interpretaban en brillantes escenas y gráficos tridimensionales de alto detalle. En pantalla se veía una imagen perfecta de gran calidad y realismo. Ideal para el espionaje.

—¿Qué alcance tiene? —preguntó Warren, más interesado en el tema. Ya la idea no le sonaba tan estúpida.

—Un kilómetro —explico George.

—¿Y si la descubren? —Preguntó Hal— ¿Qué pasa entonces?

—Es difícil que la descubran —dijo George—. En una reunión de logia los miembros no osan interrumpir las ceremonias por salir en persecución de una vulgar mosca. Especialmente sí esta última no molesta a nadie.

Poco a poco los agentes comenzaron a encontrar menos tonta la idea de George. Además se preguntaron cuándo había fallado éste excéntrico. Siempre sus ideas fueron extrañas, uniendo esa locura original a una habilidad técnica notable y a los recursos abundantes que recibía para su investigación. George era ya legendario entre sus colegas y tenía un prestigio bien ganado por su capacidad para convertir sueños en armas efectivas de espionaje.

—¿Cuándo lo haremos? —preguntó Christopher, mientras Brian denotaba un poco más de interés reflejado en el brillo de sus ojos.



—Sabemos que las sesiones son día por medio —explico George—. Por lo que mañana, o debo decir la próxima noche (eran ya las 1 de la mañana), de biéramos actuar. Cuanto antes terminemos con este asunto, mejor. Sin embargo hay un problema importante que resolver. Uno de nosotros deberá ir al cabaret para soltar el insecto, mientras el resto monitoreamos desde un tractor de carga. Entrar a ese lugar será muy arriesgado. Solicito un voluntario.

Y entonces Brian, quien no había dicho palabra en toda la noche, reaccionó como si hubiera recibido una orden.

—Yo —dijo, levantando su mano, antes de entrar nuevamente en un silencio profundo.

Hubo una pausa y todos meditaron un instante en lo misterioso y valiente que era Brian. Quizás se sentían culpables que al momento de actuar era Brian el primero en ofrecerse para las misiones. El no se entrometía en la toma de decisiones, prefiriendo la acción por sobre el parloteo. Ese era Brian, quien a pesar de tener familia e hijos seguía siendo tan valiente como un jovencito irresponsable.

—Christopher —ordenó George—. Tú te quedas conmigo para preparar el tractor. Warren, tu darás apoyo a Brian en el terreno, vigilando el área desde una distancia prudente, y tú, Hal, vendrás conmigo en el tractor. Será interesante interpretar la simbología de la secta y en eso serás de ayuda. Ahora Christopher, Hal y yo tenemos que trabajar, Warren y Brian pueden retirarse a descansar. Mañana será un largo día.

3

Hal, Christopher y George se quedaron trabajando toda la noche, ensamblando equipos y chequeándolos con instrumentos, armando todo los aparatos que necesitarían para la misión del día siguiente. A pesar de los mini-robots y del instrumental disponible, muchas de las acciones necesitaban de laboriosidad y ellos derrocharon energías para completarlas. El día de mañana sería muy importante juzgando por la entrega que demostraban en su trabajo apresurado y preciso.

Luego de terminado el ensamblaje tomaron todos los equipos y los llevaron al garaje del consulado, poniéndolos en un tractor de carga, del tipo usado para llevar mercancías en Marte. En el costado del tractor pendía el logotipo de una conocida empresa de alimentos. Luego subieron a la sección de carga y comenzaron a distribuir e instalar todos los equipos, tarea que les demandó hasta la salida del sol, retirándose luego a sus casas para descansar un rato.



Como estaba convenido, Hal llegó a las seis de la tarde al punto de reunión: la plaza central de New Texas. Era un lugar apacible, típico de los pueblos pequeños. Rodeando la plaza estaban los edificios más importantes, tales como la gobernación, la catedral ecuménica, el edificio del ballet y opera, el mercado, el correo y otros; todos ellos construidos en la piedra rosácea típica de Marte. En el centro de la plaza había un odeón donde la banda tocaba en días festivos. Estaba rodeada de fuentes de agua, estatuas, flores y muchos árboles. Ancianos somnolientos daban de comer a las palomas, mientras que los vendedores de globos y golosinas eran el foco de atracción de los niños que corrían en el lugar. Todo esto creaba una atmósfera pueblerina y somnolienta; casi rural, que hacía olvidar que estaban viviendo bajo un inmenso iglú artificial, única barrera contra el crudo ambiente marciano.



Hal vio un tractor de transporte aparcado a un costado de la plaza. Christopher estaba al volante, mientras George, el incansable, seguía armando sus instrumentos de espionaje, dejando todo a punto para rastrear el insecto espía y captar la información necesaria para llevar a buen término la investigación.

Hal abrió la puerta trasera del tractor, el que se puso en marcha de inmediato, comenzando un prolongado paseo sin rumbo, mientras terminaban de poner a punto los equipos. Después de un largo rato George sugirió.

—Bien muchachos, es el momento justo para servirnos algo. Será una larga noche.

Sus dos compañeros asintieron y se dirigieron a un pequeño café ubicado en los suburbios de New Texas. Después de pedir algo para comer y beber comenzó la conversación:

—Es nuestra gran oportunidad —exclamó Hal—. Imaginen, si develamos al fin el secreto que esconde la secta alquimista. Sabríamos quienes están detrás de toda la insurrección marciana. Si tenemos éxito, Peter y todos los superiores en la Tierra estarían felices. Y a propósito ¿Qué se ha sabido de la insurrección? No existen muchas noticias en la prensa.

—La prensa es cauta —explicó George—, pero los rumores abundan. Ha habido manifestaciones violentas, con bombas, disparos, muertos y heridos. Las cosas se ponen cada día peor. Existen fuertes rumores de que la Tierra va a intervenir militarmente y hay gran tensión en los medios diplomáticos. Sin embargo, por muy mal que estén las cosas, la Tierra decidirá si interviene o no



dependiendo de los informes que reciba. Nuestra investigación es necesaria para que tomen sus decisiones.

—Es esencial saber como se organizan los conspiradores —acotó Christopher—. De ello dependerá la estrategia a seguir durante una eventual invasión. Si están en extremo organizados la resistencia a la invasión puede cobrar muchas víctimas. La Tierra no está dispuesta a malgastar hombres y dinero en la invasión. Y tampoco desea crear la imagen de ser una potencia asesina. Por eso es que, antes invadir Marte, se necesita saber exactamente cuanto le costará a la Tierra en términos de vidas y créditos.

La conversación siguió un largo rato en un rincón aislado del café que estaba casi desocupado en esas horas.

4

Ya entrada la noche Brian dirigió sus pasos al cabaret. Cautó y silencioso, de mirada glacial y con una expresión seria e indefinida, Brian parecía un parroquiano más que no llamaba mayormente la atención. Trasmitía un aire de mafioso, lo cual era un perfecto disfraz para pasar desapercibido en el barrio bravo de la ciudad. Warren se quedó vigilando fuera del edificio, alerta ante cualquier amenaza imprevista.

Brian entró en el cabaret, cuyo interior estaba obscurecido excepto por el escenario. Nubes de humo y alcohólicos bebiendo en las mesas adornaban el lugar, mientras sobre el escenario tres mujeres jóvenes, bañadas de luces multicolores, bailaban desnudas al compás de música rítmica. En las mesas se veían prostitutas buscando parejas entre la clientela, mientras eran observadas atentamente por sus explotadores. Risotadas y bulla era la tónica del lugar.

Brian pidió una cerveza y se sentó a beber mientras observaba el espectáculo. Las muchachas bailaban lascivamente, de forma tal que incentivaban a los clientes a buscar compañía entre las muchas mujeres que ofrecían sus encantos a bajo precio.

—Qué lugar tan vulgar para establecer una secta —pensó Brian—, pero es una buena fachada por lo demás. Quién buscaría fanáticos seguidores de la virtud entre la mugre humana.

Brian exploró disimuladamente el lugar buscando la entrada a la sala de reuniones de la secta, la cual debía estar muy cerca. Una de las chicas que en ese momento buscaba un cliente entre los parroquianos malinterpretó a Brian y se acercó voluptuosamente a él.

—Hola guapo —dijo—. ¿Te hago compañía?



—Claro —exclamó Brian con su mejor sonrisa. No deseaba despertar sospechas ni menos dar la impresión de ser un desviado.

—¿Invítame un trago, quieres? —exigió cariñosamente la muchacha.

—Pide lo que quieras, yo invito.

La conversación duró largo rato, mientras Brian fingía interesarse en la mujer, al tiempo que de reojo observaba como, de a uno, desfilaban raros personajes, elegantemente vestidos, que entraban al cabaret para desaparecer rumbo al cuarto de baño, del cual no volvían a salir. Llamaba la atención sus finas vestiduras, las que contrastaban notoriamente con la pobreza de ese vestuario barato de obreros marcianos, tan común entre los parroquianos del cabaret.

—Ya han pasado más de veinte —pensó Brian—. O bien el baño es enorme o la entrada a la sala de reuniones se encuentra cerca de este.

Brian le dio un beso a la chica y simulando estar mareado se dirigió hacia los baños, donde notó que existía una salida falsa en un rincón del mismo. Brian entró en uno de los baños y cerró la puerta. Sacó entonces de su abrigo un pequeño estuche plástico. Abrió la tapa transparente de la cápsula y apretó un pequeño botón en la base de la misma. Unos indicadores de color se encendieron. De pronto, como por milagro, un insecto sólido, rígido de muerte, empezó a revivir. Una señal verde le indicó que George ya estaba en control de la mosca.

—Atento George —dijo Brian, en voz muy baja hacia su pulsera—, vuela diez metros en línea recta y torna a la izquierda. Me parece que es la entrada.

—Entendido, suerte y fuera —dijo George, interrumpiendo tan peligrosa conversación.

De pronto el insecto comenzó a aletear furiosamente comenzando a volar. Se dirigió entonces en una trayectoria muy cercana al techo hacia el punto indicado por Brian.

Brian cerró el estuche y lo arrojó a la taza, tirando de la cadena. De esta forma borraba toda huella que pudiera delatarle. Entonces dirigió sus pasos de regreso hacia el cabaret. Su misión estaba cumplida y era tiempo de divertirse. Una hora después, luego de un pequeño coqueteo con las chicas del lugar, se retiró del lugar.



George maniobró el insecto fijándolo al techo del pasillo, junto a la entrada al lugar de reunión de la secta. Hábilmente manipuló la imagen del monitor a fin de invertirla, para poder ver mejor, y esperó. Los minutos pasaban y ya parecían horas pero nadie más aparecía por el lugar.

—¿No estaremos equivocados de entrada? —preguntó Hal ya cansado de esperar.

George no respondió, pero su mirada reflejaba rechazo ante tal falta de confianza en su trabajo. Mas nada nuevo ocurría, y los minutos seguían pasando. De pronto un cliente entraba a los baños y los espías esperaban que se dirigiera al pasillo pero se desviaba de rumbo. Solo iba a hacer sus necesidades biológicas. Debían seguir esperando.

Habían pasado veinte minutos ya, minutos que parecían siglos, y nadie aparecía.

De pronto Christopher exclamó.

—Allí, por fin, ese de seguro es alquimista.

Efectivamente, quien entraba era un hombre maduro, de rasgos aristocráticos. De camisa fina, abrigo, zapatos caros de costoso y exclusivo cuero animal. El extraño se dirigía cauteloso pero flemático hacia la puerta del lugar. Sin lugar a dudas era un alquimista.

De pronto se paró ante lo que parecía una muralla sólida. Miró cautelosamente en todas las direcciones y dio unos golpes rítmicos.

—Es clave Morse —exclamó Hal, quien esperaba oír más golpes—. Es una antigua forma de comunicación de la antigüedad.

Mas los golpes se repetían rítmicamente sin variación. Tres golpes largos, uno corto y tres golpes largos. Luego una pausa profunda y de nuevo se repetía el ciclo.

De pronto se sintió un sonido de bomba hidráulica que provenía de la pared.

—¡George, la pared se abre! —advirtió Christopher.

George entró en un estado de alta agitación mientras sus manos manipulaban muy rápidamente los controles del insecto cyborg, desprendiéndolo del techo para volarlo. Fue una maniobra difícil de visualizar, pero una vez concluida Hal y Christopher comprendieron. La acción fue tan rápida, y las pantallas de los controles mostraban cambios de perspectiva tan agudos, que solo un ojo entrenado podría haber comprendido que pasaba. George condujo hábilmente



el insecto, quien raudo cruzó el umbral de la puerta, entrando imperceptiblemente junto al alquimista. La mosca se escabulló invisible y George le hizo posarse en un rincón oscuro y seguro de la sala de reuniones. La puerta se cerró rápidamente.

Lo primero que les llamó la atención a los espías fue el silencio. Las risotadas de borrachos y mujeres de cabaret, la música y el bullicio quedaron atrás. La sala estaba tan bien aislada que George sospechó por un momento que había algún desperfecto en el audio. El lugar era grande, mucho más de lo que estimaron, y donde cabrían cómodamente cuarenta personas. Se encontraba suavemente iluminado con columnas de luz que nacían del piso en los extremos de la sala. Bancas largas de madera barnizada y brillante, ordenadas en forma de foro griego, ascendían en suave pendiente trayendo a la memoria catedrales de tiempos remotos. Los colores violáceos y fucsias predominaban en el lugar, contrastando con los adornos dorados: medallones alquimistas que adornaban todos los rincones del lugar. Porciones de la pared estaban cubiertas por vitrales de estilo medieval. La simbología alquimista era evidente, e incluía un conocido león verde de jade ubicado en oposición con un dragón del mismo material. Además, había aves y ballenas talladas en piedras de diversos colores, representando secretos milenarios. Colgando del techo y a ambos extremos del escenario había pendones de seda con signos similares a caracteres chinos.

—Ese es el emblema del azufre —explicó Hal—, el de la derecha es el mercurio y colgando del techo tenemos la sal.

Los extraños signos formaban un triángulo que cubría el espacio frontal del foro.

En el centro del anfiteatro había un escenario extenso, y en medio de él algo similar a un altar hecho de mármoles rosáceos y negros. A un lado de este altar estaba la solemne figura de un anciano leyendo un libro de tapas negras adornado con una cruz en su portada. Vestía en forma extraña algo que parecía un disfraz. Un hábito de la Edad Media, quizás de monje o quizás de brujo. Era una túnica de un material metálico de un azul muy ennegrecido pero resplandeciente, poblado por diminutas estrellas doradas y brillantes. Sobre su cabeza tenía un gorro aguzado del mismo material y diseño, inclinado levemente hacia su derecha, dándole el aspecto de un místico.

El hombre era un anciano de larga barba blanca y aspecto distinguido que irradiaba seriedad y sabiduría. Se paseaba lentamente en círculos sobre el escenario completamente concentrado en su lectura. Sus labios balbuceaban un canto imperceptible mientras ojeaba aquel libro de portadas negras y cruz dorada.

En las bancas estaban ubicados ya muchos miembros de la secta, quienes conversaban en voz baja, siendo interrumpido el silencio sólo por una que otra



imprudente risa nerviosa, producto de algún chiste inoportuno. Uno a uno los miembros del clan entraban al recinto, el cual ya estaba casi lleno. El repicar de una campana ordenó un cambio en el estado de conciencia de los presentes, mientras una música de órgano, muy solemne, inundó suavemente la atmósfera.

Detrás del altar se ubicaron cuatro alquimistas con túnicas más sencillas que la del anciano de barba blanca. Eran ayudantes que preparaban los utensilios de un desconocido ritual.

—Este es nuestro mejor trabajo —exclamó George, interrumpiendo un largo silencio inducido por la impresión que le causó espiar ese lugar—. Es una emoción muy grande. Al fin descubriremos el secreto de la secta que más conflictos ha creado en Marte, alentando la subversión.

—Pero cuando comenzarán —preguntó el impaciente Christopher.

—Evidentemente esperan a que lleguen todos —contesto Hal—. Faltan dos minutos para las nueve. Apuesto que esa es la hora de inicio.

La sala ya estaba repleta de gente. Todos varones y de clase alta. De pronto Hal exclamó.

—Allí está Stuard, quién nos condujo hasta acá. ¿Sabes que me invitó a Saturno?

—¿A Saturno? —preguntó extrañado George.

—Sí —se explayó Hal—. Se interesó mucho en mis reportajes y en muestra de gratitud por incluirlo a él, me invitó a conocer la colonia de Rings en Saturno. Stuard tiene muchos contactos allá y puede conseguir el permiso para visitarla. Además, como es dueño de una línea de naves, me ofreció pasaje gratis.

—¿Esta enterado Peter? —preguntó preocupado George—. Puede ser una trampa.

—No. Todavía no.

—Deberías decírselo —aseveró seriamente George—. Las cosas marchan muy bien últimamente. Quizás demasiado bien.

—Atención —exclamó Christopher, excitado por la curiosidad—. Al parecer el show va a comenzar.

En ese instante se sintió el sonido grave de una campana de grandes dimensiones. Todos se sentaron y se relajaron mientras la sala se llenaba de un silencio sepulcral. El hombre de la barba blanca y de curioso traje comenzó su acto.



—¡Queridos Hermanos! —dijo en un tono solemne propio de un místico—, hemos sido llamados a este lugar para adorar al Alquimista Supremo, quien transmuta la materia desde el plomo de la muerte y corrupción al oro de la vida y de la virtud. Somos su mano. Somos su vector. Su agente generador; reductor de la entropía.

—Estamos aquí para oírle y sentirle.

—El Alquimista Supremo ha sido desde el principio, en la tinieblas de los tiempos estuvo. Fue el verbo desplazado sobre las aguas tenebrosas de la nada. Y estará con nosotros, sus leales seguidores, hasta que la última estrella se apague.

—Comenzaremos con el rito sagrado de la transmutación, luego podrán negociar lo mundano.

El hombre hablaba de una forma hipnótica que sumía a los presentes en la meditación. Su expresión era tan enérgica que conmovía, y que calaba hondo. De algo se podía estar cierto: el anciano brujo creía lo que decía. Hal, George y Christopher escuchaban atentamente, así como todos los fieles que estaban en el foro.

—¡Maldición! —Exclamó George, sacando a sus compañeros de un sueño hipnótico provocado por el ritual—. Existe una pérdida de potencia.

El audio se perdió entre el ruido, mientras que los monitores se llenaban de rayas y nieve. Ya casi no se percibía nada. George, desesperado, apretaba botones con la intención de retomar la señal. De improviso la recupero y con espanto vio que él insecto caía verticalmente como una roca. Con gran habilidad logró estabilizar el vuelo, no sin antes pasar demasiado cerca de los fieles de la última butaca, quienes la vieron. George dirigió la mosca al techo y dando un rápido giro la posó nuevamente en él. Luego invirtió la imagen borrosa para seguir apreciando la ceremonia.

—Al parecer hay un problema energético en las celdas del bicho —explicó George—. Incrementaré el proceso de filtraje de imagen para tener una mejor calidad. Sin embargo, podemos perderla en cualquier momento.

De pronto la imagen y el sonido volvieron a la normalidad. Mientras tanto el sacerdote continuaba.

—Es la hora de hacer el sacrificio. La ofrenda al Alquimista Supremo. He aquí los instrumentos de su saber.

Dijo el mago abriendo sus brazos con las palmas hacia arriba mientras mostraba el instrumental que tenía en la mesa. Se veían pipetas y crisoles de cristal con armazones de oro. También matraces y un pequeño atañor, o calde-



ro alquimista, de preciosa manufactura. Además de los artefactos alquímicos había unas misteriosas cajas negras con filigranas de oro, en las que se distinguían los símbolos alquímicos de los elementos. Accesorios sacros sin duda.

—¿Para qué estamos aquí? —preguntó el anciano sacerdote.

—Para rendir culto al Supremo Alquimista —respondió en coro la cofradía a fuerte volumen y en estilo marcial.

—¿Cómo rendiremos culto? —preguntó el mago.

—Con el sacrificio de la sustancia —respondió la audiencia.

—¿Cuál es este sacrificio?

—La Transmutación del plomo en oro —respondieron todos.

— ¿Qué es el plomo?

—Es la corrupción, la bajeza, la muerte.

—¿Qué es el oro?

—Es la virtud, lo sublime, la vida.

—Iniciemos pues el sacrificio al Supremo... Meditemos —cerró el mago.

Se hizo un silencio prolongado donde todos los participantes agacharon sus cabezas y pusieron sus manos cerca de su cara, en una extraña postura que denotaba concentración y fe. El tiempo estaba como detenido y un silencio de muerte se cernía sobre la sala.

De pronto, como en trance, el mago rompió el silencio con una voz no humana.

—He aquí el agente del cambio, el vector de la mutación. He aquí la piedra, secreto mayor del universo.

Y procedió a abrir la caja más grande de las bordadas en oro. De manera solemne y con su mano derecha sacó un objeto de la caja. Era una piedra de un verde intenso y transparente como de cristal.

—¡Es la piedra filosofal! —exclamó Hal—. ¡Es eso! ¡Increíble! ¡Existe!.

—No puede ser. Debe ser un símbolo —dijo fríamente George, quien era esceptico por principio—. No puede ser de verdad. Sería absurdo que existiera.



—Sobre el altar del sacrificio está la piedra —recitaba el mago indicando la piedra maravillosa. Abrió entonces una segunda caja y sacó una barra de metal gris, que semejaba ser plomo, que depositó cuidadosamente sobre el altar. Y también la indicó con su índice diciendo:

—Esta es la bajeza.

Hizo una pausa y prosiguió.

—Pondremos la corrupción en el crisol para que muera, y para que de su podredumbre renazca la vida pura.

Toda la audiencia escuchaba atentamente en un estado de éxtasis místico.

—Con el toque de esta piedra, fuente del saber, se nos será revelado el misterio de los siglos

El sacerdote tomó la piedra y en forma muy lenta tocó con ella la barra de plomo. El anciano sudaba, sus ojos se volvieron blanquecinos, como si estuviera en trance. Sus manos mostraban los nervios fuertemente marcados, revelando una gran tensión, mientras la audiencia mantenía un silencio abrumador. Había la sensación de estar en presencia de la muerte, de un acto de magia negra, o en un pacto macabro con el demonio.

De pronto la barra de Plomo comenzó a cambiar de color. Muy lentamente comenzó a tornar el gris en un oscuro color caoba, luego un naranja sucio que tendía al lentamente al amarillo metálico. Donde la piedra tocaba al plomo se apreciaba la tonalidad más clara, y se hacía más oscura, en círculos concéntricos, hacia los bordes.

Bajo la presión de la mano del anciano, la barra comenzó a tornarse amarilla hasta brillar como el sol; generando luz que esclarecía el altar.

De pronto ya la barra relucía como si fuera de oro. ¿O era acaso oro realmente? ¿Un truco o la realidad? No había como saberlo.

—He aquí la prueba de nuestra fe —dijo el sacerdote—. Somos los Protectores del saber de siglos. Cuidad la fe, que es la joya más importante que tiene la humanidad.

—Este misterio milenario nace antes que nuestra cultura. Somos los depositarios del saber hermético del dios Toth de Egipto, llamado Hermes Trismegisto, y su milagro ha sido ofrecido una vez más a quienes creéis en el.

—Sois alquimistas, que transmutáis vuestras corruptas almas de gentil, en el espíritu de oro, al toque de la piedra de nuestra fe.

—¡Cantemos!



Un melancólico canto, en un extraño lenguaje que sonaba como hebreo antiguo, comenzó a inundar la sala. Y la ceremonia continuó por al menos media hora, mientras resonaban citas a antiguos textos alquimistas y religiosos. Luego el anciano mago terminó la ceremonia de la siguiente manera.

—Cerremos el sacrificio con un ruego al supremo alquimista.

—Tú que riges los destinos del hombre, y del que somos herramientas para destruir a la enemiga mortal: la entropía, concédenos que se cumpla nuestro anhelo de libertad. Que nuestro Marte no sea más una planeta esclavo sino libre. Que brille por su propio mérito. Dadnos la oportunidad de ser guías para nuestro pueblo. Dadnos la oportunidad de crecer. Dadnos la libertad. ¡Transmutad! ... ¡Transmutad!

— ¡Transmutad! —exclamó en coro y al unísono la cofradía. Después de un breve silencio el sacerdote dio por terminada la ceremonia diciendo.

—Podéis dedicaros a asuntos mundanos. Tengan paz.

El anciano se retiró por una puerta lateral al escenario, concluyendo la parte mística de la reunión. Ahora tratarían aquellos aspectos prácticos, los cuales motivaban el espionaje de los terrícolas.

—Ahora que conocemos el rito, también conoceremos la maquinación —dijo George.

—Estoy anonadado —exclamó Hal—. ¿Será verdad lo de la piedra?

—Hay muchos misterios en este mundo —exclamó George—. No creas que la ciencia los conoce todos. Imagínate lo aburrido que sería que conociéramos todas las cosas de la vida. ¿No crees Hal? Es algo para meditar. En todo caso, la mosca nos ha abierto los ojos a su rito secreto, y si es o no un truco lo de la piedra creo que tiene poca importancia, en comparación con lo que hemos descubierto.

—Silencio —dijo Christopher—, la reunión mundana va a comenzar.

Un hombre bajo de finas ropas pero de aspecto vulgar comenzó a hablar. Contrastaba su actitud tan mundana con la presencia mística de aquel anciano mago de la blanca barba y gorrito ridículo; quien consumó el sacrificio alquímico.

—Alquimistas... estamos viviendo un momento crítico en la historia de Marte. Tenemos informes de que los terrícolas están apertrechando naves de guerra en la estación Da Vinci; aquella que gira en torno a la Tierra. Hay varias naves de guerra atracadas allí, con capacidad de transportar cientos o quizás



miles de soldados para invadirnos, tomando el control de nuestra colonia por asalto.

—Dejaremos de tener la poca libertad que nos quedaba. Es seguro que la ley marcial imperará si el ataque se concreta. De seguro la represión será brutal. ¡Debemos actuar ya!

—Maldición —dijo George— ¡Se desprendió el bicho de nuevo! Estoy perdiendo la señal.

La mosca aflojó sus músculos y comenzó a caer. En las pantallas de los espías se veían rayas e imágenes muy confusas de interpretar. De pronto las imágenes desaparecieron mientras el ruido blanco comenzaba a ocultar las voces. La imagen retornó instantes más tarde pero se mantuvo estática, congelada. En una pata destrozada del asqueroso bicho, se apreciaba un minúsculo manojito de cables eléctricos de colores saliendo de la pata quebrada.

George manipulaba furioso los mandos para recuperar el control o al menos el audio. Los saturó al máximo, pero incluso así no se lograba percibir nada. Los espías estaban desesperados por tan abrupto fin a su actividad.

De pronto el sonido volvió débilmente:

—Los grupos de acción, especialmente los cachorros de León y la garra del León ...

El sonido volvió a interrumpirse para reaparecer un instante antes de callar para siempre.

—... llegarán armas desde ..

El ruido blanco saturó los canales de comunicación.

—No puedo retomar la señal —exclamó George con desesperación— es inútil. No puedo.

—Podemos intentarlo de nuevo otro día —consoló Hal.

—Así lo haremos —aseguró George.

La mosca en el suelo fue pisada por uno de los fieles de la cofradía, no sin que antes notara un extraño destello metálico que salía de ella. En cuanto a la promesa de George, nunca se volvió a intentar una misión similar por los eventos que ocurrieron poco después.

A la mañana siguiente la policía recogía el cadáver desangrado de un hombre de mediana edad, acuchillado en un oscuro y mugriento callejón del barrio



marinero. Una pelea por prostitutas sin duda, pensó la policía. Ese hombre era Brian.

Si bien la tierra felicitó a George por su informe, la sombra de la muerte de Brian cayó sobre la misión. ¿Fue un ataque de vagos, o fue acaso Brian descubierto? Nunca lo supieron, pero de todas formas se suspendió la misión de espionaje. Ya se sabía que los alquimistas conspiraban y que estaban bien organizados. También sabían que les estaban llegando armas de un lugar indeterminado. Ahora solo faltaba actuar.

LA BESTIA DEL HACHA

Peter Johnson estaba sentado ante su lujoso escritorio victoriano, jugando con una pluma de estilo clásico, mientras pensaba en el embrollo en que se encontraba. Si bien Dean partió de la Tierra, tal como le informó su agente en el aeropuerto de Amazonia, durante el día las cosas se habían complicado más de lo necesario. Recibió noticias desde Marte, donde Hal Goldwing, y algunos de sus agentes, obtuvieron pruebas fehacientes y tangibles de la existencia de la secta de los alquimistas. No hacía dos minutos que Peter había terminado de ver el vídeo que mostraba la última aventura de sus agentes marcianos, en la cual se revelaba la ceremonia ancestral de la fanática secta de alquimistas.

Estaba en una situación crítica. El gobierno decidió poner en espera la invasión a Marte hasta aclarar por completo la relación de este planeta con la pequeña y misteriosa colonia de Rings. La misión de Hal Goldwing fue espléndida, tanto que incluso consiguió pasajes gratis para viajar a Rings, pasajes que le fueron regalados por un interés aparentemente filantrópico directamente por Stuard Robinson, el principal sospecho del levantamiento marciano, con quien Hal entabló amistad.

Todo esto daba mucho que pensar, pues si Rings estaba detrás del levantamiento de Marte la planeada invasión podía complicarse y tener un final insospechado e incluso desastroso para la Tierra. Bastaría que la pequeña colonia de Rings se opusiera para que existieran problemas y el más grave de estos era el casi absoluto desconocimiento que existía de ella. Nada es peor que enfrentarse a enemigo del cual no se conocen sus fuerzas. Sólo se sabía que 80.000 personas vivían en Rings y que era un productor importante de antimateria, sustancia ideal para ser usada como arma de destrucción masiva.

Esto provocaba insomnio en los dirigentes de la Tierra pues si Rings era capaz de enviar regularmente cargamentos de antimateria a las plantas de energía terrestres, fácilmente podría concentrarla en pequeñas bombas capaces de destruir países completos. Usando tales armas sería fácil obligar a la



Tierra a aceptar las condiciones de Rings. Se desconocía si esos eran los planes de la misteriosa colonia, la Tierra no lo sabía con seguridad. Sólo lo presentía.

Se debía eliminar el problema de raíz y todo estaba en las manos de Peter Johnson, quien apostó todo en dos aventureros: un cazador de hembras y un melancólico periodista, fracasado y separado. Todo estaba en manos del joven piloto de naves espaciales y de un erudito amante de la historia.

Además, Peter tenía sospechas fundadas de la existencia de una red de espionaje altamente organizada, montada por los alquimistas en la Tierra, Marte y otras localidades. Si no fuera así sería inexplicable la forma cómo supieron del trabajo de espionaje de John Landmark, muerto durante su misión marciana. ¿Era acaso la invitación a Hal Goldwing para ir a Rings otra de las trampas de los alquimistas? ¿Acaso sabían ya de la misión? ¿Estaban espiando también a Dean?

Sin embargo, no obstante los riesgos latentes, no había nada más que hacer que seguir adelante. Peter había recibido un ultimátum desde el gobierno que le obligaba a levantar urgentemente la información sobre Rings. La misión continuaría costara lo que costara. Entretanto la Tierra continuaría con los planes de invasión de Rings, la cual se planificaba en estos momentos hasta el último detalle.

Y Dean todavía no llamaba. En estos momentos ya debía estar en la estación Da Vinci, mas no se había reportado. Qué le habrá pasado a éste joven irresponsable –se preguntaba Peter–. Por que no llama.

2

La nave atracó en Da Vinci, en el eje de aquella rueda de carreta gigantesca que era la estación espacial. Dean salió del transbordador para entrar a un pequeño ascensor que hacía el recorrido desde la zona de atraque hasta el perímetro de la estación espacial. El perímetro, la zona habitada, tenía una gravedad de 0.8 g, suficientes para dar una sensación de gravedad natural. Dean bajó del ascensor y se aprestó para pasar por la aduana.

La estación Da Vinci era el principal depósito de materiales para el transporte espacial, pero también servía de base a las operaciones militares, como centro de industrias de baja gravedad, lugar de turismo espacial y de paso obligado de mercancía y pasajeros desde la tierra a las colonias.

El ambiente era heterogéneo. Los pasajeros que por primera vez visitaban una estación espacial miraban con gran interés en derredor. Si bien la estructura era muy antigua, sectores completos estaban remozados, especialmente aquellos dedicados al turismo, a los casinos y a los parques de entretenimien-



to. Estos atractivos impulsaban a cientos a conocer la estación espacial, simplemente para estar en el espacio, rumbo a una luna de miel en la Luna, o para celebrar una convención en un lugar caro.

Dean se dirigió a la caseta telefónica. No es que no pudiera utilizar su equipo de comunicación portátil, pero las casetas brindaban privacidad, además de una mejor calidad de los enlaces. Y, a pesar de los siglos de la comunicación portátil todavía existían estas cabinas donde se podía efectuar llamadas con privacidad.

Dean se sentó en el asiento de la cabina, cerró la puerta y dijo:

—Por favor comuníqueme con Peter Johnson.

Luego de complejas asociaciones entre la cara de Dean y su base de datos de referencia personal, la computadora estableció el contacto. Toda la operación de análisis y reconocimiento de patrones duró menos de una décima de segundo y Dean ni siquiera notó el esfuerzo de la computadora.

En la cabina apareció la imagen holográfica de Peter jugando con una pluma fuente de estilo clásico, similar a aquellas usadas en el siglo XX. Era, quizás, una auténtica antigüedad adquirida a alto costo. La gran responsabilidad que Peter debía cargar día a día también tenía sus privilegios, y Peter usaba una buena porción de sus ingresos coleccionando estos inútiles instrumentos, en un tiempo en que ya nadie sabía escribir una palabra con sus manos, de tanto dictarlas a las computadoras.

—Por fin, Dean —exclamó Peter—. Qué bueno que llamaste, ¿Qué te habías hecho?

—Estoy a punto de partir de órbita y te llamo para recibir instrucciones.

—¿Y cómo estas ahora? —Preguntó Peter—. ¿Ha cambiado tu estado de ánimo?

—Sí —explicó Dean—. Las vacaciones ya están en el pasado. Ahora a trabajar. Es interesante la misión, considerando que te costará mucho más que las anteriores.

—Mira Dean —explicó Peter un poco indignado—. Si de dinero hablamos no te preocupes. Son 500.000 créditos disponibles para cada uno de ustedes. ¿Te parece suficiente? ... Así que no hablemos más del tema, y a trabajar.

Dean enmudeció un momento y sacó mentalmente algunas cuentas...

—Me parece una oferta bastante interesante —exclamó Dean con desenfado—. Está bien, acepto.



—Entonces olvidémonos de las vacaciones arruinadas y de cuánto vas a ganar —ordenó Peter—. Escucha, tu plan de trabajo es el siguiente:

—Te alojarás en el Hotel *Excelsior* de Da Vinci mientras esperas tu vuelo. Tomarás la nave *Albatros* rumbo a Marte, la cual te conducirá hasta la estación espacial marciana *Sagan*. Una vez allí harás contacto con Hal Goldwing con quien abordarás la nave *Charlotte*, en la que te he reservado pasaje. Hal Goldwing será tu compañero de viaje. Él es un reportero de la revista «Global Geography», y va a Rings para hacer un reportaje sobre la vida en esa lejana colonia, gracias a una invitación de un millonario armador de Marte. Además de trabajar para tal revista, Hal es uno de nosotros y debes confiar plenamente en él.

—Tu papel en la misión será el de un ingeniero, serás parte de un grupo que viaja a Rings a adquirir un trasbordador interorbital. Viajarás junto a dos ingenieros más para evaluar la nave antes de cerrar la compra. Debes tener mucho cuidado con ambos, pues ellos no son espías y no saben nada de la misión, ni tampoco deben saber nada al respecto. Ellos solo son empleados de la empresa de transporte que explotará la nave, y de ti solo saben que eres un piloto experto, contratado como consultor, quien estudiará los aspectos de navegación e instrumentos.

—Tu misión es entonces como especialista en sistemas de navegación. Ese es el cargo que te hemos asignado. Deberás demostrar una amplia experiencia, y hacerles sentir que eres uno de los mejores del mundo en el tema. Así te presentamos. Ahora Dean, ¿Qué sabes del tema que deberás representar?

—Bueno, no mucho —explicó Dean—. Lo básico solamente.

—Entre aquí y Marte deberás convertirte en un experto —ordenó Peter—. No quiero que tus compañeros de viaje descubran tu ignorancia en el tema. Tendrás clases por canal privado codificado, que llegará directamente a tu camarote. Me aseguraré que te asista algún catedrático de prestigio en el tema. Tienes una cuenta corriente por uso de la librería virtual que soportará cargos ilimitados. No importa lo que gastes en estudios, pero de aquí a Marte debes convertirte en el mejor especialista que existe.

—¿Porqué de aquí a Marte —preguntó Dean—, y no de aquí a Rings?

—Porqué los ingenieros abordarán en Marte y no en Rings. ¿Te crees capaz? —desafió Peter.

—Por supuesto —respondió Dean—. En todas las misiones he debido aprender habilidades específicas. Bien sabes que soy capaz de hacerlo. Será interesante esto de los sistemas de navegación.



—No te preocupes Dean —siguió Peter—. Estoy seguro que de aquí a Marte serás el mejor en el tema.

—Bien —prosiguió Peter—. No te olvides. Dentro de dos días la nave saldrá desde Da Vinci rumbo a Marte. No hagas muchos contactos con los pasajeros; no sea que te descubran prematuramente. Sólo estudia.

—Está bien —dijo Dean—. Solo deseo pedirte un favor. Mas bien una diligencia que quiero hagas. Deseo que arregles que reciba llamadas en forma ininterrumpida desde la Tierra.

—¿De quien? —preguntó Peter con expresión preocupada— ¿De que persona?

—De una joven que conocí —explicó Dean—. Creo tener el derecho. Más bien, exijo tener el derecho a no perder contacto con ella. Quiero tener comunicación permanente y privada.

—Ten cuidado —advirtió Peter—. ¿Quién es ella? ¿Dónde la conociste? Es una persona confiable o trabaja quizás para nuestros enemigos. Necesito saber para autorizarlo.

—Se llama Gabriela Newman —dijo Dean—, y es argentina. Pero desde ya te advierto Peter que, de no darme ese derecho, renuncio a la misión.

—¡Aja! —Dijo Peter—. Así que por fin nuestro muchachito casanova se está interesando en serio en una mujer, al punto de pedir comunicaciones privadas y no, como es tu costumbre, el exigir que nadie te llame. Supongo que ésta niña no es del tipo de tus alegres amigas de cabaret.

—Por supuesto que es una niña seria —exclamó Dean—. Pero no quiero hablar más de ella. Solo cumple con lo que te pido.

—No te preocupes —dijo Peter—. Haré los arreglos necesarios. Sin embargo, debes comprender que desde ya investigaremos las actividades de Gabriela Newman. Debemos asegurarnos que no trabaja para el enemigo. Si resulta que no existen conexiones peligrosas, no te crearemos ningún problema. Si en cambio detectamos que hay riesgos, te lo haremos saber; y no por eso se suspenderá la misión.

—Solo te pido que seas cauto y discreto, pues exijo privacidad. Tienes que entender, Peter, que yo no soy un niño ni un esclavo. Esta misión es sólo un trabajo para mí, y jamás voy a mezclar el trabajo con la vida privada.

—De acuerdo.



—Y además no interceptes nuestras comunicaciones —aclaró Dean—. Te lo advierto.

—Bien, mi espía mimado, has ganado —dijo Peter aceptando las condiciones—. Ve ahora a trabajar, pues todo depende de ti. Suerte. Cambio y fuera.

—Confía en mí, la misión será cumplida con éxito. Fuera.

Se interrumpió la comunicación, pero de inmediato Dean comenzó a hacer otra llamada.

—Comuníqueme con Gabriela Newman —le exigió a la computadora—. Debe estar en estos momentos en algún punto de Sudamérica.

—Se han detectado cinco personas llamada Gabriela Newman —dijo la voz sintética de la máquina—. Por favor muestre número personal a cámara.

Dean sacó la tarjeta personal de su amada y la mostró a la cámara.

—Bien, se ha establecido contacto —expresó la computadora—. Se ha asociado a ésta Gabriela Newman con Ud.

En la cabina se proyectó la imagen tridimensional de una bella joven veinte añera con ojos verdes esmeralda y muy rubia cabellera, que le saludaba con una amplia sonrisa. Sus ojos revelaban ternura y alegría por el llamado.

—Hola Gabriela. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Cómo estás tú, Dean? —Exclamó Gabriela—. Pensé que me llamarías antes.

—Han pasado solo unas cuantas horas y ya te estoy echando de menos —dijo Dean—. ¿Que estás haciendo?

—Como ves voy volando rumbo a Buenos Aires —dijo Gabriela

Gabriela volaba en el *Overo* que Dean le había arrendado.

—Voy a casa de mis padres, pues ya las vacaciones no tienen mucho sentido para mí, estando sola. Voy a trabajar en una nueva obra. El lunes entro a clases así que me dedicaré a eso. Me creerías Dean que ya te estoy echando de menos y que estas horas han sido eternas.

—Por supuesto —dijo Dean—, pues yo también te he echado de menos.

Y se hizo un profundo silencio de aquellos a los cuales se estaban acostumbrando.



—No perdamos contacto Gabriela, no dejes de llamarme. Y una vez que salgamos del radio de comunicación interactiva¹, envíame cartas. No quiero perder contacto contigo —dijo Dean casi rogando— pues necesito de tu palabra y tu imagen para alentar mi espíritu en este viaje eterno que emprendo.

—Yo tampoco quiero perder contacto contigo, Dean. Mientras tanto trabajaré en una obra dedicada a ti.

—Estaré ansioso de verla.

Dean observó en el cuello de la muchacha un emblema muy antiguo que para él tenía un valor sentimental muy importante.

Dean no supo que más decir. Tenía tanto que comunicar, pero cuando estaba en contacto con Gabriela enmudecía. Sabía que a ella le pasaba lo mismo, e hizo un esfuerzo para balbucear una frase tan trillada que hasta se avergonzaba en decirla.

—Te quiero Gabriela, te amo por sobre todas las cosas del mundo.

—Yo también te amo mucho —respondió ella.

Un nuevo silencio se hizo entre ambos. Silencio para verse mutuamente y sonreír. Silencio para meditar.

—Nos vemos Gabriela, cuídate mucho.

—Adiós Dean, suerte en tu viaje.

La comunicación se interrumpió. Era una situación extraña y melancólica que emocionaba a Dean. Por primera vez en su vida sentía algo más que deseo animal por una mujer. Y justo ahora debía alejarse de ella. ¿Era acaso la separación forzada la que acrecentaba su pasión? La cercanía deriva en rutina y aburrimiento mientras que la separación, en cambio, tiende a unir con mayor fuerza, creciendo entonces el deseo irreprimible de volver a estar con el ser amado. Volver a verla, a tocarla, a tenerla. Así, poco a poco, estas ideas se apoderaban de la mente de Dean.

A pesar de todo —pensó— debo concentrarme en la misión. La más difícil que me han encomendado. Debo hacerlo bien por la Tierra, por mí sobrevivencia y por la de Gabriela, cuya vida depende de mí ahora, sin que ella siquiera lo sepa.

¹ Distancia hasta la cual se pueden mantener conversaciones. Vale decir, unos 2 minutos luz, o 36 millones de kilómetros.



Dean salió de la cabina y se dirigió al mirador de grandes ventanales, que mostraba una magnífica perspectiva de la estación espacial Da Vinci y sus instalaciones. Como telón de fondo aparecía la eterna Tierra, cuna del Hombre y morada de Gabriela.

Los pasajeros estaban haciendo cola para pasar la aduana, donde los típicos empleados burocráticos e ineficientes los escaneaban para detectar explosivos, armas o cualquier elemento peligroso que hubiera escapado a la aduana de Tierra.

En la sala había unas treinta personas, entre los cuales se distinguía un grupo de los típicos rústicos y maleducados mineros de Marte.

Dean volvió su vista hacia el mirador y se puso a observar con más cuidado la estación espacial. A los extremos de uno de los rayos de la estación, y unidos férreamente a ella, se encontraban dos enormes naves grises, casi negras, escondidas entre los navíos de pasajeros y de carga que revoloteaban alrededor del complejo espacial. Las naves negras estaban rodeadas de una comitiva de embarcaciones menores y de astronautas en vuelo libre, que efectuaban un sinfín de maniobras. La actividad era frenética. Los vehículos de transporte parecían atraídos hacia las naves negras mientras los astronautas ajustaban pernos, cargaban bultos y manejaban complejos aparatos.

Dean usó sus prismáticos electrónicos para obtener un acercamiento a tan misteriosas maniobras. En la cola de las naves se apreciaba un antiguo emblema de la Tierra que otrora fuera usado para fines pacíficos, pero que hoy era el símbolo de su capacidad guerrera. Bajo éste se leía la leyenda: *Naciones Unidas*. Nombre de la organización pacifista de antaño que terminó convirtiéndose en el único poder real de la Tierra, y brazo fuerte del imperio solar, y que consideraba a las ciudades en la Luna, Marte y Júpiter y otras del sistema solar, sólo colonias de explotación.

Era evidente que las naves negras eran de guerra. Por sus colores, por su tipo de construcción, por el tipo de motores de gran potencia que usaban, por su apariencia tosca y resistente, características del equipamiento bélico de todos los tiempos. En una de ellas se veía un nombre que denotaba una hazaña guerrera de tiempos idos: *Lepanto*.

Dean se preguntaba que hacían estas naves en la estación espacial. Era evidente que se estaban preparando para alguna acción bélica. Quizás eran las mismas que se aprestaban para invadir Marte. Orden que solo recibirían cuando Dean informara sobre los resultados de su Misión. Era esta una gran responsabilidad en los hombros de un joven todavía tan inmaduro.

Solo en ese momento, al apreciar el potencial destructor de los navíos guerreros, Dean cayó en cuenta de la importancia de la misión que había recibido. Era tan monstruoso el tamaño de las naves negras, y era tanto el armamento



que cargaban, que daba a entender claramente la importancia suprema que la Tierra le daba a la invasión.

Si la Tierra, a toda luz pacifista y humanista, estaba dispuesta a usar la fuerza bruta para invadir una de sus colonias, los problemas debían ser realmente graves. Sino para que tomarse tal molestia. Para que tomar un riesgo tan grande. La Tierra era demasiado rica para no poder comprar la paz con las colonias. Si estaba dispuesta a invadir debía ser porque su propia seguridad estaba en riesgo. En riesgo desde Marte y quizás también desde más allá, desde el lugar hacia donde Dean viajaba.

Paso entonces por su mente la imagen de Gabriela. Quizás la única persona por quien Dean sentía algo. Ella estaba en la Tierra y ahora existía riesgo para la misma. Dean seguía observando los cruceros de guerra, cada vez más concentrado en sus propios pensamientos. La fila de pasajeros tenía ya menos personas pero Dean no lo notaba. Estaba abstraído, soñando despierto.

De pronto escuchó un grito ensordecedor acompañado de una sombra en loca carrera que se dirigía hacia él.

—¡Maldito Asesino!

Dean que estaba de espaldas al atacante se dio vuelta al percibir que alguien se acercaba.

—¡Maldito Terrícola! ¡Muere! ¡Te Mataré!

Un hombre enfurecido como una bestia, con la cara desfigurada por la ira, blandía un hacha y se acercaba rápidamente a él.

Dean perdió la noción de tiempo. Los instantes parecían horas, y todo se movía como en cámara lenta. El hombre tomaba impulso con el brazo en que blandía el hacha, y se acercaba cada vez más. El golpe mortal estaba dirigido al cráneo de Dean, para partirlo en dos. Dean solo atinó a inclinarse un poco para no recibir el golpe de lleno. Su cuello evadió el filo asesino por milímetros pero su cuerpo no pudo evitar el artero ataque. El hacha se incrustó en su clavícula como quien corta la rama de un árbol. Un patético ruido de huesos astillados y de piel rajada inundó el lugar. La sangre brotó a raudales mientras que el brazo izquierdo de Dean quedó casi desprendido del cuerpo, sujeto solo por una negra y sanguinolenta unión de nervios y músculos mutilados.

Y Dean fue cayendo lentamente mientras se desvanecía. Cayó de espaldas azotándose violentamente contra el suelo con el hacha aún incrustada en su clavícula. La bestia humana se acercó nuevamente arrancando furibundo el hacha del cuerpo de Dean, y comenzó a erguirla con ambas manos para asentar un segundo y definitivo golpe. Con la prisa y la ira erró nuevamente, lo que enfureció aún más al atacante. El lugar estaba bañado de sangre mientras



Dean adquiría el pálido color de la muerte. El marciano estaba fuera de sí y gritaba.

—¡Muerte a los malditos cerdos opresores terrestres!

Blandió por tercera vez el hacha para destruir al *maldito cerdo* pero algo le hizo vacilar un momento y fue su perdición. El maniático obrero se detuvo un instante, quizás para disfrutar de la grotesca escena. Pensó por un momento como quedaría destrozada su víctima luego de partirle el cráneo con el hacha. Entonces retomo el valor y levantó nuevamente el hacha para acabarlo.

En ese momento un guardia reaccionó y disparó un láser de alta potencia a la cabeza del atacante, vaporizando instantáneamente el cerebro de la bestia marciana, quien cayó desplomado a un costado de Dean.

El lugar se llenó de gritos mientras los guardias de la estación acudían corriendo al lugar.

—Atención, Atención —decían los altavoces—. Todo el mundo conserve la calma. Guardias, acudan al sector de aduanas de inmediato. Médicos acudan a sector de aduanas de inmediato.

Dean estaba tendido y casi muerto. Su brazo pendía de un trozo de carne. La sangre salía a borbotones. El hacha asesina estaba a un costado, cerca del lugar donde había caído el atacante marciano. Las gentes corrían y las mujeres, presa de pánico e histeria, se tapaban la cara ante tan dantesca escena.

Dos minutos mas tarde, mientras los médicos comenzaban a atender a Dean, se acerco un sujeto con aspecto de oficial militar, quien parecía ser el jefe del un grupo de diez hombres uniformados que portaban armas de gran potencia en Da Vinci, y ordeno.

—¡Atención! Todo el mundo a formarse en nombre de Naciones Unidas. Estamos en estado de emergencia.

Todos los civiles que estaban en la zona se vieron obligados a formar en filas compactas y a esperar las instrucciones de los guardias.

De un momento a otro la estación espacial dejó de ser un inocente centro de vacaciones civil para revelarse tal cual era y lo fue por mucho tiempo, en secreto: un centro para las operaciones militares terrestres en el espacio.

A medida que pasó el tiempo aparecieron más y más guardias que coparon todo el lugar. Una de las primeras órdenes fue revisar nuevamente a cada uno de los pasajeros. Esta vez en forma extremadamente minuciosa.



Los paramédicos llevaron a Dean en una especie de caja de transporte rumbo al hospital. El atacante Marciano, siguió un rumbo distinto, pues estaba muerto, con su cerebro prácticamente fundido, por lo cual fue encerrado en una cápsula negra y transportado directamente a la Morgue de la estación.

3

Dean estaba inconsciente cuando entró en la sala de cirugía. Los médicos comenzaron de inmediato la compleja tarea de devolverle la vida y la salud, usando los procedimientos estándares de la época. La sala estaba atestada de equipamiento; de brazos robóticos para cirugía de precisión, de generadores de modelos médicos tridimensionales, de sensores remotos de todo tipo.

El cuerpo de Dean fue dejado a cargo de una maraña de brazos robot y de tuberías plásticas que bullían en actividad, mientras los médicos monitoreaban cientos de pantallas y modelos holográficos tridimensionales que representaban el estado de Dean.

Entre los médicos había consenso que era indispensable detener las hemorragias, así que el cirujano jefe ordenó:

—Detened el corazón.

Con un pequeño dispositivo intervinieron las frecuencias que hacía latir el corazón, con lo cual éste dejó de bombear sangre. De ahora en adelante había que actuar rápido para evitar la muerte de Dean.

Pusieron a Dean un aparato adosado a su mandíbula que abrió forzosamente su boca e introdujeron un minúsculo vehículo robot por el paladar. El robot se adoso firmemente, y con un taladro microscópico introdujo una sonda a un punto preciso en el cerebro. Desde allí comenzó a inyectar sangre, de forma que el cerebro de Dean no muriera por falta de nutrientes y oxígeno.

—Induzcan coma —ordenó el cirujano jefe.

Con otra sonda controlaron un centro nervioso específico conocido por su rol en la fijación del estado de conciencia. Dean necesitaba estar en coma para minimizar el uso de su cerebro.

Cumplidas estas actividades comenzó la verdadera tarea, la cual fue tediosa y larga. Debieron trabajar afanosamente en reparar los horribles daños infligidos por el demente al cuerpo de Dean. Con hormas plásticas reunieron el cuerpo y el brazo de Dean, mientras pequeños microrobots cortaban huesos y comenzaban a reparar arterias. Piel, músculos y neuronas sintéticas iban



siendo colocadas en el lugar preciso por el incansable trabajo de aquellos robots visibles solo ante el microscopio.

—¿Cómo están los sistemas vitales? —preguntó el cirujano jefe.

—Bien —Respondió el segundo cirujano—, el cerebro esta perfectamente irrigado. No ha sufrido ninguna perdida irreparable.

—Como está el corazón.

—Está bien —respondió el cardiólogo—. Puede ser reactivado a voluntad cuando se requiera.

Pasaban las horas mientras el brazo seguía siendo reconstruido por los cientos de robots obreros, los que reparaban arterias, músculos y huesos; mientras que los cirujanos ingenieros supervisaban la labor incansablemente en sus pantallas. Todo marchaba bien.

Entretanto los cirujanos genetistas comparaban el material genético de Dean con el de los implantes que se usarían para reparar el brazo, y diseñaban las vacunas sintéticas que mutarían el código genético de los transplantes, haciéndolo coincidir con el propio de Dean, de manera que los implantes no fueran rechazados por el sistema inmunológico.

De pronto se oyó una voz fuerte y sonora.

—La conexión de arterias y de venas ha sido restablecida, se puede empezar a bombear —indicó un cirujano especialista.

—Correcto —asintió el cirujano jefe— reactiven el corazón.

El corazón de Dean comenzó a bombear nuevamente con pulso seguro.

—¿Cómo se aprecian los signos vitales?

—Todo normal —respondió el cardiólogo—. El ritmo cardiaco corresponde a una geometría fractal normal². Los parámetros de temperatura, Infecciones, campos eléctricos y magnéticos internos, se aprecian totalmente normales.

Ejércitos de microrobots y de anticuerpos navegaban el flujo sanguíneo, eliminando cualquier posible infección oportunista. La supervivencia de Dean parecía asegurada pues todos los sistemas funcionaban normalmente y su cerebro estaba bien irrigado. El cerebro de Dean seguía mantenido en coma para poder acelerar el trabajo de reparación del cuerpo.

² Según la teoría de sistemas dinámicos, el latir del corazón tiene una geometría de fractal.



La clavícula fue reemplazada por huesos artificiales de material sintético, poblados de células naturales inoculadas con un virus portador de la carga genética de Dean. La misma técnica se usó para arterias, venas, piel, nervios, y todos los materiales orgánicos del brazo de Dean. En un trabajo incansable, los pequeños microrobots, celosamente dirigidos por los cirujanos, unieron el muñón con el brazo cercenado, restableciendo su funcionalidad completa hasta el menor detalle.

Las células nerviosas fueron reemplazadas por tejidos previamente cultivados en los bancos del hospital de la estación Da Vinci. En estos bancos de cultivos se hacen crecer la mayor parte de los circuitos neuronales del cuerpo humano, quedando listos para ser injertados y reprogramados genéticamente. Los tejidos se prueban funcionalmente en laboratorio para asegurar un correcto funcionamiento nervioso y luego se congelan para su preservación, previo al uso en cirugía.

Mediante microrobots los neurólogos implantaron y unieron los circuitos neuronales en los lugares precisos, consiguiendo un restablecimiento completo de la funcionalidad.

El trabajo de cirugía fue largo y penoso. Después de más de diez horas los médicos seguían trabajando en Dean. Penoso trabajo que fue coronado con el éxito.

Luego de la llegada de un embarque con nuevos tejidos muy especializados, proveniente de hospitales terrestres, y de muchas horas de espera, la clavícula y el brazo de Dean quedaron completamente reparados.

—¿Cómo están los sistemas biológicos? —preguntó el cirujano Jefe.

—Bien —contestaron todos los cirujanos al unísono.

—Sensibilidad al dolor suprimida —advirtió el anestesiólogo.

—Pues bien, sáquenlo del coma —ordenó el cirujano jefe.

Con un pequeño instrumento enviaron patrones de ondas eléctricas muy particulares a una zona precisa del cerebro de Dean. Este volvió de su coma con un cansancio terrible y comenzó a moverse como dormido.

—¿Cómo está el paciente? —preguntó el cirujano jefe.

—Ha entrado en sueños —respondió el anestesiólogo, profesión que, paradójicamente, desde hacía siglos no usaba anestesia ni otros adormecedores químicos—. Despertará dentro de una hora.

—Consulta final de estado general —preguntó el cirujano Jefe.



—Todo normal —respondieron sus ayudantes.

—Bien señores —dijo el cirujano jefe—. La operación ha terminado. Llévelo a la sala de recuperación y felicitaciones, ha sido un éxito.

Dean sólo tendría, en adelante, la tarea de una larga readaptación y rehabilitación. Sin embargo no había perdido ninguna de sus facultades, por lo que en tres meses ni siquiera notará los estragos del ataque que sufriera. Al principio sentiría dolores, cosquilleos y una especie de parálisis, pero todo se iría normalizando con el tiempo. Tampoco sufriría rechazo en sus tejidos ni infecciones de ninguna especie. Deberá, eso sí, controlarse, y tener especial cuidado en seguir las instrucciones de sus médicos.

4

Al enterarse Peter de lo sucedido se espantó.

—¿Qué?! ¡Repite! ¿Qué ha pasado?

—Dean fue atacado a hachazos por un minero marciano en la estación Da Vinci. Fue un ataque terrible. Fue operado y estuvo en el pabellón por más de diez horas. De acuerdo con los informes médicos la intervención ha sido exitosa y no quedará con secuelas. No perderá ninguna de sus funciones y se recuperará totalmente. Aunque su brazo izquierdo tendrá una recuperación lenta, de al menos tres meses, para alcanzar la normalidad.

—Pobre Muchacho —exclamó Peter—. ¿Hay alguna razón para que haya sido atacado? Quiero decir, ¿Por qué fue elegido como víctima habiendo tantos otros terrícolas en derredor?

—No hay ninguna, Señor. De acuerdo con lo investigado, el fanático era miembro de un grupo extremista marciano que venían de retorno a Marte luego de un encuentro con subversivos anticoloniales en la Tierra. Por alguna razón el fanático perdió el control atacando con su hacha a Dean.

—Evidentemente fue una idiotez el ataque a Dean, pues quedaron en evidencia.

—De hecho todo el grupo marciano, compuesto de diez, fue arrestado. Se formularon cargos a cuatro de ellos por conspiración e intento de homicidio. Si a esto sumamos el subversivo muerto queda claro que el ataque fue un error estratégico. Da la impresión que solo fue un arranque asesino espontáneo en el atacante, sin planificación previa alguna.

—¿Qué sabes del atacante en cuestión? —preguntó Peter.



—Había ido a la Tierra de vacaciones luego que le fuera detectado un estrés. El hombre tenía la sospecha de su inminente despido de la mina. Volvía a Marte en un estado mental inestable. Permanentemente hablaba de la brutalidad terrícola y atacaba continuamente a la Tierra culpándola de sus problemas.

—Hay algo que no calza —expresó Peter a su informante—. ¿Cómo pudo pasar un hacha los controles de aduanas tanto terrestres como de Da Vinci?

—Interesante punto —contestó el informante—. El hacha no era metálica sino de un polímero de origen presumiblemente orgánico, el cual no se encuentra en las listas de productos industriales de uso común.

—Requiero urgente las grabaciones del registro del equipaje del atacante, tanto en Amazonía como en Da Vinci —ordenó Peter.

—De acuerdo, cambio y fuera —contestó el informante, quien se apresuró a cumplir la orden.

La mente de Peter bullía en ideas, pero el material del hacha, un polímero supuestamente orgánico, le hacía sospechar que los alquimistas estaban tras el ataque. Necesitaba las pruebas. Más quien otros, sino estos expertos químicos, podrían crear un material semejante, desconocido para la industria terrestre. Sin dudas, el hacha era la firma de los alquimistas.

Peter se paseaba nervioso en su oficina esperando el cumplimiento de su orden, mientras seguía fumando su puro.

Pasaron largos minutos hasta que la imagen del informante reapareció en pantalla y en recuadro aparecían escenas del equipaje del atacante, tal como quedara registrado en las aduanas de Amazonia y de Da Vinci.

—Aparentemente iba desarmado —exclamó el informante—. Los mineros marcianos suelen viajar con herramientas metálicas en sus equipajes. En todo caso no hay indicio de armas.

—Verifica todo el resto de los equipajes que llegaron a Da Vinci en el vuelo de Dean —ordenó Peter—. Cambio y fuera.

Peter seguía pensando y ya casi adivinaba la respuesta. No esperaba que su informante encontrara nada dentro del resto del equipaje. Tampoco era factible que el arma fuese dada al atacante en Da Vinci por un tercero, pues los pasajeros todavía no habían salido de la sala de espera cuando se produjo el ataque. La única posibilidad era... Los pensamientos de Peter derivaron a otro aspecto del problema: ¿Por que fue Dean elegido entre tantos otros terrícolas que llegaban a la estación Da Vinci?



—Computadora —ordenó Peter—. Deseo la lista de pasajeros del vuelo de Dean.

—Entendido señor, y en proceso —contesto la computadora—. Tengo mi lista en memoria.

—Por favor busque las características especiales que diferencien a Dean del resto de los pasajeros.

—La única característica notable es que Dean era el único pasajero con uniforme.

—¡Diantre! —Pensó Peter—. ¡Es verdad!

Aunque con uniforme de piloto civil, para un ignorante marciano tal era un uniforme que representaba el poder de la Tierra.

Una intensa incomodidad se apoderó de la mente de Peter. No me gusta esto, pensó. El hacha sólo pudo aparecer en la nave mediante uno de esos procesos de síntesis tan propios de los alquimistas. Bastaba unos gramos de un polvo gris indescriptible y una gota de un líquido rojizo para que en cinco minutos la masa fuera mutando paulatinamente de forma hasta convertirse en un objeto sólido.

Era sabido que los alquimistas son expertos en la programación de cristales, y que eran capaces de hacer crecer objetos pseudo-metálicos desde sustancias pulverizadas o líquidas, mediante cambios de fases dirigidos por polímeros similares al material genético. Y aunque se sabía de la existencia de este proceso, nunca se pudo detectar al fabricante de tales prodigios casi mágicos. Sí el hacha fue sintetizada de esta forma, eso explicaba su presencia en Da Vinci.

Al atacante le bastó sacar un gotario y verter una simple gota sobre una pequeña bolsa de polvos grises, para obtener un hacha sólida cinco minutos más tarde. Revisando los videos de la sala de aduanas, se detectó al fanático haciendo tal operación sólo minutos antes del ataque.

Esto también dejaba al descubierto que personas que poseían muy alta tecnología estaban detrás del atacante. Los alquimistas estaban detrás de todo esto, sin dudas.

—Atención James —dijo Peter reanudando su comunicación con el informante—. Pide a alguno de tus agentes que acompañe a Dean a Marte sin decirselo. Sospecho que los peligros para él no han terminado.

—Como Ud. ordene Peter —contestó James.



Peter cayó en una profunda meditación. Esta situación empujaba a su mente a pensar más y más, mientras caía en trance, al fondo de un torbellino de ideas. Sus manos actuaban en forma mecánica, jugando con su lapicera de oro. Quizás todo estaba planeado. Quizás el ataque a Dean, los pasajes regalados para el viaje de Hal, la muerte de John Landmark, la muerte de..., todo correspondía a un patrón de eliminación de los agentes que participaban en la misión. Y quien sino los alquimistas podrían estar tras todas estas cosas. Quizás no era más que un conjunto de coincidencias; de circunstancias fortuitas. Mas no tenía pruebas, sino sólo datos circunstanciales; quizás el hacha del atacante marciano era la única prueba realmente tangible de la complicidad de los alquimistas en los hechos. Y sin embargo, sabido era que ciertas técnicas alquimistas se habían propagado, quizás por contrabando, a grupos esotéricos y magos de mala muerte en Marte. No era difícil adquirir, en un oculto bazar escondido en el sótano de un prostíbulo marciano, cosas tan exóticas como cuerno de rinoceronte, elixir de la vida, y uno que otro de aquellos polvos de cristalización que, ante la caída de una gota roja, se convertían en un objeto sólido.

Tampoco sus dudas eran lo suficientemente fundadas como para detener la misión. Ya no era posible echar retroceder. Solo había que continuar el juego hasta el final y esperar... y rogar.

5

Dean recuperó la conciencia. Despertó con un agudo dolor de cabeza y punzadas profundas en su brazo. Y como entre nubes, vio aclarar su mente en la sala de recuperación. Dean examinó su brazo y vio a través de las vendas transparentes grandes cicatrices que delataban la violencia del ataque que sufrió.

La enfermera informó al doctor:

—El enfermo ha despertado.

—Menos mal —exclamó el doctor—.

—¿Que pasó? —Preguntó Dean— ¿Qué hago aquí?

—No se preocupe, ya está bien —afirmó la enfermera.

En ese momento, volvieron a Dean las imágenes de la bestia del hacha y del terrible golpe recibido en su clavícula, y después la nada, la inconsciencia.

Quiso mover sus dedos y un terrible dolor impidió que pudiera hacerlo con facilidad.



—Descanse por ahora —ordenó el Doctor—. Tienes un día de reposo. Ya mañana comenzaremos con la terapia de recuperación. En todo caso le anticipo, para su tranquilidad, que no quedarán secuelas, mas tendrá que soportar una recuperación dolorosa, así pues descanse por hoy. Pasado mañana abordará el *Albatros* rumbo a Marte. En el contactará con el medico de abordaje, quien monitoreará la evolución de sus heridas durante el viaje. Lo bueno de todo esto es que está bien y recuperará su estado físico por completo, si bien paulatinamente. Su convalecencia la tendrá durante el viaje a Marte y ya en dos meses, cuando arribe a su destino, ni notará que sufrió un accidente.

—¿Y qué hay para comer? —preguntó Dean.

—Pues bien, usted no necesita régimen así que pida lo que quiera.

Dean sentía una gran molestia en su brazo y clavícula, a pesar de los controladores electrónicos de dolor, acompañado de cansancio y de la sensación de pérdida de conciencia. Debía, quizás, intentar dormir pero quería levantarse. Tenía que hablar con Gabriela y por supuesto también con Peter.

Gabriela, quien no estaba enterada de lo sucedido, esperaba pacientemente una llamada que no llegaba. A pesar de que el ataque fue en público, un velo de secreto impidió que se difundiera por las agencias de noticias, y la noticia no salió de la estación espacial. Para el mundo externo nada pasó.

En la Tierra, Gabriela estaba trabajando en su estudio cuando de pronto su computador casero le informó:

—Señorita Gabriela, llamada para Ud. desde la estación Da Vinci.

Gabriela se sintió emocionada. Después de todo, hacía ya un día que no sabía nada de Dean.

—¿Como estás Gabriela? —preguntó Dean quien se veía un poco demacrado.

—Muy bien Dean, te eché mucho de menos.

—Yo también Gabriela.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no me llamaste antes? —inquirió Gabriela, reprochando una falta inexistente.

—Bueno, tuve un pequeño accidente —dijo Dean—. De hecho sufrí una torpe caída y me quebré un brazo. Sin embargo estoy bien, estoy en la enfermería de Da Vinci, ya casi completamente recuperado.



Gabriela tuvo el presentimiento que el accidente sufrido por Dean fue algo más que una simple quebradura de brazo. Mas no insistió. Era evidente que Dean no quería preocuparla más de lo debido.

Conversaron un largo rato. Gabriela estaba ya mucho más tranquila. Ambos se daban cuenta de que un lazo más grande que la distancia los atraía cada día más.

Luego de esa conversación con Gabriela, Dean se comunicó una vez más con su jefe en la Tierra. Esta conversación fue más ácida. El Jefe de Dean perdió la apariencia de padre protector para reprochar directamente a Dean por su ataque. Quizás era la tensión de la misión, y la posibilidad del fracaso le hizo decir:

—Así que fuisteis atacado. ¡Debiste defenderte!

—La verdad es que no tuve tiempo ni para pensar, me di vuelta y recibí el hachazo directamente en la clavícula izquierda. El golpe iba dirigido a mi cabeza, y al tratar de esquivarlo expuse mi cuerpo en demasía. Entonces perdí el conocimiento, y ya no sé más. Eso pasó.

—Nadie pudo haber predicho el incidente —concedió Peter—. Sin embargo tienes que tener cuidado cuando te cruces con la gente de Marte. Están en un estado de alteración total, y en esas condiciones las conductas irracionales afloran. El odio hacia la Tierra es incontenible. No es claro si el ataque fue premeditado o no. De acuerdo a lo que hemos detectado el atacante era un miembro de un grupo sindical subversivo de Marte, con contactos con los anarquistas terrestres. Reaccionó de esa manera ante una fuerte presión que tenía en su propio planeta. Estos ataques de locura ocurren bajo fuertes presiones, y puede volver a ocurrir.

—¿Quieres decir que el ataque no estuvo dirigido a mí?

—Exactamente. Al parecer tú fuiste elegido sólo por ser el único pasajero terrestre que vestía un buzo de trabajo con aspecto de uniforme militar. El atacante no pudo, o no sabía distinguir por sus insignias, a los pilotos espaciales civiles de los militares. Para él eran lo mismo y atacó al primer militar que vio. Solo quería atentar contra la Tierra.

—Ahora que lo mencionas —comenzó a recordar Dean—, al ser atacado estaba mirando por los ventanales de la estación Da Vinci a dos naves negras de guerra que estaban siendo apertrechadas. Como tú sabes Peter, esas naves están ahí a la vista de todos con el propósito de advertir a los Marcianos lo que les pasará si no recapacitan. Tal vez me confundió con un miembro del equipo militar. O quizás solo la asociación entre las naves espaciales y el uniforme fue la gota que rebaso el vaso en la mente de un hombre al límite.



—Dime una cosa, Dean. ¿Cómo está tu brazo?

—Me duele un poco —respondió Dean—, aunque no tanto como se podría esperar de un accidente tan grave. Tengo dificultades para mover los dedos y cosquilleos en las manos. No tengo completa libertad para mover el brazo, y al intentarlo siento un gran dolor. Además tengo la mano hinchada. Sin embargo, estas molestias son menores, y sorprende el estado de la técnica que permite una recuperación tan rápida de heridas que, hace algunos siglos, sólo se remediaban con la amputación o bien conducían a la muerte. Los médicos me auguran una recuperación funcional total, y estiman una convalecencia de aproximadamente dos meses. Solo me quedará una gran cicatriz y nada más. Estoy bien y sólo necesito descansar un poco. Entretanto estoy leyendo libros de navegación.

—Bravo, Dean —exclamó Peter en tono irónico—, ahora sí tendrás tiempo para convertirte en el mejor experto en navegación, en el lapso que queda para llegar a Marte. Bien Dean, cuídate mucho. Me alegro que estés bien a pesar de lo que pasó. Y, arriba ese ánimo muchacho, de ti depende la misión.

—No te preocupes, Peter. Confía en mí. Ahora déjame contarte. Entre los libros que estoy leyendo están algunos de alquimia. Considero que no solo debo instruirme en los aspectos técnicos de la misión sino que además debo penetrarme con la mentalidad de la secta que dirige la colonia Rings. En estos momentos estoy comenzando a leer un libro con el título de *Atanor alquímico*, donde describen el proceso de la piedra filosofal.

A Dean le quedaba mucho por leer todavía para preparar su misión. Indiferente de su actividad, siempre leía en cada uno de los aburridos viajes espaciales que su trabajo demandaba. A pesar del tedio, Dean amaba el espacio, por esa sensación que producía de estar viviendo literalmente entre las estrellas, en contacto directo con la creación. Allí, en la negrura de la noche, estaba su hogar entre las estrellas. Como no quererle si le sirvió tantas veces como excusa para escapar de sus conquistas en la Tierra. Como no amarle si le producía una gran paz interior. Estar allí era como vivir la muerte en vida, abrumado por la nada, mas reconfortado por la luz al final del túnel de esos viajes físicos tan cercanos a la iniciación esotérica.

El hombre vivió por miles de años en la Tierra. Allí evolucionó de acuerdo a los parámetros propios del planeta. El hombre no era dueño de la Tierra sino más bien un huésped, un simple parásito que chupaba la savia de la naturaleza. Si la Tierra llegase a morir por un cataclismo, también el Hombre moriría con ella. Parecía que el destino del Hombre estaba irremediabilmente unido al del planeta azul. Desde la Pachamama (Madre Tierra en Quechua, el lenguaje de los Incas) hasta la ecología profunda, el Hombre se sentía parte del planeta: un ser más en la armonía de Gaia. Decir Tierra era evocar el lugar natural y hogar permanente de la Humanidad. Dios creó el Cielo y la Tierra, y esta últi-



ma fue creada para que el Hombre la dominase y poblase. Mas, como solo la Tierra estaba en la heredad que nos dio el creador, el Hombre, rebelde por naturaleza, intentó llegar más allá, subiendo por sus propios medios a las prohibidas esferas celestes.

Desde los últimos siglos los advenedizos humanos se lanzaban a poblar el espacio, donde los hombres subsistían en un medio ambiente de aire, alimentos, gravedad y energía artificiales. Y al crear sus propios mundos, el Hombre era desde ahora casi su propio Dios.

Para Dean el mundo actual era paradójico. Era inevitable sentir un poco de pena por el hecho de que la edad gloriosa de la colonización espacial había pasado. Ya no se hacían grandes inversiones y la colonización moría en la rutina y en la falta de visión de futuro.

Durante la colonización se hicieron grandes inversiones en minería, en energía, manufactura y otras actividades espaciales. Hoy tal interés había menguado y la gente no sentía la menor atracción por el espacio, ni por la astronomía ni por la física. ¿A quién le interesaba hacer experimentos físicos en el espacio? ¿A quien le interesaba poblar de gentes el Universo llegando más allá?

La mentalidad contemporánea era terriblemente conservadora. No había entusiasmo por lo nuevo y la infraestructura espacial decaía poco a poco. Ya no tenía urgencias el Hombre, que sin fuerzas ya no quería luchar más. ¿Para qué esforzarse más si la población decaía? ¿Para qué conquistar nuevos territorios si la gente escaseaba, si las escuelas se cerraban y se demolían por falta de niños? ¿Para qué progresar si todos tenían la oportunidad de vivir bien? ¿Para que estudiar cultura clásica, ciencias y artes si a nadie le interesaba un comino? El moderno catecismo era: ¿Cómo estamos?, ¡mejor que nunca! ¿Qué somos?, ¡qué estúpida pregunta! ¿De dónde venimos?, ¡quién sabe! ¿A dónde vamos?, ¡a quién le importa!

Lo importante era el presente, pues si se vive una sola vez, era para pasarlo bien y con estilo. La misma estructura mental de Dean estaba en sintonía con esta mentalidad. Después de todo, sus propias aventuras eran el resultado de esa manera de pensar.

Lo trascendente no importaba a casi nadie pues era considerado un pasatiempo inútil el hacer preguntas inútiles. Ni siquiera la carrera por el dinero importaba mucho en una época donde todos tenían cubiertas sus necesidades básicas de alimentación, salud, un medio ambiente saludable y libre de delincuentes. Quizás no alcanzaba para que todos pudieran hacer turismo espacial, pero hasta el más pobre de los terrícolas conocía bastante bien todas las regiones de la Tierra y disponían de comodidades que un par de siglos atrás fueran privilegio de personas adineradas.



Después de la gran «implosión demográfica» la densidad mundial decreció a extremos bajísimos. No era difícil encontrar casas antiguas deshabitadas las cuales, con un poco de dinero en remodelación, se convertían en lujosos y económicos palacios. Así cada terrícola podía vivir en su propia casa de campo, volando hasta las pequeñas ciudades para trabajar, o simplemente trabajando en sus propias casas. Y esto cuando trabajaban, actividad no tan común en estos tiempos.

No había muchas cosas que hacer en este mundo tan automatizado. Y tampoco había mayor motivación para superarse. Si bien aún existían grandes diferencias entre ricos y pobres, la diferencia se veía principalmente en el acceso a lujos superfluos, tales como joyas, pinturas clásicas, voladores deportivos, mansiones de mil años de antigüedad y finuras de todo tipo. De hecho los pobres de entonces vivían al nivel de millonarios de siglos atrás. ¿Para qué, entonces, luchar más? La gente estaba cansada y ya no quería luchar por nada. Solo quería vivir el presente y disfrutarlo.

El suicidio estaba generalizado como un remedio al sufrimiento. Si no se puede vivir y gozar, pensaba la gente, ¿Para que persistir viviendo una vida miserable? Y, sin remordimientos, se quitaban la vida.

Esta era la situación de la Tierra. Una sociedad decadente y rica que debía necesariamente provocar los celos de una sociedad joven y paupérrima como la marciana. Evidentemente gran parte de la incomprensión entre Marte y la Tierra se debían a las diferentes situaciones económicas.

6

Hal Goldwing seguía grabando afanosamente su reportaje. Le mostró nuevamente sus borradores a Stuard Robinson. Esta versión estaba mejor trabajada que la original. En secreto, Hal tenía la esperanza de que su trabajo contribuyera al apaciguamiento de las tensiones entre la Tierra y Marte. Después de todo, los marcianos eran hermanos que, por diferencias culturales, tenían una visión distinta de los hechos. La amistad que Hal sentía por Stuard se incrementó con el tiempo. Luego del bizarro episodio de la mosca, la misión de espionaje en Marte se suspendió, dejándolo por un tiempo en libertad de acción, la que aprovechó dedicando su tiempo sólo al trabajo periodístico. En los ratos libres dedicó parte del tiempo a cultivar su amistad con Stuard. «Global Geography» estaba contenta con el trabajo que Hal realizaba. Una excelente labor, que presentaba un gran avance en la visión de Marte.

En la portada del reportaje publicado por «Global Geography» aparecía la escuadra de modelos a escala propiedad de Stuard. En muchos sentidos esta flota de juguete revelaba un conocimiento histórico y un bagaje cultural como no existía ya en la Tierra. Gran parte del reportaje estaba dedicado exclusiva-



mente a Marte: su historia, su sociedad, su economía y en especial a la minería y metalurgia, mostrando también una visión humanista del hombre de Marte, de sus temores y esperanzas, y de su visión del futuro.

—Ha sido extenuante —pensó Hal—. Un trabajo largo y complejo pero gratificante. Ojala que mi reportaje sobre Rings tenga ésta misma calidad.

Ahora debía ir a Rings. No era mucho lo que él sabía de ésta colonia, pues incluso para los marcianos muchas cosas sobre ella estaban vedadas. Nadie sabía mucho sobre el tema y, a lo más, los navegantes visitaban las zonas portuarias del asentamiento saturnino.

Tampoco se sabía mucho sobre la secta de los alquimistas de Rings, pero Stuard, quizás bajo instrucciones directas de la secta, hizo un pequeño resumen del propósito de la misma, el cual aparecería en el reportaje. En cierto modo parecía como si Stuard fuera el vocero autorizado de la cofradía para cambiar la imagen pública. Hal asumía que la secta en Rings debía tener características muy similares a la marciana.

—¿La información que tú me das ha sido acaso autorizada? —Hal preguntó directamente a Stuard.

—Lo único que puedo afirmar es que te digo la verdad —respondió Stuard—. Llegará el día en que salgamos a la luz y ya no tendremos que medrar entre las sombras. Pues no existe nada indigno entre nosotros que no pueda ser publicado, y el misterio es sólo para mantener nuestra integridad como hermandad. Por ahora te he dado la información básica sobre nuestros orígenes históricos, te he descrito que somos, y cual es nuestro camino, de tal forma que puedas describirnos en forma sencilla pero justa, y que se acaben las habladurías.

—¿Y los alquimistas están en Rings? —preguntó Hal.

—Y también en la Tierra —respondió Stuard—. De hecho hay más alquimistas en la Tierra que en Marte. Así pues no te sorprendas por que haya algunos en Rings.

Hal no pudo publicar nada de lo que él mismo aprendió sobre la secta en su trabajo como espía.

Marte en el atardecer presentaba su aspecto rosáceo sanguíneo y bajo la cúpula transparente la colonia mantenía el aspecto pueblerino que le hizo famoso.

Hal concluía su reportaje. En él incluyó artículos tan atractivos como el de los escaladores de los montes marcianos y descripciones del monte Olimpo; las «caras» marcianas; y las «pirámides», todas las cuales eran importantes atrac-



ciones turísticas. El gran cañón marciano aparecía también en una sección dedicada a los paraísos de los alpinistas terrestres, para quienes la Tierra, con sus minúsculas montañas, era ya un lugar muy aburrido. Las minas de Marte, que seguían extrayendo minerales en una escala grandiosa, pues de allí salía una producción indispensable para la industria de toda la humanidad, ocuparon buena parte del reportaje.

Hal se había preocupado en las últimas semanas en bajar al mínimo las sospechas que pudiera haber sobre él. Ya no acudía a la embajada y se dedicó exclusivamente a su trabajo. Había recibido instrucciones de la Tierra de eliminar todo riesgo innecesario.

Como muestra de amistad, Stuard le regaló de recuerdo una pequeña maqueta de su colección. Una hermosa nave romana de transporte de carga, de aquellas con la popa terminada en cuello de cisne. Bella en verdad y fiel hasta el último detalle, al punto que Hal juraba ver los tarugos que unían los maderos. La nave estaba enclaustrada en una caja de vidrio y flotaba en un polímero sólido transparente que simulaba las aguas del mar, incluyendo sus olas y espuma; todo de un aspecto muy realista, con la ventaja de la solidez. El valor comercial del modelo debía ser muy alto. Hal recordó sus labores de espía, y sintió algo cercano al remordimiento. En verdad se podía ser amigo de un marciano alquimista; del «enemigo».

Hal tenía preparado su equipaje desde hacía tiempo, el cual había revisado cuidadosamente. Ya quedaba poco tiempo para subir a la estación orbital marciana dónde continuaría la aventura.

Hace exactamente un mes, Dean abordó la nave que lo llevaría rumbo a Marte. Un mes más de viaje y llegaría a la estación espacial del planeta rojo donde abordaría una nave llamada *Charlotte*.

© Omar E. Vega

OMAR E. VEGA (1958), nació en Santiago de Chile. Ingeniero en computación, con estudios de postgrado en I.A., trabaja desarrollando software geográfico para la minería. Tiene una familia conformada por su esposa, tres hijos, una gata y un conejillo de indias, y vive cerca de unas ruinas incáicas.



Portofolio

PAT MAC DOUGALL

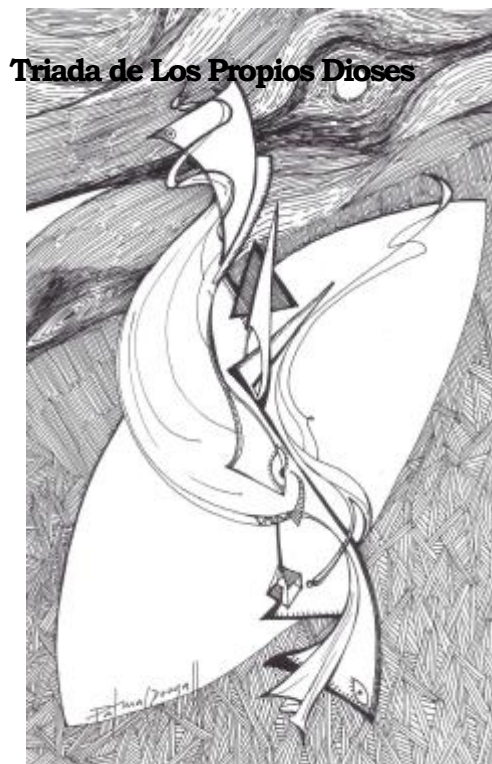
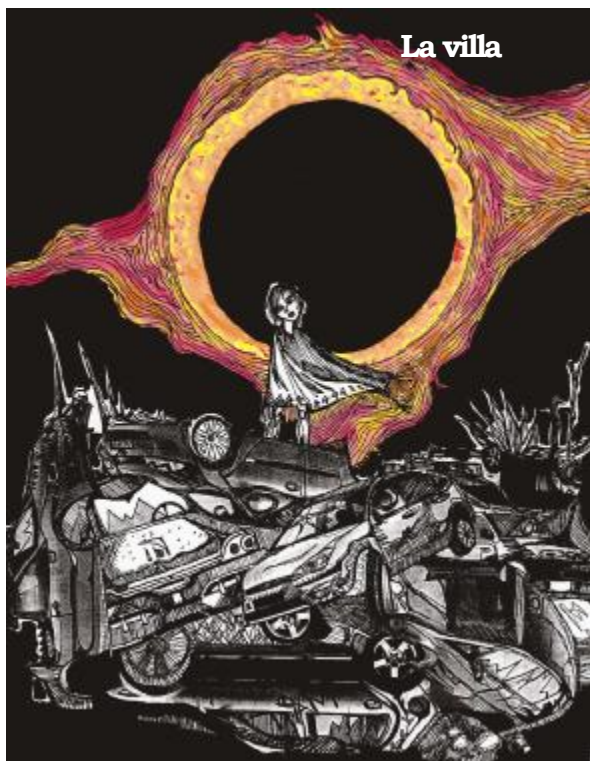
Aunque hemos primado las ilustraciones de ciencia-ficción, en el portafolio dedicado a Pat tiene tres temáticas bien distintas. Por un lado florece su afición por Isaac Asimov. Por otro su faceta artística como bailarina de tango. Por último, asoma su vertiente más oscura con dibujos como *MI PROPIA MUERTE*.

El Mulo de Fundación e Imperio



Robot Femenino
en negativo





Trabajando



Mi propia muerte



La obra de esta artista argentina escapa a las definiciones más tradicionales: autodidacta y pasional, Pat Mac Dougall logra transportar al espectador a un instante tan lejano en el tiempo como cercano en el espacio...o viceversa...o *ambos*

Dibujante, escultora, tapicista...desarrolla cada oficio con una personalidad particular, con un estilo propio.

En sus obras en tinta se destaca su afición a la Ciencia Ficción, enfatizado por el exquisito desarrollo de la figura humana.

Ha realizado los logotipos institucionales de la Dirección Municipal de Cultura de Capilla del Monte, de la Compañía de Arte Popular Amancay Argentina, del Consejo de la Mujer, y diversos grupos folklóricos, ballets, escuelas de danza, exposiciones, etc.

La re-interpretación estética de conceptos tan ancestrales como los heredados de culturas aborígenes argentinas, hacen de su propuesta escultórica y de sus tapices todo un desafío: máscaras rituales casi futuristas, imaginaria popular con mucho de singular devoción, tapices que se integran como símbolos casi mágicos de nuestra propia existencia.



Ha obtenido premios nacionales como tallista en piedra y posee su obra Hoteles, Institutos de Belleza y particulares de Córdoba y Buenos Aires. Actuó reiteradas veces como jurado, curadora y organizadora de muestras de arte y artesanía en toda la región.

Pat Mac Dougall, reside en Capilla del Monte, provincia de Córdoba, República Argentina. Desde ese pequeño rincón de las sierras centrales argentinas, nos inunda con creatividad y oficio, obligándonos a reflexionar... a mirar nuestros orígenes para proyectarlos con fidelidad hacia el futuro....

© *Pat Mac Dougall*



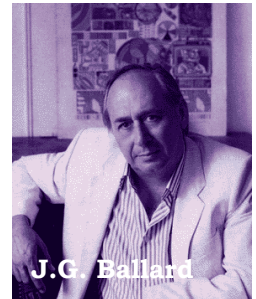
Artículos

GATTACA Y EL ROBOT GENÉTICO

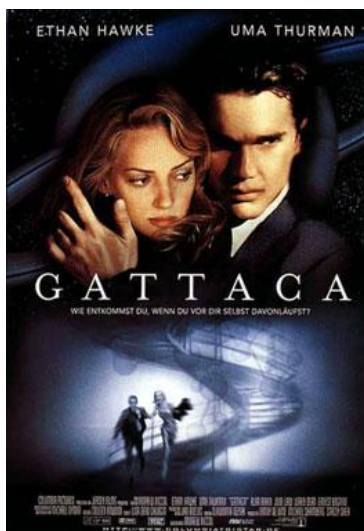
por Arturo Villalobos

La ciencia ficción se diferencia de la literatura tradicional en que la ciencia-ficción aborda nuestra situación en el universo y la evolución de las sociedades en el futuro. Gattaca es una de esas sociedades futuras en la que el código genético determina la propia situación dentro de la sociedad. Si se analiza correctamente la película, llegamos a una conclusión pavorosa.

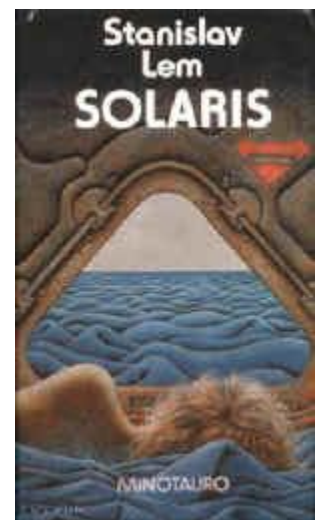
De acuerdo a **J.G. Ballard**, hay dos rasgos que la «narrativa tradicional» no asume con el vigoroso relieve de la ficción científica: nuestra situación en el universo –ya que la narrativa tradicional se enfoca por entero al campo recorrido palmo a palmo de las relaciones humanas y de la «corriente de consciencia»– y la evolución de las sociedades en el futuro –la narrativa tradicional suele enmarcar sus ficciones en sociedades representadas como estáticas.



J.G. Ballard



Se puede estar de acuerdo con ello, discutirlo o ignorarlo, pero es difícil negar que la ficción científica abrió nuevos horizontes para la narrativa, tanto en el espacio de lo imaginario como en la incorporación de estéticas extrañas. Ha planteado interrogaciones filosóficas inéditas, lanzando guantes que pocos filósofos han recogido. De *FRANKESTEIN* a *SOLARIS* se hace evidente que sólo cierta forma de imaginación, que es a un tiempo especulación científica, poética narrativa y pregunta existencial, podría aventurarse ahí donde ya no hay modelos novelísticos, tratados filosóficos o historicismos estéticos que auxilien al autor.





GATTACA y el horror a un posible fundamentalismo genético radical: desde el título, se nos transporta al novísimo alfabeto que determinará la configuración no sólo biológica, sino social, del hombre en una utopía biosférica: Guanina, Adenina, Timina y Citosina. Si en la antigüedad, como han especulado algunos antropólogos, son la religión, el ritual y el tabú los controles que legitiman la jerarquía social, oscuros y complejos en contraste con unas relaciones económicas transparentes y simples, en las sociedades modernas la complejidad de la economía subordina a los estratos religiosos y culturales en la conservación de las jerarquías. No se conoce sociedad humana que no se sostenga por una forma de fundamentalismo –y sería fascinante algún estudio que nos mostrara cómo sucede esto, si se trata de una conformación antropológica (pues no se cimienta en una mera «relación de producción») o una configuración biológica que se traduce en rasgo psicosocial–, así que *GATTACA* proyecta –aunque menos incisivamente que su ancestro *A BRAVE NEW WORLD* de **Huxley**– una pavorosa luz sobre esta variable por nacer que podría parametrizar todo el espectro de lo social: un fundamentalismo que se basa en la configuración genética del individuo.



Ya no hay lugar, en este nuevo mundo, para ninguna forma de disensión o



Gattaca

protesta pues la genética ha terminado por discriminar con toda exactitud las capacidades humanas y distribuir sin margen de error el rol, la ocupación y las relaciones personales. Como es habitual en el género, se expone el conflicto social latente o abierto a través de lo individual, en este caso un impostor que en tal sociedad se convertiría automáticamente en criminal, determinado a lograr su acariciado sueño de viajar

al espacio exterior (una imagen de ir al encuentro con lo virgen y no condicionado, inefable e incontrolable, al silencio infinito de las estrellas, como se revela en las últimas imágenes del film) y demostrarse a sí mismo que la fuerza de voluntad se impone sobre los genes, arrojando enormes sufrimientos por su osadía y no sin hacer uso de todo su ingenio y disciplina para aspirar a lo que en su civilización responde a lo imposible de traspasar.

Podría parecer una conclusión optimista, pero pensemos que si fueron necesarios todos los recursos que el protagonista emplea para «alcanzar su ideal», no hay lugar alguno para la esperanza: cualquier fundamentalismo –véase como se le vea: necesidad antropológica o estructura psicosocial– deviene en



condición opresiva que la jerarquía se encarga de «normalizar» para que pase por «natural» (en esta utopía se ostenta como «lógica» o «racional» dentro de una posthistoria como paraíso artificializado) y lejos de haber liberado al hombre se constituye en obstáculo para su conocimiento, en desarticulación de sus atributos –que no pueden darse por separado, como es obvio– para reinventarlo como robot programado por cuatro bases orgánicas.

© Arturo Villalobos

Arturo Villalobos (1971) Autor de dos libros de cuentos fantásticos y ensayista de la revista de literatura de la Universidad Autónoma de Aguascalientes *Tierra baldía*, donde colabora con crítica de cine y narrativa. Profesiones: la ingeniería de software y la lógica simbólica. Vocaciones: la literatura, la música, el ajedrez, el cine, la cultura china y la historia de la Edad Media.



IVÁN MOLINA JIMÉNEZ Y SU OBRA DE CIENCIA FICCIÓN

por Luis Antonio Bolaños de la Cruz

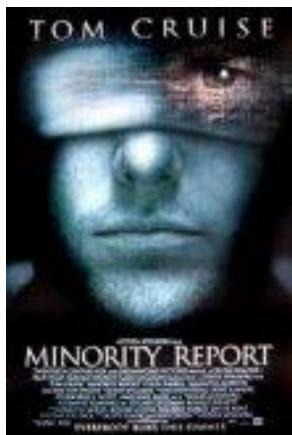
Iván Molina está llamado a ser uno de los ejemplos cimeros de la CF hispanoamericana, a nada que continúe con su obra en este género. Luis nos analiza en su artículo sus dos antologías: *LA MIEL DE LOS MUDOS* y *EL ALIVIO DE LAS NUBES*

- D**istinguen varias características a las dos colecciones de relatos:
1. Facilidad para conectar a través de datos actuales extrapolados con situaciones catastróficas que devendrán casi inevitablemente sino cambiamos nuestros valores y opciones frente a la realidad
 2. Indisoluble ligazón entre la temática futurista abordada y la realidad concreta «tica» en un alarde culto que mezcla compromiso y capacidad de observación con una intencionalidad decidida por trazar un camino nacional para la CF.
 3. Investigación sociológica como un constituyente imprescindible de la investigación científica integral, adhiriendo a una de las más potentes y actuales corrientes vinculadas al paradigma de la complejidad.
 4. Aproximación mediante lo que llamo el IEMA: imágenes integrales, enfoque holístico, metodología sistémica y actitud prospectiva, a la consecución de sus propósitos, que comparto en sumo grado
 5. Filo irónico en ocasiones irreverente que se filtra entre líneas o se convierte en el motor impulsor de las peripecias
 6. Discurso de crítica sociopolítica que no deja títere con cabeza y demuestra que la corrupción, la negligencia estatal, el poder económico, el neoliberalismo, el imperio USA y la ignorancia generalizada se confabulan para demoler la felicidad de la gente y las innumerables posibilidades que se le abren a la humanidad para mejorar intelectual y emotivamente
 7. Gusto por la luz y los espacios abiertos, por los ventanales que se abren sobre los paisajes del infinito con una cierta vena ecológica y ambientalista latiendo más o menos explícita.
 8. Latido de nostalgia siempre presente no resuelto mediante la huída hacia utopías pasadistas y melancólicas, sino enfrentándonos con las manifestaciones del poder para exigirnos que de la complicidad pasemos a abordar el vehículo de la conciencia.



LA MIEL DE LOS MUDOS Y OTROS CUENTOS TICOS DE CIENCIA FICCIÓN

FEBRERO 2034: Aparte de algún que otro toque macondiano y de un cierto parecido a un relato de **Elia Barceló** (no temáticamente hablando ni en el estilo, sino en la puesta en escena, tomando en cuenta los elementos que se prodigan para crear la sensación de escenario) tuve un conflicto con la imagen que aparece en el relato sobre las PC, posee un cierto aroma sesentero, cuando creíamos que la evolución sería por una ruta colosalista y con especialidades que nunca se dio, no se vincula con los avances reales de la informática. El humor negro socava y se instalan los nubarrones de la desesperanza, en este caso a través de los suicidios colectivos como manera de protestar contra el sistema electoral, evento quizás demasiado dramático para una acción que no revela la condición humana o no expresa el valor de la existencia más allá de la democracia (no se vive por elegir), la pregunta que acosa al lector apunta a ¿por qué acontece ese fenómeno tan singular? Quizás por que en Costa Rica los golpes de estado han estado ausentes de su historia, las transiciones se han cumplido a rajatabla y no existe ejército. De allí que para que el país no siga dando ejemplo de entereza y queja máxima con sus propios cuerpos la ONU decide intervenir, el mal ejemplo podría cundir y el mundo enfrentar una desbandada de proporciones épicas e imprevisibles. Las jugosas notas explicativas del proceso tanto nacional como internacionalmente sirven de contrapunteo a la decisión del protagonista que como único interlocutor tendrá su programa digital y la inmensidad que se abre frente a su balcón. Como aviso es potente: el grupo de poder «tico» no tiene remedio, si se desea cambio habrá que refundar el país, las intervenciones humanitarias de la ONU también son criticadas de soslayo y al insertar a la clase dominante «tica» en el concierto de sus semejantes mundiales parece trasladar a ellos también la incapacidad para captar el anhelo de la humanidad y su ceguera condicionada por el aroma de la ganancia.



CRAKS: no hubiera querido arrancar por el relato anterior, pero debo respeto a la organización que quería darle el autor, como no existen referencias de la fecha de su redacción doy por supuesto que ha deseado imprimir un ritmo, plegar un mensaje mediante la sucesión indicada y desplegarlo al correlacionarlo con el resto de la recopilación; así, aunque he continuado por la huella trazada mi elección para iniciar la lectura se inclinaría por este relato terso cual espalda de estrella y potente como un ariete, que nos conecta con diversos autores, casi de inmediato salta al recuerdo **P.K. Dick** y su *MINORITY REPORT* (sólo por lo que evoca pero no por la intención de abreviar en su material,



que no es homenaje), o los adolescentes organizados en torno a la figura del conquistador Kuin en *LOS CRONOLITOS* de **Robert Wilson**, en un caso por el control preventivo ejercido y en el otro por la ineluctabilidad aparente de su acontecer. Acá además ligado a la figura del perpetrador, o quien tira del gatillo y del entorno explicado mediante una mirada que busca integrar los fenómenos planetarios, pero colocando como una rutilante cereza en lo alto de un tazón de frutas las particularidades «ticas» sobre los procesos.

Los pandilleros juveniles a quienes alude el título abrevan en los precedentes de los drugos de *NARANJA MECÁNICA* (**Anthony Burgess**), y quizás también en los grupos cyberpunks descritos por **William Gibson** en diversos textos, o con los adolescentes transformados de *VITALES* (**Greg Bear**) quienes por el contacto con nanomateriales y células madres adquieren inmunidad frente a los impulsos de control de los poderes centrales. El final reúne la tersura y la potencia en el recuerdo apenas esbozado de una mirada.



HAZAÑA PRESIDENCIAL: arranque prometedor, rompiendo un tabú describe relaciones lésbicas derramando erotismo. Mientras algunas huellas de *ZARDOX* (**John Boorman**) se empeñan en brotar entre las líneas, de nuevo aparece flagrante la crítica social, tanto que en ocasiones casi obtura la atención lectora, que empieza a cavilar más intensamente sobre las brechas y diferenciaciones entre ricos y pobres y si deberían relacionarse adecuada y armónicamente o desaparecer como antagonistas, en lugar de seguir las peripecias de l@s protagonist@s; sin embargo, como ocurre con frecuencia cuando un autor maneja con eficiencia su material, ese aparente desvío es para golpearnos aún más duro en la sesera con otra idea: en este caso al poner de relieve la relación que podría existir entre el hastío y el aburrimiento con las acciones de rebeldía (como el profesor **Urrutia** lo señala en *ABURRIMIENTO, REBELDÍA Y CIBERTURBAS*). Luego deriva hacia un torrente de cinismo y oportunismo desenvuelto por el bloque de poder en su afán de canalizar hacia canales provechosos lo acontecido y culmina con un desagradable y visceral «perjuicio extremo». Como siempre existe el nivel técnico necesario (sistemas de seguridad, checks físicos y bloqueos virtuales) para tornar creíble lo planteado, los personajes no son planos ni siquiera en su magna malevolencia, pero no se trepida en señalar que siempre pulularán ejecutores de menor cuantía para convertir las vacilaciones morales de los poderosos en abono para la toma de peores decisiones posteriormente. Preñado de juicios políticos y cargado de insolencia es profundamente reflexivo y bajo su tono aparentemente ligero mantiene la tensión narrativa para que la desfachatez no provoque asombro sino rechazo.



PEREGRINOS DEL MAR, LOS: ecos de **Harry Harrison** (*¡HAGAN SITIO, HAGAN SITIO!*), de **James Graham Ballard** (*BILENIO*) y de **Brian Aldiss** (*ENTORNO TOTAL*) resuenan en esta terrible historia donde el capital privado se ha



apoderado de casi todo rincón terrestre con valor paisajístico o económico. Una imagen potente que nos conecta con *FUTURAMA* de **Matt Groening**: «...un cielo tan colmado de aviones y naves espaciales que, sólo por excepción se veía el titilar de alguna estrella», da la tónica entre desmesurada y apocalíptica por la que transitara este relato con abuelo y recuerdos. El vertiginoso crecimiento del transporte probablemente aunado

al de la producción (con aparición de combustibles alternativos, por que de no ser así la biosfera colapsaría) y sin abandonar la codicia como aliciente han cerrado todo espacio y todo tiempo, la gente mora de prestado, casi inútil, empobrecida y hacinada, concentrada en los ghettos de las «sociedades de control» anunciadas por **Deleuze** y **Guattari**, en un mundo ahora ajeno que fue para todas las especies, horrible visión de destrucción ecológica y ambiental que da miedo por la forma como se adaptan y sobreviven, se parece tanto a la actualidad que deviene creíble más allá de la contundente invectiva de un testimonio donde se combinan angustiosamente superpoblación y poder del capital privado.

LA MIEL DE LOS MUDOS: Impresionante a pesar de su brevedad, deviene casi en una broma pero con regusto a tristeza, uno quisiera que fuera más largo, no por algo lo eligió para título de la recopilación. Una historia de «amour fou» con cronotraslado que puede observarse al fulgor de **Robert Silverberg** (*RUMBO A BIZANCIO* o *POR EL TIEMPO*), **Poul Anderson** (*VIAJE AL PASADO* o *EL HOMBRE QUE LLEGÓ TEMPRANO*) pero sobre todo de *VAGABUNDEOS PÁLIDOS* de **Christopher Priest**, con la diferencia que la presentación del caso de Federico Zeledón debe mucho a los protocolos de la investigación científica y sus informes.



Poul Anderson

Su sociedad ha estandarizado las visitas al pasado y establecido los reglamentos adecuados, y como es imperioso para la fluidez mecánica de la pesquisa, ha eliminado las posibles implicancias emocionales, que no por ello dejarán de acontecer, ya que la realidad no se construye con edictos sino con acontecimientos globales donde tod@s participamos de una manera u otra conectados por la gran trama matricial del universo, evento que estallará cuando el aroma de la belleza derramada por Yolanda, la depositaria de un enamoramiento que va más de

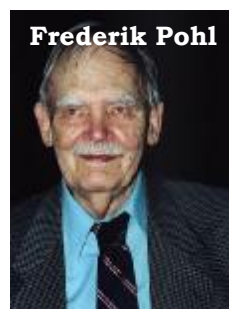


Robert Silverberg



la época y la presencia se esparza sin tomar en consideración las imperativas burocráticas... y entonces el lance: el misterio está servido y combina con la delicia propia del panal los cronodesplazamientos y sus paradojas, la investigación sociológica, y la nostalgia febril de un gran amor no consumado que nos acribilla desde sus líneas (**Connie Willis** se sentiría cómoda en este marco). Rinde discreto homenaje a «Gabo» al otorgar al protagonista la personalidad falsa de un periodista colombiano: **Gabriel Márquez**.

FINALIS: ¡¡Tremendo!! La gracia humorística con que acompaña sus droláticas descripciones es tan natural que caemos presos de las palabras de Isaías, las cuales rompen el marco del encallecimiento en que podrían quedar enclaustradas para nutrirse de la frescura del canalla que nunca perdió por completo una cierta ingenuidad egoísta propio del período narcisista infantil. Parece imposible que un ganador del Premio Nóbel (y en varias ocasiones, tres para ser precisos) sea tan deslenguado y cínicamente aprovechado, provoca una sensación de irrealidad –que no de extrañeza al estilo Brechtiano– desde el inicio, con el objetivo de que el rechazo que se gesta contra el personaje (o esa tendencia que tiende a fortalecerse a medida que se desenvuelven las peripecias) transite hacia la comprensión de que los iconos científicos también deben ser reconsiderados, por lo que no hay hagiografía sino despliegue de características. Y son desagradables. Sin embargo, me proporcionó material para varias carcajadas, el material sicalíptico está tratado con tan exacta medida que sobreviene saleroso. Lo notable es que combina lo anterior, ya de por sí estimulante, con el descubrimiento imposible de un artefacto en Marte proveniente del siglo XVI (la caja de Erasmus Finalis con su poema) al estilo de **Frederik Pohl** (serie *PÓRTICO*) o **Arthur Clarke** (*ENCUENTRO CON*



Frederik Pohl

RAMA), o **Gregory Benford** (*Ciclo del Centro Galáctico*) bebe de la sustancia maravillosa de la CF clásica. Así que lo revelado, empieza a excitar, las papilas a secretar y las neuronas a tejer imágenes, lo que demuestra que humor, sexo, investigación científica y misterio trazan también las coordenadas de un excelente relato de CF. Advierto que no soy lector de poesía pero la adjunta para probar las teorías de Finalis resuena a exploración espacial, armoniza con las evocaciones propias de un viajero cósmico y presta un andamiaje de verosimilitud al mecanismo del relato.



PREMIÈRE: No nos engañemos, esta viñeta demuele el apoyo estatal a la producción cinematográfica si va uncida a la consecución de propósitos formales y aceptables por «tod@s» y cercena la creatividad del autor o la frondosidad compleja de su temática. Y además recorre la relación entre literatura y cine, como distintos soportes cada cual con su lenguaje específico que permiten recrear un tema. Critica además la adhesión a modelos de aspecto primoroso pe-



ro vacíos de contenido, cual cascarrones de gasterópodos envilecidos por sucesivas hervores y alentándonos a tomar sus aguas insípidas como si fueran deliciosas sopas. Se inserta rigurosamente en la vida e historia de Costa Rica con un agregado que apunta al derecho de asilo y solidaridad entre pueblos. Si añadido que todo esto se expresa en tan sólo cuatro páginas la prisa los acuciará a leerlo.

DESPEDIDA: Una carta breve e intensa que compendia las relaciones de una pareja, puede ser dolorosa... o enaltecida. Acá la preferencia ha sido por la diatriba enmascarada de observación objetiva (una vez más pasa por la criba el método científico aprovechando la redacción de una carta inocua en su traza pero lastrada de venenoso contenido), y aunque me adhiero a la visión de la esposa, por ese ¡Te extraño tanto! ligado a «segunda oportunidad» acepto que su carta de despedida puede –como cualquier protocolo de investigación– estar sujeta a variadas lecturas, y la competencia profesional al interior de un matrimonio convertirse en zancadillas y emboscadas epistemológicas. No cometo infidencia si amplifico el espectro avisando que el divorcio se avecina.

ALGODÓN DE AZÚCAR: Esta caricatura de retorno a una época periclitada se torna un ejercicio de nostalgia inconsistente, frustrante, blando y condescendiente, trata de ser bradburiano pero sólo llega a semejarse a las telenovelas mexicanas (por lo lloronas) y donde **Daniel Drode** metía fierro a fondo (*EN LA SUPERFICIE DEL PLANETA*) o **Dick** mostraba las entretelas del poder (*LA PENÚLTIMA VERDAD*), acá se inscribe en refocilarse y clamar por las bellezas de la abominable década del 50, para proponerla como el paraíso perdido. Comprendo o quiero comprender al autor, pero en este o perdí el rumbo o la forma barrió la intención.

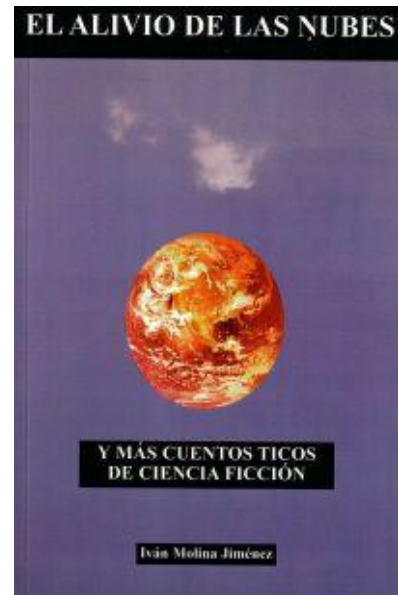


CATARATA: nuevo lamento, el tema daba para mucho más, pero el laconismo sólo nos permite intuir lo que habría sido desplegado trabajando con las referencias históricas y ecológicas, las explicaciones sobre las paradojas temporales y el «genius loci», la ampliación de lo ambiental como sujeto indispensable de lo social, o la referencia a las puertas Qhal propuestas por **C.J. Cherryh** en su serie sobre *MORGANA*; lo lesiona la brevedad, apenas dos páginas... y aún así tan evocadoras. La carátula del libro basada en una foto del *ÁLBUM DE VISTAS DE COSTA RICA* de **Fernando Zamora**, refleja el encuentro entre esas dos realidades, la del 1934 y la galáctica.



EL ALIVIO DE LAS NUBES Y MÁS CUENTOS TICOS DE CIENCIA FICCIÓN

VERDE SERÁ EL OLVIDO: la preocupación central estribará en la recuperación del arte y saber popular, representados por un cuadro antimilitarista de **Enrique Echandi** sobre **Juan Santamaría**, un héroe de la lucha contra la invasión norteamericana dirigida por **William Walker** en 1856, en contraposición a la estatua militarista oficial donde para mayor INRI lo presentan blanco y de uniforme. Todo eso encuadrado en la hecatombe que ha asolado a la Tierra (tras esparcirse una nueva arma, un virus letal), a la cual sólo le queda un futuro, su pasado, para que lo observen y lo gocen otras especies, y de eso justamente se trata, de lo que elegirán los ET que nos visitan y como es natural para seres altamente evolucionados elegirán al susodicho cuadro; encuentran que en la vegetación brota un motivo para colorear el olvido.



INTENSIDAD LÍQUIDA: aunque el tema es muy semejante a la novela rosa: se inicia con un romance otoñal para la profesora y un enamoramiento casi adolescente para el estudiante, la manera como se expande y ramifica y se pone en escena es muy de CF, la relación sentimental estará vinculada a la prevención de desastres y a las consecuencias que tendrá un terremoto en la escala 6.5 de Richter sobre el istmo centroamericano y los depósitos radioactivos allí ubicados, así una vez más **Molina** consigue lo imposible: conecta espacios en apariencia irreconciliables, novela rosa, crítica a la voracidad de las Corporaciones TransNacionales (propietarias del contrato para enviar los desechos nucleares a áreas subterráneas en Costa Rica) y prospectiva geológica. La biografía de la profesora ronda lo épico y demuestra que trata formidable a sus personajes femeninos, los finales son trágicos en todos los procesos, tanto para el político por la corrupción que se destapa, el social con la inmolación de medio millón de personas y el emotivo con la ruptura de los amantes.

LOS MONSTRUOS SON HUMANOS: ¡¡buenísimo!! Lleva a su conclusión lógica el negocio de las quimeras baratas (léase *GENTE DE BARRO* de **David Brin** para corroborar), de paso combinado con la agresividad natural convertida en violencia por patrones culturales y que lubrica las relaciones sociales. Se inventa además un negocio ideal, donde las pérdidas se minimizan o se convierten al reciclarlas (se paga... y fuerte, para destruir material obsoleto que ya está prácticamente agonizando) y aplicarles ese gran principio ambientalista en

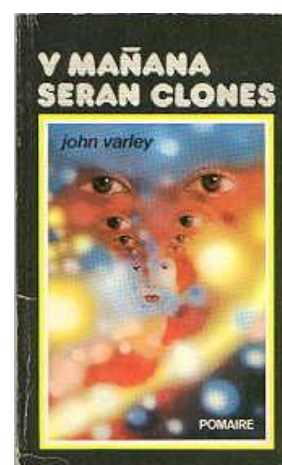




ganancia neta. Utilizar el apellido Bush es aleccionador (por un instante recordé *EL FRANQUICIA* de **John Kessel**, con **George Bush** de protagonista y como deuteragonista **Fidel Castro**), sobre todo tras leer la biografía familiar publicada por **Federico Fasano Mertens** (*LA REPÚBLICA*, Montevideo, Domingo 30 de Marzo de 2003) en donde constatamos el horror y la codicia que se asocian y se yerguen sobre esa familia. Los monstruos-quimeras de los parques de diversión probarán que para asesinar se requiere una impronta sociocultural que nos condicione a ello (tal y como la poseen los varones Bush), lo cual es diferente de matar en defensa propia o en cacería.



FUENTE DE CONSULTA: existe aquí una facilidad engañosa para enlazar las ocurrencias de la ficción sobre el traslado de la vida a un software, con un futuro probable mediante datos prospectivos que se encuentran al alcance de cualquiera en una base de datos (esa es una virtud de **Molina**), y siendo evidente la ligazón con **Frederik Pohl** (*PÓRTICO*), **John Varley** (*Y MAÑANA SERÁN CLONES*, *PRESIONE ENTER*), **Robert Silverberg** (*24 VISTAS DEL MONTE HOKUSAI*) o **Cordwainer Smith** (*INSTRUMENTALIDAD*), a pesar de la similar temática no puedo estirar la semejanza hasta **Neal Stephenson** (*LA ERA DEL DIAMANTE* o *MANUAL ILUSTRADO PARA SEÑORITAS*), **Rudy Rucker** (*SOFTWARE*) o **Robert Sawyer**, escritores que tocan el tema desde otra orilla



EL ALIVIO DE LAS NUBES: otro ejemplo de cómo utiliza y extrapola los datos y tendencias o sus inferencias (aquí probablemente tomadas o sugeridas por la lectura de **Alvin Toffler** desde lo académico y diversos autores desde lo literario) y los distribuye en una columna significativa dedicada a tejer las circunstancias de la narración, describe los incidentes sobre los cuales desenvuelve los conceptos de crítica social, para llevar sin cobardía el tema de la valorización de la amistad y el afecto (y por tanto de amig@s y «acompañantes») a sus consecuencias postreras; el argumento reiteramos ha sido abordado por escritores anglosajones, pero la puesta en escena de **Molina** es diferente, es «tica» y esa forma nacional de plasmar la CF será la impronta de la mayoría de los relatos. Aborda también la meritocracia, y preocupado de los andamiajes de la estructura económico-social que se despliega parece abandonar el planeta que en las primeras páginas tanto prometía, pero una vez más demuestra el buen manejo que tiene sobre sus material literario y sus componentes para organizarlos y colisionarlos en un final nada complaciente, tanto que uno finalmente se pregunta: ¿Debió tejer el protagonista una serie de intercambios tales con sus «acompañantes», que le permitieran no prefigurar sino alimentar la que después podría ser una ineluctable resolución en red mediante el autosacrificio?.



PROMETIDO POR LA BRISA: quizás podamos acusarlo de un exceso de militancia, pero el esquema que sigue aquí para desnudar el personaje es el de las «biopic's», por cierto las peripecias conjugan perfectamente con las de la familia Bush (pero en realidad las referencias se encuentran en armonía con la historia, que deviene o se abre en lo que considero una descarada y desvergonzada crónica del cinismo (o biografía de un momio), pero luego corta algo abruptamente el chorro y lleva apresuradamente al relato a abreviar en el estallido cuando aún quedaba jugo por chupar, es demostrativo que uno se queje con frecuencia que le gustaría sentir desplegado en más párrafos el tema propuesto.

COMPENSACIÓN TERAPÉUTICA: va de violación y respuesta profesional adecuada por parte de la agraviada, que devuelve vida y cuidados por agresión y quebrantamiento de la dignidad y la autoestima, aunque la preocupación social intenta impregnar esta viñeta henchida con moraleja, es uno de los que menos me impresionaron.

LA INVENCION DE POLIMENI: encuadrado en la historia alternativa que traza para Costa Rica (y en realidad para Centroamérica y el planeta si me apuran) presenta una anécdota de ascenso y venganza gracias a la duplicación digital de las cadenas de ADN orgánicas y su conversión en mecanismo de intercambio orgásmico, sin ir lejos uno de los 12 avances del 2005 que se describen en un artículo correspondiente a la edición de Velero25 de febrero, es ya un paso en esa dirección, si sumamos experimentos como el del doctor británico **Warwick** (incorporación de chips con programas de algoritmos que responden a otras personas en un ejercicio casi telepático, e implantados bajo la epidermis) podemos considerar la propuesta de este cuento excelentemente insertado en las tendencias actuales de la tecnología, y que además es un homenaje a las decenas de miles que perecieron bajo la tortura de la dictadura militar argentina.

INMIGRANTE FRUSTRADO: recuerda a *LA MIEL DE LOS MUDOS* en cierta forma, hasta en el hecho de elegir como nacionalidad, para los turistas crononautas, la colombiana; sin embargo, acá el tono aunque elegíaco es menor (dedicado a ilustrarnos sobre la belleza de un pasado ciertamente embellecido por la añoranza), en sordina y más melancólico que nostálgico, no posee la tensión dramática de *La Miel...* por que no es una trasgresión sino una frustración (y si la una estimula, la otra invita al colapso) y continuando con la compensación, no exalta sino empuja a la apacible rendición de la cabeza en el sofá cuando nos sentamos a esperar TV; el final se presiente desde las líneas iniciales y por ello la ficción (si bien implanta la acostumbrada diatriba destinada a nuestro injusto sistema) se siente pálida y casi exangüe.

LA MORSA MAROMERA: rinde respeto y consideración a un luchador costarricense que los simboliza a tod@s y quien demuestra que es mejor sobrevivir en paupérrimas condiciones económicas con dignidad que aceptar venderse y



gozar de prebendas, de nuevo utiliza la proyección al futuro para fustigar las costumbres políticas de su país, para aguijonear la corrupción y el vasallaje, la mediocridad y la aquiescencia que la acompaña... y todo eso a través de las funciones de una morsa maromera y un poema corto y vibrante. La única pega es que las técnicas del documental que recoge la visión del relator sobre el poeta no parecen haber evolucionado.

© *Luis Antonio Bolaños de la Cruz*

A LUIS BOLAÑOS lo conocemos de números anteriores. Es sociólogo, consultor del Ministerio de Educación y del Consejo Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación Tecnológica, y da clases en un par de universidades e institutos. Además de un apasionado de la ciencia-ficción, codirige, junto a Víctor Pretell, Daniel Mejía, Daniel Salvo e Isaac Robles: *Velero 25* (<http://www.velero25.net/>), también es responsable con Víctor de los ejemplos cimeros que exponen del arte gráfico relacionado con la fantasía y la ciencia-ficción en *BitImagen y Galería*.



SILENT HILL: LA ESTÁBAMOS ESPERANDO

por Miguel Ángel López Muñoz

En el mundo del cine existen géneros y subgéneros, escisiones con mayor o menor suerte enfocadas a un público más concreto que, si bien garantizan un mínimo de ventas, nunca llegarán a ser un gran éxito de crítica. *SILENT HILL* es uno de esos casos, una más de las películas nacidas en plena crisis creativa de los guionistas de Hollywood. Sin embargo, sin llegar a ser una película sobresaliente, consigue colocarse por encima de la media frente a otras adaptaciones de videojuegos a la gran pantalla.

Porque admitámoslo, las películas basadas en videojuegos han otorgado mucho dinero a la industria del cine gracias a ventaja de contar con un público seguro, pero su calidad deja mucho, muchísimo que desear. Tenemos productos deleznable como *MORTAL KOMBAT* o *STREET FIGHTER*, u otros inclasificables como *SUPER MARIO BROS*, una película frente a la que como mínimo cabe preguntarse quién pudo tener la ocurrencia de querer adaptar un videojuego totalmente alejado de la realidad donde el bueno aumenta de tamaño al comer champiñones y se enfrenta a un ejército de tortugas malvadas. Por otro lado tenemos *RESIDENT EVIL*, que cosechó más éxito y generó una continuación, y productos como *ALONE IN THE DARK* y *HOUSE OF THE DEAD*, para los que no existen calificativos capaces de definir tales esperpentos (y los que vendrán de manos de su director **Uwe Boll**, emperrado en seguir destrozando más videojuegos clásicos).

SILENT HILL es el último experimento lanzado a nuestras pantallas de cine. Como *RESIDENT EVIL*, cuenta con la ventaja de ser un videojuego de estética claramente cinematográfica y con un género bien definido, que es el de terror. No deja de resultar una especie de pescadilla que se muerde la cola, pues las películas de terror inspiraron esta clase de juegos, y esta clase de juegos inspira películas de terror. Pero a lo que vamos.

Siendo más concretos, *SILENT HILL*, el videojuego, pertenece a los llamados *survival horror*, una suerte de juegos taquicárdicos basados en la idea de tener los músculos del jugador más tensos que los cables de un violín. Los medios para conseguirlo son una atmósfera asfixiante y llena de claroscuros y sonidos inquietantes, una constante sensación de peligro y, sobre todo, la más absoluta indefensión al apenas tener medios para contraatacar a los zombies, monstruos, dinosaurios o lo que sea que nos está haciendo correr de un lado para otro como plusmarquistas desbocados. Dicen los entendidos que *SILENT HILL* es el mejor *survival horror* jamás creado, dato que por desgracia no puedo corroborar o refutar, pues no he jugado a uno solo





de ellos (como *RESIDENT EVIL*, posee múltiples secuelas con protagonistas independientes).

El caso es que a la hora de hacer una de estas películas uno tiene por lo general dos opciones: o bien se olvida por completo del videojuego y cogiendo cuatro elementos crea algo propio, o bien trata de ser fiel hasta las últimas consecuencias. Esta película se encuentra en la primera situación. Tomando

elementos prestados de varios de los juegos, en especial de la primera y segunda parte, nos narra la historia de Rose Da Silva, una mujer cuya hija, Sharon, sufre una especie de sonambulismo durante el cual suele mencionar un pueblo llamado Silent Hill. La pobre mujer, desoyendo a su marido, tiene entonces la ocurrencia de llevar a Sharon a dicho pueblo, en un intento por comprender qué está ocurriendo, pero justo antes de llegar sufre un accidente de coche al intentar esquivar a una extraña niña que se cruza con ella en la carretera. Al despertar se encuentra con que Sharon ha desaparecido, y todo parece apuntar a que está en Silent Hill, un pueblo que a primera vista parece abandonado, pero que no tarda en revelarse como portador de terribles secretos y monstruosas criaturas.



El mayor fallo que tiene la película, sin duda alguna, es el tratamiento final de la historia. Esperan demasiado tiempo para contarte qué es lo que está ocurriendo, y una vez lo hacen la información viene en tromba y cuesta un poco asimilarla. Por otro lado la película adopta un tono más sangriento cuando no resulta necesario, y la sensación de miedo se desvanece para dar paso a una lograda pero inadecuada historia de venganza contra un pueblo. Lo mejor de la película: la estética y cómo te introducen en el pueblo. Empieza como las buenas historias de terror, no sabes lo que pasa, pero sabes que algo muy malo sucede, y llega un momento en el que no importa tanto lo que está ocurriendo en el pueblo como qué va a ocurrir con los protagonistas. La indefensión de éstos está muy lograda, sobre todo con la incorporación de clichés del juego como el hecho de que los móviles y otros aparatos eléctricos sufran interferencias ante la presencia cercana de los monstruos y la luz de las linternas los atraiga, siendo muchas veces no útil sino imprescindible usarla. La película hubiera ganado mucho si se hubiera hecho aún más hincapié en estos detalles, con escenas que podrían haber quedado memora-



bles como un momento en uno de los juegos en que el jugador, que lleva consigo una linterna y una radio, sólo tiene pilas para uno de los dos aparatos, de modo que debe elegir: o los ve venir pero no los detecta, o sabe cuándo vienen pero no los ve cuando están allí.

Pero sin duda el mejor aspecto de la película es lo concerniente a los claroscuros. Las calles del pueblo están nevadas y hay un gran predominio del blanco, incluso inusual tratándose de una película de sustos. Sin embargo, el interior de los edificios está lleno de sombras inquietantes. A esto hay que sumar que el pueblo, ocasionalmente, entra en lo que se denomina como La Oscuridad. Cada cierto tiempo suena una alarma por todo el pueblo cuyo origen es inicialmente desconocido. Cuando eso ocurre los interiores sufren un proceso de degradación instantáneo, la luz se desvanece y las criaturas campan a sus anchas. Bajo dicho proceso, todo lo que se encuentra de día cede a su lado perverso e inquietante. Por poner un ejemplo extraído de los videojuegos y no fastidiar nada de la película, lo que en su estado normal es un gato encerrado dentro de un fichero y que trata de salir, bajo los efectos de La Oscuridad se ve como un fichero que se mueve demasiado para tener a un gato dentro...



Aparte del pueblo, protagonista indiscutible, el reparto de la película está formado por **Radha Mitchell**, la maravillosa actriz a la que **Woody Allen** regaló el papel de Melinda y Melinda, **Sean Bean**, más conocido por ser Boromir en el Señor de los Anillos o Ulises en Troya, y **Laurie Holden**, otra actriz a la que regalaron un papel, en este caso **Frank Darabont**, que la descubrió y eligió para hacer de la novia de **Jim Carrey** en la preciosa *THE MAJESTIC*, uno de los mejores papeles de **Jim Carrey** en toda su carrera, que da al público grandes muestras de interpretación cada vez que se olvida de sus grotescas muecas. En la dirección el francés **Christophe Gans**, responsable de la malograda pero taquillera *EL PACTO DE LOS LOBOS*.



Resumiendo: *SILENT HILL* es una buena elección de película si uno tiene las únicas pretensiones de pasar un buen (o mal) rato. Hay mejor hacer que en otros bodrios basados en videojuegos, pero aún queda un largo camino por recorrer hasta que subproductos como *TOMB RAIDER*



sean del todo olvidados. Me gustaría pensar que futuros proyectos como *MAX PAYNE* seguirán dicha estela, pero eso, de momento, sería aventurar demasiado.

Y por último dos comentarios. Uno de ellos es, como de costumbre, acerca de la banda sonora: el tema central de piano es muy hermoso, pero existen (en mi opinión, claro) ocasiones en que resta tensión a la película. Eso sí, no dejen de escucharlo a solas estando en sus casas en un día nublado. Refleja a la perfección dicho ambiente de melancolía. El otro es más una curiosidad que otra cosa. Tal vez algunos se habrán preguntado si *SILENT HILL* no ha sido inspirado por algún pueblo abandonado que existe en la realidad. Pues bien, la respuesta es sí. Este pueblo se llama Centralia, y se encuentra en los Estados Unidos, en Pennsylvania. En 1962 se originó un incendio en una mina de carbón y como resultado se extendió hasta llenar todo el subsuelo de la ciudad. Todos los esfuerzos del gobierno por apagarlo han resultado inútiles desde entonces, y a día de hoy, después de más cuatro décadas y cuarenta millones de dólares gastados, sigue en activo. La población comenzó a descender drásticamente, mudándose a la cercana Ashland (traducido como Tierra de Ceniza), y a pesar de que ya no posee código postal y vivir allí resulta perjudicial para la salud, aún tiene habitantes... once para ser exactos. Dicho pueblo, al parecer, resultó muy inspirador a la hora de recrear *SILENT HILL* para la película.

De modo que esto es todo por ahora. Adiós y Hasta que Todos Seamos Uno.

- Más información acerca de la película en su página web oficial: <http://www.sonypictures.com/movies/silenthill/>
- Más información acerca del pueblo de Centralia en la página web: <http://www.offroaders.com/album/centralia/centralia.htm>

© de las ilustraciones Sony Pictures Digital Inc.
© Miguel Ángel López Muñoz

MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ MUÑOZ. Madrileño, nacido en 1981, licenciado en ciencias matemáticas, escritor de ciencia ficción y fantasía. Estilo predilecto: relatos y novelas cortas con marcado tono fatalista. Obsesiones: divulgar las matemáticas. Influencias: Asimov, Ellison, Simmons, Chandler. Relatos y colaboraciones: NGC 3660, Alfa Eridiani y Golwen, entre otras. Una frase: la ciencia ficción es la poesía del científico y la fantasía es la ciencia del poeta.

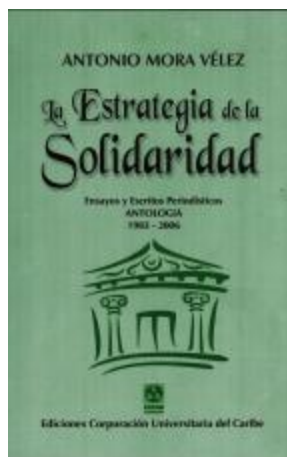


ANTONIO MORA VÉLEZ 2006³

por René Cueto Álvarez

Quienes lean a Mora estarán frente al día a día de un escritor que quiso dar a conocer su visión del mundo, del ser humano, la política y la literatura en el contexto de los problemas que aquejan a nuestra sociedad contemporánea. Para llegar a su verdad duda de la creencia ciega. Examina las ideas en contexto para reconstruir la base desde donde progresa el hombre y la sociedad hacia formas más avanzadas de solidaridad, que es y sigue siendo la estrategia de supervivencia de la especie humana.

Antonio Mora Vélez, solitario navegante del cosmos de la ciencia-ficción colombiana, llegó al futuro. Ha recibido la iluminación necesaria para ver detrás de apariencias, investigar sentimientos y comunicar estéticamente el mensaje recibido. Ha intentado llegar al fondo. A los 64 años parece haber conocido las turbulencias del alma. Detrás de los cuerpos celestes ha vivido la gran aventura del cosmos; la odisea de la luz. Para llegar a este punto, quizás haya sido necesario el trabajo de escribir más de 600 artículos y publicarlos desde 1966 en Colombia y el exterior. De ellos, solo 43 fueron reunidos por el autor bajo el título *LA ESTRATEGIA DE LA SOLIDARIDAD*⁴. Supongo que los otros 557 compartieron la vigencia que suele caracterizar al periódico de ayer. La interrogación que suscita el criterio de selección que animó este trabajo pudiera tal vez hallarse en sus horas de repaso del camino recorrido, en su balance de la siembra y en la definición de su estrategia para el trecho final. Así enuncia su posición ante la vida, la cual, al final de cuentas, estéticamente, representa el peso de su valor como escritor.



En este momento de su vida nos entrega unos textos nutridos por el conocimiento madurado durante muchos años de ejercicio académico y estético observando los cambios del hombre, la sociedad y su literatura. Pero quizás la primera transformación notable ha sido la suya propia, asomada en el espejo que le prestan otros. «Había abandonado el dogmatismo revolucionario de sus primeros años y creía en la necesidad de replantear la democracia y el Estado, untarlos más de pueblo pero sin necesidad de recurrir

³ Palabras en el acto de lanzamiento del libro *LA ESTRATEGIA DE LA SOLIDARIDAD* en la ciudad de Montería, Colombia, el 28 de julio de 2006

⁴ **Mora Vélez, Antonio.** *LA ESTRATEGIA DE LA SOLIDARIDAD*, Ediciones Corporación Universitaria del Caribe, Sincelejo, Colombia, Abril de 2006.



a la ortodoxia leninista y en orientar el norte de la patria con un modelo de desarrollo humano más justo que el neoliberal pero sin llegar a los excesos del socialismo burocrático»⁵



constelación de los significados de su ficción literaria.

Mora Vélez manifiesta su interés por la constitución del ser y su tejido social. La estrategia de la solidaridad entra a contracorriente del sospechoso fin de la historia de cuño posmoderno, y se instala dentro de la convocatoria de los pensadores humanistas contemporáneos a mantener vigente la utopía universal de una sociedad sin opresores ni oprimidos. Desde las lecturas de Bobbio, por ejemplo, **Mora** reconoce que los jóvenes como él, inconformes y contestatarios en los años sesenta, mantuvieron la esperanza de alcanzar una sociedad más justa, más democrática y más humana sin tener que sacrificar la libertad.

La presentación de estos textos sitúa a **Mora Vélez** como un intelectual contemporáneo con una posición crítica frente al poder, independiente, cuya práctica de la escritura promueve los valores universales del humanismo. Su obra intenta ser una respuesta a las crisis de los paradigmas éticos que ha hecho que los pensadores vuelvan su mirada hacia las filosofías del ser para plantearse otra vez la búsqueda de la verdadera esencia humana y trabajar en consecuencia. Su estrategia de la solidaridad intenta abrirle camino a las ideas cruzando sus lecturas de la realidad social con estudios y reflexiones que buscan permitir a otros por lo menos tener noticias de los avances del pensamien-



⁵ **Mora Vélez, Antonio**, op. cit. página 112.



to, la ciencia y la tecnología. Asume que si no se entrega el conocimiento a la sociedad, no habrá progreso.

Aunque la solidaridad se esboza de distintas maneras, para **Mora Vélez** la fundamental es la defensa de la especie humana. La supervivencia de la especie humana depende de la defensa del pensamiento; afirma: «cuando la razón pierde, la muerte es el precio que hay que pagar por la derrota». Llama a la lucha a favor de la persona humana, a la que hay que considerar anterior, y por lo tanto, más importante que el Estado, y a favor de la vida y la libertad de conciencia, valores de importancia suprema para la modernidad.

Quienes lean estas páginas estarán frente al día a día de un escritor que quiso dar a conocer su visión del mundo, del ser humano, la política y la literatura en el contexto de los problemas que aquejan a nuestra sociedad contemporánea. El instrumento ideológico utilizado mientras hacía el balance de su vida propone una ideología que para llegar a su verdad duda de la creencia ciega, que examina las ideas en contexto para reconstruir la base desde donde progresa el hombre y la sociedad hacia formas más avanzadas de solidaridad, que es y sigue siendo la estrategia de supervivencia de la especie humana.

© René Cueto Álvarez

RENÉ CUETO ÁLVAREZ, (Montería, 1959) Profesor del Departamento de Idiomas de la Universidad de Córdoba, con estudios de postgrado en Literatura en la Universidad Javeriana de Bogotá y Maestría en Filosofía en la Universidad Nacional de Colombia. Ha publicado los poemarios *JUNTO A LA PUERTA* y *LOS TURNOS*. Ha dedicado sus esfuerzos de investigación a indagar la relación entre la filosofía y la poesía.

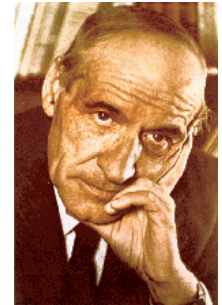


LA CIENCIA-FICCIÓN COMO CORRIENTE LITERARIA

por Jairo Alberto Méndez Moreno

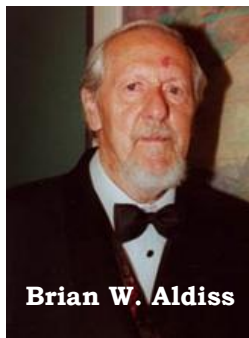
La ciencia-ficción en Latinoamérica tiene poca aceptación en el *establishment*. El autor lo atribuye a unas declaraciones de Ortega y Gasset según las cuales su lectura es pueril e inútil.

Con la ciencia ficción como corriente literaria pasa lo mismo que con el mal apreciado arte de las historietas, o cómics, en nuestro medio. Es decir, esta actitud despectiva rezumante en Latinoamérica hacia estos géneros, propios –según aquellos– de subculturas urbanas que identifican con alineados sociales o integradas por personas pseudo-intelectuales e infantiles, proviene en gran medida de la influencia que sobre nuestros eruditos y artistas, tuvo el enunciado categórico de **José Ortega y Gasset** al escribir en su *LA DESHUMANIZACIÓN DEL ARTE* (1925) que la única corriente literaria válida en Latinoamérica y que tenía futuro era la novela psicológica, ya que consideraba «pueril e inútil» el objeto y el placer obtenido con las novelas de aventuras... categoría en la que, evidentemente, puede quedar enmarcada la ciencia-ficción.



Ortega y Gasset

Posiblemente **Ortega** quería además resaltar el hecho de que la narrativa fantástica y de aventuras no correspondía con la realidad vivencial de nuestro subcontinente, ya que si nos atenemos a la definición que **Brian W. Aldiss** postula sobre la ciencia-ficción, ésta, al provenir del periodo de transición neoclásico-romántico-gótico presentado en Europa, principalmente, durante el s. XVIII y XIX, está tramada en el modelo gótico o post-gótico.



Brian W. Aldiss

Ni qué decir, también, que ni podemos soñar con alcanzar el nivel tecnológico que los países de Europa o de USA tienen, lo cual da cierto barniz de credibilidad a la ciencia ficción escrita en esos países. No obstante, pensar que por esas condiciones socio-culturales propias de nosotros nos descalifican para escribir ciencia-ficción o que la que hacemos sea «pueril e inútil» es absurdo desde todo punto de vista, descalificador injustamente y sostener este argumento es, ese sí, «pueril e inútil».

Me parece que para que podamos consolidar una ciencia ficción latinoamericana, propia, fuerte, sólida, popular –por qué no–, debemos repensar esta corriente literaria para nosotros, adoptando nuestras propias realidades, singularidades e intereses. Encontré un artículo muy interesante llamado *DISCURSO*



SOBRE UN NUEVO MÉTODO PARA EL ESTUDIO DE LA CIENCIA FICCIÓN LATINOAMERICANA escrito por **Miguel Ángel Fernández** –del cual extracto algunas ideas párrafos arriba– en el que, después de una breve pero precisa referencia a los antecedentes literarios de la ciencia ficción en nuestras tierras (incluso desde el siglo XVI), señala que uno de los grandes culpables del desprecio o desconocimiento académico de los escritores del género no es solo propio de nuestras latitudes, sino también de los estudiosos norteamericanos y europeos, que –increíblemente– colocan dentro del género de fantasía y aventuras a el movimiento del «realismo mágico»... bueno, sin palabras.

© Jairo Alberto Méndez Moreno

Jairo Alberto Méndez Moreno nació en Bogotá D.C., Colombia, en 1974, desde muy temprana edad su familia se trasladó a la ciudad de Yopal, capital del Departamento de Casanare en los Llanos Orientales, donde reside actualmente con sus dos hijos. Se encuentra adelantando estudios en Ingeniería de Sistemas y se dedica laboralmente como digitador y Artista Plástico. Pertenece también a un Colectivo de Comunicaciones, Bahareque & Yopo, es ilustrador freelancer y miembro asociado –a través del colectivo– de una comisión civil observadora del conflicto armado en su país. Su página web es: <http://talleresjadani.blogspot.com>

Noticias

DOCTOR EN CIENCIA FICCIÓN

El pasado jueves 28 de septiembre se doctoró con sobresaliente *cum laude* **Fernando Ángel Moreno Serrano** con «*LA CIENCIA FICCIÓN EN ESPAÑA (1950-2000)*» en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Se trata de un trabajo teórico, no historicista, que aborda las teorías de la ficción, la retórica y la poética de la ciencia ficción, a la cual define como un género compuesto de «elementos maravillosos no sobrenaturales». En palabras del propio doctor **Moreno**, la tesis es «la consecuencia de un gran trabajo de mucha gente que tiene una visión clara de la capacidad, las posibilidades y el valor literario del género. Si no hubiera existido un movimiento similar, que cree en otra forma de concebir el acercamiento a la ciencia ficción, esta tesis no habría podido realizarse».

Este hecho es un gran logro para el género, puesto que comienza a tener reconocimiento en el ámbito académico, y abre una nueva vía para su estudio y tratamiento, que puede animar a otras personas a continuar y plantear nuevos estudios rigurosos en el ámbito universitario.

[Fuente: Alberto García-Teresa]

YA LLEGA EL QUE CAMINA DE DÍA, DESCÚBRELO EN EL N°5 DE SCIFI.ES

El próximo 17 de octubre *BLADE* llega al canal Sci Fi. Descubre todos los secretos de esta serie en el reportaje especial que encontrarás en el número 5 de SciFi.es Magazine.

Además todas las reseñas de los estrenos de cine fantástico que llegarán este mes a nuestros cines. Un completo especial sobre **Jim Henson** y una entrevista en exclusiva con su hija **Lisa**. También, coincidiendo con el lanzamiento de la trilogía original de *Star Wars*, os ofrecemos un análisis de todas las ediciones de las que ha disfrutado la saga. Un artículo sobre el mago de la serie B, **Jack Arnold**. Y para continuar la cele-





bración del 40 aniversario de *Star Trek* os ofrecemos una entrevista que **Brent Spiner** nos concedió durante su visita a nuestro país. Todo esto y mucho más en el N°5 de SciFi.es Magazine

SciFi.es, es el magazine electrónico del canal Sci Fi. En ella encontrarás todo lo relacionado con el mundo de la fantasía y la ciencia ficción (cine, cómic, DVD, series, juegos, consolas, gadgets y mucho más).

¡Descárgalo gratuitamente de <http://magazine.scifi.es>!

[Fuente: MAGAZINE SCIFI.ES]

BASES PREMIO DOMINGO SANTOS 2006

Pórtico/Asociación Española de Fantasía Ciencia Ficción y Terror convoca el premio Domingo Santos 2006 de relatos, que se registrá por las siguientes bases:

1. Podrán presentarse al certamen Domingo Santos todas aquellas narraciones escritas en castellano que puedan ser encuadradas dentro de los géneros de ciencia ficción, fantasía o terror.

2. Las obras deberán ser inéditas, no estar premiadas en otros concursos ni pendientes de resolución en ningún otro certamen durante la convocatoria de este concurso.

3. La extensión de cada relato deberá encontrarse entre las 8.500 y las 15.000 palabras.

4. Las obras se remitirán por CORREO ELECTRÓNICO como adjuntos en formato doc. o rtf. a la dirección de correo electrónico concurso.domingo.santos@gmail.com. El asunto del mensaje deberá ser: Premio Domingo Santos. En el cuerpo del mensaje se hará constar los datos personales del autor así como un seudónimo obligatorio que lo identifique. En la primera línea del documento a adjuntar irá el seudónimo y a continuación el relato a concurso. Los trabajos no remitidos de esta forma serán inmediatamente rechazados.

5. La Junta Directiva de Pórtico/AEFCFyT así como sus familiares, no podrán presentar obras a concurso. Esta restricción se aplicará también a los miembros del jurado y a sus familiares.

7. El jurado estará compuesto por un número suficiente de personas designadas por la Junta Directiva de Pórtico/AEFCFyT, cuyos nombres se darán a



conocer en el momento del fallo. Dicho fallo se producirá durante el mes de diciembre de 2006.

8. Se establece un premio de seiscientos euros, al que se aplicarán las deducciones fiscales vigentes. El premio no podrá ser declarado desierto.

9. Cualquier caso no previsto por estas bases será resuelto por el jurado y su decisión será inapelable.

10. El plazo de presentación de originales finalizará el 21 de octubre de 2006.

11. A todos los relatos presentados se le acusará recibo en el que se indicará el día de recepción del mismo y un número que lo identificará.

12. La presentación al concurso implica la total aceptación de las bases.

En Granada a 12 de setiembre de 2006

Alfonso Merelo Prensa

AEFCFyT

<http://memorando.blogia.com>

<http://desdetartessos.blogspot.com>

[Fuente: Alfonso Merelo]

OTROS PREMIOS

Finalistas del I Concurso Internacional de Cuento de Ciencia Ficción, Premio Axxón 2006

El Jurado ha anunciado la lista de finalistas del I Concurso Internacional de Cuento de Ciencia Ficción, Premio Axxón 2006, elegidos entre 218 cuentos provenientes de diversos países de América, Europa y Oceanía. El acta completa se puede leer en <http://axxon.com.ar/not/166/c-1660078.htm>

Convocatoria: Premio Coyllur 2006

La asociación peruana ha convocado el Premio Coyllur 2006. El acta completa se puede leer en: <http://www.coyllur.org/concurso2006.html> .



COMUNICADO DE LA JUNTA DIRECTIVA DE PÓRTICO/ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE FANTASÍA, CIENCIA FICCIÓN Y TERROR.

La HispaCón 2006 se va a celebrar los días 3,4 y 5 de Noviembre en la localidad de Dos Hermanas (Sevilla).

La sede de la convención será la «Biblioteca Pedro Laín Entralgo», situada en el centro de la ciudad.

En breve, hoy mismo si es posible, se darán mas detalles acerca de la misma, así como todos los datos de interés acerca de la localidad, hoteles, trasportes y una primera aproximación del programa que se concretará en breve.

Se propone una inscripción de 10 euros que dará derecho a un pack de bienvenida. La cena de gala se celebrará en un restaurante de la localidad. El importe de la misma se avisará mas adelante.

Desde la Junta Directiva de la AEF CFyT queremos agradecer su apoyo incondicional al Concejal de Cultura y Fiestas del Excmo. Ayto. de Dos Hermanas D. José Román y a la Directora de la Biblioteca «Pedro Laín Entralgo» Dña. Carmen Gómez.

También nuestro agradecimiento a todos los que han invertido su tiempo y trabajo en este proyecto que se ha materializado en un tiempo record, especialmente a Rafa Marín, Joaquín Revuelta, Víctor M. Áncel y José Ángel Muñiel.

Gracias a todos los aficionados por su apoyo. Continuaremos proporcionando más información en cuanto esté disponible.

Nos vemos en Dos Hermanas.

Granada a 15 de septiembre de 2006

Mas información <http://www.atlanteasur.net/hispacon2006/>

[Fuente: Alfonso Merelo]



CANDIDATOS A LOS IGNOTUS

Estimados amigos, la lista definitiva de candidatos a los Premios Ignotus 2006 es la que sigue a continuación:

NOVELA

MUNDOS Y DEMONIOS, de **Juan Miguel Aguilera** (Bibliópolis)
DANZA DE TINIEBLAS, de **Eduardo Vaquerizo** (Minotauro)
PERROS BAJO LA PIEL, de **Luis Ángel Cofiño** (Espiral)
ESPERANDO LA MAREA, de **Joaquín Revuelta** (Ediciones Parnaso)
SHERLOCK HOLMES Y LAS HUELLAS DEL POETA, de **Rodolfo Martínez** (Bibliópolis)

NOVELA CORTA

REQUIESCAT IN PACE, de **Eduardo Gallego** y **Guillem Sánchez** (Asimov 19, Robel)
LA TRAICIÓN DE JUDAS, de **Joaquín Revuelta** (Artifex, Bibliópolis)
ESENCIA DIVINA, de **Joan Antoni Fernández** (Espiral),
LA MIRADA DEL ABISMO, de **Joan Antoni Fernández** (Grupo AJEC) ,

CUENTO

LA COTORRA DE HUMBOLDT, de **Lorenzo Luengo** (Artifex, Bibliópolis)
MARGABARISMOS, de **Felix J. Palma** (Artifex, Bibliópolis)
DRAGÓN PODRIDO, de **Juan Díaz Olmedo** (Paura, Bibliópolis)
EL HOMBRE DE LA PALA, de **Alfredo Álamo** (Paura, Bibliópolis)

ANTOLOGÍA

Paura vol 2, de VVAA (Bibliópolis)
POSTALES DESDE LA HABANA, de VVAA (Grupo AJEC)
Artifex 3ª época vol 1, de VVAA (Bibliópolis)
Artifex 3ª época vol 2, de VVAA (Bibliópolis)
VEN Y ENLOQUECE, de **Fredric Brown** (Gigamesh)

LIBRO DE ENSAYO

JABBERWOCK 1, de VVAA (Bibliópolis)
IDIOS KOSMOS, de **Pablo Capanna** (Grupo AJEC)



ED WOOD: PLATILLOS VOLANTES Y JERSEYS, de **David G. Panadero** y **Miguel Ángel Parra** (T&B Editores)

TIM BURTON: DIARIO DE UN SOÑADOR, de **David G. Panadero** y **Miguel Ángel Parra** (Ediciones Jaguar)

PARADOJAS II, de **Miquel Barceló** (Equipo Sirius)

ARTÍCULO

LUZ, MÁS LUZ, de **Santiago L. Moreno** (Jabberwock 1, Bibliópolis)

HA GANADO EL COSMOS, de **Fernando Ángel Moreno** (Vórtice en Línea 7, Ediciones Parnaso)

CRÓNICAS MARCIANAS, de **Alfonso Merelo** (Vórtice en Línea 6, Ediciones Parnaso)

LOS SERIALES DE CIENCIA FICCIÓN, de **Alfonso Merelo** (Galaxia 15, Equipo Sirius)

¿PUEDEN JUGAR TAMBIÉN LAS NIÑAS?, de **Thomas M. Disch** (Jabberwock 1, Bibliópolis)

ILUSTRACIÓN

Gigamesh 41, de **Alejandro Terán** (Gigamesh)

CineBote - Autocine valerano, de **Pedro García Bilbao** (NG 11-ASESINATO EN VALERA, Silente)

MUNDOS Y DEMONIOS, de **Juan Miguel Aguilera** (Bibliópolis)

SHERLOCK HOLMES Y LAS HUELLAS DEL POETA, de **Alejandro Terán** (Bibliópolis)

CISMATRIX, de **Alejandro Terán** (Bibliópolis)

PRODUCCIÓN AUDIOVISUAL

FRÁGILES (Cine), de **Jaume Balagueró**

CÁLICO ELECTRÓNICO (Web), de **Nikodemo Animation**

EL CRUCERO ESTELAR (presentación de Hispacon), de **Alfonso Seijas**

LA CAÍDA FINGOLFIN (Estelcon), de **Cormallen**

TEBEO

LA LEGIÓN DEL ESPACIO, de **Alfredo Álamo** (Sitio de Ciencia Ficción)

LIDIA Y LAS CANICAS, de **Txisko** y **Ferrán Clavero** (Vórtice en Línea 5, Ediciones Parnaso)

OBRA POÉTICA

ON / OFF, de **Gabriella Campbell** (Vórtice en línea 7, Ediciones Parnaso)



FANTASMA, de **Alfredo Álamo** (Vórtice en Línea 7, Ediciones Parnaso)
STILLBORN UNIVERSE, de **Marco Antonio Raya** (Vórtice en línea 5, Ediciones Parnaso)

REVISTA

Asimov CF (Robel)
Gigamesh (Gigamesh)
Galaxia (Equipo Sirius)
Solaris (La Factoría de Ideas)
Vortice en línea (Ediciones Parnaso)

NOVELA EXTRANJERA

JONATHAN STRANGE Y EL SEÑOR NORREL, de **Susanna Clarke** (Salamandra)
NUNCA ME ABANDONES, de **Kazuo Ishiguro** (Anagrama)
LA CONJURA CONTRA AMÉRICA, de **Philip Roth** (Mondadori)
TORMENTA DE ESPADAS, de **George RR Martin** (Gigamesh)

CUENTO EXTRANJERO

EL SUMIDERO DE LA MEMORIA, de **Mike Resnick** (Gigamesh 42, Gigamesh)
NO OPINAMOS LO MISMO, de **Bruce Sterling** (Gigamesh 41, Gigamesh)
HE TOCADO EL CIELO, de **Mike Resnick** (Gigamesh 42, Gigamesh)
EL HOMBRE CON FORMA DE PERA, de **George RR Martin** (Gigamesh 40, Gigamesh)
DUELO, de **Richard Matheson** (Gigamesh 42, Gigamesh)

WEB

El sitio de CF, de **Fco. José Suñer Iglesias** (www.ciencia-ficcion.com)
BEM On Line, de Interface Grupo Editorial (www.bemonline.com)
Stardust, de **Javier Romero** (www.stardustcf.com)
NGC 3660, de **Pilar Barba** (www.ccapitalia.net/ngc)

[Fuente: Víctor Miguel Gallardo Barragán]



PRESENTACIÓN RESCEPTO #006

Ya está disponible en www.rescepto.tk un nuevo número del ezone *RESCEPTO*. Ante todo, os rogamos que disculpéis el retraso que ha sufrido el presente número (que no es para nada ajeno al equipo editorial). Esperamos que los contenidos especiales que hemos conseguido reunir gracias a nuestros colaboradores sirvan para compensar en parte esta circunstancia. En especial, nos gustaría destacar la inestimable ayuda de **Raffo**, ilustrador que viene mostrando su maestría a lo largo de nuestra andadura.



En el número 6 de Rescepto encontraréis:

Relatos:

LA TERCERA MANO, de **Félix Amador Gálvez**

EL FRACASADO, de **José Carlos Canalda**

DE ESPALDAS LA OSCURIDAD, de **Fabio Ferreras** e **Inés Graciela Lorenzo**

Artículos:

SPECTRUM: LA SIMPLICIDAD HECHA ARTE, del **Team Rescepto**

EL CÓMIC EN LA RED (III): SLUGGY FREELANCE, de **Miguel Navarro**

Poema:

HABÍA UNA VEZ, de **Adela Torres**

Divulgación:

P2P Y COPIA PRIVADA, de **Miguel Navarro**

FUNDAMENTOS: RELATIVIDAD ESPECIAL, de **Greg Egan** (sí, ese **Greg Egan**)

[Fuente: Team Rescepto (www.rescepto.tk)]